

F R A N C I S C O G I L

E L

ÚLTIMO JUEGO



¿Te atreverías a jugar al último juego?...

El último juego

Francisco Gil

ÍNDICE

El amanecer de un nuevo día

El juego

La dedicatoria

Mossén July

Instantáneas del pasado

La vida en pareja

Sigtes

El pasado solo tiene un nombre

El pasado siempre vuelve

La verdad sale a la luz

CAPÍTULO 1

El amanecer de un nuevo día

El día amaneció lluvioso.

Era el típico día de febrero en la ciudad de Barcelona. El frío se había instalado y no daba síntomas de remitir. Los comercios se iban preparando para abrir sus persianas y las madres levantaban a sus pequeños para llevarlos al colegio. La ciudad que nunca dormía comenzaba a despertar.

Daniel había pasado mal la noche. Se despertó antes de que el despertador sonase. Eran las siete y media de la mañana y ya no volvería a quedarse dormido. La noche anterior se acostó temprano. Tenía la intención de relajarse en la cama para afrontar lo que tenía que hacer al día siguiente, pero no lo consiguió. Sabía que iba a tener una jornada complicada. Con los ojos abiertos y aún en la cama, Daniel miraba el techo de su habitación. El silencio estaba presente en todo el piso y, tanta tranquilidad, le ponía un poco nervioso.

La vida le había cambiado en las últimas semanas. Su madre había fallecido hacía cuatro meses y había llegado el momento de hacer frente al levantamiento de las últimas voluntades. Lo había ido retrasando, buscando excusas para no tener que revivir el dolor por la pérdida. Armándose de valor, eligió día y hora para acabar de una vez con el trámite. Todavía tumbado, intentaba retrasar el momento de levantarse.

No lo demoró más. Se levantó y decidió tomarse un café para despejarse y conseguir que su cabeza pudiera pensar con más claridad.

Daniel vivía solo desde el fallecimiento de su madre, su padre había muerto cuando él solo era un niño de diez años. De él tenía recuerdos inolvidables. Era un hombre amable y cariñoso, pendiente siempre de atender a su hijo en todo lo que le hiciera falta.

Recibió la noticia del fallecimiento a través de su madre. Desconsolada, le contaba a Daniel que su padre no volvería para estar con él. Había sufrido un accidente de tráfico. Daniel no pudo reprimir el llanto y la abrazó. ¡No entendía como le había podido ocurrir algo así! Vivió la pérdida con mucha tristeza.

Su madre se encargó de suplantarle en todo lo que fue posible. Ella se convirtió en su héroe y mejor amiga, con la que podía contar y vivir secretos e inquietudes.

Ahora, con 26 años, Daniel se encontraba vacío, triste y apático. Decidió no pensar más y, después de terminarse el café, se dio una ducha. Se vistió y se sentó en su escritorio. Tenía tres cajones y de uno sacó un sobre con toda la documentación que tenía que presentar al notario.

Daniel era un chico normal, moreno de pelo corto y de constitución fina. Vestía de forma informal. Tejanos, camisa y bambas *casual* era lo que utilizaba normalmente, dejando el traje solo para reuniones importantes de trabajo.

Solía practicar deportes, pero desde hacía un tiempo siempre tenía alguna excusa para no hacerlo. Le encantaba todo lo que tenía que ver con la tecnología y disfrutaba descubriendo productos nuevos para incorporarlos en su día a día.

Con un carácter simpático y agradable, conseguía llegar, fácilmente, a la gente, pero, con el tiempo, había aprendido a ver más allá de la apariencia de los demás. Era observador y muy intuitivo, características que le hacían ser muy precavido. Estas cualidades le habían ayudado a salir airoso de diversas situaciones complicadas con sus compañeros de trabajo.

Vivía en el piso en el que había convivido con su madre desde el fallecimiento de su padre. Era un ático de tres habitaciones con un gran balcón, donde tanto a él, como a su madre, les gustaba observar la ciudad de Barcelona. Las plantas y las flores lo adornaban dándole más vida.

Daniel dormía en una cama de matrimonio. Le encantaba tumbarse cuando volvía de trabajar para relajarse. El cuarto de su madre se encontraba cerrado. En muy pocas ocasiones había entrado desde que había fallecido. La tercera habitación la utilizaban como zona de lectura. Estanterías repletas de libros, un sofá, un sillón y una luz pensada para la lectura, había hecho que esa habitación se convirtiera en el lugar preferido de los dos. Las horas pasaban volando mientras estaban ahí.—Sí, —pensaba Daniel, —es mi lugar favorito.

Una habitación donde poder desconectar de todo y, además, poder sumergirse en las aventuras del libro que pudieran estar leyendo en ese momento. Y, es que tanto su madre como él, eran amantes de la lectura.

Le gustaba y se sentía a gusto en ese piso. Cada rincón le traía buenos recuerdos. Recuerdos de una infancia feliz. ¡Cómo echaba de menos ver a su madre ir de una habitación a otra! A él, le

gustaba observarla mientras ella no dejaba de ir de un lado a otro. Se divertía observándola.

El fallecimiento de Rosa —que así era como se llamaba su madre — no había sido ninguna sorpresa. Desde hacía un año le habían diagnosticado Alzheimer y, desde entonces, había visto como, poco a poco, se había ido deteriorando.

Rosa había trabajado como profesora en una universidad de Barcelona. Le encantaba la historia y había hecho de su *hobby* una profesión. Era una mujer incansable a la hora de aprender y había sido una madre excelente para Daniel, inculcándole unos valores hoy difíciles de encontrar en alguien de su edad.

Era una mujer simpática y con facilidad en la comunicación. Al trabajar de profesora en la universidad siempre se rodeaba de gente joven, hecho que hizo que su carácter no envejeciese al mismo ritmo que su cuerpo.

La muerte de su marido le había hecho luchar durante toda la vida para poder sacar adelante a su hijo. Y, Daniel, a medida que fue creciendo, se dio cuenta del esfuerzo que su madre estaba haciendo, con lo cual, decidió que, tan pronto se pusiera a trabajar, le ayudaría económicamente.

El cariño y el amor que recibió de ella fue inmenso, y nunca le podría estar lo suficientemente agradecido por todo lo que ella había luchado por él. Por eso había intentado pasar el mayor tiempo posible con ella, pero con el trabajo de oficina que tenía, cada vez le resultaba más complicado atenderla.

Recordaba muy a menudo, un artículo de un periódico donde explicaban que en la enfermedad del Alzheimer se muere dos veces... Una muerte mental de olvido, y una muerte física. Había sido un año muy duro, y cada minuto que pasaba con ella, se había convertido en un minuto de despedida. Así pasó el tiempo y la enfermedad se aceleró y el fatídico día llegó. Fue un momento de extremo dolor y soledad, pero, a su vez, Daniel descansó al no ver sufrir más a su madre.

—¡Daniell!, —pensó—. Termina ya con esto.

Se levantó del escritorio y cogió el sobre con la documentación. Tenía hora a las once y media y si no se apresuraba, aún llegaría tarde. No le apetecía conducir, prefería la despreocupación de montarse en el metro y que le llevaran hasta la parada más cercana a la notaría.

Salió del piso y cerró la puerta. Bajó por el ascensor y, al llegar al rellano de la portería, se encontró con una vecina que se interesó en cómo se encontraba. Él, con semblante más serio de lo normal, le contestó que estaba bien a pesar de seguir echando de menos a su madre. La vecina se acercó al joven y con un gesto tierno le dio dos besos. Daniel se lo agradeció y se dispuso a seguir su camino.

Ya en la calle se dio cuenta de la cantidad de personas que apreciaban a su madre y se habían preocupado por ella y por él.

Se había abrigado bien. Hacía frío y no tenía ganas de pillar un resfriado. ¡Solo le faltaba eso, resfriarse!

Dirigió sus pasos hacia la parada de metro más cercana. Pagó el acceso y bajó las escaleras. Se sentó en el andén a esperar que llegara. No tardó mucho en aparecer. Daniel se levantó y se situó delante de una de las puertas. Estas se abrieron y entró de los últimos, cediendo el paso a las personas mayores que estaban delante de él. Por suerte encontró un asiento libre y se sentó. Apoyó en sus piernas el sobre que contenía la documentación y sacó el móvil. Lo encendió para ver si tenía algún mensaje importante. A parte de unos mensajes de amigos, y varios e-mails de publicidad, solo tenía uno que le apetecía leer.

Era de Anna, la chica con la que mantenía una relación estable desde hacía dos años. La conoció en la oficina donde trabajaba y desde el primer día notó algo especial en ella... Quizás su sonrisa, su simpatía, su forma de reír. Casi sin darse cuenta empezaron a desayunar juntos, a compartir ideas y momentos. Poco a poco, fueron viéndose fuera de la oficina para comer primero y, pasados unos meses, para cenar. Era una chica atractiva y, tanto Daniel como ella, enseguida se hicieron amigos.

Anna era algo más baja que Daniel, morena con el pelo largo y liso. Era una chica que, sin darse cuenta, llamaba la atención. Dos o tres veces a la semana salía a hacer *running*. El deporte, junto con una alimentación adecuada, hacía que tuviese un cuerpo delgado y esterilizado.

La amistad entre fue consolidándose y, ahora, disfrutaban de una relación estable, siendo un apoyo mutuo en los momentos delicados.

Anna conoció a Rosa, tanto en los buenos momentos, como en el final de su enfermedad. Durante ese período Anna fue su máximo apoyo y la estaba muy agradecido.

—Gracias Anna —pensó Daniel—. Si no hubiera sido por ti, no sé si hubiese podido aguantar la enfermedad de mi madre con la misma entereza.

Anna, en su mensaje de texto, le deseaba suerte en la visita al notario y, en caso que necesitase algo, la llamase. Habían quedado en verse por la noche.

Decidió no contestar y se guardó el móvil nuevamente en el bolsillo.

El trayecto en metro se le hizo eterno, ya no por el tiempo que había entre su parada y la de la notaría, sino por las ganas que tenía de empezar y acabar con la lectura del testamento. No se sentía preparado, pero era mejor acabar con esos trámites e intentar llevar la situación con la mejor entereza.

El metro llegó a su destino y, una vez parado y con las puertas abiertas, Daniel cogió la documentación y con paso decidido se bajó. Ya en el andén dirigió sus pasos hacia la escalera para acceder a la calle. Pasó del calor de la estación de metro, al frío de la calle.

Metió las manos dentro de los bolsillos del abrigo, y con la documentación bajo el brazo derecho, puso rumbo a la notaría. Fue acelerando el paso hasta que mirando los números de los bloques llegó hasta el que estaba buscando. Para asegurarse sacó una tarjeta y comprobó que estaba en el lugar indicado. ¡Suspiró!

Dio dos pasos atrás y miró hacia arriba para comprobar la altura del edificio. Era el típico inmueble clásico, antiguo, de la ciudad de Barcelona, con una puerta de acceso inmensa y con diferentes balcones acristalados en las ventanas. La pared estaba formada por piedras de gran tamaño. Tenía un aspecto robusto, no como los bloques de viviendas que se hacían en la actualidad. Para relajarse contó las plantas que tenía. Seis. Por fin se decidió a entrar.

Había un portero detrás de un mostrador que le saludo con cordialidad, siguiendo al instante con lo que estaba haciendo. Daniel le devolvió el saludo. Luego se dirigió al ascensor y dudó si subir en el ascensor o no. Era antiguo, de esos que tienen dos puertas y se ve todo el sistema de funcionamiento. Sabía que no pasaría nada por utilizarlo, pero prefirió utilizar las escaleras. Sería más cansado, pero más seguro, pensó. Los escalones eran grandes y bastante empinados y estaban desgastados por el uso diario y por los años que hacía que existía el edificio. La barandilla era inmensa. La madera también había sufrido el pasar de los años y el color de la madera iba cambiando según el desgaste.

Una persona de edad avanzada podría tener problemas para subir y bajar por esas escaleras si el ascensor dejaba de funcionar, pensó Daniel. Llegó al rellano de la tercera planta.

Estaba algo cansado, no por el esfuerzo, sino por los nervios. Decidió tomarse unos segundos de descanso para recobrar el aliento antes de picar al timbre. Tuvo que esperar un par de minutos hasta que escuchó como unos pasos se acercaban hasta la puerta. Una mujer de unos cincuenta y muchos años apareció al abrirse la puerta. Durante unos segundos ambos se quedaron

mirando. Daniel se presentó y la recepcionista, educadamente, le indicó que pasara. Le dirigió a una habitación y le abrió la puerta, indicándole que se sentara a la espera de que el notario le recibiera.

La calefacción estaba puesta. Todavía con el abrigo puesto empezó a sentir calor. Subir por las escaleras no había sido buena idea, pensó. Se levantó de la silla en la que se había sentado y se desabrocho el abrigo para luego quitárselo y dejarlo en el asiento que estaba junto a él. La documentación prefirió no dejarla en ningún sitio. Prefería tenerla encima de sus piernas.

Estaba solo en la sala de espera. Lo prefería. No le apetecía tener que entablar conversación con nadie por compromiso. La habitación era bastante amplia y contó hasta ocho sillas. Había cuadros colgados. Cuadros que él consideró bastante feos y antiguos. Pasaban los minutos y su nerviosismo iba aumentando.

Decidió coger una revista de un montón que había encima de una mesita. Tenía que hacer la espera lo más amena posible. Iba pasando hojas sin prácticamente leer nada. Su mente estaba en otro sitio y no en esa revista. Era un autómata pasando páginas, una, tras otra. Cansado de hacer lo mismo, dejó en su sitio la revista y decidió intentar relajarse pensando en lo que haría después de salir de la notaria.

Tras veinte minutos de espera, la recepcionista apareció indicándole que le acompañase al despacho donde sería recibido por el notario. Daniel se puso de pie. Se le había hecho eterna la espera. Cogió su abrigo y la documentación que llevaba en el sobre. Ahora, con paso nervioso, se puso a seguir a la mujer que tan amablemente le estaba indicando la dirección del despacho.

Recorrieron un amplio pasillo, y una vez llegaron al final la recepcionista y él se pararon. Picó con sus nudillos y una voz del interior indicó que pasaran. La secretaria abrió la puerta y, tal como había imaginado Daniel, el notario estaba sentado detrás de una enorme mesa de madera maciza siendo las patas enormes lo que más llamaban la atención.

Era un hombre de edad avanzada. Tendría unos sesenta y muchos años y, por su aspecto, se podía deducir que le gustaba comer. Ya sentado se veía que tenía sobrepeso. Debía de pasar muchas horas sentado sin hacer nada de ejercicio.

Todo el despacho estaba debidamente ordenado, como si estuviese cerrado durante todo el año. Montones de hojas ordenadas en la mesa y las estanterías repleta de libros. Eduardo, que así se llamaba el notario, se levantó de su silla, dejó sus diminutas gafas sobre la mesa y le tendió la mano a Daniel. Este, más intimidado que nervioso, se adelantó unos pasos y le devolvió el saludo mientras escuchaba como la puerta se cerraba a sus espaldas.

La secretaria se había marchado y había cerrado la puerta sin despedirse. La mano de Eduardo era inmensa y Daniel tuvo que aguantar algo de dolor cuando él apretó más de la cuenta durante el saludo. Cuando se soltaron, Daniel se cogió la mano intentando relajar los músculos y huesos que el notario le acababa de chafar.

—Estimado Daniel, siento mucho lo ocurrido y en primer lugar me gustaría darte mi más sincero pésame.... —comentó Eduardo.

Daniel, acostumbrado a que le dieran el pésame por el fallecimiento de su madre agradeció el gesto del notario.

—Gracias don Eduardo, ha sido un golpe muy duro, pero tenemos que seguir adelante. Mi madre era una mujer fuerte pero esta enfermedad ha podido con ella. A ella le gustaría que yo lo llevase lo mejor posible, y eso estoy intentando hacer.

Durante unos segundos el despacho se quedó en silencio. Ambos se quedaron mirando sin decir nada, esperando que alguno de los dos rompiese ese silencio tan incómodo. Eduardo, sorprendido por las palabras de Daniel, decidió pasar ese trámite lo más rápido posible y comenzó a hablar.

—Conocía a tu madre desde hace muchos años y le tenía en gran estima. Por eso vamos a ir directamente a la lectura, así podrás salir pronto y aprovechar el tiempo en hacer cosas más alegres y distraídas.

Daniel tomó nota del comentario de la amistad de su madre con Eduardo. Con un gesto afirmativo agradeció el gesto que estaba teniendo Eduardo con él y consiguió relajarse algo más en espera de conocer el contenido de las últimas voluntades. Los dos se sentaron en sus asientos. Hasta ese momento, ambos, habían permanecido de pie.

Eduardo se sentó detrás de una gran mesa, en un sillón acolchado donde se reclinaba ligeramente. Cogió de la mesa un sobre y lo fue abriendo con tranquilidad. Dentro se encontraba la resolución del testamento.

Daniel, por su parte, dejó el abrigo en el respaldo de la silla y el sobre encima de la mesa y se sentó. La silla parecía sencilla, pero era cómoda. Solo le quedaba esperar y escuchar lo que le habían dejado.

Mientras Eduardo revisaba el contenido del sobre, Daniel pensó, sin darse cuenta, la cantidad de personas que habrían pasado por esa silla, para recibir noticias buenas o malas. Todos habían tenido que aguantar una espera similar a la de él.

Eduardo tosió levemente, no por que estuviera resfriado o tuviese algún problema, si no para llamar la atención de Daniel que parecía ligeramente distraído. Daniel pilló la indirecta y se incorporó ligeramente juntando las manos para escuchar lo que le tenían que decir.

—Soy todo oídos ... —dijo Daniel.

—Empecemos ... —contestó Eduardo.

Eduardo se volvió a colocar las gafas. Se incorporó ligeramente sobre la mesa y, ya con los documentos en la mano, empezó a leer. Leía con agilidad, como si todos los días leyese las mismas palabras una y otra vez. Daniel, por momentos, se iba perdiendo, pero en ningún momento interrumpió. Las dudas que le surgiesen ya las comentaría al final.

Después de leer durante unos minutos, Eduardo se quitó las gafas y miró a Daniel.

—Esto que acabo de leer es lo que establece la ley, si tienes alguna duda puedes preguntarme.

Daniel le miró a los ojos y negó con la cabeza.

—Continuo entonces —dijo Eduardo—. Presta atención, ahora te relato lo que ha delegado en ti, tu madre.

Daniel suspiró y afirmó con la cabeza.

—Adelante Eduardo.

Volvió a colocarse las gafas y prosiguió.

—Daniel, tu madre, te ha dejado lo siguiente: Teniendo en cuenta que eres hijo único y tu padre falleció hace años, eres el heredero íntegro. Todo queda a tu disposición. El piso donde residía y que actualmente estás utilizando, y un apartamento en Sitges. Con respecto al dinero, se encuentra repartido en tres bancos distintos.

Daniel, en lugar de sentir alegría por haber sido el heredero íntegro, sintió una tristeza inmensa. Le gustaría tener a su madre en lugar de sus cosas, le gustaría sentir su presencia en el piso, en lugar de estar solo en él, le gustaría escuchar su voz en lugar de tener que pensar en ella. Daniel estaba sumido en sus pensamientos cuando volvió a escuchar la voz de Eduardo.

—También me dejó este sobre para ti Daniel. El testamento está hecho desde hace muchos años y no se ha tenido que modificar, pero este sobre me lo entregó hace tres años para que lo añadiera a lo que te acabo de contar. Tengo orden de entregártelo tal cual. Está cerrado y ni yo mismo se lo que pone.

Daniel abrió los ojos y fijó su mirada en el sobre que le estaba tendiendo Eduardo. Con mano temblorosa lo cogió tratándolo con una inusual delicadeza, como de si de un tesoro se tratase. Claro que era un tesoro para él. Era un sobre que su madre había querido que tuviese una vez fallecida y no antes.

Lo cogió y sopeso su contenido. Era un sobre grande, tamaño DIN-A4 sin doblar. Por el grosor parecía tener unas cuantas hojas, pero lo que más le llamó la atención fue que dentro había algo que se

movía. Con los dedos intentó averiguar lo que era, pero parecía estar en medio de las hojas y eso le dificultaba saber con exactitud de que se trataba.

—Bueno Daniel, si tienes cualquier duda puedes preguntarme y si te salen más adelante quiero que sepas que estoy a tu entera disposición —comentó Eduardo.

Daniel seguía observando el sobre que tenía entre las manos. Lo podría abrir ahí, pero algo le dijo que era mejor que esperara a otro momento más oportuno. Levantó los ojos del sobre y los depositó sobre el notario. Su cabeza no dejaba de pensar en el contenido. Pasados unos minutos en silencio, Daniel se levantó.

—Gracias don Eduardo, si me surge alguna duda, vendré a verle para que me ayude a entenderla.

Eduardo, con un ritual más que ensayado, se quitó nuevamente las gafas dejándolas en la mesa. Se levantó, se abrochó la americana y tendió nuevamente la mano a Daniel. Este cogió la documentación que había llevado y que no había utilizado y añadió el sobre que, el notario, le había entregado. Con agilidad se levantó para corresponder la despedida.

—Gracias por todo don Eduardo.

—¡Qué tengas suerte, muchacho! —contestó el notario.

Daniel cogió la chaqueta que había dejado en el respaldo de la silla y con la documentación bien sujeta se dispuso a salir del despacho. Con paso decidido y con ganas de salir, abrió la puerta del despacho. Se paró y, girando la cabeza en dirección al notario,

volvió a despedirse del él. Este ya no dijo nada más y vió como Daniel salía, cerrando la puerta tras de sí.

Recorrió el pasillo y llegó hasta la recepción. La secretaria estaba hablando por teléfono y se despidió de ella con un movimiento de mano. La mujer contestó con un gesto de cabeza.

Salió por la puerta de la notaría y tal y como había subido, Daniel bajó por las escaleras. Las piernas le temblaban, pero hacía un esfuerzo para que no se notase. Ya en el rellano y, antes de acceder a la calle, volvió a colocarse el abrigo. Daniel suspiró, había acabado por fin con ese trámite, pero tenía en mente el sobre. Ese sobre que le había dejado su madre.

Pensó en regresar a casa andando, pero con el tiempo que hacía, la opción de ir en metro era la más sensata. Llegó a la parada y pagó con su billete. Se sentó en el andén a esperar la llegada del metro. Dudó si abrir el sobre, pero, rápidamente, descartó esa idea. Quería leerlo con tranquilidad y, quizás, cuando estuviese preparado para descubrir lo que contenía.

Apenas pasados dos minutos el convoy llegó a la estación. Se subió y notó que había más gente que cuando lo había cogido horas antes. No sabía qué hora era, así que miró su reloj y se sorprendió al ver que eran las dos y cuarto. Había pasado casi toda la mañana en la notaría esperando y hablando con el notario. Se sorprendió al pensar que el tiempo había pasado rápido.

Encontró un sitio libre y se sentó. Apoyó la cabeza contra el cristal y con el movimiento del tren se dejó llevar. Durante unos instantes evocó momentos más divertidos intentando aislarse de lo que estaba viviendo y pasando. Llegó a su estación y con gesto de

cansancio se levantó. Recorrió el andén y subió por las escaleras hasta llegar a la calle.

Sintió hambre. No había comido nada desde el desayuno. Conocía un restaurante que solía frecuentar con asiduidad y sin darse cuenta dirigió sus pasos hacia él. Esperaba que no hubiesen cerrado la cocina y le dejaran comer algo con tranquilidad. A los pocos minutos, se encontraba delante del restaurante. Abrió la puerta con decisión y preguntó al camarero si todavía se podía comer. El camarero le hizo un gesto afirmativo y le llevó hasta una mesa.

Agradecido, dejó la documentación que llevaba encima de la mesa y se desprendió del abrigo. No tardó en aparecer el camarero con la carta. Se la entregó y preguntó que le apetecía para beber.

—Una Fanta naranja —contestó Daniel.

El camarero tomó nota en su libreta y se fue. A los pocos minutos Daniel ya tenía en su mesa la Fanta y se disponía a verterla en el vaso para darle el primer sorbo.

El restaurante no estaba muy lleno, se respiraba tranquilidad. Cogió la carta con ansia y empezó a leer lo que ofrecían para comer. Lo tuvo claro enseguida. Un plato de macarrones a la carbonara, con una ensalada de entrante.

Cuando le estaba dando el segundo sorbo a la Fanta, apareció nuevamente el camarero para tomarle nota. Apuntó el pedido y desapareció para poner en marcha la comanda.

—¡El móvil! —pensó de repente Daniel.

Lo había puesto en silencio antes de llegar a la portería del notario y no había mirado si tenía alguna llamada. Lo sacó de su bolsillo y encontró dos llamadas perdidas, además de unos cuantos mensajes, todos ellos de Anna. Se interesaba por cómo le había ido con el notario y se preocupaba por saber si estaba bien.

¡Daniel se lamentó de su despiste y decidió mandarle un mensaje explicándole que estaba bien, se encontraba comiendo por que había salido tarde del notario! Para acabar, le decía, que esa tarde hablarían y le mandaba un beso como final de mensaje. Se quedó mirando el móvil y lo volvió a guardar en su bolsillo.

En cuanto el camarero llegó con la comida no pensó en nada y en nadie más. Parecía que hacía días que no comía. Empezó con la ensalada y, una vez terminada y sin esperar, dio buena cuenta al plato de macarrones.

Lo encontró todo delicioso, no sabía si porque estaba bueno o por el hambre que tenía. Como postre, pidió un café solo. En ese momento Daniel sí que decidió saborear el café tomándoselo con tranquilidad, disfrutando de ese sabor amargo que tanto le gustaba.

Llamó al camarero con la mano y pidió la cuenta. El camarero entendió el gesto y apareció dejándole el ticket de su consumición. Daniel sacó la cartera y pagó con tarjeta.

Era hora de ponerse en marcha. Se puso el abrigo, recogió el sobre con los documentos y se encaminó hacia la salida. Se despidió y salió a la calle. Miró nuevamente el reloj, eran casi las cinco menos cuarto. No había más excusas, tenía que llegar a casa y mirar lo que contenía el sobre.

Dirigió sus pasos rápidamente hacia su piso. Saludó a varios vecinos que fue encontrando por el camino. Abrió la portería y subió por las escaleras hasta llegar a su rellano. Abrió la puerta del piso y cerrándola al entrar, dejó la documentación junto con las llaves en la mesa del comedor. Colgó el abrigo en el armario y, sin darse cuenta, se fue a su habitación y se sentó en la cama. Se dejó caer y se tumbó. Mirando al techo cayó en un profundo sueño.

Soñó con su padre y su madre paseando por Sitges, jugaban en la playa haciendo carreras. Su madre tenía la costumbre de sentarse cerca de la orilla mientras Daniel y su padre se divertían. Ella se entretenía leyendo alguno de los libros que solía llevar.

El apartamento lo compraron cuando nació Daniel. Pensaron que sería bonito pasar las vacaciones juntos, veraneando cerca de la playa. Con el tiempo, y a medida que iba creciendo, los periodos que pasaban allí se hacían cada vez más cortos, para acabar utilizándolo solo los fines de semana. No era muy amplio, pero para pasar estancias cortas era más que suficiente.

Por el contrario, a Rosa le encantaba seguir visitando Sitges en verano. Esta localidad, como ciudad de la costa catalana, tiene un excelente clima, así como una preciosa playa para poder pasear. La vista que le ofrecía era para su punto de vista maravillosa. El pueblo se encuentra rodeado del montañoso parque natural del Garraf. Por eso, en cuanto disponía de tiempo libre, se escapaba a pasar unos días y pasear por el casco antiguo, recorrer tiendas, restaurantes y bares. Como ella pensaba, era su lugar de desconexión para apartarse del ajetreado mundo de la ciudad. Un libro siempre la

acompañaba. En el sueño, Daniel escuchó un ruido. Era un sonido que le resultaba familiar y que, poco a poco, fue despertándole. Se incorporó ligeramente de la cama y se dio cuenta que se había quedado dormido. No había llegado a pasar frío, pero tuvo que reconocer que hubiera estado mejor si se hubiese tapado. Miró hacia la mesilla de noche y vio que el móvil se iluminaba. Alargó la mano y lo miró. Era Anna y aparecían más de seis llamadas perdidas. Con voz aún de recién despertado Daniel contestó.

—Hola Anna.

—Daniel, ¿estás bien? Me tenías preocupada.

—Perdona. Fui a comer al restaurante que está al lado de casa y cuando subí me tumbé en la cama y me quedé dormido.

—Llevo toda la tarde llamándote, estaba muy preocupada
—se quejó Anna.

—Perdona Anna, ha sido un día muy complicado, pero ya ha pasado.

—¿Quieres que vaya a verte?

Daniel dudó unos segundos en responder.

—Te lo agradezco, pero si no te importa, prefiero estar en casa tranquilo, necesito reflexionar un poco, espero no te importe...

—contestó Daniel.

—Te entiendo, pero prométeme que si necesitas algo me avisarás.

—¡Ok Anna, te lo prometo y gracias por todo! Descansa..., un beso.

—Un beso Daniel.

Colgó la llamada y dejó el móvil en la mesita. Cansado de estar en la cama, se levantó y se dirigió al comedor, allí, tal y como lo había dejado al entrar, estaban los documentos del notario y entre medio, el sobre que le habían entregado en nombre de su madre. Se quedó mirándolo durante un buen rato. Pensaba en que podía contener. Tenía que abrirlo, pero... ¿Estaba preparado? ¿Se estaba alguna vez preparado para vivir una situación así? La mente de Daniel no dejaba de pensar. Lo mejor era actuar y enfrentarse a la verdad.

Rebuscó entre los documentos y cogió el sobre. Se sentó en su sofá y lo miró por ambos lados. En un lado había escrito con la letra de su madre las palabras. Para ti, Daniel. No pudo aguantar más y lo abrió. Necesitaba saber de su madre, necesitaba saber que había pensado ella para él, cuando no estuviese.

Con cuidado, fue rasgando el sobre y metió la mano para sacar lo que contenía. Sacó tres folios. Estaban escritos con la letra de Rosa. Esa letra delicada y fácilmente legible. Los folios solo estaban escritos por una cara.

No se acordaba que el sobre contenía algo más y lo dejó sobre la mesa. Al depositarlo allí notó que pesaba más de lo normal, había hecho un ruido distinto al que hace un papel al ser puesto sobre algo. Dejó la carta al lado del sofá y volvió a coger el sobre. Introdujo la mano dentro intentando encontrar que era aquello que contenía.

Daniel no salía de su asombro cuando sacó el objeto... Se trataba de una llave. Una llave distinta a las que se suele utilizar para abrir

las puertas de casa. La miró por ambos lados y no encontró nada que le pudiera hacer pensar de qué se trataba.

—¿Qué misterio es este, mamá? —se preguntó—. ¿Qué quieres decir con esta llave y por qué ahora y no antes? —reflexionó.

Pensó que quizás en las cartas podría encontrar alguna explicación. Dejó la llave en la mesa con cuidado y cogió las tres hojas.

“Hola Daniel, si estás leyendo estas letras es porque ya no me encuentro a tu lado.

En primer lugar, quiero que sepas que te quiero y que has sido un excelente hijo. Has conseguido que sea una madre orgullosa. Me gustaría que siguieras tu camino y que respetases los valores que te he intentado inculcar y que creo, he conseguido.

Cuando me diagnosticaron la enfermedad, me di cuenta que mis recuerdos, poco a poco, se irían apagando, así que me decidí a escribirte esta carta para que, con mis facultades aún plenas, pudiera expresar lo que has significado y significas en mi vida. Siento los malos ratos que te he podido hacer pasar al tener que cuidarme, pero sabes que ha sido en contra de mi voluntad. Quiero por favor Daniel, que me recuerdes como era, y no como me has visto en los últimos momentos de mi vida, ya que, posiblemente, no me comporté como estabas acostumbrado.

Sé feliz hijo, vive la vida y busca siempre el lado positivo de las cosas para que así los problemas que te puedan surgir sean más llevaderos y fáciles de solucionar.

Si todo ha transcurrido según lo previsto, habrás ido a ver al notario y este te habrá leído mis últimas voluntades. Como parte de ellas te habrá entregado este sobre. Dentro tiene que haber una llave. Una llave muy importante. Supongo que te preguntarás que significado tiene.

Es una llave muy especial. ¿Te acuerdas cuando eras pequeño y jugaba contigo a dejarte pistas por casa y tu tenías que resolver un misterio? Espero te acuerdes como nos divertíamos.

Pasábamos horas jugando y, a medida que te hacías más mayor, yo aumentaba la dificultad de los misterios a resolver... Me encantaba verte pensar y buscar la siguiente pista hasta resolver el misterio.

Daniel, ¡te propongo un último juego! Si quieres puedes aceptar jugar o no, aunque conociéndote como te conozco, creo que no lo dudarás y empezarás a jugar enseguida.

La llave es la primera pista. Tienes que averiguar a que pertenece y, a partir de ahí, irás encontrando más pistas como cuando eras pequeño. Esta vez hijo, he tenido que ser algo más ingeniosa y las pistas están esparcidas por la ciudad.

He tenido que ser prudente, porque el misterio que resuelve, es de gran importancia. Supongo que te estarás preguntando porque ahora. La respuesta es bien sencilla, Daniel. No podía hacerlo antes, había muchas cosas en juego y no podía revelarte el secreto sin ponernos en peligro..."

Daniel paró y abrió los ojos. ¿Peligro mamá? —Dijo en voz alta. ¿A que peligro te refieres? —No te entiendo. Ojalá estuvieras aquí para explicármelo.

Todas las preguntas que se hacía Daniel no tenían respuestas, o quizás sí. Continuar leyendo y resolver el misterio o dejar que el misterio se quedase sin resolver.

“...En este juego, Daniel, tienes que tener mucho cuidado y vigilar en quien confías, intentar pasar desapercibido y no levantar sospechas, así podrás moverte con mayor tranquilidad...”

Estos consejos que te doy son de vital importancia, ya que si no lo haces puedes correr peligro. Lo siento hijo, no quiero asustarte, pero quiero que te des cuenta de la importancia que tiene empezar o no a jugar el juego.

Solo quiero darte dos pistas que te ayudaran a resolver el juego si decides empezarlo.

1.- El juego solo puede acabar de resolverse en el mes de julio.

2.- Sé que no pudiste conocer en profundidad a tu padre, pero creo que sabes bien como era y como actuaba, con lo cual, la segunda pista es también importantísima. En determinadas ocasiones tendrás que actuar y pensar como si fueras él.

Siento si te estoy causando algun problema, pero no es mi intención. Sabes hijo que todo lo que he sentido por ti te lo he dicho en vida, con lo cual poco me queda por decirte.

Bueno, ahora sí que llega el momento de la despedida y te deseo lo mejor que una madre pueda desear a un hijo. Si decides jugar que tengas mucha suerte”.

Acabó de leer la carta y no separó la vista del papel. Sintió como las lágrimas corrían por sus mejillas de una forma incontrolada. Pasado unos minutos miró al frente. Tenía que tomar una decisión, jugar al

último juego o dejar a un lado esa idea y seguir como hasta ahora haciendo su vida con normalidad.

Dejó la carta sobre la mesa y volvió a coger la llave. La miró con más detenimiento por ambos lados, pero no consiguió ver nada que le pudiese indicar que podría abrir. Con la mente bloqueado por la carta y la llave, dejó esta última en la mesa.

Se levantó para beber algo. Tenía la garganta seca y necesitaba refrescarse. Ya en la cocina se sirvió un vaso de agua. Tenía tanta sed que repitió la operación varias veces.

Miró el reloj y vió que faltaban cinco minutos para las diez de la noche, con lo cual decidió calentar una pizza y cenar para ver si con el estómago lleno podía ver las cosas con más claridad.

Durante la cena Daniel estaba absorto en sus pensamientos. ¿Jugar o no jugar? Parecía una decisión fácil, pero, cuanto más tiempo lo pensaba, más difícil le resultaba tomar una decisión.

Sabía que si su madre se había tomado tantas molestias es que no se trataba de un simple juego, sino que tenía que tener oculto un misterio mucho más importante de lo que Daniel se podía imaginar.

El horno pitó y, con cuidado de no quemarse, sacó la cena y la puso en un plato. Esperó unos minutos a que se enfriara. Se la fue comiendo sin darse cuenta. Su mente estaba demasiado ocupada para pensar en lo que estaba haciendo. Cuando ya no quedaba ningún trozo más, Daniel se volvió a beber un vaso de agua y se quedó quieto con la mirada perdida en el horizonte.

Su cerebro estaba intentando procesar toda la información que había recibido durante ese día. Recogió los pocos cubiertos que había utilizado y los dejó en el fregadero, los lavó y los guardó en su sitio.

Era curioso. En un día normal hubiera cenado y lo que hubiese utilizado lo hubiera dejado en el fregadero para fregar al día siguiente, pero hoy, al estar preocupado, lo había hecho mientras su mente seguía trabajando en sus pensamientos.

Recogida la cocina se dirigió al comedor y se sentó en el sofá. Cogió el móvil y consultó si tenía algo. Mandó un mensaje a Anna para desearle buenas noches y ella a los pocos minutos de recibirlo, le contestó.

—Buenas noches Daniel Descansa, ¡Nos vemos mañana!

¡Era cierto!! Mañana tenía que volver al trabajo. Era jueves y había pedido el día libre para poder realizar los trámites sin prisas y sin tener que regresar al trabajo.

—¡Dios! —pensó Daniel—... con las cosas que tengo que hacer y mañana a trabajar.

Su trabajo le encantaba y se lo pasaba genial, además de tener a Anna cerca. Sin embargo, después de lo acontecido durante el día, las ganas de ir a trabajar habían desaparecido. Suerte que sería viernes y tendría todo el fin de semana para descansar y poder pensar que hacer con ese juego que le había propuesto su madre.

Como se encontraba cansado decidió irse a la cama directamente y, una vez puesto el pijama, abrió con cuidado un lado y se metió bajo el nórdico para entrar en calor. Empezó a repasar lo que había

ocurrido durante ese día y, poco a poco, fue entrando en un profundo sueño.

El silencio del piso ayudó a Daniel a tener un sueño tranquilo y reparador. Fue una de esas noches que duermes y descansas a la vez. Apenas se movió durante la noche.

Esta vez sí que tuvo que sonar el despertador. Eran las ocho y cinco, hora en la que solía despertarse para ir a trabajar. Empezó a bostezar y, poco a poco, fue despertándose. Dio un salto de la cama y se fue directamente a la ducha. Puso el agua bien caliente, como a él le gustaba y, con cuidado de no quemarse, se introdujo dentro esperando a que el agua corriese por todo su cuerpo. Sintió que se relajaba. El agua caliente y la sensación de ser libre en ese momento llevó a Daniel a un estado de relajación total.

Perezoso por romper ese instante y con bastante tranquilidad, fue cerrando el grifo y el agua empezó a caer con menos fuerza hasta que solo cayeron unas cuantas gotitas. Abrió la mampara y alargó el brazo para coger el albornoz que ya lo había dejado preparado. Con cuidado de no resbalar al salir de la ducha, se lo puso y comenzó a secarse.

Aún con el albornoz puesto, se dirigió a la cocina y se preparó su primer café. Se sentó y puso en orden un poco sus ideas. Una vez terminado de tomar el café que empezaba a enfriarse, se fue a su habitación, se quitó el albornoz y comenzó a vestirse.

Ya de camino a la puerta del piso, se paró en el comedor y miró hacia la mesa. Durante unos segundos pensó que quizás todo había sido un sueño. Pero no, miró a la mesa y se percató que era cierto, existía la carta y la llave misteriosa.

La inquietud volvió a aparecer y se quedó parado en medio del comedor con la mirada puesta en la mesa. Miró su reloj y se dio cuenta que si no se apresuraba llegaría tarde a trabajar.

Se acercó a la mesa y cogió las cartas y la llave y, con rapidez, se dirigió a su habitación donde las guardó en su mesita de noche. Podría haberlas dejado encima de la mesa, pero prefirió ser prudente y no dejar esas pistas en un lugar tan visible. ¿Y si alguien las estaba buscando? El corazón le dio un vuelco y se puso nervioso. Respiró profundamente y se calmó. No tiene porque pasar nada se dijo para autoconvencerse.

Mirando a la mesita de noche Daniel pensó: Tendrás que esperar ahí hasta la noche. Ahora sí que se dirigió a la puerta y con energía la abrió.

Salió y cerró con llave. Picó al ascensor y en pocos segundos apareció delante de él. Abrió la puerta y se introdujo en él. Marcó la planta de salida a la calle y esperó a que el ascensor descendiera con esa tranquilidad con la que lo solía hacer.

Ya en la calle se abrochó el abrigo hasta el cuello y aceleró el paso en dirección al metro que le dejaría en la parada más próxima de su puesto de trabajo.

La gente caminaba deprisa, se notaba que muchos llegaban tarde a la oficina. Era el ritmo habitual de una ciudad grande como Barcelona. Pagó con el ticket mensual el metro y bajó por las escaleras hasta llegar al andén.

Había mucha gente esperando. Era la hora punta en que todos se dirigían a su trabajo en un estado de automatismo, esperando

cumplir la jornada laboral para volver a sus casas a descansar. Él no era distinto a los demás.

Trabajaba en un edificio donde había otras muchas empresas. En el hall del edificio había una recepción que se encargaba de distribuir a las distintas visitas para que no se pudieran perder por las diferentes plantas y pasillos.

La suya estaba ubicada en la cuarta planta. La entrada que era de cristal, era inmensa, facilitando así el paso de entrada y salida de los trabajadores.

En esos pensamientos se encontraba cuando el metro llegó a la parada y se subió. Como era normal no había ningún sitio para sentarse, así que se dirigió a una esquina y se agarró a una asadera para no perder el equilibrio con el baibén. Las paradas fueron pasando y, después de contar cinco, llegó la suya. Se bajó y subió los escalones que le dirigirían a la calle. Ya en ella se volvió a abrochar bien el abrigo y con paso ágil se dirigió hasta su trabajo.

Daniel entró con paso decidido y una vez a la altura de la recepción les dedicó un saludo de buenos días. El ascensor acababa de llegar y seis personas se iban introduciendo lentamente. Aceleró el paso llegando incluso a realizar una pequeña carrera para poder aprovechar que todavía quedaba algún hueco. Saludó a los demás ocupante con un escueto. Buenos Días. Cada trabajador picó al botón donde se encontraba su puesto de trabajo y Daniel se fijó que a su planta solo iba él.

Eran las ocho y cincuenta y la mayoría de compañeros no habían llegado todavía. Miró hacia la mesa que ocupaba Anna, pero tampoco la vió.

A medida que se aproximaba las nueve, los compañeros fueron haciendo acto de presencia y, disciplinadamente, se desearon buenos días, ocupando sus puestos para empezar la jornada laboral.

Observó como entraba Anna y, disimuladamente, Daniel se levantó y fue a su encuentro.

—Hola Anna, buenos días, ¿todo bien? —preguntó Daniel.

Anna le contestó con un gesto afirmativo y a su vez le dedicó una de sus bonitas sonrisas.

—Hola Daniel, tenía ganas de verte, tendrás muchas cosas que contarme. ¿Nos vemos a la hora de comer y charlamos un rato? —preguntó.

—Me parece bien.

—¡Venga a trabajar, que tengo un día complicado! —respondió Anna.

—Cuanto antes empecemos, antes acabaremos. —Sonrió Daniel mientras le contestaba.

Daniel se dirigió a su puesto de trabajo y procedió a encender su ordenador. Colocó las cosas que normalmente utilizaba cerca y se dispuso a empezar a trabajar. Iban pasando las horas y en algunos momentos sentía como su mente se abstraía de lo meramente laboral y viajaba hasta esa carta y llave que había dejado en su mesita de noche. Antes de que se diera cuenta, llegó la hora de comer y como era ya un ritual, se acercó a la mesa de Anna. Le hizo una señal conforme la esperaba en el rellano del ascensor.

Pocos minutos después de la salida de Daniel, Anna cogió su bolso y se dirigió a la salida por donde Daniel hacia un momento había salido.

Ya los dos en el rellano, se dieron un beso y contándose como les había ido la mañana, se dirigieron hacia la planta donde se encontraba la cafetería. Ambos llegaron hablando de temas sin importancia y, una vez dentro y después de hacer la cola para pedir, se decidieron por el menú diario y así no dilatar más la espera.

Miraron los huecos que quedaban libres en la cafetería y los dos asintieron al ver uno que les venía bien. Se sentaron en una mesa de dos personas y ahí Anna le preguntó directamente por su visita al notario.

—No me has contado nada de lo que paso en la notaria — preguntó Anna.

—Lo sé, prefería contártelo en persona y no por teléfono, ya sabes que según que cosas, no me gusta hablarlas por ahí.

—Bueno, pues me lo cuentas o tengo que ir haciendo preguntas para sacarte la información.

Daniel estaba deseando contarle a alguien lo que vivió el día anterior y nadie mejor que Anna para que pudiera darle su opinión. Le fue contando todo con pelos y señales, cada momento, cada sentimiento que tubo. Llegado el momento de las cartas y de la llave prefirió no decir nada en la cafetería, pero sí le dijo que, si esta noche pasaba por casa, le explicaría algo aún más sorprendente.

Anna le insistió para que se lo contase en ese momento, pero conociendo como conocía a Daniel, desistió pasado unos minutos. Sabía que, si no lo quería contar, jamás lo haría por mucha presión que le hiciese nadie, incluida ella.

El tiempo de la comida terminó y ambos recogieron sus cosas y se dirigieron a sus puestos de trabajo. Antes de entrar Daniel le dijo a Anna.

—¿Quedamos a las ocho y media en mi casa y cenamos allí? No me apetece mucho salir fuera.

—Me parece bien, cenaremos y luego improvisamos — contestó Anna.

Concretada la cita, ambos se metieron de lleno en su trabajo para intentar acabar lo antes posible y comenzar el deseado fin de semana. La hora de terminar llegó y cada uno que, en muchos casos hacían horarios distintos de salida, fueron recogiendo sus cosas y se fueron marchando. Uno de los primeros en irse fue Daniel.

Bajó por el ascensor y, una vez en la calle, respiró hondo. Hacia frío, pero le apetecía sentir esa sensación para contrarrestar el calor que tenía dentro de su cuerpo. Decidió irse andando a casa. Sabía que tenía un trayecto largo, pero le apetecía despejarse y andar, andar hasta sentir, o eso pretendía, que las ideas de su cabeza se fueran aclarando.

Había conseguido salvar bien el día de trabajo, aunque en muchas ocasiones, se sorprendió él mismo con la mirada perdida y la mente puesta en cualquier cosa menos en lo que estaba haciendo. Ahora

iba mirando los escaparates, fijándose en cosas que nunca antes había prestado atención y que ahora sí que lo hacía. Una pregunta de pronto golpeó su mente.

— ¿Cómo averiguaría para que sirve esa llave? ¿Le podría ayudar Anna?

No sabía por dónde empezar y eso que su madre le había empezado a guiar. Se sentía bloqueado, pero tenía que salir de ese estado para poder resolver el juego. El juego. Se dijo para sí mismo.

Había aceptado jugar sin darse cuenta. Si, pensó, voy a jugar el último juego. Para mi madre era importante, con lo cual, para mi también tiene que serlo porque si no, jamás me hubiera pedido jugarlo y, menos aún, poner en peligro mi vida. Sin darse cuenta fue acelerando el paso y lo que solía tardar en recorrer una hora, aproximadamente, lo hizo en cuarenta y cinco minutos.

En pocos segundos se encontró delante de su portería. Estaba oscuro. El invierno hacía que anocheciese antes y todo se convirtiese en penumbra. La portería estaba abierta, así que entró. Subió las escaleras de dos en dos y llegó a su rellano. Buscó en su abrigo las llaves y, aunque le costó encontrarlas, al final lo hizo y pudo entrar en su piso.

A medida que avanzaba fue encendiendo las luces para evitar la oscuridad que desprendía cada estancia. Se quitó el abrigo y lo lanzó sobre una butaca al tiempo que se dirigía a su habitación y abrió el cajón de la mesita de noche donde había dejado las cartas y la llave.

Por donde empiezo... Sé razonable Daniel. Cogió lo que estaba buscando y se sentó en su cama. Se decidió a leer y releer la carta un par de veces para intentar sacar algo en claro o por si había algún detalle que por la emoción y las prisas de la primera lectura había saltado por alto.

La carta parecía clara, con lo cual, debería de encontrar en ella algo que le ayudase a empezar con la búsqueda. Algún detalle oculto, algo, lo que fuese.

Nada, no encontró nada que le pudiese orientar. Cogió la llave y la volvió a mirar. Sin soltarla se levantó de un salto y se fue corriendo a la habitación donde tenía el portátil. Nervioso lo encendió y espero con impaciencia a que se activara para poder utilizarlo.

Tan pronto estuvo operativo, entró en el buscador de internet que solía utilizar y puso la palabra "tipos de llave". Cuando el buscador terminó de buscar el término, Daniel clickó en la parte superior, en la parte de imágenes. Al principio deprisa y después más despacio, fue arrastrando con el ratón haciendo bajar las imágenes buscando quizás una que se pudiera parecer a la que tenía justo delante de él y que su madre le había dejado como primera pista.

Empezaba a desesperarse. No encontraba ninguna que se asemejara lo suficiente como para pararse e indagar a que podría pertenecer. Cuando comenzaba a pensar en desistir, una de las imágenes le llamó la atención y en un acto instintivo amplió la imagen. Se quedó observándola durante varios minutos y luego cogió la suya y, como un niño pequeño, empezó a compararla en busca de similitudes.

No eran iguales, eso lo tenía claro, pero la estructura y tamaño parecían coincidir. Volvió a clickar sobre ella para que la fotografía le dirigiese a alguna página web donde encontrar algo más de información.

Lo que encontró le sobresaltó. La imagen de la llave que aparecía en la web, pertenecía a una caja de seguridad de un banco. Miró la suya y, por un momento, dudó, pero, en seguida, lo vió claro. Su llave abriría una caja de seguridad de un banco y allí, muy probablemente, encontraría otra pista para resolver el último juego.

—¡Mamá que lista eres! —dijo Daniel en voz alta.

Volvió a mirar la llave y le volvieron a salir nuevamente dudas y preguntas... ¿Pero en que banco está la caja de seguridad? ¿Como voy a localizarlo y como me van a dejar entrar para abrirla y encontrar la segunda pista?

Se quedó mirando la pantalla de su portátil y la llave que tenía en la mano. Miraba la pantalla y la llave. Su mente empezaba a trabajar buscando algo que le indicase de que banco podía tratarse, en el caso que fuera su intuición correcta. El tiempo transcurrió deprisa y el sonido del timbre de la portería le hizo volver a la vida real.

Miró el reloj, eran las ocho y cuarto, tenía que ser Anna. Siempre tan puntual. Bajó la pantalla del portátil y dejó la llave al lado. Con prisa se levantó y se dirigió hasta la puerta. Desde el telefonillo de la entrada abrió la puerta de la entrada del edificio y mientras ella subía por el ascensor, aprovechó para ordenar un poco el piso.

No lo tenía muy desordenado, pero quería tenerlo algo mejor para que Anna se sintiera más cómoda. Sabía que no tenía mucho tiempo para hacerlo, así que recogió lo que era más urgente. Minutos después sonó el timbre de la puerta.

—¡Voy! —gritó Daniel.

Dejó lo que estaba haciendo, se ordenó un poco el pelo y se dirigió a la puerta. Abrió y se encontró con Anna.

—Hola Anna, tan puntual como siempre.

Ella sonrió y se besaron.

Anna era un año más joven que Daniel y vivía en casa con sus padres. Era al igual que él, hija única, con lo cual ambos habían tenido la falta de un hermano para jugar de pequeños en casa.

Desde el fallecimiento de Rosa, Anna había ido a pasar varios fines de semana con Daniel a su casa. Era una manera de estar más tiempo juntos y Anna sentía que a Daniel le venía bien su compañía y así no pasar tanto tiempo solo. Aprovechaban esos fines de semana para salir y recorrer la ciudad de Barcelona, adentrándose en barrios antiguos, apreciando la arquitectura de la ciudad que, en muchos casos, pasaba desapercibida para los demás transeúntes. Habían descubierto lugares que no pensaban que pudieran existir.

Daniel se apartó y dejó espacio para que Anna pudiera entrar en el piso. Anna se dirigió al comedor y dejó la chaqueta en el sofá. Daniel iba detrás de ella observando sus movimientos.

—¿Que miras Daniel? —preguntó Anna.

Daniel sonrió y con delicadeza la volvió a besar. Ambos se sentaron en el sofá y después de ponerse al día de lo que habían hecho en

las últimas horas Anna fue directa al grano.

—Daniel, ¿que es eso que no me has querido contar en la cafetería del trabajo?

Daniel la miró fijamente a los ojos y se levantó sin decir nada. Se dirigió a la mesa donde estaba el portátil y, en pocos minutos, volvió a sentarse al lado de ella, con dos objetos en la mano.

—Esto —dijo enseñándole la carta y la llave—, estaba entre las últimas voluntades que mi madre dejó para mi.

—¿Qué es Daniel?

—Es una carta de mi madre y una llave. Me gustaría que la leyeres, ya sé que puedes pensar que es personal, pero creo que necesito tu opinión y sé que a mi madre no le importaría —dijo y con un gesto entregó la carta a Anna y esta con mucho cuidado la cogió. Se recostó en el sofá y miró a Daniel, luego agachó la cabeza y centró su mirada en las hojas. Transcurrió un tiempo en silencio, mientras Anna iba leyendo. Anna levantó la mirada y la fijó en Daniel.

—¡No me extraña que no me lo dijeras en la cafeteria!

Daniel no contestó, espera todavía la reacción de ella.

—Se me ocurren muchas preguntas, pero creo que la primera es la fundamental.... ¿Que vas a hacer Daniel? Jugarás o dejarás las cosas como están.

Se produjo un silencio y Daniel sonrió...

—Lo sabía. ¡Sabía que no te podrías resistir! Pero, ¡has leído bien! ¡Pone que puede ser peligroso! ¿Lo has pensado bien?

—Se que pone que es peligroso, pero es un juego que me propone mi madre... y creo que no es un juego cualquiera. Podría habérmelo propuesto en vida, pero ha esperado hasta este momento para decírmelo. Tiene que ser algo importante Anna, en otro caso, no se arriesgaría a poner en peligro mi vida.

—¿Y la llave Daniel?

Anna cogió la llave y la estuvo observando durante un rato en silencio. Daniel también estaba callado, esperando alguna reacción de su compañera. Al ver que no decía nada se decidió a contarle lo que había descubierto o lo que pensaba que podría abrir.

—Mientras venías he estado dándole vueltas al tema de la llave —dijo Daniel. Alargó la mano y con delicadeza, se la quitó de sus manos y continuó hablando—. Creo que es una llave que se utiliza para abrir las cajas de seguridad de los bancos o cajas de ahorro.

Anna abrió los ojos y alternaba la mirada entre la llave y Daniel.

—Acompáñame —dijo Daniel.

Ambos se levantaron y se fueron a la habitación donde estaba el ordenador portátil. Se sentaron cada uno en una silla y Daniel levantó la pantalla. Después de unos minutos, volvió a repetir la operación que había hecho unas horas antes. Con la imagen en la pantalla de una llave de una caja de seguridad de un banco, Daniel giró su cabeza y miró a Anna. Esta asombrada devolvió la mirada a Daniel y ambos sonrieron.

—Veo que ya has resuelto la primera pista tu solito —comentó Anna y Daniel volvió a sonreír—. ¿Y ahora qué hacemos?

—preguntó Anna.

—¡Cómo que, qué hacemos! —contestó Daniel.

—¿No pensarás que te voy a dejar jugar solo a este juego? Creo que necesitaras la ayuda de alguien y me gustaría ayudarte.

No lo había pensado. Estaba tan absorto en la propuesta de su madre que en ningún momento había pensado que alguien pudiera ayudarle. Reflexionó durante unos segundos y miró fijamente a Anna.

—¿En serio quieres ayudarme? Pone que puede ser peligroso, ya lo has leído tu misma...

—Venga Daniel, lo he leído perfectamente y me gustaría ayudarte. Sé que para ti tu madre era alguien excepcional y quizás hasta la fecha la persona más importante de tu vida, por eso, creo que te vendrá bien mi ayuda y quizás juntos podamos resolver el misterio.

Daniel no pudo reprimir su impulso y la abrazó. Permanecieron así durante unos minutos. Daniel se separó un poco y la besó otra vez.

—Gracias Anna.

—Va, no seas tonto, sabes que me encanta estar contigo y compartir momentos y creo que esta aventura es una buena oportunidad para estar más tiempo juntos.

Daniel ante las palabras de Anna no supo que decir, así que intentado cambiar de tema le propuso ir a la cocina y preparar algo para cenar.

Dejaron la carta y la llave.

Decidieron entre ambos preparar una ensalada de primero y como segundo plato, cenar merluza a la plancha. Cada uno se dedicó a hacer una tarea y en poco tiempo estaba todo listo y servido. Se sentaron y hablaron del juego. Terminaron de cenar. Había sido una cena ligera.

Daniel se levantó y se fue donde estaba la máquina xpresso que utilizaba para hacer café. Daniel preparó dos café con leche descafeinado. Los cogió y volvió a sentarse en frente de Anna. Sin darse cuenta ambos volvieron a hablar de la carta y la llave. Hicieron un resumen de lo que sabían hasta ahora y se dieron cuenta que, prácticamente, no sabían nada.

Sabían que podrían correr peligro y que algo importante resolvería el juego. Otra cosa que les tenía muy intrigado es lo referente al padre de Daniel. En momentos tendrás que pensar y ser como tu padre.

Daniel le volvió a explicar a Anna que de su padre tenía excelentes recuerdos y que conocía sus gustos hasta donde él alcanzaba a recordar, pero no sabía si eso sería suficiente para poder resolver el misterio. Los pensamientos se agolpaban en la mente de Daniel intentando recordar los momentos vividos con su padre.

Otro dato importante que hasta ahora no habían prestado atención es que el misterio se resolvía solo en el mes de julio. Porque en julio. ¡Que tiene julio que no tenga los demás meses del año!

Surgían preguntas y más preguntas y respuestas pocas. Ni Anna ni Daniel conseguían responder a ninguna de las preguntas que ellos mismos lanzaban. Tenían dudas, pero les saldrían aún muchas más.

—Y la llave Anna.... ¿Por dónde empiezo?

Anna se quedó callada y mientras removía el café le iba dando vueltas a la pregunta que le acababa de hacer. Despacio sacó la cucharilla de la taza y la depositó en el plato. Bebió un sorbo y cuando dejó la taza sobre el plato miró a Daniel.

—Creo que lo primero que tendrías que hacer es averiguar con que bancos o cajas de ahorro trabajaba tu madre, y preguntar si esa llave puede abrir alguna de las cajas de seguridad que tienen para los clients —sentenció Anna. Daniel no salía de su asombro y se preguntó ¿cómo no lo había pensado antes él? Se daba cuenta que, quizás, los acontecimientos le estaban superando y que había sido genial que Anna se ofreciese a ayudarle, al verlo todo desde una perspectiva más fría le serviría de gran ayuda.

—¡Genial Ana!

Daniel sin decir nada más se levantó y se dirigió a la habitación de su madre. Desde su fallecimiento en pocas ocasiones había entrado. Prácticamente todo estaba igual desde que su madre salió de casa y fue ingresada. Antes de abrir la puerta para entrar, respiró profundamente. La abrió y un torbellino de recuerdos le invadieron. La cama de su madre, el mueble, el espejo, las fotografías... es como si el tiempo se hubiese detenido y no hubiera ocurrido nada... Su madre viva paseando por la casa preguntándole cosas. En esos pensamientos se encontraba cuando escuchó la voz de Anna.

—¿Daniel estás bien? —Se escuchó una voz que provenía del extremo opuesto del piso. Era Anna que al ver que Daniel tardaba, empezaba a preocuparse e impacientarse.

—Todo bien Anna, ahora voy.

Decidió entrar dejando de lado los pensamientos tristes que le habían asaltado. Piensa Daniel piensa, se dijo a sí mismo. ¡Dónde guardaba las cartillas de los bancos!

Rosa, como buena mujer previsora, al conocer la noticia de su enfermedad, tomó todas las precauciones que consideró importantes y le explicó a Daniel las cosas que tenía que saber. Una de estas era donde guardaba los documentos importantes, cartillas del banco, documentación de médicos, etc... Daniel, en ese momento, no acababa de entender bien la importancia de saber dónde se guardaba toda esa información, desconocedor de las trágicas consecuencias de convivir con una persona enferma de Alzheimer. Ahora, se arrepentía de no haber prestado más atención. Paseó por la habitación abriendo y cerrando cajones, abriendo armarios. Se paró y pensó. Como si de una revelación se tratara, salió de la habitación y se fue a la galería que estaba en la cocina. Anna lo miraba, pero no se atrevía a decir nada. Daniel apareció nuevamente por la cocina llevando una pequeña escalera de tres escalones bajo el brazo. Pasó por su lado y, sin mediar palabra, volvió a dirigirse hasta la habitación de su madre.

Abrió la puerta del armario y colocó la escalera abierta. Se subió y primero tanteo con la mano en busca de algo que le llamase la atención. Después de apartar unas mantas, Daniel dio con una caja de cartón. Esto es lo que buscaba... pensó. Con cuidado la sacó del armario y con precaución fue bajando los tres escalones.

Ya en su poder, la dejó encima de la cama y abrió la tapa que la cerraba. Ante sus ojos, aparecieron sobres que deberían tener

bastante documentación. Abultaban bastante. En un lado vió lo que estaba buscando. Apartó lo que en ese momento no le interesaba y aparecieron tres cartillas de banco y una cartilla de una caja de ahorros.

Volvió a tapar la caja y subiéndose nuevamente a la escalera la colocó donde momentos antes estaba. Descendió de la escalera, la apartó y cerró nuevamente el armario. Colocó la escalera debajo de la cama y cogiendo las cuatro cartillas se dirigió a la cocina donde esperaba impaciente Anna.

—Ya estoy aquí.

—¿Hasta donde has ido? Porque con el tiempo que has tardado te ha podido dar tiempo de ir a comprar algo al super y volver —contestó Anna

Daniel se puso a reír y Anna al verlo, empezó a hacerlo también. Sin querer y estando en un momento tan tenso, ambos se estaban riendo y eso les producía aún más ganas de seguir riéndose.

—Bueno —dijo Anna—. ¿Has encontrado lo que estabas buscando?

Daniel extendió la mano y colocó en la mesa frente a Anna las cuatro cartillas.

—¡Déjame ver! Veo que a tu madre le gustaba tratar con diferentes bancos. Veamos. Dos cartillas pertenecen a un mismo banco, estas dos pertenecen a dos bancos distintos y esta cuarta pertenece a una caja de ahorros.

Daniel observaba y escuchaba a Anna.

—Tendremos que visitar a los diferentes bancos para que nos puedan decir si la llave abre alguna de sus cajas de seguridad —afirmó Daniel mientras Anna asintió con la cabeza.

Daniel fue a dar un sorbo al café y cuando le tocó los labios se dio cuenta que estaba frío.

—¡Voy ha hacerme otro café! ¿Quieres uno?

—Si, gracias Daniel.

Durante unas horas más siguieron dándole vueltas al juego hasta que Anna decidió que ya era momento de descansar.

—Daniel, creo que tendríamos que dejar de lado el juego durante el resto de la noche. Estamos dandole tantas vueltas sin ver nada claro, que sería mejor intentar desconectar y quizás así podamos ver las cosas más claras mañana.

—Tienes razón, dejemos de lado el juego durante unas horas y relajémonos un poco.

Se levantaron de la cocina y decidieron dejar los platos y vasos para fregarlos al día siguiente. Estaban cansados. Pusieron las sillas dentro de la mesa y se dirigieron al comedor.

Se sentaron en el sofá y se pusieron a ver la televisión. No se pararon en ningún programa en concreto, sino que iban haciendo *zapping* y comentaban lo que iba saliendo en cada momento. Quizás por el cansancio del día o por la pobre programación, empezaron a bostezar dando signos de sueño. El sueño les empezó a vencer y decidieron tumbarse en la cama para intentar descansar. Se pusieron cómodos, con la ropa de dormir, y se prepararon para acostarse. Destaparon la cama y cada uno ocupó el sitio que

utilizaban sin previamente haberlo fijado. Se taparon con el nórdico y una vez apagada la luz se desearon buenas noches.

El silencio se adueñó del piso. El cansancio, la oscuridad, se encargó de dormir a los dos habitantes. Daniel fue el primero en entrar en un profundo y reparador sueño, mientras que Anna, que le costaba más dormir fuera de la casa de sus padres, fue quedándose poco a poco dormida. La noche transcurrió deprisa y sin darse cuenta se fue haciendo de día.

Amaneció un día esplendido, la casa de Daniel se iba llenando de luz por los rayos de sol que entraban por el balcón. Reinaba el silencio y solo de vez en cuando se escuchaba algún pájaro piar mientras volaba de un edificio a otro. Ninguno de los dos hacía el intento de destaparse ni levantarse.

Anna se despertó y abrió lentamente los ojos, miró hacia la puerta y comprendió que por la cantidad de luz que entraba tenía que ser más de las nueve. Se giró y miró a su lado. Daniel seguía dormido. Aguantó unos minutos más, aprovechando el calor que desprendía la cama y luego, con cuidado de no despertarlo, se incorporó y se levantó. Cogió el reloj que había dejado en su mesita de noche y comprobó que eran las diez menos cuarto. Se puso las zapatillas y un forro porlar y, con paso lento, salió de la habitación. Como no sabía que hacer se fue al comedor y se sentó en el sofá.

Pensó en ir a despertar a Daniel, pero teniendo en cuenta los días que estaba teniendo prefirió dejarlo dormir y que se despertara cuando el sueño se le acabase. Cansada de estar en el sofá se fue a la cocina. Se preparó un café para acabar de despertarse y sentada en la cocina y con el silencio como

compañero, disfrutó de un rato de tranquilidad antes de afrontar el día que comenzaba.

Cuando eran casi las once escuchó unos pasos por la casa y a los pocos minutos apareció Daniel aún con cara de sueño.

—Buenos días Anna, ¿has descansado?

—Hola, he descansado muy bien...¿ y tu?

—Genial, ha sido como si hubiese dormido una semana seguida.

—¿Te preparo un café? —preguntó Anna.

—Te lo agradezco.

Empezó a preparar el café mientras que Daniel se dirigió al balcón donde se dejó mecer por el aire que corría. Los pensamientos del pasado volvieron a invadirle. Cuantos momentos había pasado ahí con su madre. Cuantas vivencias. Como cambiaba todo en un momento. Las últimas semanas habían tenido días oscuros y tristes y hoy, en cambio, hacia un día espléndido, fresquito, pero espléndido.

Anna apareció con el café de Daniel y ambos se sentaron en las sillas que tenía en el balcón. Durante unos momentos no dijeron nada... se dejaron llevar cada uno por sus pensamientos.

—Anna he pensado que....

Anna se quedó esperando a que Daniel dijera algo más, pero al ver que no continuaba hablando se decidió a preguntar.

—¡Qué Daniel sigue. Sabes que no me gusta que empieces a contarme algo y pares de golpe... me dejas siempre con la intriga.

—¡Perdona! No lo hago a propósito.... —dijo Daniel la miró y continuó hablando.

—He pensado que quizás... no sé, creo que sería buena idea que....

—¡Qué Daniel, por favor suéltalo ya!

—Bueno, pues he pensado que sería buena idea que te vinieras a vivir conmigo.

Anna se quedó con la boca abierta. Es cierto que hacía más de seis meses que llevaban hablando de irse a vivir juntos, pero con la enfermedad de Rosa todo había quedado solo en palabras. Ahora Daniel parecía que iba en serio y le estaba proponiendo vivir juntos.

—No hace falta que me contestes ahora Anna —dijo Daniel enseguida, pero Anna lo miró y comenzó a hablar.

—Me encantaría Daniel.

Daniel sonrió y la abrazó. Un te quiero salió de los labios de Daniel y Anna le abrazó aun con más fuerza. Como hacía un buen día, decidieron salir a pasear un rato por la ciudad. Se vistieron con ropa cómoda y se pusieron los abrigos. Salieron del piso y cerraron la puerta de casa.

En la portería se encontraron con la vecina del segundo que amablemente, les saludo y les comentó el buen día que hacía. Ya en la calle comenzaron a caminar sin ningún rumbo aparente.

—¿Dónde vamos Daniel?

—Había pensado que quizás podríamos ir a pasear por las ramblas... ¿te apetece?

Anna contestó con un gesto afirmativo. Se dirigieron a la parada de metro y pagaron cada uno con sus respectivos bonos mensuales.

—Apresúrate Daniel que está llegando el metro a la estación.

Daniel divertido cogió de la mano a Anna y ambos empezaron a bajar las escaleras a gran velocidad intentando pillar el metro antes de que partiera. Tuvieron suerte y después de sortear a varias personas consiguieron entrar en el último vagón. A los pocos segundos el metro cerró sus puertas y comenzó a andar con la habitual lentitud, hasta que, poco a poco, fue cogiendo velocidad y se fue alejase de la estación.

Los vagones del metro estaban llenos de pasajeros, así que ambos tuvieron que quedarse de pie sujetándose a los distintos apoyaderos que ofrecían a los pasajeros para evitar caídas por el baibén de los vagones. Llegaron a la parada de Cataluña y decidieron bajar y andar hasta la rambla. Bajaron del metro y subieron las escaleras para llegar a la calle.

No habían vuelto a hablar del último juego, aunque cada uno en su interior iba repasando la información que tenían y las dudas que les quedaban pendientes por aclarar.

Anna por su lado estaba desbordada de alegría. La invitación de Daniel para vivir juntos le había pillado por sorpresa, pero desde hacía ya bastante tiempo, soñaba con poder vivir con él, así que cuando él se lo propuso, no lo dudó ni un segundo. Llegaron a las Ramblas y Daniel abrazó y besó a Anna.

Empezaron a recorrerla en dirección a Colón, disfrutando del paisaje y del movimiento de la gente que la estaban visitando. La rambla era un sitio que a Daniel le encantaba. La diversidad de gente y los turistas creaban un ambiente único que hacía sentir a Daniel que vivía en una ciudad especial. Daniel iba contándole cosas a Anna, cosas sin importancia, pero Anna apenas le estaba escuchando porque le preocupaba una cosa. Anna se paró de golpe y Daniel sorprendido también lo hizo.

—¿Qué pasa Ana?

—¿Cuándo quieres que vaya a vivir contigo?

—¿Cómo dices?

—Me dijiste que viviésemos juntos, pero, ¿cuándo quieres me vaya a vivir contigo?

—¿Te va bien ahora? —contestó Daniel con una sonrisa en la boca.

—Ja, ja, ja, —rió Anna.

Le estaba sorprendiendo lo claro que lo tenía Daniel. Quería que vivieran juntos y quería ¡ya!, pensó Anna.

—Haremos una cosa Daniel. El lunes se lo comentaré a mis padres, para avisarles y si quieres, durante la próxima semana me voy instalando poco a poco. ¿Te parece?

—Me parece... —contestó Daniel—. ¿Tu crees que tus padres te dirán algo?

—A ver Daniel, ya soy mayorcita y no necesito la aprobación de mis padres, lo que quiero es seguir una lógica y avisarles. De todas

formas, puedes estar tranquilo, a ellos les caes genial...-rió Anna.

Sin decir nada más, ambos se cogieron de la mano y siguieron paseando.

Se aproximaba la hora de la comida y decidieron aprovechar el buen día que hacía para comer algo en algún restaurante del puerto. Se dirigieron a uno en el que ambos ya habían comido alguna vez. Llegaron a la puerta y, una vez dentro, preguntaron si había alguna mesa para dos.

El camarero, gentilmente, los acompañó a una mesa que daba a unas bonitas vistas a la calle y tanto Daniel como Anna se quitaron los abrigos y se sentaron. En unos segundos ambos tenían la carta de vinos. Pidieron vino blanco.

—¿Saben los señores lo que van a comer? —preguntó el camarero.

—Tráiganos una paella para compartir... Gracias —contestó Daniel.

El camarero tomó y se dirigió a la cocina para pasar la comanda. Ellos bebieron un sorbo de vino y les pareció exquisito.

—Llevo toda la mañana dándole vueltas al juego Anna.

Anna lo suponía, pero como no había comentado nada él, prefirió no decir nada ella tampoco.

—¿Y has conseguido aclarar algún misterio?

—No, la verdad es que no, pero me van saliendo más dudas, —sonrió Daniel.

—Lo primero que tienes que hacer es ir a los bancos para averiguar si la llave abre alguna caja de seguridad y, a partir de ahí, según lo que encuentres, iremos pensando... ¿No crees?

—Si yo también lo he pensado ... Es lo primero que tenemos... Bueno, que tengo que hacer. Pero piensa que estoy trabajando en las oficinas y eso creo que me limita mucho el tiempo que puedo dedicar. Todavía me quedan unos días de vacaciones del año pasado, así que el lunes hablaré con el departamento de personal y los pediré para empezar esta misma semana.

Anna asintió. Era buena idea y así se lo hizo saber.

—Primero iré al que está más cerca de casa y a este si que puedo ir el mismo lunes antes de ir a trabajar... Si este no és, he pensado que...

En esos momentos apareció el camarero con una cazuela de barro donde salía el calor del arroz que acababa de salir de la cocina. Con cuidado dejó en medio de la mesa la cazuela y colocó dos platos, uno a cada lado para que pudieran servirse.

—Espero les guste —dijo el camarero.

—Gracias —respondieron.

Cuando Daniel vió que el camarero ya se había alejado lo suficiente continuó.

—Bueno, había pensado que si no es el que está al lado de casa, el siguiente que miraré será el que tiene más importe ingresado.

Anna considero inteligente la apreciación de Daniel y con la cabeza le confirmó que era buena idea.

Tenían hambre y Anna repartió el arroz casi a partes iguales. Una vez servidos, no tardaron en dar buena cuenta del plato de arroz. Fue una comida tranquila, con una conversación relajada y un buen vino, cosa que hizo que Daniel durante unas horas dejara de lado el último juego. Una vez tomado el café pagaron la cuenta y ambos se volvieron a abrigar para salir de nuevo a la calle.

El día había cambiado y donde antes se veía el sol, ahora se veían nubes. Estaba anocheciendo y la temperatura al esconcerse el sol había bajado considerablemente. Con paso esta vez más apresurado, decidieron poner rumbo hacia el metro y de ahí a casa.

A las siete menos diez llegaron a casa y una vez abrieron la puerta y dejaron los abrigos, se sentaron ambos en el sofá para descansar un poco. Lo habían pasado bien, pero estaban cansados. Decidieron no salir por la tarde y quedarse en casa para descansar. Daniel sabía que la semana que empezaba iba a ser muy movida.

Se cambiaron y se pusieron cómodos y ambos atraídos por el sofá se sentaron uno al lado del otro. Vieron un rato la tele y hablaron del traslado de Anna a casa de Daniel. Ambos lo estaban viviendo con gran ilusión y deseaban que llegase el día en que Anna estuviera definitivamente instalada con él. Sin darse cuenta estaban haciendo planes de futuro y eso a los dos, les divertía bastante. Así pasaron unas cuantas horas.

Cansados ya de lo acontecido durante el día decidieron cenar y acostarse pronto. Ambos, igual que la noche anterior, conciliaron rápidamente el sueño. El silencio volvió a adueñarse del piso.

El domingo transcurrió prácticamente como el sábado, pero como el tiempo había empeorado considerablemente, decidieron pasarlo en casa. Sobre las ocho de la noche Anna fue recogiendo las cosas que había traído para marcharse a casa de sus padres.

—¿Quieres que te acompañe hasta casa Anna?

—No hace falta... en un ratito llego a casa, ceno y me voy a la cama —dijo y

se puso el abrigo y, en la puerta, dió un beso a Daniel—. Nos vemos mañana en la oficina.... Intenta descansar —dijo Anna.

—Lo intentaré. Tú ten cuidado ¿vale?

—Vaaaale ¡pesao!

Cuando Anna se subió al ascensor y este empezó a bajar, Daniel entró en casa y cerró la puerta, notó un escalofrío al sentirse tan solo. No le importaba vivir solo, pero con los acontecimientos que estaban ocurriendo durante las últimas horas, prefería la compañía de Anna a la soledad. La cabeza no dejaba de trabajar y poder mantener una charla con ella le servía para desconectar y relajarse. Había sido buena idea pedirle que se viniera a vivir con él. Lo pasarían bien y podrían montar un futuro.

Sin darse cuenta se vió con Anna y con niños correteando por el piso. Imaginar esa situación hizo que una sonrisa apareciese en sus labios. A él le encantaban los niños y sabía que a Anna también. Eran jóvenes y aún tenían tiempo para tenerlos, pero le había resultado divertido imaginar y adelantar esa situación.

Ya de noche y una vez cenado, decidió antes de acostarse preparar la cartilla que tenía que llevar mañana a primera hora al

banco. Volvió a entrar en la habitación de su madre y cogió la pequeña escalera que había dejado debajo de la cama. Volvió a repetir la operación que había hecho días anteriores y una vez que tenía la caja en sus manos y la había depositado en la cama abrió la tapa y cogió las cuatro cartillas.

Fue mirando las diferentes direcciones y cogió la de la caja de ahorros que quedaba a escasos cinco minutos de su portería.

—¡Esta es! —pensó Daniel.

Volvió a dejar todo como estaba y puso la cartilla encima de la mesa donde solía dejar la cartera con su documentación. Para que no se le olvidara, dejó también la llave de la caja de seguridad al lado. No serviría de nada saber si la caja de ahorros tenía caja de seguridad sin saber sin su llave podía abrirla. No le dio más vueltas. Se fue a su habitación, se cambió y se metió en la cama.

Minutos después dormía como un niño, sin importarle lo que le podía deparar el día siguiente.

CAPÍTULO 2

El juego

Sonó el despertador y Daniel fue tomando conciencia. La noche anterior había puesto la alarma veinte minutos antes para poder prepararse con más tranquilidad... Ahora que sonaba, se arrepentía de su decisión y le hubiese encantado haberse podido quedar esos veinte minutos de más, dormido. Se quedó boca arriba, bien tapado, mirando el techo. Necesitaba unos segundos más antes de levantarse.

Como ya se había despertado se levantó con mucha parsimonia y, dirigiéndose a la cocina, empezó a pensar si tendría suerte con el primer banco. Se preparó un café intenso y mientras se enfriaba encendió el móvil y consultó si tenía algo interesante que contestar.

Nada. No tenía nada a parte de la publicidad que solía recibir y algún que otro mensaje de los diferentes grupos en los que estaba metido. Nada importante pensó.

Terminado el desayuno decidió darse una ducha... Pensaba que lo mejor para despertarse era un buen café y una ducha de agua caliente. Se vistió y cogió todo lo que le hacía falta para empezar la jornada laboral y, por supuesto, cogió también la cartilla con la llave que en breves minutos enseñaría al interventor de la caja para saber si tenía o no suerte.

Abrió la puerta de su casa y antes de cerrarla miró a ver si todo estaba medianamente en orden. Hecha la comprobación, cerró y dio dos vueltas a la llave. El ascensor estaba en su rellano, así que abrió la puerta y picó la planta baja para salir a la calle. Estaba

oscuro y hacía frío con lo cual, antes de salir, se abrochó el abrigo hasta el cuello. Dirigió sus pasos hacia la caja de ahorros.

Quedaban pocos minutos para que abrieran y él quería ser uno de los primeros en ser atendido, para así saber si era el banco correcto o, sí, por el contrario, no lo era y así poder dirigirse a continuación al trabajo.

Llegó hasta la puerta y picó al timbre. Escuchó el típico ruido conforme le daban acceso y con fuerza empujó la pesada puerta. Una vez en el interior observó la Caja de Ahorros. Recordaba haberla visitado en varias ocasiones con su madre. No era muy grande y tenía solo dos personas atendiendo a los clientes. Quizás acertase a la primera! Pensó Daniel.

Como todavía no había nadie para ser atendido y los trabajadores ya ocupaban sus puestos de trabajo, Daniel, con paso un poco dubitativo, se acercó a uno de los interventores.

—Buenos días —dijo Daniel.

—Buenos días en que puedo ayudarle —preguntó el interventor.

—Vera, tengo una cuenta en esta caja. Bueno, es una cuenta de mi madre que ha fallecido y yo estoy como autorizado —dijo Daniel y tendió la cartilla al interventor, que comprobó los datos haciendo un gesto afirmativo de aprobación.

—Dígame —dijo el interventor—, qué operación quiere realizar.

—¡Vera! Ustedes disponen de caja de seguridad para los clientes ¿verdad? —preguntó Daniel.

—Efectivamente, esta Caja de Ahorros ofrece a sus clientes la seguridad de guardar sus pertenencias en una de nuestras cajas de seguridad. ¿Estaría interesado en una? —preguntó el interventor.

—Bueno, no precisamente, tengo esta llave que es de una caja de seguridad y no recuerdo si pertenece a esta Caja de Ahorros.

—Si me lo permite —dijo el interventor.

Daniel metió la mano en el bolsillo y después de buscar unos segundos localizó la llave y se la entregó al interventor. Este la cogió y la miró.

—Correcto, es una llave de una caja de seguridad, pero me temo tener que decirle que no pertenece a esta entidad bancaria. Las que nosotros utilizamos tienen unas características muy distintas. Lo siento —dijo el interventor.

—No pasa nada, Gracias de todas formas...—dijo Daniel.

Daniel cogió nuevamente la llave y con algo de tristeza en la mirada, se dio media vuelta y se dirigió hasta la puerta. Se abrochó nuevamente el abrigo, abrió la puerta con fuerza y pisó nuevamente la calle. Bueno, era el primero que visitaba, con lo cual tampoco había que desanimarse. Pensó Daniel.

Miró el reloj y vió que tenía tiempo de sobras para llegar al trabajo. Había ido todo tan rápido en la caja de ahorros que podría llegar, incluso, antes de lo previsto al trabajar.

Se encaminó hacia el metro y repitió las mismas acciones que hacía durante los últimos tres años para ir a trabajar. La vida es así, pensó Daniel. Todos los días repetimos lo mismo, somos como robots.

Salió del metro y el aire fresco le sentó genial. Ver a la gente ir y venir de un sitio para otro le servía para distraer su mente. Y eso era lo que le hacía falta. Distraerse.

Llegó a la oficina y, como de costumbre, era uno de los primeros. Tocó el bolsillo y se aseguró que tenía la llave. Por nada del mundo tenía que perderla, si lo hacía, el juego habría terminado, y no podía permitirse ese lujo. No le hacía gracia llevarla durante todo el día, pero no tenía otra opción. Iría con mucho cuidado.

Sus compañeros de trabajo iban entrando y como de costumbre iban saludándose deseándose buenos días y los más atrevidos contaban lo que habían hecho durante todo el fin de semana.

Vió entrar a Anna y, esta enseguida le hizo un gesto intentado averiguar si la llave era de ese banco. Daniel interpretó perfectamente lo que le quería preguntar y con un gesto de negación, indicó a Anna que no. No era ese el banco que estaban buscando. Ella suspiró y él también.

Cada uno decidió centrarse en su trabajo. Anna lo consiguió pero Daniel, en determinadas ocasiones, despertaba de unos pensamientos que nada tenían que ver con su trabajo. A mitad de la mañana, Daniel envió un e-mail a su jefe pidiéndole los días de vacaciones que aún tenía pendiente del año anterior. Le comentaba que tenía que arreglar unos papeles y que necesitaba esos días. A los pocos minutos de enviar el correo electrónico, Daniel recibió la contestación de su jefe.

...” Hola Daniel, ningún problema. Puedes utilizar esos días. Envío un e-mail al departamento de personal para que lo tengan en cuenta. Disfrútalos”

Leyó el correo y se alegró de poder contar con ellos. Le vendría bien para investigar en los bancos que le quedaban y, también, para descansar y poder ver las cosas con mayor claridad.

Otra duda saltó a la mente de Daniel. ¿Le habría dicho algo Anna a sus padres de su intención de irse a vivir con él? A la hora de la comida se lo preguntaría.

Terminaron de trabajar y cada uno se dirigió a comer como hacían de costumbre. Anna y Daniel fueron juntos a la cafetería del edificio y, como era su costumbre, pidieron el menú del día.

Cuando se encontraban sentados y antes de que Anna le preguntase nada, él se adelantó y preguntó:

—¿Le has dicho a tus padres que te vienes a vivir conmigo?

—¡Ostras Daniel vas directamente al grano! Todavía no. Anoche cuando llegué estaban a punto de irse a dormir y no quise sacar el tema, pero hoy que llegaré pronto se lo diré.

—Vale —contestó Daniel.

Permanecieron en silencio durante unos minutos mientras ambos empezaban a comer.

—¿La llave no era de esa caja verdad? —preguntó Anna.

—No, ellos también tienen caja de seguridad, pero utilizan otro tipo de llave. La verdad es que hubiera sido demasiada suerte que la llave hubiera sido del primer banco al que voy, ¿no crees?

Anna asintió con la cabeza y ambos continuaron comiendo. Tenían una hora para hacerlo y no podían perder mucho tiempo si querían entrar a su hora.

—He pedido los días de fiesta que me quedaban pendiente
—dijo Daniel.

—¿Y te lo han dado?

—Si, no me han puesto ningún inconveniente. Aprovecharé esos días para visitar los distintos bancos y, si quieres, el viernes te puedo ayudar a traerte algunas cosas al piso.

—Estaría bien que me echaras una mano...—rió Anna al decirlo.

La conversación derivó en temas triviales y, antes de que se dieran cuenta, ya habían vuelto a sus respectivos puestos de trabajo. La jornada de trabajo terminó y Daniel llegó mojado a casa. Había empezado a llover y no había cogido el paraguas. Desde la estación de metro hasta su casa había distancia suficiente para que la lluvia le calase hasta los huesos. Vaya tarde, pensó Daniel.

Había mirado el tiempo por la mañana y no recordaba ver que pusiera lluvia esa tarde. Lo primero que hizo al llegar a casa fue asegurarse que tenía la llave. Cuando confirmó que estaba todavía en su bolsillo, fue a su habitación y la volvió a dejar en la mesita donde estaba la carta de su madre. La cartilla la dejó encima de la mesa para posteriormente guardarla junto a las demás.

Se quitó la ropa mojada y la metió dentro de la lavadora. Después, para entrar en calor, decidió darse una ducha. No tenía prisa, volvió a dejar que el chorro de agua corriese por su cuerpo y que el calor que desprendía el agua se fuese metiendo en él. Salió y se puso ropa cómoda para estar por casa. Consultó el móvil y vió

que tenía un mensaje de Anna. Con el móvil en la mano se fue al comedor y se sentó para leerlo.

Ya he hablado con mis padres y no me han puesto ninguna pega, así que, si sigues queriendo que me vaya a vivir contigo, el viernes podemos empezar a llevar las cosas más necesarias.

El mensaje acababa con un beso. Daniel sonrió. Se sentía afortunado de haber encontrado a Anna y que entre ellos hubiera surgido una relación tan bonita. Hasta ahora no había tenido mucha suerte con las mujeres y su bagaje con ellas se limitaba a relaciones que, en muchos casos, no superaban los seis meses.

Con ella, desde el primer momento, notó que iba a ser diferente y, poco a poco, fue conquistándola. Tuvo que reconocer que Anna tampoco se lo había puesto muy difícil, ya que como le pasó a él, ella enseguida sintió ganas de conocerlo.

Daniel contestó el mensaje.

¡Genial Anna! El viernes empezamos. Por cierto, he llegado mojado hasta los huesos. Un beso.

Dejó el móvil sobre la mesa y se levantó del sofá. Fue a buscar el mando a distancia y encendió la televisión. No encontró nada interesante, así que fue haciendo *zapping* durante un buen rato. Cansado de no ver nada, se levantó y se fue a su habitación para coger la carta que le había escrito su madre. No recordaba cuantas veces la había leído, pero, prácticamente, se la sabía de memoria. Leerla una vez más no le sentaría mal y, quizás, encontrase algo que hasta ahora no había podido ver.

Con los ojos cansados de releer la carta la volvió a dejar en la mesita y se fue hacia la cocina. No tenía mucha hambre, pero se preparó una sopa calentita y, cuando terminó, recogió la cocina y fregó los cacharros que había utilizado.

No le apetecía ver más la tele así que decidió irse directamente a la cama a descansar.

Los días siguientes pasaron sin ninguna novedad. Para Daniel se convirtieron en tres días rutinarios en espera de la llegada del miércoles tarde para coger vacaciones y dedicarse a lo verdaderamente ocupaba su mente.

El miércoles a la hora de terminar de trabajar, muchos compañeros le desearon que aprovecharse esos días de vacaciones y Daniel con una sonrisa les contestaba que lo intentaría.

Anna estaba preocupada por Daniel, si bien la gente no se había dado cuenta de su preocupación. Ella que conocía toda la historia veía a Daniel cada vez más, cerrado en sus pensamientos. Quizás no había sido buena idea irse a vivir con él en estos momentos, pensó Anna. Pero, por otra parte, sabía que su compañía le ayudaría a estar mejor. Decidió no darle más vueltas y tomó la decisión de ayudarlo en lo que fuera necesario.

Ya de vacaciones Daniel se fue contento a casa. No trabajar esos días le ayudaría a no tener que concentrarse en algo que no le apetecía hacer. Llegó cansado a casa, ya no por agotamiento físico, si no más bien por agotamiento mental. Dar tantas vueltas a las cosas y no poder empezar hasta el jueves le había agotado mentalmente. Tenía ganas de irse a dormir y levantarse para poder

seguir investigando y poder adelantar algo del juego que había tenido que parar durante la semana.

Así lo hizo. Cenó algo rápido y se metió en la cama. Durante los primeros minutos pensó que la noche se le iba a hacer eterna y que no podría conciliar el sueño, pero, al cabo de un rato, vencido por el cansancio, se quedó dormido.

El despertador sonó por segunda vez, pero Daniel no se despertaba. Fue el timbre del portero de la escalera quien consiguió sacarle del profundo sueño donde se encontraba. Miró el despertador que tenía en la mesita y cuando vio la hora se sorprendió. Las nueve menos diez.

Se levantó de un salto y se asomó a la terraza. Vió que hacia un bonito día y se alegró que el buen tiempo le acompañase en busca de la primera pista. Hoy no hay vuelta atrás, pensó. Hoy tengo que avanzar y encontrar la primera pista.

Cogió todas las cartillas, menos la que había utilizado el lunes, y se las guardó en la chaqueta. Prefería desayunar en la calle, en algún bar que encontrase tranquilo. Se vistió, cogió el abrigo y con la llave nuevamente en el bolsillo salió y cerró la puerta.

Bajó por las escaleras, prefería hacer un poco de ejercicio para acabar de despertarse. Nuevamente se volvió a encontrar con la vecina que siempre le preguntaba como se encontraba. Daniel repetía la misma contestación. Bien tirando.

En la calle sacó las tres cartillas que tenía en el abrigo y, abriéndola por la última página imprimida, miró las cantidades. Una de ellas tenía un importe mucho más elevado que las otras. Daniel

se sorprendió y lanzó un silbido. ¡Ostras mamá no sabía que había tanto!, reflexionó. Esa cartilla fue la elegida para empezar la búsqueda. Miró la dirección y comprobó que quedaba a unas cuatro manzanas de distancia. Con paso apresurado se fue acercando.

Cuando se encontró delante de la puerta observó que este banco era mucho más grande que la Caja de Ahorros donde había estado el lunes. El corazón le dio un vuelco al pensar que, quizás, ahí estuviera la caja de seguridad que estaba buscando. Entró y como había bastante gente decidió hacer cola.

Observaba todo lo que le rodeaba y se fijaba también en la gente que tenía delante de él en la cola. Después de casi veinticinco minutos de espera, llegó su turno. Repitió el mismo dialogo que había tenido con el interventor de la Caja de Ahorros y, sin esperar más, sacó la llave y se la enseñó al empleado del banco. Este la miró y luego miró a los ojos de Daniel.

—Efectivamente Sr, esta llave abre una de las cajas de seguridad de nuestro banco. ¿Desea usted abrirla? —preguntó el interventor.

Daniel asombrado, se quedó durante unos segundos callado, dudando si decir que si o no. Cuando reaccionó, soltó un sí, con rotundidad.

—Déjeme su DNI y la cartilla por favor. Tengo que comprobar unos datos —dijo mientras Daniel le dejó la cartilla y acto seguido sacó su cartera el DNI.

El interventor introdujo los datos en el ordenador y miró fijamente a la pantalla.

—Si hace el favor de esperar en esos asientos, ahora mismo sale el director que le atenderá personalmente.

Daniel recogió los documentos y la llave que le había entregado al interventor y se sentó en uno de los asientos libres que le habían indicado. El interventor, disimuladamente, descolgó el teléfono y llamó al director.

—Sr Rodríguez, tenemos a un cliente que quiere abrir su caja de seguridad —comentó el interventor—. Me ha salido un mensaje en la pantalla del ordenador conforme usted mismo tenía que tratar con él.

El director, al escuchar lo que el interventor le estaba comentando, cogió rápidamente un boli y papel para tomar nota de los datos del cliente.

—Entiendo, entiendo —respondió el director.

Cuando colgó el teléfono el director se quedó unos minutos pensando. La llamada no le había sorprendido del todo. Era cierto que tarde o temprano tenía que llegar ese momento, pero la verdad, es que no le apetecía mucho que fuese justo ese día. Suspiró y puso cara de resignación.

Con gesto cansado se levantó de su bonita mesa, se puso bien la americana y la corbata y salió de su despacho en dirección al joven que esperaba sentado. El director, antes de acercarse a Daniel, lo observó durante unos segundos. Después dirigió sus pasos hacia él.

—Hola, soy el director de esta sucursal. Me llamo Ernesto Rodríguez —dijo Ernesto mientras tendió la mano a Daniel que por inercia se la estrechó.

—Soy Daniel García.

—Si, ¿me acompaña a mi despacho sr. García?

Daniel siguió los pasos del director y, una vez dentro de su despacho, el director cerró la puerta.

Era un despacho grande, quizás decorado un poco antiguo para su gusto. Daniel pensó que Ernesto tendría que ser el director desde hacía mucho tiempo, ya que poco se había modernizado la estancia. En lugar de indicarle que se sentara en una silla, el director le ofreció, directamente, sentarse en un sofá que estaba al lado izquierdo de la entrada. A Daniel, este gesto, no le pasó desapercibido, pero poco pudo hacer para negarse.

En cuestión de segundos ambos estaban cómodamente sentados en el sofá. Ernesto, antes de empezar a hablar, esperó unos segundos para pensar bien lo que tenía que contarle al chaval. Daniel, por su parte, esperaba que fuera él quien empezase la conversación.

—Daniel, permíteme que te tutee si no te importa.

—No, ningún problema Sr Rodríguez.

—Ernesto, por favor, llámame Ernesto.

Daniel asintió con la cabeza.

Ernesto le explicó que conocía a su madre Rosa desde hacía muchos años. Habían coincidido en el colegio y, desde entonces, él, Rosa y otro grupo de chiquillos se habían convertido en inseparables.

Daniel desconocía esa parte de la historia de su madre, pero, mientras escuchaba a Ernesto, le hacía gracia pensar e imaginar a su madre formando parte de ese grupo de niños. Se la imaginaba de pequeña, haciendo travesuras y pasándoselo genial. Era bonito recordarla. Daniel tuvo que dejar de pensar en su madre de niña y volver a prestar atención a lo que Ernesto le tenía que contar.

—Sabes, Daniel, asistí a la boda de tus padres y también a tu bautizo. Nunca he visto unos padres tan contentos como ellos con su hijo. Después, cada uno cogió un rumbo en sus vidas y nuestras ocupaciones hicieron que la posibilidad de ir viéndonos fuera menor. De todas formas, nunca llegamos a perder el contacto. Como puedes imaginar, nos teníamos en una gran estima y ya ocupando este puesto de director desde hace muchos años, tu madre decidió confiar en nosotros para depositar su dinero y confianza en nuestra entidad.

—Desconocía la existencia de ese grupo de amigos, Ernesto. Quizás si algún día tiene tiempo, podría explicarme más cosas.

Ernesto miró a Daniel y contestó.

—Por mi encantado, será una forma de volver a la juventud recordado viejos pasajes.

A Daniel le surgió una pregunta que no se había hecho antes...

—Ernesto, ¿puede decirme cuánto tiempo lleva reservada la caja de seguridad?

—Si claro, un momento... —contestó Ernesto.

El director se levantó del sofá con cierto esfuerzo y con un paso lento pero firme, se dirigió a su mesa de trabajo. Se sentó en el sillón y empezó a teclear en el ordenador. Después de unos minutos de investigación por parte de Ernesto, este contestó a la pregunta que momentos antes le había hecho Daniel.

—Esta caja de seguridad, se empezó a utilizar hace cuatro años y tres meses.

A Daniel le pareció una eternidad, él era joven cuando su madre alquiló la caja. De todas formas, podría entrar dentro de una lógica.

—¿Tiene el registro de cuántas veces se ha utilizado? Es decir, ¿cuántas veces se ha consultado o abierto? Bueno, si el banco lleva registro —preguntó Daniel.

A Ernesto no le hacía falta consultar el programa del banco para saber la respuesta, pero prefirió ser un poco discreto e hizo como si lo consultara.

—Ninguna vez Daniel. La caja se reservó en la fecha que te he comentado y nunca más se ha vuelto a utilizar. Ni abrir ni consultar.

Esto si que era fuerte. Y difícil de creer, pensó Daniel. Su madre reservó la caja de seguridad y solo la había utilizado el día que la abrió. Daniel se quedó pensativo y Ernesto lo miraba mientras se dirigía nuevamente al sofá para sentarse.

Daniel no dejaba de pensar en lo que acabada de escuchar de los labios del director. La había reservado y no la había utilizado nunca más. Volvió a pensar. Eso quería decir que su madre empezó a crear el juego hacía más de cuatro años. No era un juego casual de

tres meses... era un juego creado y pensado a conciencia. Sin prisas. Meditando bien los pasos y las pruebas.

El misterio que tenía que resolver entonces, tal y como su madre le había dicho en la carta, era de vital importancia. Era algo grande, algo importante. ¿Qué misterio guardas mamá? Se preguntó Daniel. ¿Qué sabes que no querías que nadie más supiera?

Sintió un escalofrío y se estremeció al pensar en el resultado final del juego... ¿Estaría preparado para saber la verdad de algo que desconocía? Se preguntaba Daniel una y otra vez.

Ernesto respetó el silencio del chico. Sabía que tendría un torbellino de emociones al conocer esta información. Fue asimilando la información y, poco a poco, su mente volvió a estar en el banco con el director sentando en frente suyo.

—Supongo que querrás consultar lo que contiene la caja de seguridad, ¿Verdad?

El corazón le empezó a latir con más fuerza y contestó con un sí rotundo.

—Acompáñame entonces Daniel.

El director se levantó e indicó a Daniel que le siguiera. Abrió la puerta y se dirigió hacia una gran sala, donde una vez la puerta abierta, daba acceso a una gran sala con numerosas cajas de seguridad repartidas por la pared. Daniel no salía de su asombro. Ernesto fue consultado los diferentes números que tenía cada caja y cuando llegó al número de la llave de Daniel se detuvo.

—La 108... —dijo Ernesto—. Esta es Daniel.

Daniel miró la caja de seguridad y la llave que llevaba en la mano derecha. Ernesto le explicó el funcionamiento. Al lado de la puerta había un timbre que servía para avisar al personal del banco que la persona que se encontraba en la habitación había terminado de hacer las gestiones. El tiempo estimado que podía permanecer consultando la caja rondaba entre los treinta a cuarenta y cinco minutos, por supuesto, si se acababa antes se podía salir y si se retrasaba algo en el tiempo establecido no había ningún problema.

En el centro de la estancia había una mesa rectangular con dos sillas para poder dejar la caja de seguridad y sentarse para mirar el contenido.

Realizada la explicación pertinente, Ernesto se despidió de Daniel deseándole lo mejor e invitándole a que le visitara cuando quisiera para saber algo más de su madre. Daniel asintió con la cabeza y siguió a Ernesto con la mirada hasta que este salió de la sala y cerró la puerta.

Se encontró solo, y un atisbo de ansiedad le recorrió el cuerpo. Estaba la caja de seguridad, la llave y él. Miró la llave y fue hacia la caja de seguridad. Con cuidado introdujo la llave y la giró. Escuchó un crujido y la cerradura cedió. Haciendo un poco de fuerza empujó hacia afuera la caja que, poco a poco, fue cediendo, hasta quedar completamente en sus manos.

Con precaución la dejó encima de la mesa y separó una de las sillas para sentarse. Miraba la caja y dudaba si abrirla o no. Se armó de valor. Ha llegado el momento, pensó Daniel. No sabía lo que se iba a encontrar, pero fuera lo que fuera, es algo que su madre había dejado ahí hacía más de cuatro años para él. Con cuidado abrió la

caja y miró dentro. Con el pulso temblando empezó a sacar el contenido. Saco un sobre. Lo abrió y vió nuevamente la letra de su madre. Pensó en leerla, pero prefirió hacerlo en la tranquilidad del sofá de su piso. Pensaba que no había nada más, pero, al introducir la mano hasta el fondo, notó algo metálico. No, otra llave no, por favor, pensó Daniel. Con cuidado cogió el objeto y lo sacó.

Era redondo y parecía una moneda. Por el tamaño enseguida lo descartó. Era de color dorado y en cada cara había un objeto distinto. En un lado había una inscripción de un sol y, en el reverso, había la silueta de una luna. El día y la noche, pensó Daniel.

Se quedó mirando las dos cosas que había sacado de la caja y dándole vueltas a la moneda, su mente empezó a intentar asimilar lo que había encontrado. Le faltaba abrir el sobre y leer lo que había escrito su madre, pero para eso, tendría que esperar unas horas.

Se incorporó y miró a ver si había algo más pero lo descartó. Lo que había sacado era lo que le había dejado su madre. Permaneció unos cuantos minutos más en la sala solo con los objetos. Le costaba levantarse e irse. Eso significaba volver a enfrentarse a lo que su madre le había dejado como pistas. El sobre. Dentro de él debería encontrar algo que le ayudase a seguir adelante. Suspiró. Daniel dio por terminada su estancia allí y recogió el contenido de la caja guardandoselo en el abrigo.

Volvió a dejar la caja de seguridad en su sitio y, una vez que había encajado perfectamente, la cerró y volvió a guardar la llave en su pantalón. Se quedó parado delante de la caja hasta que decidió girarse y dirigirse a la puerta para tocar el timbre indicando que ya había terminado. Quería abandonar la habitación. Tenía ganas de

salir, necesitaba que le diera el aire, necesitaba salir de esa sala y del banco.

En pocos minutos apareció un empleado del banco que no había visto anteriormente. Él pensaba qué, el propio Ernesto, le iría a abrir la puerta, pero se desilusionó ligeramente cuando vió que no era él.

—Ha terminado señor —preguntó el empleado.

—Si, ya he terminado —contestó Daniel algo pensativo.

El empleado del banco abrió la puerta y se apartó ligeramente para que Daniel pudiera salir. Una vez había salido, el empleado la cerró y cerró con la llave para que nadie pudiese entrar.

Los pasos de Daniel se dirigieron en dirección a la salida del banco. Durante unos segundos se paró para ver si veía al director, pero no lo vió. Abrió la pesada puerta del banco y en dos pasos se plantó en la calle. Miró al cielo y respiró hondo. ¿Y ahora qué?, pensó Daniel.

Ernesto había visto desde su espacio de trabajo como Daniel salía del banco. Suspiró y se dirigió hacia la mesa de su despacho. Abrió un gran armario y sacó el maletín que utilizaba todos los días para ir a trabajar. Lo abrió y miró en su interior. Buscaba algo que tenía apuntado en una libreta, algo que hacía muchos años le habían dado y que había llegado el momento de utilizar.

Removió el interior hasta que localizó la libretilla y fue pasando páginas hasta que encontró la que buscaba. Era un número de móvil. Se quedó mirando la página que contenía el número y nuevamente suspiró. Descolgó el teléfono y marcó los nueve dígitos. No tuvo que esperar mucho hasta escuchar cómo delcolgaban.

—¿Hola? —dijo la voz misteriosa.

—Buenos días Sr Leblanc, soy Ernesto... Ernesto Rodríguez.

—Hola Ernesto, dígame —contestó.

—La caja ha sido abierta —sentenció Ernesto.

—Gracias —contestó el Sr Leblanc e inmediatamente la comunicación se cortó.

Eduardo colgó el teléfono. Notaba como las manos le habían empezado a sudar ligeramente y, poco a poco, su temperatura corporal se fue equilibrando. Solo había hecho una llamada, pero tenía la sensación de haber corrido media maratón. El encargo que se le había encomendado hacía muchos años había culminado. Volvió a suspirar y decidió volver a la rutina del trabajo sin darle más vueltas al asunto. Sea lo que sea, suerte Daniel, pensó por último el director. La llamada de Ernesto, sin el saberlo, había provocado el poner en funcionamiento un mecanismo que estaba preparado, pero en espera de esa llamada. Lebranc, al igual que Ernesto, sabía que ese momento llegaría.

A Lebranc la llamada le había pillado desayunando con unos amigos en el club de golf de Sant Cugat del Valles. La tertulia seguía, pero sus pensamientos se desviaron hacia los movimientos que a él le tocarían hacer ahora. Tenía ganas de levantarse e irse, pero, por prudencia y respeto, decidió acabar el desayuno con sus amigos y dejar para más tarde lo que tenía que hacer.

La tertulia se alargó más de lo normal, pero en cuanto pudo levantarse y despedirse, cogió el diario que había comprado a primera hora de la mañana y se retiró. Lebranc era un hombre de

edad avanzada, su aspecto por el contrario daba una sensación de ser más joven. Le gustaba cuidarse y entre sus *hobbies* estaba jugar a golf, navegar en su velero y la lectura. Era un hombre que había trabajado mucho desde joven y, quizás, con algo de suerte, había generado una gran fortuna. El dinero para él no era un problema y así se lo hacía ver a la gente, disfrutando de los placeres de la vida sin escatimar.

Salió del club de golf donde era muy conocido despidiéndose de los conserjes y dirigió sus pasos hacia el coche que tenía aparcado en el parking. Era un coche lujoso como cabía de esperar de él. Lo abrió, se sentó, lo arrancó y puso rumbo hacia su casa.

Allí, con tranquilidad, tomaría las decisiones necesarias para seguir con la parte que él le tocaba después de la llamada de Ernesto.

De camino a casa Daniel decidió desayunar. Le había entrado un hambre atroz y teniendo en cuenta que no había comido nada desde la noche anterior, entró en una cafetería y se pidió un café con leche y un croissant. Se sentó en una mesa y se quitó el abrigo con cuidado de que no se le cayese nada.

A los pocos minutos apareció una simpática camarera que, deseándole buenos días, le dejó sobre la mesa lo que había pedido.

Dio un sorbo al café que estaba caliente y luego un mordisco al croissant. Mientras masticaba iba reflexionando sobre los dos objetos que acababa de encontrar en la caja de seguridad. La moneda. Día-noche, sol y luna. Amanecer-anocheecer, uno, lo contrario de lo otro. No sabía que más pensar, era contradictorio.

Esperaba que el contenido del sobre pudiera sacarle de dudas, pero tampoco estaba muy convencido.

—Jooo mamá, este juego es mucho más complicado que los que habíamos jugado cuando era pequeño —pensó casi en alto Daniel.

Volvió a dar otro sorbo al café y un nuevo bocado al croissant. Inmerso en sus pensamientos, acabó de desayunar y, una vez terminado, se volvió a poner el abrigo y pagó la cuenta en la caja de la cafetería.

Salió a la calle y dirigió sus pasos hacia su piso. Abrió la puerta, sacó las cosas del abrigo y las dejó en la mesa del comedor. Se sentó en el sofá y cogió el sobre. Lo observó por ambos lados con la ilusión de encontrar algo, pero no. El sobre estaba sin nada escrito y sin ninguna señal. Con cuidado lo abrió para poder sacar el contenido. Era una carta... bueno más que una carta era un escrito corto. Enseguida volvió a reconocer la letra de su madre y se dispuso a leerla.

“Felicidades hijo por atreverte a participar en el juego. Hay dos objetos que supongo estarán ahora en tu poder. Un emblema en forma de moneda y esta carta.

¿Te sigue gustando leer?...”

Daniel paró y pensó. ¡Claro mamá!, aunque reconoció que últimamente no le dedicaba mucho tiempo.

“...¿Te acuerdas de cuál es el libro que más te ha gustado de todos los que has leído? Una vez me dijiste que, por muchos libros que leyeras, siempre sería tu favorito... ¿No crees que sería

bueno volver a leerlo? A veces, con una segunda lectura, se pueden apreciar detalles que no se han visto en la primera...

Suerte hijo. Te quiero.”

Y, ahí acababa esa nota que su madre había escrito hacía muchos años.

—¿Ya está? ¿Eso es todo mamá? —dijo Daniel en voz alta.

Dio la vuelta a la hoja esperando encontrar algo más, pero solo vió el blanco de la hoja. Volvió a releer la nota y cuando había terminado de hacerlo, la dejó al lado suyo en el sofá. Levantó los brazos y los puso en su cabeza a la altura de la nuca y, con un gesto de desesperación, se estiró todo lo que pudo.

No daba crédito a todo lo que estaba ocurriendo. Por momentos le gustaba pensar que todo era un sueño y que, de un momento, a otro despertaría. Pero no. No era un sueño, era realidad todo lo que estaba pasando y viviendo. Daniel volvió a pensar en el escrito.

—Mi libro favorito... mi libro favorito...—pensó Daniel.

Tal y como había dicho su madre, esta le había inculcado el placer por la lectura. Cuando le faltaba poco para acabar un libro su madre siempre le sorprendía con otro. Así, poco a poco y sin darse cuenta, Daniel siempre tenía un libro entre sus manos. Las historias que leía le hacían evadirse del mundo real durante horas, sintiéndose él, en muchos casos, el protagonista de la aventura.

Un vuelco en el estómago le hizo reflexionar. Soy el protagonista de esta historia que mi madre ha creado para mí. Era una historia donde siendo él, el protagonista, tenía que investigar y tomar decisiones que serían clave para poder seguir y acabar con el juego.

Durante unos momentos sintió la responsabilidad sobre sus hombros. ¿Y si no era lo suficientemente listo o atrevido para resolverlo? Dudas y más dudas le asaltaron.

No, se dijo así mismo. Mi madre confiaba en mi y en mi capacidad, así que no tengo porque dudar. Lo haré lo mejor posible. Si. Me esforzaré al máximo y llegaré hasta el final. Por mi madre y por mí.

Daniel creía tener claro cuál era su libro favorito, pero para no equivocarse decidió pensar en los dos que más le habían gustado. No lo había pensado antes, pero los dos tenían una temática similar. Trataban de catedrales, iglesias, construcción de las mismas, etc...

Pensó, durante un rato, antes de decidirse por uno de los dos y, al final, siendo fiel a sus pensamientos se decantó por el mar. Esa catedral que tanto le gustaba y que había visitado tantas veces con su madre.

Se levantó del sofá y se dirigió a la habitación de lectura. Era sencilla, pero ideal para desconectar y sentir un poco de intimidad dentro del piso.

Con un sofá, una televisión y unas estanterías repletas de libros, Daniel y su madre solían pasar muchas horas allí sentados. Los dos pensaban que era una habitación que lo tenía todo. La comodidad de un sofá, la posibilidad de una lectura tranquila y en determinadas ocasiones, la compañía y el entretenimiento de la caja tonta como así la llamaban muchas veces.

Ya en la habitación, empezó a buscar por la estantería el libro. Fue deslizado el dedo por encima de los tomos y, en unos

minutos, reparó en el libro que buscaba. Con cuidado lo sacó y lo separó. Era grueso. El típico libro que le gustaba.

Según él, entre más gordo y más páginas tenía un libro, mejor, ya que así podía recrearse en la historia de los protagonistas y que ese misterio durase más de una semana.

Sí que le había gustado. Era su favorito, pero hasta ahora nunca había leído dos veces un mismo libro. ¿En serio mamá que tengo que volver a leerlo? Lo que menos me apetece es sentarme en el sofá y leer, pensó Daniel.

Por inercia leyó la contraportada para refrescar la memoria y para ver si por casualidad allí estaba aquello que su madre intentaba decirle.

Nada, pensó. Recordó el argumento del libro pero no encontró nada para seguir adelante con el juego. Se sentó y empezó a leer. Cuando hacía escasos segundos que se había sentado escuchó como recibía un mensaje en el móvil. Dejó el libro en el sofá y fue a ver quien había sido.

—Hola Daniel, como lo llevas, ¿has encontrado algo?

Era Anna que le preguntaba si había tenido suerte con la llave.

—Sí, a la primera. Tengo el resultado en mi poder — contestó Daniel.

A los pocos segundos, recibió otro mensaje.

—Cuenta, cuenta —dijo Anna.

—No Anna, por aquí mejor no. Ahora voy a leer un rato.

Ante la respuesta de Daniel, Anna volvió a mandar otro mensaje.

—¿A leer Daniel, en serio? ¿En estos momentos te pones a leer? No lo entiendo la verdad, seguro que habrá un motivo, pero no lo entiendo.

—Es complicado de explicar por aquí, pero me toca leer, no veo otra solución.

—Entiendo, entiendo.... A la noche me lo cuentas... un beso.

—Otro.

Dejó el móvil sobre la mesa y fue otra vez a la habitación donde minutos antes había dejado el libro sobre el sofá. Abrió por la primera página donde empezaba la historia, saltándose la introducción y empezó a leer. Al rato de empezar, Daniel miró el libro y contó las páginas que había leído. Treinta páginas, no está nada mal, pensó Daniel. A este ritmo lo acabaré pronto. Siguió leyendo con la misma agilidad con la que había comenzado, pero cuando llevaba quince páginas más, paró de golpe.

Así no sirve de nada, estoy leyendo por leer y de esta manera no voy a encontrar nada que me pueda ayudar. Se dio cuenta que lo que le pedía su madre era que leyera, comprendiera y estuviese pendiente de cualquier detalle que le resultase de ayuda. Leer por leer, no le serviría de nada. Suspiró y cerró el libro. Se levantó y se fue hasta un cajón que tenía la estantería donde estaban todos los libros debidamente ordenados. Abrió el cajón y sacó una libreta y un bolígrafo. Los llevó hasta el sofá y los dejó al lado del libro.

Tenía la intención de apuntar todo aquello que le llamase la atención o creiese que le podría ser de utilidad. Se quedó unos minutos en el

sofá sin hacer nada. Intentaba dejar la mente en blanco. Volvió a suspirar y comenzó nuevamente a leer. Esta vez despacio y comprendiendo cada párrafo.

Leblanc llegó pronto a su casa. No había mucha distancia del campo de golf hasta su residencia que estaba en el mismo pueblo que el campo de golf. Aparcó el coche en la entrada y un mayordomo le abrió la puerta. Se saludaron y Leblanc se dirigió directamente a una habitación que utilizaba de despacho en la planta baja de la casa.

La puerta estaba siempre cerrada, era muy celoso de su intimidad y de las cosas que se traía siempre entre mano. Estaba jubilado, era cierto, pero eso no impedía que moviese su dinero en busca de beneficios extras. Con genio abrió la puerta y la cerró una vez que había entrado en la estancia.

Con paso firme se fue hasta la gran mesa de despacho, separó la enorme y cómoda silla que tenía y se sentó con tranquilidad. Dejó el diario sobre la mesa y encendió el portátil que tenía en una esquina. Introdujo su contraseña y comenzó a consultar diferentes páginas de información económica. El móvil lo tenía en el bolsillo y notó como sonaba un pitido y una vibración. Con tranquilidad se incorporó y metió la mano en el bolsillo para sacarlo y leer el mensaje.

Era de un compañero del club de golf que le invitaba a una cena en su casa el sábado sobre las nueve de la noche. Se quedó mirando el mensaje y pensó que le contestaría más tarde. No tenía claro si le apetecía o no asistir a esa cena. Ya decidiré, pensó.

Seguía teniendo el móvil en la mano. La llamada de Ernesto la tenía en mente y sabía que ahora le tocaba actuar a él. Se metió en la agenda y buscó un contacto. Fueron apareciendo diferentes nombres hasta que encontró el que buscaba. Rodrigo. Correcto.

Solía tener relación con Rodrigo. Era costumbre que cada cierto tiempo se llamasen para ponerse al día de cómo se encontraban y cómo les iba la vida. Se conocían desde pequeños. Habían estudiado juntos y como solía pasar luego, cada uno había hecho su vida, pero en este caso habían seguido manteniendo contacto y es que, aunque cada uno tenía sus quehaceres y problemas, era bueno no perder siempre el contacto con viejos amigos de la infancia y tomar de vez en cuando una copa para ponerse al día.

Leblanc presionó el nombre de Rodrigo y en la pantalla del móvil apareció el número conforme se estaba realizando la llamada. Rodrigo no tardó en responder y ambos se saludaron como era de costumbre. Durante unos minutos se pusieron al día y se preguntaron que tal les iba la vida y los achaques que podían tener por la edad. Entre risas se fueron explicando los últimos acontecimientos. Leblanc, antes de abordar el tema que había sido la causante de la llamada, se levantó del sillón del despacho y comprobó que la puerta estaba totalmente cerrada.

—Rodrigo, ¿estás solo? —preguntó Leblanc.

—Estoy con mi mujer. Ella está en el jardín y yo aquí sentado cómodamente en el sofá leyendo el diario.

—Perfecto —sentenció Leblanc.

Ambos se quedaron en silencio. A Rodrigo le extrañó que le preguntase si estaba solo, pero no hizo ningún comentario al respecto. Fue Leblanc, quien se encargó de romper el silencio.

—Me ha llamado Ernesto.

Rodrigo también conocía a Ernesto. Al igual que con Leblanc solía hablar con él cada cierto tiempo. Lo que le extrañó fue que Leblanc le hablase directamente de él. Se volvió a producir unos segundos de silencio.

—Ernesto me ha avisado que la caja se ha abierto hoy — dijo Leblanc.

—Entiendo —contestó Rodrigo.

—Te toca a tí amigo —dijo Leblanc

—Lo sé, no te preocupes, yo me encargo de todo — contestó Rodrigo.

Ya, sin nada más que decirse, se despidieron y ambos se separaron los móviles de sus oídos. Leblanc respiró satisfecho de cumplir la parte de la misión que le tocaba. Sabía que no le había supuesto un gran esfuerzo, pero al ser algo que venía de tan lejos, tenía ganas de que llegase ese momento y que, de una vez por todas, quedase libre de esa misión. Ahora le tocaba a Rodrigo.

Rodrigo, dejó el móvil en el sofá y se quedó pensativo. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Se había jubilado hacia unos cuantos años. Había sido inspector en una comisaria de un barrio del centro de Barcelona y cansado de ver tantos sucesos, en cuanto tuvo la oportunidad de jubilarse, lo hizo. Le apetecía pasar más tiempo con su mujer y ver a sus hijos con sus nietos por casa. Su

trabajo le había comido mucho tiempo de ocio con su familia y estaba dispuesto a recuperarlo, ahora que estaba jubilado. Al principio le costó romper con la falta de rutina del trabajo, pero, en pocos meses, al verse más relajado y con la compañía de su familia, empezó a vivir de una forma más tranquila.

Era y se consideraba un buen inspector. Siempre responsable con su trabajo, había tenido y resuelto casos de gran importancia. Era un hombre que tenía un gran instinto y sabía utilizarlo a la perfección.

Los años habían pasado y había perdido agilidad en los movimientos, su condición física se había visto mermada, pero seguía manteniendo su capacidad intuitiva. Sabía que él mismo se podría encargar de la misión que tenía por delante, pero siendo consciente de sus limitaciones, ocasionadas por la edad, decidió que otra persona de su entera confianza fuese el encargado de cumplir con su cometido.

En su trabajo había conocido a gente de todo tipo, gente buena, no tan buena y mala. Su instinto era lo que le hacía separarlos según su condición y pocas veces o mejor dicho nunca, se confundía.

Había recibido una suma considerable de dinero para cubrir los gastos que generase cumplir con la misión. La tenía debidamente guardada, sabedor de que, con los años, tendría que delegar esa tarea a otra persona y que por lo tanto, el dinero no le pertenecería a él, sino a la otra persona que realizase el trabajo correctamente.

El tiempo estaba transcurriendo mientras Rodrigo le seguía dando vueltas al asunto. Cogió el móvil y miró la pantalla. Que cosas más

modernas han inventado, pensó. No decidió demorarse más y, una vez que tenía el móvil desbloqueado, se metió dentro de la agenda de contactos. Tal y como había hecho antes Leblanc, fue descendiendo por la pantalla hasta encontrar el nombre que andaba buscando. Bajando llegó hasta el nombre de Salva y ahí Rodrigo se paró. Con decisión presionó su nombre y el teléfono empezó a dar señal de tono.

—¿Si? —contestó Salva.

—Que tal chaval, soy Rodrigo.

A Salva se le iluminó la cara al reconocer la voz de Rodrigo. Lo consideraba como a un padre. Le había enseñado todo lo que era en ese momento. Salva era un chico de 39 años, con muy buena presencia física. Practicaba diversos deportes y así como Rodrigo también tenía un sexto sentido para analizar y conocer a las personas. Tenía un despacho de detectives y la relación con Rodrigo se remontaba a cuando era un joven chaval ilusionado con resolver casos imposibles. Durante muchos años y, en numerosas ocasiones, Salva acompañaba al inspector Rodrigo en sus investigaciones y ambos formaron un equipo excelente. Salva aprendía por momentos todo lo que Rodrigo sabía y utilizaba.

Con el paso de los años, el chico se fue convirtiendo en un hombre y fue entonces, cuando decidió montar una agencia de detectives, donde poder poner en práctica todo aquello que su mentor le había enseñado con los años. Salva siempre le estaría agradecido y, ante cualquier duda que le pudiera surgir en un caso, se ponía en contacto con Rodrigo. Se veían para poner las ideas sobre la mesa y poder esclarecer antes el caso. A Rodrigo esta

situación le encantaba y le hacía sentir todavía activo en la resolución de incidentes.

—Hola Rodrigo que tal ¿todo bien? —se interesó Salva.

—Si, todo como siempre, que ya es mucho —contestó Rodrigo.

—Genial —afirmó Salva.

—Tengo que hablar contigo de un asunto importante Salva. ¿Cuándo te podrias pasar por casa para hablarlo tranquilamente?

Salva se quedó callado. Un asunto importante pensó. No tardó en responder.

—¿Te va bien esta noche Rodrigo?

—Si, genial. Esta noche nos vemos.

—¿En serio todo bien Rodrigo? —volvió a preguntar Salva.

—Si, si tranquilo, es un tema de trabajo.

Quedaron en verse esa misma noche. Sabía que podía confiar plenamente en Salva. No le fallaría. Colgaron la llamada y cada uno se dispuso a seguir con lo que tenían planeado hacer durante el día.

Llegó la hora de comer y como había desayunado pronto se preparó un bocadillo de atún y mientras comía siguió leyendo el libro. La tarde transcurrió con Daniel en la habitación de lectura, con el libro entre sus manos.

Sonó el timbre de la puerta y se sobresaltó. Estaba tan inmerso en el libro que no sabía ni qué hora era. Miró el reloj y se dio cuenta que eran las siete y cuarto de la tarde. Dejó el libro sobre el sofá y

fue a abrir la puerta. Miró por la mirilla y cuando vió la figura de Anna sonrió y abrió la puerta.

Lo primero que hicieron fue darse un beso y acto seguido Daniel se apartó y Anna entró.

—Qué tal Daniel, cómo estás.

—Bien, leyendo —contestó con una sonrisa.

—Me tienes que contar muchas cosas, lo que contenía la caja de seguridad y el porqué te has puesto a leer precisamente ahora.

Daniel sonrió al ver el interés y la intriga que estaba generando a Anna.

—Acompañame —dijo Daniel.

Los dos se dirigieron al comedor y Anna se quitó el abrigo y el bolso y se sentó en el sofá. Daniel cogió lo que estaba encima de la mesa y dijo:

—Esto es lo que había en la caja de seguridad.

Daniel tendió a Anna el contenido de la caja y esta, con cuidado lo recogió. Miró la moneda por ambos lados y abrió el sobre.

—¿Puedo leer la carta Daniel?

—Claro, si no quisiera que la leyese no te la habría enseñado

Empezó a leerla y en unos minutos la dobló y miró a Daniel a los ojos.

—¿Y bien? —preguntó Daniel.

—Qué quieres que te diga —contestó Anna.

—Lo que piensas —dijo Daniel.

—Pues creo que tu madre lo tenía todo bien estudiado y me temo que el que resuelva el juego se va a encontrar con una gran sorpresa.

Daniel decidió contarle con pelos y señales lo que había ocurrido en el banco y lo que había hablado con el director. Lo que más le llamó la atención a Anna, al igual que a Daniel, es que la caja se abrió hacía muchos años y que nunca se había utilizado hasta la llegada de Daniel ese mismo día.

Cuando terminó de explicar todo lo acontecido durante la mañana, Anna lanzó una pregunta.

—¿Cual es tu libro favorito?

—El Mar, la catedral.

Anna lo había leído también cuando era más joven y tuvo que darle la razón a Daniel. Era un excelente libro, a ella también le había encantado. Ahora entendía porque Daniel tenía que leer.

Con respecto a la moneda como él la llamaba, no tenía ni idea de que podía significar y lo único que tenía como posible respuesta, era la nota de su madre y la lectura de libro.

Se había hecho tarde y Anna decidió no quedarse a cenar, sabía que Daniel estaría inmerso en sus pensamientos y en la lectura. Era mejor que se marchase a casa a descansar para mañana ir a trabajar. Él se podría dedicar a leer sin que nadie le molestara. Lo entendió perfectamente e, incluso, agradeció la decisión de ella.

Podría dedicarle todo el tiempo que quisiese a seguir leyendo y a darle vueltas al juego sin que nadie distrajese su atención. Anna recogió sus cosas y Daniel la acompañó hasta la puerta. Anna le

deseó una buena lectura. Bajó por las escaleras y cuando desapareció la cabeza de ella, Daniel cerró la puerta y echó la llave.

—Me ducho, ceno y sigo leyendo —pensó al verse solo otra vez.

Había estado más tiempo del habitual debajo de la ducha... y notó que el agua resbalaba por su cuerpo y se dejó llevar por la sensación de estar bajo una cascada en medio del bosque. Le relajó más de lo que hubiese imaginado y una vez terminó de secarse y ponerse ropa cómoda para estar por casa, se preparó una pizza que tenía en la nevera y que estaba a punto de caducar.

Encendió el horno y después de dejarlo calentar varios minutos introdujo la pizza. En menos de diez minutos ya la tenía en la mesa recién hecha y lista para ser devorada. No dejó ni un trozo como solía hacer otras veces y ya con el estómago lleno, se preparó un café descafeinado y se lo tomó con toda la tranquilidad del que no tiene que hacer nada más en todo el día.

Recogida la cocina se dirigió a la habitación de lectura y, una vez sentado en el sofá, se dispuso a seguir leyendo. Abrió el libro por la página en la que lo había dejado antes de que Anna llegara y se volvió a meter de lleno. De vez en cuando paraba e intentaba retener alguna información, otras veces paraba y anotaba algo en la libreta (fechas, nombres, direcciones, etc...).

Las horas fueron pasando y empezó a notar agotamiento en los ojos. Decidió descansar y poniendo una punta de libro lo cerró y lo devolvió al lugar donde ocupaba en la estantería. Se frotó los ojos y se dirigió a su habitación. Mientras se desnudaba iba pensando en su madre, en las molestias que se había tomado para preparar el

juego. Ya dentro de la cama Daniel se puso de lado y en pocos segundos se quedó dormido.

Salva fue puntual. No era de extrañar. Era un hombre con unos principios muy claros. Picó al timbre y el mismo Rodrigo le abrió la puerta y con un fuerte abrazo se saludaron. Rodrigo le invitó a pasar y Salva a ver a su mujer se acercó y le dio dos besos. Era una mujer encantadora. Tenía que serlo ya que ser pareja de un policía, inspector, etc demostraba que era una mujer paciente y enamorada de su marido. El trabajo de policía no tenía horarios y, en muchas ocasiones, había tenido que dejarla en medio de la cena para ir a resolver algún caso.

Ahora que Rodrigo estaba jubilado, veía a su mujer mucho más relajada e incluso rejuvenecida. Rodrigo acompañó a Salva al comedor donde ambos se sentaron mientras que Laura, que así era como se llamaba la mujer de Rodrigo, iba preparando la mesa para cenar.

Había preparado algo ligero y en cuanto la mesa estuvo lista avisó a los dos comensales para cenar. Durante ese rato Rodrigo y Salva se pusieron al día de los últimos acontecimientos. Empezaron a recordar situaciones vividas hacía años. Rodrigo, prefirió tratar el tema que había traído a Salva después de la cena, sentados en el comedor con una copa de whisky.

Al oír como Laura les avisaba, ambos se levantaron raudos para no hacerla esperar. Con una buena conversación y con un ambiente distendido, se dispusieron a cenar y disfrutar de la velada.

La cena transcurrió de una forma tranquila y cuando ya habían terminado de cenar, los dos hombres ayudaron a Laura a recoger la mesa y luego se dirigieron al comedor para tratar el tema que Rodrigo tenía en mente.

Laura se quedó en la cocina, sabía que si Salva había venido a esas horas era porque su marido quería hablar con él a solas. Cuando acabase de recoger la cocina, iría a una salita que tenían en la casa y leería un rato el libro que tenía entre manos.

Rodrigo acomodó a Salva en un lado del sofá y antes de sentarse se dirigió al mueble bar y sacó dos copas con una botella de whisky. Con tranquilidad, depositó ambos vasos en la mesa, abrió la botella y sirvió una pequeña cantidad de reserva que tenía guardado para momentos importantes. Rodrigo cogió los dos vasos y le tendió uno a Salva quedándose él con el otro. Con relativa parsimonia Rodrigo se acomodó en el otro lado del sofá. Se miraron y ambos dieron un sorbo al whisky.

El silencio se adueñó del comedor. Parecía como si ambos no quisieran romper ese silencio.

—Bien Rodrigo, aquí me tienes, en que puedo ayudarte — preguntó Salva.

Rodrigo se quedó mirando fijamente a Salva y asintió con la cabeza. Había llegado el momento de contarle su misión. No era difícil, pero sí de una extrema responsabilidad. Rodrigo dio un nuevo trago al whisky y garraspeó para aclararse la garganta. Ahora era Salva quien observaba a Rodrigo hacer ese ritual.

—Verás Salva, hace unos cuantos años me asignaron una misión —dijo Rodrigo y empezó el relato explicándole la misión que tenía—. Cuando éramos jóvenes teníamos un grupo de amigos. Estudiábamos juntos y sin darnos cuenta fuimos creando un vínculo de amistad muy bonito. Éramos leales y, sobre todo, confiábamos los unos en los otros. Sabes por tu experiencia, que eso hoy en día, es prácticamente imposible de conseguir —dijo y Salva asintió con la cabeza—. Bueno continuo. Fuimos creciendo manteniendo esa amistad y con el paso de los años, en lugar de desaparecer fue aumentando. Es cierto que la vida elige caminos distintos para cada uno, pero, si la amistad es verdadera, siempre podrás contar con esas personas. El contacto entre nosotros se mantuvo en todo momento. No como al principio claro, pero siempre se ha mantenido —decía Rodrigo mientras Salva lo observaba—. Verás, una chica del grupo, bueno una mujer del grupo, vivió una situación muy dura en su vida. El grupo de amigos la apoyó en todo lo que pudo, pero fue ella quien nos limitó a tomar la iniciativa en según qué momentos. Lo que si nos pidió era un favor. Ninguno se negó, así que, a cada uno, se le fue asignado una misión. A mí me tocó una que iba acorde con mi experiencia y trabajo. No te quiero contar todo lo que ocurrió en su momento, ya que pertenece a algo muy personal y que ella nos prohibió hablarlo con nadie. En este caso yo tengo la necesidad de comentártelo a ti, ya que si aceptas la misión que yo tenía, pasará a tus manos. ¿Te preguntarás porque no lo hago yo? —dijo Rodrigo. Salva fue a abrir la boca, pero Rodrigo lo calló con un gesto de la mano. Verás Salva, ya no tengo la agilidad, fuerza y constancia como cuando trabajaba de inspector. Hay que ser honesto con uno mismo y ser consciente de las limitaciones. Me

hubiese encantado haber cumplido yo mismo la promesa y lo hubiera hecho si hubiese sido unos años atrás, pero ahora mismo no me veo capacitado. He tenido que buscar a alguien de mi entera confianza para traspasarle la misión y he pensado en que nadie mejor que tu sea la persona en cumplir lo que tendría que estar haciendo yo.

Salva, que tenía la copa de whisky en su mano se la acercó a los labios y dio un sorbo corto. Rodrigo imitó a Salva y también dio un trago, pero este algo más largo. Hay una persona que puede estar en peligro.

—¿En peligro? —preguntó Salva.

Rodrigo asintió.

La persona no es conocedora del peligro que corre y necesito que alguien, en este caso tú, se encargue de que nada malo le pase.

Salva abrió los ojos de par en par esperando más información.

El chico es el hijo de esta amiga que te comenté anteriormente. Su madre ha fallecido y le ha dejado la misión de intentar resolver un misterio. El chaval tiene que tomar la decisión de resolverlo o no. Ya se ha decidido Salva. Ha empezado a buscar respuestas.

—¿Y por qué la madre no resolvió ella el problema? O ¿por qué no lo resolvemos nosotros? —preguntó Salva.

—Es algo más complicado de lo que parece —dijo Rodrigo.

La madre del chico dejó una serie de pistas para que él las vaya resolviendo y cuando lo resuelva debe ser él. el que tiene que decidir qué hacer. Solo si el chico es lo suficientemente espabilado

lo podrá resolver. Es una prueba que le ha querido poner su madre después de muerta.

Salva no salía de su asombro.

—Por supuesto el dinero que me dejó la difunta y que tengo guardado pasara a tus manos para cubrir los gastos.

Salva no prestó atención a esto último que le había dicho Rodrigo. Solo pensaba en la misión que le estaba pidiendo su compañero y todo lo que envolvía ese “juego” en el que el chaval estaba inmerso y en el que, en principio, corría peligro.

—Acepto, por supuesto que acepto —dijo Salva.

Rodrigo no esperaba menos de él y con una sonrisa en los labios se lo agradeció.

—Es importante que el chico no sufra ningún daño.

Salva lo miró fijamente y esta vez fue el quien sonrió.

—Sabes que puedes confiar en mí. Al chico no le pasará nada. Puedes estar tranquilo.

Volvieron a dar un sorbo a sus copas y Rodrigo se levantó con gesto cansado y, dejando la copa en la mesa, se dirigió a la otra parte del mueble de dónde sacó un papel y un bolígrafo.

Se volvió a dirigir a la mesa e, inclinándose con cuidado, escribió algo. Lo miró, se incorporó y lo dobló por la mitad. Con paso lento como quien medita lo que está haciendo se acercó a Salva y le tendió el papel.

—Aquí tienes el nombre y los apellidos del chaval.

Salva extendió el brazo, cogió el papel, lo desdobló, leyó el contenido y lo volvió a doblar para guardárselo en su pantalón.

—Suficiente con esto Rodrigo, yo me encargo.

—Una cosa más —dijo Rodrigo.

—Dime.

—Quiero que me mantengas informado en todo momento.

—Eso está hecho. Sera un placer volver a trabajar juntos — dijo Salva.

Salva dio el último trago a su copa, se levantó con energía, dejó la copa en la mesa y ambos se quedaron en frente el uno del otro. Sin decir nada, ambos se dieron un fuerte abrazo y del lado de Rodrigo se pudo escuchar la palabra Gracias. Salva la escuchó y apretó aún más a su amigo.

—¡Para, para, que me vas a romper! —dijo Rodrigo.

Ambos se separaron y se echaron a reír.

Se hizo tarde y con la misión de Rodrigo traspasada a su amigo Salva, lo acompañó hasta la puerta de casa. Con un nuevo abrazo, esta vez mucho más corto, se despidieron y Rodrigo cerró la puerta.

De una habitación apareció Laura que había permanecido leyendo todo el rato. Se acercó a su marido y le preguntó si todo había ido bien. Este afirmó con la cabeza y la besó. Necesitaba descansar, así que se fueron a dormir.

El viernes Daniel se levantó cansado, pensó que quizás le faltan vitaminas. Desayunó y recogió un poco el piso y, en cuanto todo estaba medianamente hecho, se fue a rescatar el libro que

estaba leyendo. No iba ni por la mitad, pero pensó que era buena señal. Quizás en algún momento viese algo que le sirviese. Transcurrió todo el día igual, lectura, comida, lectura... etc. A las seis de la tarde recibió un mensaje en el móvil.

—¿Te acuerdas de mi verdad?

Era Anna quien había enviado el mensaje.

—¡Ostras! —dijo Daniel en voz alta.

Era viernes y tenían que empezar con la pequeña mundanza. Lo había olvidado por momentos.

—Claro que si Anna. Cojo el coche y en treinta minutos estoy en la portería de tus padres.

—Ok

Anna había aprovechado la semana para ir guardando en una maleta la ropa que se llevaría a casa de Daniel. En cajas había metiendo aquello que consideraba parte de ella y que quería tener a su lado. En total contó un total de tres maletas y cuatro cajas.

Es cierto que se podría llevar más cosas, pero no quería agobiar a Daniel tan rápido, sonrió mientras lo pensaba.

Daniel dejó aparcado el coche en un vado que estaba libre. Dejó puesto los cuatro intermitentes y picó al timbre donde hasta ese momento vivía Anna. Ella contestó con un sube.

Abrió la puerta y Daniel subió hasta el primer piso por las escaleras. El edificio tenía ascensor, pero como había tardado un poco más de lo que le hubiera gustado, prefirió subir por las escaleras. Ya en el

rellano encontró la puerta abierta y desde el fondo escucho un, pasa Daniel, pasa.

Algo cansado por subir las escaleras corriendo, decidió tomarse unos segundos para recobrar el aliento. Entró y se encontró con los padres de Anna que muy gentiles le dieron dos besos y un abrazo.

—Anna está en su cuarto —comentó la madre de Anna.

Daniel que conocía el piso a la perfección se adentró en el pasillo hasta llegar a la habitación. Lo primero que hizo fue fijarse en las maletas... con cara de asombro las fue contando. Tres maletas nada más y nada menos. Pero, además, tres de las grandes. Desvió la mirada y vió las cajas. Cruzó los brazos y, sin darse cuenta, miró a Anna sonriendo.

—¿Solo esto te llevas? —dijo Daniel en tono sarcástico.

Anna no había pillado el tono con la que Daniel lanzó la pregunta e, ingenuamente, le explicó que había pensado en llevarse unas cuantas cosas más, pero que, de momento, con eso tenía bastante. Daniel sonrió ante la sencillez de Anna.

—Bueno, ¿empezamos a bajar cosas al coche? —dijo Daniel.

—Vale, vete bajando alguna caja que termino de hacer unas cosillas.

Daniel se dirigió a las cajas y evaluó cual coger primero. Se decantó por la más grande y haciendo un esfuerzo, la levanto y se la puso en el hombro. Recorrió el piso con cuidado para no romper nada y, una vez que el ascensor llegó, se metió dentro y bajó hasta la portería. Ya en la calle, colocó la caja en el asiento de atrás de su coche.

Las siguientes dos horas transcurrieron igual, Anna y Daniel metiendo los paquetes y las maletas en el coche y posteriormente sacándolas y metiéndolas en el piso de Daniel. Cuando acabaron, los dos se dejaron caer sobre el sofá y resoplaron de cansancio.

Anna miraba todo lo que había traído y pensaba la faena que le quedaba

aún por hacer al tener que colocarlo todo en su sitio. Daniel, por el contrario, pensaba si había suficiente espacio para guardar todo lo que habían subido. Tenían todo el fin de semana por delante para ordenar y colocarlo todo.

Después del esfuerzo decidieron darse un baño y cenar algo antes de irse a dormir. Estaban agotados.

Como no tenían ganas de cocinar, decidieron pedir algo ligero y Anna le propuso cenar comida china. Daniel buscó por internet uno que estuviera cerca y que sirvieran a domicilio. Una vez hecho el pedido esperaron viendo la televisión y en menos de veinte minutos ya tenían al repartidor de comida china en la puerta. Anna pagó y cerró la puerta. Se dirigieron hasta la cocina y una vez servido lo que habían pedido, empezaron a ponerse al día.

—¿Como va la lectura? —preguntó Anna.

—Bien, bueno, normal, no he conseguido ver nada que me llame la atención. Lo estoy leyendo con mucha calma, pero, la verdad, es que no veo nada que indique que pueda ser útil para resolver este enigma y pasar a la siguiente pista.

—Quizás no está en el libro —sentenció Anna—. Quizás tendríamos que buscar por otro lado.

—Puede que tengas razón, pero como no sé por dónde tirar y tengo el libro, al menos intento buscar algo en él —contestó Daniel.

La cena transcurrió en silencio. Cada uno se repartió una porción de la comida china que habían pedido y decidieron encerrarse en su mundo mientras devoraban la comida con hambre. Anna pensaba en todas las cosas que tenía que organizar el fin de semana. Sentía la necesidad de colocar todo lo que había traído de casa de sus padres para poder sentir que formaba parte del piso que ahora compartiría con Daniel.

Daniel estaba centrado en el libro... En las pistas... En el juego... Sin darse cuenta, todo lo demás había dejado de tener importancia y solo anelaba resolver el último juego.

—Daniel, llevo un rato hablándote y no me escuchas —dijo Anna.

Daniel, como por arte de magia, regresó de allí donde se encontraba y vió en frente a Anna.

—Perdona, estaba dándole vueltas al juego...

—Lo sé, pero tienes que intentar desconectar y quizás puedas ver las cosas con mayor claridad.

Daniel asintió, sabía que Anna tenía razón, así que, una vez que terminaron de cenar, recogieron la mesa y se sentaron en el sofá a ver un rato la tele y a hablar de otros temas que no fueran del libro.

La programación para variar era muy aburrida, la dejaron puesta de fondo mientras ellos fueron cambiando impresiones y organizando como iban a poner todas las cosas que habían traído.

Se levantaron y fueron repasando los armarios que tenía el piso de Daniel y de una forma rápida y ordenada, Anna fue atribuyéndose espacios para colocar sus cosas. Daniel sonreía y la miraba asombrado por la organización que estaba estableciendo y por curioso que le pareciese, no le molestaba. Al contrario, le gustaba saber que a partir de ahora ya no estaría solo en el piso y que lo compartiría con alguien a quien él encontraba maravillosa. ¡Ay el amor! Como es de raro. Pensó Daniel.

Se hizo tarde, eran la una menos cuarto cuando decidieron apagar la tele e irse a la habitación para dormir y descansar. Ambos hicieron sus rituales clásicos antes de dormir (pijama, lavarse los dientes, etc) y, una vez que estaban metidos en la cama y apagaron las luces, se desearon buenas noches. En poco menos de cinco minutos, un silencio empezó a recorrer la habitación. Ambos cayeron rendidos, cansados de los días pasados, de las emociones y de los cambios que habían vivido en tan poco tiempo. Cada uno mirando a un lado de la habitación se fueron quedando profundamente dormidos. La oscuridad, el silencio y la tranquilidad de saber que estaban juntos, hizo que se creara un ambiente de relajación al que nadie hubiera podido resistir la tentación de dejarse llevar por un sueño reparador.

Salva salió de la casa de Rodrigo, no preocupado, pero si muy intrigado. Que su amigo le pidiese ese favor era señal de que era algo muy importante para él, así que tenía que estar a la altura y proteger al chico de cualquier peligro. En esos pensamientos estaba, cuando aparcó el coche y subió a su piso. Lo tenía decorado de una forma muy minimalista, pero para él solo ya estaba bien. Se sentía a gusto en su piso del centro. Se metió en la ducha y se puso

cómodo. Recogió la ropa que había dejado por el medio y metió la mano en el bolsillo para sacar el papel que le había dado su amigo.

Se dirigió a una habitación que había habilitado como despacho y sentándose en la silla, encendió el portátil. Mientras, con el papel en la mano, empezaba a memorizar el nombre y apellidos, imaginándose en que lío estaría metido el chaval. Introdujo los datos de Daniel y después de navegar un poco, encontró la dirección en la cual residía. Cogió un bolígrafo y en el mismo papel donde estaba apuntado el nombre y apellidos apuntó la dirección que aparecía en la pantalla de su portátil.

Bueno, ya sabía algo más. Ahora le tocaba descansar y mañana iría a echar un vistazo para poner cara y pies a la persona a la que tenía que vigilar. Dejó el papel sobre la mesa y apagó el portátil. Se levantó, se fue a su habitación, puso el despertador a las ocho y se tumbó a dormir.

CAPÍTULO 3

La dedicatoria

Anna abrió los ojos despacio. No sabía bien donde estaba, pero, después de unos segundos de reflexión, reaccionó y recordó que estaba en la cama de la que a partir de ahora sería su nuevo hogar.

Miró como entraba luz del sol por la puerta que habían dejado entreabierta. Con cuidado se incorporó ligueramente y miró el reloj. Las nueve y treinta y cinco. Ocho horas, pensó. He dormido ocho horas. Hacía tiempo que no dormía tanto del tirón. Sintió la presencia de Daniel y como al notar que este no se movía, dedujo que todavía no se había despertado. Con cuidado abrió la ropa que la calentaba en la cama y, con mucho sigilo, se puso las zapatillas de casa. Casi de puntillas se fue a la cocina y empezó a preparar el desayuno para los dos. Tostadas, café y un zumo de naranja. Si, este será el primer desayuno viviendo juntos.

Daniel olisqueó el olor a café que provenía de la cocina y su instinto hizo que abriese los ojos y se desperezase, miró el reloj y vio también que el otro lado de la cama se encontraba vacío. Se levantó con tranquilidad y buscó las zapatillas. Con paso lento, se fue acercando a la concina para intentar no asustar a Anna. Cuando llegó a la puerta, Daniel, sin decir nada, observó durante unos minutos como su compañera terminaba de preparar el desayuno.

Anna sintió como si alguien la mirase así que, por instinto, se dio la vuelta y vio a Daniel apoyado en el marco de la puerta observándola.

—Buenos días Daniel, ¿has descansado?

Daniel no contestó, despacio se fue acercando hasta Anna y cogiéndola de las manos la acercó y la besó en los labios.

—Buenos días Anna, he descansado como hace tiempo que no lo hacía, y tú, ¿has podido dormir bien en tu nueva cama?

Anna sonrió y le devolvió el beso, era su manera de decirle que sí. Le señaló la mesa donde estaba todo preparado para desayunar y sin decir más, ambos se sentaron y empezaron a dar buena cuenta del desayuno. Todavía con el café en la mano planificaron lo que iban a hacer. Anna se encargaría de colocar las cosas en su sitio y en caso que le hiciese falta, llamaría a Daniel.

Daniel, por su parte, seguiría con la investigación a ver si era capaz de adelantar algo y poder esclarecer un poco más el misterio.

Se levantaron de la mesa de la cocina, se dieron un beso y cada uno se fue a hacer sus labores.

Anna tenía estructurado todo lo que tenía que hacer en su cabeza, sin esperar más, se puso manos a la obra y comenzó a mover cajas, abrir y cerrar armarios e ir colocando las cosas.

Daniel no tenía tanta suerte, en su mente solo había dudas y más dudas, así que se fue hacia la habitación de lectura, cogió el libro y se puso cómodo. Antes de comenzar a leer se estiró buscando despejarse totalmente y durante unos segundos se quedó mirando al techo. Abrió el libro por la página donde lo había dejado y, sin darse cuenta, se introdujo en el relato. De vez en cuando, escuchaba movimiento en el piso y, durante unos segundos, separaba la vista del libro, levantaba la cabeza y se imaginaba a Anna colocando las cosas. Como no le había llamado para que le

echase una mano, interpretaba que lo llevaba bien y que no tenía que interrumpirla. Después de esos segundos de desconexión, volvía a introducirse en la lectura.

La mañana pasó volando y después de hacer un parón para comer, volvieron a sus quehaceres. Daniel iba adelantado el libro, pero no conseguía ver nada que le llamase la atención para poder utilizar en el juego. A momentos se desesperaba, pero luego decidía tranquilizarse y confiar en su madre y en su propia capacidad para resolver el enigma.

—¿Cómo lo llevas Daniel? —preguntó Anna asomándose a la habitación de lectura donde se encontraba Daniel.

Este cerró el libro despacio, se frotó los ojos y la miró.

—Igual Anna, ya estoy acabando el libro y no consigo ver nada que nos pueda servir, Igual, sigo igual.

Anna suspiró.

—Y tu como lo llevas. ¿Has acabado de colocarlo todo?

Anna se quedó mirando a Daniel y le sonrió. Este, sin darse cuenta, sacó también una mueca de sonrisa.

—Bueno, me faltan algunas cosillas, prefiero hacerlas contigo por si no lo ves bien. ¿Desconectas de leer y lo miramos?

La idea de dejar de leer y hacer otras cosas y más en compañía de Anna le pareció la mejor forma de acabar la tarde del sábado. Cuando ya todo estaba debidamente ordenado Anna le enseñó a Daniel como había dispuesto todas sus cosas. Ella le explicaba ilusionada como lo había ordenado y Daniel no dejaba de

asombrarse de como había encontrado todo ese sitio solo con mover unas cuantas cosas que él tenía desordenadas.

—Eres genial Anna. Has conseguido colocarlo todo de tal forma que parece el piso aún más grande de lo que es —dijo Daniel y Anna sonrió y le abrazó.

—¿Te gusta? —preguntó Anna.

—¿Que si me gusta? Está genial.

—¿Qué te parece si para celebrarlo cenamos fuera Daniel?

—Me parece genial. Vamos a vestirnos y decidimos donde ir.

Los dos se dirigieron a la habitación de matrimonio y, una vez allí, se dispusieron a vestirse para salir. Con todo ordenado, la elección de la ropa fue fácil y una vez estaban vestidos y abrigados se dirigieron a la puerta de la calle. Al salir, la cerraron con llave.

Bajaron por el ascensor y ya en el rellano se acabaron de abrigar bien, cogiendo rumbo calle abajo en busca de un restaurante que solían frecuentar bastante y que les resultaba muy acogedor. Con paso lento pero decidido, dirigieron sus pasos hasta el restaurante y, una vez en la puerta, un metre se la abrió y entraron al interior.

—¿Tiene reserva el Sr? —preguntó el metre.

—No, no hemos hecho ninguna reserva, ha surgido de imprevisto. ¿Hay alguna mesa libre?

El metre revisó la libreta y con un gesto afirmativo les indicó que había mesas libres. Les indicó que les siguiera y, en pocos

segundos, se encontraban delante de una mesa debidamente decorada para la cena. El metre separó la silla de Anna para acomodarla y Daniel hizo lo propio con la suya.

—En un momento les traigo la carta.

Con un gesto amable, desapareció dejando a la pareja a solas en la mesa. Ambos se miraron y observaron que la mayoría de las mesas estaban ya ocupadas.

—Hemos tenido suerte —comentó Daniel.

—Si, la verdad es que este restaurante está muy bien y casi siempre está lleno. Por suerte quedaban algunas mesas libres.

El metre, como por arte de magia, se acercó a la mesa y dejó a cada uno de ellos la carta para que la fueran mirando.

—¿Desean beber algo?

Daniel miró a Anna y esta asintió con la cabeza.

—Que vino nos recomienda —preguntó Daniel.

—Les aconsejaría el vino reserva de la casa —contestó sin dudarlo.

Daniel asintió y pidió una botella. El metre con gran agilidad desapareció y volvió a aparecer con la botella inclinándosela a Daniel por si quería olerla antes de servirla. Con un gesto de mano, indicó al metre que podía servir directamente. Con las copas de vino ya llenas, la pareja volvió a quedarse a solas en la mesa. Ambos dieron un sorbo al delicioso vino que les habían servido y con tranquilidad, abrieron la carta para ver que elegían para la cena.

Después de unos minutos de leer la carta y de comentar el contenido de la misma, decidieron compartir una ensalada como primer plato y como segundo Anna se pidió un pescado a la plancha y Daniel unos macarrones a la carbonara.

El detective llevaba desde las nueve de la mañana haciendo guardia en la dirección que había encontrado en internet. Esa era la parte del trabajo que menos le gustaba. Tener que esperar. Al lado de la portería había un pequeño bar con lo cual lo utilizaría para aprovisionarse de algo que le pudiera hacer falta durante la espera. Quería poner cara a la persona que tenía que vigilar. Eso era fundamental y, en la medida de lo posible, sacaría alguna foto para tenerlo bien presente y dar esa información a algún compañero de su buffete para que le cubriese.

El día pasó lento y pesado. Veía como salía y entraba gente del edificio, pero ninguno con una edad parecida a la que en principio tenía el chaval. Empezó a pensar que quizás no se encontraba en la vivienda. Teniendo en cuenta que vivía en el ático, ver luz o algo, resultaba muy complicado.

A medida que se aproximaba la tarde e iba oscureciendo, Salva pensó en dejar de vigilar e irse a su casa, pero algo le decía que tenía que esperar más. La espera tuvo su recompensa. Alrededor de las ocho y media la puerta del edificio se abrió y Salva estiró el cuello para ver quien podría salir.

—¡Por fin! —exclamó Salva—, alguien de la edad del chaval.

Vió como salía una chica joven y detrás de ella un chico de aproximadamente la misma edad que ella. No se lo pensó dos

veces y sacó su móvil para tomar alguna foto. Fue rápido. Su experiencia era de gran utilidad, así que en pocos segundos había conseguido hacer una foto a la chica, al chico y a la pareja junta mientras se dirigían calle abajo.

Con disimulo, Salva salió de su escondite y abrigándose bien siguió a la pareja. Todo parecía normal. Nadie excepto él los estaba siguiendo. Manteniendo bastante distancia, el detective vió como la pareja se introducía en un restaurante. Bueno parece que la pareja ha decidido ir a cenar, pensó Salva.

Miró alrededor suyo y vió que había al final de la calle un puesto de comida rápida. Con la tranquilidad de saber que la pareja estaba dentro del restaurante, dirigió sus pasos hasta el puesto de hamburguesas. Llegó en pocos minutos y teniendo en cuenta que no había nadie para ser despachado, en seguida pidió lo que le apetecía y el cocinero se puso manos a la obra.

Salva consultaba el móvil mientras esperaba que le sirvieran la cena en una bolsa ya que su intención era ir a cenar a un sitio donde poder vigilar la salida de los chicos del restaurante. El cocinero le tendió la bolsa con la hamburguesa y una Coca Cola Zero y Salva pagó la cuenta. Tenía hambre por lo que buscó un sitio discreto donde no llamar la atención y, con cierta prisa, abrió la bolsa y se dispuso a cenar. ¡Estaba riquísima! Una cena rápida, pero buena. Suficiente para pasar esa noche.

La Coca Cola se la fue bebiendo a sorbos una vez se había terminado la hamburguesa. De esa manera le ayudaría a engañar un poco más al estómago en el caso que la noche se alargase demasiado. Pero intuía que no. La pareja de jóvenes, no tenían

mucha pinta de ser muy fiesteros, con lo cual, pensaba que, una vez hubieran terminado de cenar, volverían nuevamente al piso.

La velada transcurrió tranquila, estuvieron hablando de muchos temas intentando en todo momento, dejar de lado el juego. Solo durante el postre, ambos pidieron tiramisú, decidieron hablar de cómo avanzar en busca de nuevas pistas.

Pagaron la cuenta y abrigándose bien se encaminaron hacia la puerta por donde unas horas antes habían entrado. La temperatura había cambiado bastante y del calorcito del restaurante pasaron al gélido frío de la calle.

Los pasos, a medida que iban avanzando, eran más rápidos, el frío se iba adueñando de sus cuerpos. En ningún momento se percataron de la presencia de alguien desconocido que los estuviera siguiendo.

Ya en la portería, la abrieron y entre risas subieron por las escaleras. Abrieron la puerta del piso, se quitaron la ropa de abrigo y se dejaron caer en el sofá.

El detective se alegró de volver a acertar en su previsión. Se veían chicos tranquilos y tal como había pensado, después de cenar volverían a casita a descansar. Esperó unos minutos más vigilando la portería y viendo que no había movimiento, decidió que había llegado el momento de descansar él también.

Fue en busca de su coche y una vez abierta la puerta se metió dentro. Revisó el móvil para comprobar si las fotografías que había tomado eran suficientemente claras como para identificarlos sin problemas. Eran buenas. Si, eran fotos que servirían perfectamente.

Encendió el coche y puso rumbo a su domicilio. Por el camino su mente seguía trabajando. Tenía que buscar un sistema de vigilancia para no perder de vista al chico. Ahora que tenía su foto, el domingo mismo la imprimiría y la repartiría al equipo que tenía en mente para organizar la vigilancia. El camino hasta su casa fue relativamente corto, teniendo en cuenta el poco tráfico que había. Tenía la música puesta y mientras la escuchaba le seguía dando vueltas al favor que le había pedido su amigo. Llegó a su destino, aparcó el coche y subió hasta su piso. Decidió tumbarse y descansar. Ya no volvería a pensar en el chaval hasta el domingo. Trabajo es trabajo y ahora era el momento de desconectar.

Daniel estiró las piernas y las colocó encima de una mesita de madera que tenía en el comedor, Anna aprovechó para tumbarse y apoyar su cabeza en las piernas de él. Daniel reposó su cabeza en la parte superior del sofá y sin darse cuenta estaba acariciando el pelo de su nueva compañera de piso. Anna se dejó llevar por las caricias y en pocos minutos un sueño profundo se adueñó de ella y se quedó dormida. Daniel sentía su acompasada respiración y, sin dejar de acariciar su pelo, se fue quedando dormido él también.

Se despertó sobresaltado, con malestar en el cuello de tenerlo inclinado hacia un lado. Con cuidado, miró la hora de su reloj. Durante unos segundos no sabía donde se encontraba, hasta que, poco a poco, la lucidez le fue llegando. Eran las tres y veinte de la madrugada y ambos se habían quedado dormidos en el sofá. La postura de Anna era más cómoda que la suya y seguro que por eso se había despertado aquejado de molestias en las cervicales. No podían pasar la noche en el sofá, Daniel con sumo cuidado cogió a

Anna en brazos y sin llegar a despertarla la metió en la cama y la tapó. Él hizo lo mismo y nuevamente se quedó dormido.

El domingo por la mañana transcurrió como el sábado, pero como Anna lo tenía todo ordenado se fue a correr un rato por la calle. Le gustaba hacer deporte y siempre que tenía un momento libre salía a practicarlo. Daniel siguió con la lectura. Le quedaba poco para terminarlo y quería hacerlo lo antes posible, necesitaba llegar hasta el final del libro por si encontraba esa pista que le ayudase a resolver o adelantar el juego.

Cuando Anna regresó a casa antes de la hora de comer, se encontró a Daniel sentado en el sofá del comedor con el libro cerrado en su lado derecho.

—Ya está Anna, lo he acabado.

—¿Y?

—Nada de nada, estoy igual que cuando empecé a leerlo.
¿Crees que tengo que volverlo a leer?

—¿El qué, leer el libro nuevamente?

—Si, quizás no he estado atento a la lectura.

—¿En serio crees eso Daniel?

—No, pero no sé por dónde tirar.

—Déjame que me duche, me arreglo y hablamos.

—Ok. —respondió Daniel sin moverse un ápice.

Anna hizo lo que había dicho. Se duchó y a continuación se arregló y se sentó al lado de Daniel. Este daba la impresión de haber estado todo el tiempo inmóvil esperando a Anna.

—¿Estás seguro que este es tu libro favorito? —preguntó Anna.

—Sí. Lo estoy. Bueno lo estaba... No sé ya la verdad —respondió Daniel.

Anna lo miraba sin saber cómo poder ayudarlo, lo veía bloqueado.

—¿Por qué te gustó tanto este libro? —preguntó Anna.

Él le explicó que siempre le había fascinado como se creaban las catedrales, monasterios y todas las construcciones de cierta envergadura y, sobre todo, en la época en que se habían construido por la falta de recursos, que hoy sí que habían. Mientras lo iba explicando, los ojos se le iban iluminando por la emoción que sentía y el respeto de esas personas que dieron sus vidas por construir algo duradero en los años.

—¿Me dejas el libro Daniel?

Daniel cogió el libro y se lo acercó. Ella hacía años que también lo había leído y lo recordaba como un buen libro, pero de ahí a calificarlo como el que más le había gustado, había una gran diferencia.

El libro estaba intacto, parecía nuevo, se notaba que Daniel era una persona que cuidaba bien las cosas y los libros en especial. Lo abrió y fue ojeando las páginas sin ningún orden, intentado que la suerte le sonriese, pero era consciente que solo estaba haciendo un juego de niños. Lo volvió a cerrar y lo abrió por el principio...

—Lo tienes firmado por el autor Daniel.

—Sí, mi madre lo conocía y cuando vino una vez a la fiesta de St Jordi fuimos a que me lo firmara. La verdad es que me hizo

mucha ilusión.

Anna se quedó en silencio y leyó la dedicatoria que el autor le había escrito. La leyó y la volvió a leer. Había algo en esa dedicatoria que no la encontraba normal.

—¿Has leído la dedicatoria que te pusieron?

Daniel negó con la cabeza y acto seguido Anna le devolvió el libro abierto por la página que en su momento había estado en blanco y que ahora había unas palabras escritas por el mismo autor del libro.

Daniel cogió el libro y se dispuso a leer la dedicatoria.

“Para un gran lector de historia, a mi amigo Daniel. Espero te guste este relato y que despierte en ti los recuerdos de otras iglesias con pequeños seres imaginarios viviendo en ellas. Suerte.”

El silencio se instaló en el piso. Daba la sensación que el tiempo se había detenido y que todo se había quedado congelado. El mundo se había parado para Daniel. Todo había dejado de existir al leer esa dedicatoria.

Daniel abrió la boca. Al igual que Anna era consciente que, esa dedicatoria, no era normal, así que la leyó un par de veces más. Anna le observaba e, inconscientemente, notó que habían encontrado algo, algo que les podría ayudar a seguir adelante. Daniel dejó el libro en el sofá y se levantó. Empezó a dar vueltas por el comedor buscando aclarar sus ideas. Anna lo seguía observando. No se atrevía a decir nada para no interrumpirlo. Daniel se paró en seco y miró a Anna.

—Ahí está la pista... lo sé, estoy seguro. Ahí está la pista — dijo Daniel.

Daniel volvió a ponerse en marcha y sin darse cuenta se encontraba nuevamente paseando por el comedor. Después de unos minutos Anna que no aguantaba más le dijo.

—¿Quieres hacer el favor de sentarte y miramos juntos lo que escribió a ver si podemos sacar algo en claro?

Daniel se volvió a parar y como un niño pequeño que acaba de ser regañado se volvió a sentar en el sofá. Abrieron el libro y Anna fue leyendo en voz alta lo que estaba escrito. Lo leyeron un par de veces hasta que, sin darse cuenta, se sabían el texto de memoria.

—¿Qué crees que quiere decir con pequeños seres imaginarios viviendo en ellas? —preguntó Anna.

Daniel se quedó pensativo, creía saber la respuesta, pero antes de darla quería estar seguro. Sin darse cuenta su corazón empezó a acelerarse. Tenía la respuesta. Daniel se giró en el sofá y se puso mirando hacia Anna. Con Anna estaba expectante, mirando fijamente a Daniel, esperando que se explicase.

—Verás Anna.

Empezó a explicar lo que había vivido con su madre cuando era pequeño en una iglesia de barrio.

—Mi madre me bautizó en una iglesia de Hospitalet de Llobregat. Concretamente, en una iglesia románica del barrio de Santa Eulalia. La comunión también la hice en la misma iglesia y la verdad es que tengo muy buenos recuerdos de ella. Muchos domingos cuando era pequeño íbamos a escuchar misa.

—Y que tiene que ver eso con los pequeños seres imaginarios —interrumpió Anna.

—Verás, déjame que continúe. Cuando ya tenía uso de razón e íbamos a esa iglesia, solíamos pasear alrededor después de que finalizasen los oficios. La iglesia, como te he comentado anteriormente, es de estilo románico y tiene dos campanarios muy altos, así como pequeños anexos a los laterales. Mi madre se inventó una historia. Bueno, se inventó es lo que llegué a pensar cuando ya era más grande, pero de pequeño pensaba que la historia era cierta. En un lateral de la iglesia hay un anexo hecho con las mismas piedras de la iglesia. La puerta era de madera gruesa y mi madre me decía que ahí vivían duendecillos que ayudaban al párroco con las tareas de la iglesia. Nos gustaba pasear y asomarnos por la mirilla que deja el hueco de la llave intentado ver a algunos de esos seres imaginarios, pero nunca tuvimos suerte. Yo vivía la historia que me contaba mi madre como si fuese real, así que cada vez que íbamos a misa, tenía la ilusión de verlos. Por difícil que parezca, me gustaba pensar las tareas que realizaban durante la noche o durante el día, imaginaba su aspecto, su forma de vestir, su forma de hablar. Me los imaginaba como seres bondadosos ayudando a todo el mundo.

—Es bonita esa historia Daniel. Nunca me la habías contado. Tampoco sabía de la existencia en tu vida de esa iglesia.

Daniel durante unos segundos sintió como se ponía colorado al contarle una historia de su infancia.

—¿Crees que ahí encontraremos una pista para seguir con el juego? —dijo Anna.

—Sin duda, no veo otra posibilidad. En el libro no he encontrado nada más, y si no hubiera sido por tí tampoco me hubiese

fijado en la dedicatoria. Gracias Anna.

Anna sonrió y le dio un beso en los labios. Se sentía bien de poder ayudar a la que era actualmente su pareja. Daniel se levantó sin decir nada y se dirigió a la habitación de lectura. A los pocos segundos, se volvía a sentar junto a su compañera con un objeto en la mano. La especie de monera que no lo era. Anna, le quitó el objeto y lo observó. ¿Para que serviría esa especie de moneda?

—Hora de cenar Anna —dijo Daniel con energía.

Anna se sobresaltó y miró a Daniel.

—¿Ahora? Hablas en serio, ahora que estamos adelantando...

—Sí, es el momento de parar y desconectar. Estoy contento con lo que hemos averiguado juntos, así que es el mejor momento para cenar e intentar hacer otras cosas.

Anna asintió, parecía una buena idea, aunque sabía que tanto ella como él en su interior, no dejarían de pensar en la pista. Daniel se levantó y dejó a Anna sentada en el sofá, se dirigió a la cocina y empezó a preparar una cena ligera como la que solían hacer los domingos. En pocos minutos la mesa ya estaba preparada y servida, por lo que ambos se pusieron manos a la obra para dar buena cuenta de lo que iban a cenar.

Cuando acabaron se quedaron en la mesa de la cocina y Anna dijo:

—¿Siguiente paso Daniel?

Daniel sabía que solo había una respuesta posible.

—Tengo que ir a esa iglesia.

—Dirás, tenemos que ir a esa iglesia, ¿no?

Daniel asintió, él quería ir ya. Ir el lunes por la mañana sin falta, pero sabía que Anna no podía, ella tenía que trabajar.

—Se lo que estás pensando Daniel, pero tengo que ir a trabajar, no puedo faltar y me gustaría acompañarte a la iglesia, pero entiendo que quieras ir ya. Lo que tu decidas Daniel.

—¿Sabes qué?

—No dime

—Te esperaré, iremos juntos. Tu ayuda es fundamental para hacerme ver las cosas más claras. Buscaremos un momento en que podamos ir juntos e iremos.

—Gracias Daniel

—No Anna, Gracias a ti.

Como la noche estaba avanzando rápidamente decidieron ver un rato la tele y al comprobar que no daban nada interesante, decidieron acostarse para poder afrontar la semana con energías renovadas. Ya acostados, Daniel notó como Anna se quedaba rápidamente dormida. Él, en cambio, no tuvo tanta suerte y es que volver a recordar la iglesia de Santa Eulalia le traía buenos recuerdos. Recuerdos de la infancia vivida con su madre, de las historias que ella le contaba y ahora de las intrigas que podría contener esos muros contruidos hace muchos, muchos años.

Se preguntaba si habría cambiado mucho, si al verla la recordaría igual, su fachada, la casa de los seres pequeños imaginarios, el interior, el jardín de la entrada. ¡Ostras! la fuente, recordaba que en la entrada había una fuente.... De pequeño solía ir a tocar el agua

para asegurarse si estaba muy fría o si estaba algo caliente por el sol. También le gustaba tirar alguna moneda pidiendo un deseo (no sabía donde había leído eso de tirar una moneda y pedir un deseo para que se cumpliera). Alguno se le había cumplido, solía decirle a su madre...Con estos pensamientos Daniel se fue quedando poco a poco dormido.

La semana comenzó y Daniel se despertó solo en la cama. Anna ya se había ido a trabajar. Eran las diez y veinte de la mañana de un lunes soleado. Había descansado. Sí, había descansado bien. Se sentía renovado de energías. Se levantó de un salto y se dirigió a la cocina para prepararse un buen desayuno. Tenía todo el día libre para él. ¿A que lo dedicaría? No podía ir a la iglesia solo, le había prometido a Anna que irían juntos.

Bostezó, se estiró y preparó un café bien caliente con unas tostadas. Una vez desayunado se vistió y se arregló para ir a dar una vuelta por el barrio. Estaba como un jubilado, se sentía raro por no tener que ir a trabajar, pero consideraba que había hecho bien en tomarse un tiempo para jugar al juego de su madre.

Cuando acabase con el juego todo volvería a la normalidad, si bien es cierto que ya no estaría su madre, pero ahora contaba con la compañía de Anna. Que suerte había tenido al conocer a Anna. Se sentía arropado y para nada solo con su compañía.

Con este pensamiento iba bajando las escaleras cuando saludo a un par de vecinas que venían de hacer la compra del supermercado. Educadamente se saludaron y cada uno siguió con sus quehaceres.

Daniel se encontró en la calle. Derecha o izquierda, pensó. Iré al quiosco y compraré el diario y como hace un buen día, iré a

leerlo al parque. Así lo hizo. Dirigió sus pasos hasta el quiosco, pidió un diario y una vez recogido el cambio sobrante del dinero que le había dado, se dirigió a un parque cercano. Buscó un lugar tranquilo en un banco que recibiese buena luz y, acto seguido, se sentó, cruzó la pierna y se dispuso a leer.

Daniel, desconocedor del peligro en el que podía estar inmerso, hacía su vida normal, sin mirar atrás y sin pensar si alguien le podía estar siguiendo.

Salva, por el contrario, había montado el dispositivo de vigilancia el mismo domingo, así que una vez montado, se puso en contacto con sus colaboradores y dio las instrucciones pertinentes para vigilar al chico.

Daniel no se dio cuenta, pero en cuanto puso un pie en la calle, una sombra en forma de persona se convirtió en su compañero de paseo. Expertos en la materia, los vigilados desconocían que alguien les pudiera estar siguiendo. Era parte de su trabajo y lo sabían hacer a la perfección.

Después de un buen rato leyendo, dobló el diario y lo dejó apoyado en sus piernas. Miró hacia el cielo y dejó que los rayos de sol calentaran su cara, buscando recuperar algo de color ya perdido durante el invierno. Se levantó y colocó el diario bajo su brazo. Comenzó a andar esta vez sin un rumbo determinado. En su mente apareció la especie de moneda que le había dejado su madre. Tendría que observarla mejor y ver si había algo que le pueda ayudar para saber lo que es o para que sirve. Sin darse cuenta se paró delante de una tienda de chinos. Un pensamiento que podría ser infantil e inútil se cruzó por su mente. Entró y fue buscando por

los largos pasillos del local. Sabía lo que buscaba, pero no exactamente en que sección encontrarla. Miraba, rebuscaba, hasta que en la sección de papelería encontró lo que necesitaba o lo que él pensaba que podría serle útil.

Con un poco de vergüenza cogió una lupa y la miró. Con la lente apuntó a unas letras pequeñas y vió que las ampliaba correctamente así que, sin pensarlo más, se fue hasta la caja y pagó el importe que marcaba el producto. Salió de la tienda y con un movimiento rápido introdujo la lupa en su bolsillo derecho. Había llegado el momento de volver a casa y comprobar si la lupa le servía de algo.

Su sombra, al ver que el chico volvía al piso, buscó un sitio cómodo para seguir con la vigilancia en espera de ser sustituido por un compañero.

Sin saber muy bien cuanto tiempo había tardado en regresar a casa, se encontró delante del portal. Abrió la puerta, subió por las escaleras y, en pocos minutos, se encontraba dentro de su piso. Dejó el periódico en el sofá, sacó la lupa y se quitó el abrigo.

Con la lupa en la mano se dirigió a la habitación de lectura y encendió todas las luces. En este caso, cuanto más luz mejor. Buscó la especie de moneda y se sentó en el sofá. En la mano izquierda, la moneda y en la mano derecha, la lupa.

—Veamos —dijo.

Sostuvo la moneda con dos dedos y acercó la lupa a una distancia prudencial para ver si podía distinguir algo. El corazón le dió un vuelco. Quitó la lupa y lo que había visto desapareció. Volvió a

ponerla y unos números volvieron a aparecer. 1993. Ese era el número que se veía claramente con la lupa.

Dio la vuelta a la “moneda” y repitió la misma acción en esa cara. Sin lupa no aparecía nada, pero con la lupa se veía un texto. Más que un texto un nombre. Mossen July. Daniel no salía de su asombro. Un nombre en una cara y una fecha en la otra. El nombre estaba claro lo que quería decir. Un cura. Pero ¿y el año? ¿Que querría decir ese año inscrito en la “moneda”?

—No puede ser —gritó Daniel—. No puede ser —volvió a decir en voz alta—. Es el año en el que nací, es casualidad o está hecho a propósito.

Tengo que decírselo a Anna, pensó por impulso, pero recobrando la serenidad y dejando el impulso a un lado, decidió no decirle nada. Anna estaba trabajando y mandarle un sms o llamarla sería largo de explicar y encima la despistaría de lo que estuviese haciendo.

—Aguantaré hasta que venga —se dijo.

Que ganas tenía de ir a la iglesia de Santa Eulalia, que ganas de ir y hacer preguntas. No veía el momento de estar delante de la impresionante puerta de madera que franqueaba el paso a sus instalaciones.

—Paciencia Daniel, paciencia —se dijo.

La tarde transcurrió en una espera constante. Deseaba escuchar la puerta abrirse y ver entrar a Anna por ella. Había decidido no salir en toda la tarde y en algunos momentos se arrepentía, la tarde se le estaba haciendo aún más larga. Tomó una decisión. Cuando llegase Anna no le diría todo lo que había

descubierto de golpe. Lo primero que haría sería preguntarle por cómo le había ido el día en el trabajo y con sus compañeros. Si todo había transcurrido con normalidad, entonces sería el momento de exponerle todas las averiguaciones que había hecho del juego.

Vaya juego mamá que me has propuesto, difícil sería algo, pero esto supera con creces lo que yo me esperaba. ¿Tantas molestias mamá, eran necesarias? Sin darse cuenta Daniel se encontraba hablando con su madre, haciéndole un montón de preguntas sin recibir a cambio ninguna respuesta. En esos pensamientos se encontraba, cuando se oyó el crujir de la cerradura de la puerta.

Daniel dejó de lado los pensamientos y se levantó para ver en directo la entrada de Anna. Esta, con mucho sigilo fue abriendo la cerradura y con delicadeza desplazó la puerta para entrar al interior del piso. Se encontró a Daniel en frente, de pie, esperándola. Anna sonrió de verlo ahí de pie, en silencio, con la mirada puesta en ella. Cerró la puerta, se acercó a Daniel, y este con mucho cuidado se abrazó a ella y la besó en los labios.

—Veo que me has echado de menos Daniel —dijo Anna con una sonrisa en los labios.

—Sí, mucho más de lo que te puedes imaginar.

—¿Estás bien?

—Claro, aunque ahora que has llegado estoy mucho mejor.

Daniel se interesó en cómo le había ido el día y después de comprobar que todo había ido bien, le comentó a Anna si quería que le pusiera al día de sus descubrimientos. Anna asintió con la cabeza y le pidió unos minutos hasta que ella se quitase el abrigo y se

pusiera cómoda. Para darle un poco más de misterio, Daniel le enseñó a modo de comedia lo último de lo último en tecnología que había comprado. Anna puso cara de sorpresa cuando Daniel apareció con una lupa. Se la tendió y esta la cogió y empezó a observarla.

—Última tecnología no lo llamaría yo Daniel...

—Este sonrió y, acto seguido, le entrego la especie de moneda.

—Mira con la lupa Anna.

Anna miró a Daniel, y para hacer la operación más cómoda se sentó en el sofá. Tal y como había hecho Daniel con la mano izquierda, aguantaba la monera y con la derecha, la lupa. La cara de asombro de Anna era la misma que en su momento había puesto Daniel. Anna levantaba la mirada y veía a Daniel sonriendo, luego volvía a mirar la moneda con la lupa.

—Fantástico Daniel, Fantástico.

—¿Sabes a que pertenece ese año?

—Ni idea —contestó Anna.

—Es mi año de nacimiento

Anna no salía de su asombro. El año de nacimiento de Daniel. Asombroso.

—¿El nombre del mossen te dice algo Daniel?

—No. La verdad es que no tengo ni idea de quien es o era Mossen July

Ambos se quedaron callados produciéndose un inmenso silencio en el piso.

—Ahora sí que no podemos esperar más Daniel.

—A que te refieres Anna.

—Tenemos que ir sin falta a la iglesia de santa Eulalia.

—Sí, pero hasta el fin de semana no estás libre para que puedas acompañarme.

Anna se quedó pensando unos instantes y mirando a Daniel le sonrió.

—Mañana por la tarde saldré antes del trabajo. Me deben horas, así que me vienes a buscar sobre las cinco a la puerta del trabajo y nos vamos a visitarla.

Daniel pensando que hasta el fin de semana no podrían ir, se lanzó sobre ella para comérsela a besos. Entre risas ambos estuvieron forcejeando hasta que Anna pidió a Daniel que parase. Es curioso como cosas tan sencillas pueden hacer feliz a una persona.

—Anna

—¿Qué Daniel?

—Te quiero

Anna se quedó parada. Sabía que Daniel la quería, pero pocas veces se lo había dicho con palabras.

—Sabes qué, Daniel.

—¿Qué? —contestó este.

—Yo también te quiero.

Daniel se levantó, cogió la mano de Anna y la condujo a la habitación. El tiempo durante unas horas dejó de existir para los dos, envueltos en caricias y besos. Anna se encontraba desnuda abrazando el cuerpo también desnudo de Daniel.

Estaban en silencio. Anna apoyaba la cabeza sobre el pecho de Daniel y él acariciaba su pelo. No se daba cuenta, pero le encantaba hacerlo y a ella le encantaba que se lo hiciera. Había anochecido hacia horas y poco a poco el hambre hizo mella en ambos.

—¿Cenamos? —preguntó Anna.

Daniel asintió con la cabeza y ambos con cierta pereza se vistieron y se dirigieron a la cocina para preparar algo de cenar. La cena transcurrió tratando temas del trabajo de Anna. Esa conversación le servía a Daniel para desconectar y escuchar problemas y situaciones que él actualmente sentía como muy lejanas. Llegó la hora de dormir y ambos se dirigieron nuevamente a la cama. Anna tenía la costumbre de leer antes de dormir, así que Daniel, aprovechó para ir pensando en sus cosas e ir conciliando el sueño.

Cuando terminó de leer, Daniel ya dormía. Con mucho cuidado cerró el libro que tenía entre manos y lo dejó en la mesita. Apagó la luz de lectura y ya en la oscuridad Anna se quedó también dormida.

El detective se pasó toda la tarde esperando algún movimiento de Daniel, pero solo vió entrar a su compañera sentimental que volvía de trabajar y la pareja ya no se dejó ver. Esperó un tiempo prudencial y viendo que no había ningún movimiento, decidió dar por terminada su jornada de vigilancia. Mañana será otro día.

Daniel fue el primero en despertarse, y con un beso de buenos días fue despertando a Anna. Se levantaron y mientras Anna se arreglaba para ir al trabajo Daniel fue preparando un desayuno para los dos.

—Acuérdate que hoy tienes que venir a buscarme al trabajo a las cinco —dijo Anna.

Daniel sorprendido por el recordatorio la miró y sonrió.

—¿Crees que se me va a olvidar? —contestó Daniel.

Ambos rieron y terminaron de desayunar. Anna cogió sus cosas, dio un beso a Daniel y salió por la puerta con destino a su trabajo. Daniel volvió a quedarse a solas. Con paso decidido se fue a la habitación de lectura, abrió un armario y sacó el portátil de allí. Lo depositó en la mesa del comedor, se sentó en la silla, lo abrió y lo encendió.

El macbook empezó a cargarse y en pocos segundos ya estaba listo para empezar a trabajar. Tenía muy claro lo que iba a hacer y a buscar. Antes de ir a la iglesia de santa Eulalia quería conocer más de su historia y pensó que internet sería el método oportuno para conseguirla. Entró en el buscador y tecleo los datos de su consulta.

Lo primero que aparecieron fueron imágenes de la iglesia y Daniel con la boca medio abierta pudo recordarla tal y como la había vivido en su infancia. De información encontró más bien poca y escueta. Iglesia románica del siglo XII que fue restaurada en el siglo XVIII. Tal y como imaginaba Daniel, la iglesia tenía adosada una ermita

románica aún más antigua ya que ponía que estaba datada del siglo XI.

Hasta ahí la información que pudo encontrar... Aprovechó el tiempo que le quedó de la mañana para ver imágenes actuales y antiguas de la iglesia y la zona donde se encuentra ubicada. Como ya no iba a encontrar nada más por internet, decidió apagar el portátil y se preparó la comida. Quería comer y recoger un poco el piso para hacer tiempo hasta el encuentro con Anna.

Tal y como tenía planeado comió y recogió el piso. Todo estaba listo, con lo cual decidió ir vistiéndose sin mucha prisa, ya que aún contaba con tiempo de sobras.

Se puso el abrigo y se quedó pensativo frente a la puerta de casa antes de salir. Llevaba un rato dándole vueltas a si se llevaba consigo la moneda o no. Decidió que sí, quizás le pudiera servir de algo, aunque no estaba convencido. Giró sobre sus pasos y los encaminó a la habitación de lectura donde se guardó en el bolsillo la moneda. Ahora sí que lo tenía todo.

Salió por la puerta de casa cerrando con llave y se encaminó esta vez por el ascensor. Ya en la calle se dirigió al parking donde guardaba el coche y con paso decidido, pero tranquilo, llegó hasta él y lo arrancó. Le gustaba conducir, pero estando en una ciudad como Barcelona donde el metro es el medio de transporte más rápido y económico, solía dejar el coche para momentos más puntuales. En esta ocasión prefería ir hasta Hospitalet en coche y durante el camino poder hablar tranquilamente con Anna mientras escuchaban la radio.

En menos de quince minutos estaba en la puerta del trabajo. Todavía no era la hora en la que había quedado con Anna, pero preferió llegar pronto a llegar tarde. A la vez que llegaba Daniel, otro coche también hacía lo mismo, pero manteniendo una distancia de seguridad.

No tardó mucho en aparecer Anna por la puerta del trabajo y mirando hacia los lados enseguida localizó el coche de Daniel. Con paso alegre y con cara de alegría, abrió la puerta y se subió. Ambos se inclinaron y se dieron un beso en los labios.

—Puntual —dijo Anna.

—Como siempre —contestó Daniel.

—¿Vamos?

—Si, vamos a ver que nos encontramos.

Daniel arrancó el coche y puso la dirección en el mapa del móvil para que los llevara por la ruta más corta. Otra cosa será el poder aparcar, pero mejor ir paso a paso.

El otro coche hizo lo mismo y en unos minutos dos vehículos iban en la misma dirección. El primero como guía y el segundo como rastreador.

El tráfico complicaba la persecución, pero era una cosa tan habitual, que la pericia del detective hizo que apenas se notase.

El camino hasta llegar a la zona donde estaba ubicada la iglesia se hizo ameno. Ambos iban distraídos escuchando la radio y hablando. Daniel le contó a Anna que había cogido la moneda, cosa que a ella le pareció genial desde el primer momento.

—Mira Anna, esa es la iglesia

—Muy bonita.

Se pararon unos segundos delante y Daniel enseguida emprendió la marcha para buscar aparcamiento. Imaginaban que les costaría aparcar y después de más de media hora dando vueltas, consiguieron encontrar un espacio lo bastante amplio para poder aparcar. Calcularon que tenían cinco minutos hasta llegar a la iglesia.

Mientras iban de camino, Daniel intentaba recordar las calles o paisajes del lugar, pero llegó a la conclusión que todo había cambiado bastante y que prácticamente no reconocía nada. Llegaron a un cruce, después del cual, se veía la iglesia.

—Hemos llegado Anna

—Si. Ha llegado el momento de saber si podemos avanzar.

Daniel contestó afirmativamente con un gesto. Le cogió la mano y ambos cruzaron la calle con el semáforo en verde. Daniel señaló la fuente que había en la plaza. Había cambiado un poco, pero ahí estaba. Soltó la mano de Anna y salió corriendo a probar como estaba de fría el agua.

—Está helada Anna. Toca verás.

Anna miraba a Daniel. Era como un niño pequeño jugando con el agua. Ella decidió imitarlo y metió la punta de los dedos. En efecto. El agua estaba helada. Ambos rieron. Daniel se incorporó y despacio, se fue acercando hasta los escalones que conducían hasta la gran puerta de la entra. Anna lo observaba a cierta distancia.

—¿Vienes Anna?

—Si. Voy.

Pero Daniel se quedó parado. No subía las escaleras. Estaba inmóvil.

—¿Es pronto verdad Anna?

—¿Pronto? A que te refieres Daniel

—Para entrar. ¿Que te parece si rodeamos la iglesia? Me gustaría ver esa casita donde imaginaba que vivían esos seres pequeños que me comentaba mi madre.

Anna asintió. Decidieron rodearla por el lado izquierdo. Los dos iban mirando las formas, los materiales. En la parte posterior vieron la ermita. Estaba cerrada con llave, pero asomándose por la mirilla, ambos pudieron comprobar que se trataba de un espacio bastante reducido, íntimo, sin grandes decoraciones, pero que inspiraba una paz y una tranquilidad especial. Sería un bonito lugar para casarse, pensó Daniel.

A punto de llegar a la entrada de la iglesia, encontraron lo que Daniel andaba buscando.

—Mira Anna, la casa de los seres pequeñitos... los duendecillos —sonrió Daniel.

Anna se sorprendió. Era cierto. Parecía una casa más pequeña de lo normal, hecha del mismo material que el resto de la iglesia, pero le daba un aire místico al estar toda rodeado de árboles y plantas. Si a ella cuando era pequeña le hubieran dicho que era una casa de seres diminutos, seguro que también se lo habría creído. Ambos se acercaron y vieron la entrada que, como siempre, estaba cerrada.

Que recuerdos, pensó Daniel. Pensar que había estado ahí con su madre le hacía sentir bien y le hacía sentir que estaba en un lugar especial. Un lugar donde había estado en su infancia y donde había soñado e imaginado miles de cosas.

Bordearon el resto de la iglesia y llegaron nuevamente a la entrada. Subieron las escaleras, unos cuantos escalones separaban la plaza de la puerta. Había dos entradas, una a la derecha y otra a la izquierda. Decidieron entrar por la derecha aprovechando que habían subido por ese lado.

Su sombra hizo el mismo recorrido que ellos. No podía permitirse el lujo de perderlos de vista. Veía que la situación se estaba complicando, así que decidió llamar a un compañero suyo que estaba por la zona, para que pudiera darle soporte en ese momento. El compañero no tardó en aparecer así que, cuando este llegó, se quedó a cargo del coche y la sombra que tenía puesta Daniel se dirigió también a la iglesia.

Salva miró y observó a las personas que estaban sentadas o paseando por fuera de la iglesia y, de golpe dos personas, dos hombres le llamaron la atención. Todavía no sabía porqué, pero algo no cuadraba en ellos. Quizás verlos delante de una iglesia no era lo más cotidiano para dos tipos como esos. Les prestaría atención, a ver si hacían algún gesto o acto que les delatase.

Las prisas los delataron y, cuando vieron que Daniel y su pareja subían a la iglesia, un codazo de uno al otro hizo que el detective lo tuviese claro. Estaban buscando o esperando al chico. Ninguno de los dos sospechosos hicieron ningún movimiento para levantarse, con lo cual el detective, disimuladamente, se ocultó y sacando

nuevamente su móvil los fotografió. Con paso tranquilo, como quien va a misa, el detective subió las escaleras de la iglesia con intención de vigilar de más de cerca al chaval.

CAPÍTULO 4

Mossén July

Daniel empujó la puerta y ambos entraron. De repente sintieron el silencio de la iglesia. El espacio central era muy amplio. Tenía los techos abovedados y columnas a los lados que aguantaban dos alas laterales. Al fondo se encontraba el cristo colgado y la mesa de oficios donde el cura daba la misa.

Observaron el interior y solo llegaron a contar a tres personas mayores que se encontraban rezando en silencio. Escucharon unos pasos y ambos miraron en la dirección del sonido. Era un joven monaguillo que se encontraba haciendo sus labores.

Daniel no lo pensó, con paso decidido y cogiendo de la mano a Anna se dirigieron hasta donde se encontraba el joven. Con voz baja Daniel habló.

—Buenas tardes —dijo Daniel.

—Buenas tardes —contestó educadamente el joven—, en que puedo ayudarles.

—Nos gustaría hablar con Mossén, Mossén July, más concretamente —dijo Daniel.

—Conozco al Mossen de esta iglesia, pero desconozco quien es Mossen July

—dijo y Daniel y Anna se miraron y fue esta última la que se decidió a hablar.

—Si nos lleva con el Mossén actual quizás nos pueda servir.

El joven monaguillo miró a Daniel y a su compañera. Pocos segundos después el monaguillo les contestó.

—Si me esperan aquí, voy a ver si puede atenderles.

Sin decir más palabras, el joven se giró y se dirigió hacia una puerta que estaba en el ala derecha de la iglesia y desapareció tras ella. Daniel y Anna se miraron y se encogieron de hombros. No podían hacer más que esperar a que apareciese el Mossén o el joven.

El joven apareció a los pocos minutos y, una vez que estaba en frente de ellos les dijo que Mossén les recibiría. Sin decir más, desapareció.

Como no sabían cuanto tiempo tardaría en aparecer decidieron visitar las diferentes imágenes de santos que estaban distribuidas en los laterales.

El detective no podía seguirlos dentro de la iglesia así que, buscó un sitio donde sentarse y tener contralada a la pareja aparentando estar rezando. Encontró un banco que estaba en penumbra y dirigió sus pasos hacia él. Se sentó a esperar.

El tiempo fue pasando y viendo que Mossén no aparecía, decidieron sentarse cerca de la puerta por donde el joven había ido a avisar de su presencia. Daniel aburrido, empezó a jugar con la moneda misteriosa y Anna decidió sacar el móvil y consultarlo con disimulo. Ambos estaban inmersos en sus pensamientos cuando sintieron la presencia de alguien que los observaba.

Anna levantó la cabeza y rápidamente guardó su móvil en el bolsillo y Daniel hizo lo mismo con la moneda. Daniel se levantó y dió un paso para situarse frente al desconocido.

—¿Preguntaban por mí? —dijo el Mossén.

Daniel se quedó sin palabras. Tenía delante de él a un hombre que rondaba los 70 años. La edad no es lo que le dejó sin habla, sino su porte, su seguridad, su tranquilidad. Anna reaccionó ante el silencio de Daniel levantándose y acercándose hasta donde se encontraban ambos.

—Hola Mossén, me llamo Anna y él es Daniel.

El Mossén observó a la pareja que tenía en frente y sin decir nada esperó a que alguno de los dos siguiera con la conversación.

—Verá Mossén, queríamos hablar con usted ya que es la persona responsable de esta parroquia —dijo Daniel.

Ahora que estaban en frente del Mossén, ambos se miraron y se dieron cuenta que no tenían nada preparado para decirle y que contarle la historia desde el principio, incluyendo el juego al que estaban jugando, podría parecer demasiado infantil, y en pocos segundos serían despachados por molestar a una persona con sus ocupaciones.

Andarse con rodeos tampoco serviría de mucho, así que Daniel decidió contar la historia a medias, dejando de lado aquellos aspectos más difíciles de entender.

—Mossén, no queremos robarle mucho tiempo, así que iré al grano.

Y a continuación empezó a contarle la historia.

—De pequeño mis padres me bautizaron aquí y cuando ya fui mayor hice la comunión. Muchos domingos solíamos venir a escuchar misa y a pasar la mañana por el barrio.

El Mossén le escuchaba con atención, pero en un momento determinado interrumpió la conversación.

—Perdone que le interrumpa joven, pero no recuerdo tenerlo visto en los oficios de los domingos.

Daniel se calló de golpe.

—Es normal Mossén que no le suene mi cara. Hace muchos años que mi familia dejó de venir.

Ante las reticencias del Mossén, Daniel no espero más y metió la mano en su bolsillo y sacó la especie de moneda para ver la reacción que tenía este al verla. Daniel sostenía la moneda en su mano derecha y Anna observaba la situación sin mediar palabra. Al ver que Mossén no hacia ningún gesto, Daniel se decidió a dársela.

—¿Le suena esta especie de moneda, Mossén? —dijo Daniel.

El Mossén bajó la mirada y al ver que Daniel le tendía algo alargó su mano y recogió el objeto.

—Claro que sí, —sentenció el Mossén.

Daniel y Anna resoplaron al ver que al menos la moneda, le era familiar al cura que tenían delante.

—¿Podría explicarnos su significado? —preguntó Anna.

El Mossén observaba la moneda e iba mirando ambas caras. A Daniel y a Anna les pareció ver una pequeña sonrisa en los labios del Mossén. Parecía que iban a conseguir algo de información. Solo necesitaban un pequeño hilo de donde poder estirar y seguir adelantando el juego.

—Esta moneda pertenece a Mossén July —dijo el Mossén.

Daniel y Anna se miraron y sonrieron. La cosa pintaba bien.

—¿A quien pertenece esta moneda de los dos? —preguntó.

—A mí —respondió Daniel.

Mossén volvió a quedarse en silencio. Se notaba que estaba meditando si contar lo que sabía o reservárselo para él. Daniel garraspeó y Mossén dejó de cavilar y volvió a mirar a ambos jóvenes.

—Si hacen el favor de acompañarme les contaré lo que se de la historia de esta moneda.

Daniel y Anna asintieron con la cabeza y siguieron los pasos de Mossén. Con un paso tranquilo, el cura los dirigió hacia su pequeño despacho y rodeando la mesa donde tenía un ordenador y muchos papeles, indicó a Daniel y a Anna que se sentasen en el otro extremo. El Mossén se subió ligeramente la toga y con un movimiento lento se acomodó en su sillón de trabajo.

Los jóvenes estaban expectantes, deseaban que el cura les contase la historia fuese cual fuese.

—Es curiosa la historia de esta y otras muchas monedas como esta —dijo el Mossén.

A Daniel y a Anna la palabra estas no se les pasó inadvertida, así que ambos se miraron y se pusieron cómodos para escuchar la historia. El cura, sin dejar en la mesa la moneda, empezó con el relato.

—Esta moneda, es una entre muchas otras que se fabricaron de forma artesanal. El autor de ellas es el mismo Mossén July. Él había cogido una costumbre que si bien a la iglesia no le acaba de gustar, él seguía practicando. En cada bautizo, Mossén July, entregaba una de estas monedas a los padres del bautizado. En ella, como habrán podido averiguar ya que ya conocían el nombre del Mossén, se puede ver en un lado su nombre y en el otro, el año en el cual se realizó el bautizo. Según me comentó el mismo Mossén July, a principios de año fabricaba muchas monedas con el mismo año y, a medida que se le acababan y se acercaba el cambio de año, la fabricación que hacía era casi por encargo. Así se aseguraba que no le sobraran ninguna moneda de ese año.

Daniel y Anna escuchaban con mucha atención, pero no acababan de ver en qué les podría afectar para seguir con el juego.

—¿Como sabe toda esta historia Mossén?

El cura tosió y siguió contando la historia.

—Como ya les he comentado conocí en persona a Mossén July. Mossén July falleció hace cinco años por motivos naturales, pero como su salud ya no era muy buena, antes del desenlace, me destinaron a cumplir junto a él los compromisos de esta parroquia. Estuvimos juntos unos dos años aproximadamente y, durante ese tiempo, fuimos cogiendo confianza. Como Mossén July sabía que su destino se acercaba, decidió ir contándome como gestionaba la parroquia. Me comentó si quería seguir entregando esas monedas y yo le comenté que no continuaría con ese legado.

—¿Sabe usted como las fabricaba? —preguntó Anna.

—No. Jamás quiso decirme como lo hacía y menos al no querer seguir su tradición.

El Mossén abrió un cajón de su escritorio y del interior sacó una lupa. Con mucho cuidado y atención, miró ambas caras de la moneda.

—Tengo que reconocer que Mossén July hacía un trabajo excepcional con el grabado. A simple vista no se ve nada, pero cuando coges una lupa se puede apreciar, perfectamente, lo que está escrito. Fantástico Mossén July. Fantástico. De todas formas, veo esta moneda muy distinta a las demás que había tenido en mis manos.

Daniel y Anna por fin reaccionaron...

—¿Distinta porqué? —preguntaron ambos.

—No sé, noto que los bordes no están lisos, tienen como relieves y las otras que pasaron hace años por mis manos eran totalmente lisas y suaves.

Daniel tendió la mano para que Mossén le devolviese la moneda y poder observarlo él personalmente, pero no vio ningún movimiento por parte del otro para devolvérsela. Daniel miró a Anna y esta se encogió de hombros. No sabían que esperar más del relato que acababan de escuchar.

Mossén puso la moneda de canto y apuntando con la lupa empezó a leer una frase que estaba escrita con peor caligrafía que el resto. Mossén sin darse cuenta empezó a leer lo que ponía.

—El momento ha llegado —dijo Mossén.

Daniel y Anna se volvieron a mirar asombrados por como Mossén había sido capaz de descubrir otro mensaje en la moneda que ellos mismos no habían visto. Los jóvenes esperaban una respuesta del Mossén y decidieron no decir nada hasta que este hablase.

—Bueno creo que ya ha llegado el momento —dijo Mossén—. Con el paso de los años y teniendo en cuenta que Mossén July era muy anciano, había olvidado la promesa que le hice hace mucho tiempo.

—¿Promesa? ¿Que promesa? —dijo Daniel algo desesperado.

Hace muchos años Mossén July me hizo prometerle una cosa bajo secreto de confesión. Ahora puedo contarle, ya que me eximió de este secreto cuando recibiese una moneda como esta. Claro que, el muy sabio Mossén,

obvio que en los costados estaría escrito un mensaje. No era tan loco ese viejo July —rió el cura—. El mensaje era claro... moneda y entregar paquete —dijo el Mossén.

Daniel y Anna sonrieron. Sí. Tenemos algo con lo que poder seguir jugando. El Mossén, sin decir nada, volvió a meter la mano en el cajón de su escritorio y sacó un llavero lleno de llaves. Las estuvo trasteando un rato separando las diferentes llaves hasta que encontró una que tenía pinta de ser más antigua que las demás.

—¿Me esperáis aquí un momento? —dijo el Mossén.

Los dos, sin moverse de sus asientos, dijeron que sí a la vez y se quedaron como dos estatuas mientras seguían con la mirada a Mossén desaparecer por la puerta.

Anna acercó la cara hasta el oído de Daniel y le comentó que parecía que iban a tener algo más con lo que seguir el juego... Estaba resultando difícil, pero iban avanzando. Daniel por su parte pensaba lo mismo.

La espera se hizo eterna y, al cabo de unos quince minutos, volvió a aparecer el Mossen con un pequeño cofre en sus manos.

—Esto te pertenece Daniel —dijo Mossén.

Daniel se incorporó y alargó los brazos. Con sumo cuidado cogió el cofre que le estaba ofreciendo el cura. Anna no dejaba de mirar observando la escena. Daniel intentó abrirlo, pero se encontró que estaba cerrado con llave. Miró al cura y este al ver que no podía abrirla se encogió de hombros.

—¿La llave Mossén? ¿Está en su poder? —preguntó Daniel.

El Mossén negó con la cabeza.

Daniel miró a Anna y esta con cuidado también, cogió el cofre y miró a ver si tenía algún sistema para poder abrirlo. El resultado fue negativo. No había manera de abrir el cofre sin romperlo.

—Bueno Mossén, creo que aquí ya no tenemos nada más que hacer —dijo Daniel.

El Mossén asintió con la cabeza y con la misma delicadeza con la que se había sentado, empezó a incorporarse. Los jóvenes hicieron lo propio y, durante unos instantes se quedaron de pie uno en frente de los otros.

—Ha estado muy amable Mossén —dijo Anna.

—Siento no poder ayudaros más, pero hasta aquí es donde puedo llegar.

—Gracias Mossén. Ha sido de gran ayuda —dijo Daniel.

—Si necesitais algo más ya sabeis donde podeis encontrar mi parroquia. Tiene las puertas abiertas para todos aquellos que deseen visitarla.

El Mossen bordeó la mesa y acompañó a la pareja hasta la puerta del despacho. Nuevamente se despidieron y la pareja con paso lento fue recorriendo el pasillo central con dirección a la calle.

El detective por fin vió aparecer a la pareja. Vió como se metían en una habitación y después de bastante rato volvían a aparecer. En seguida se fijó que llevaban algo en las manos. Habían entrado sin nada y salían con una especie de caja o mejor dicho cofre. ¿Que sería lo que le había entregado el cura? Preguntárselo sería inútil, eso estaba claro, así que tendría que intentar averiguarlo. Decidió que esa información era importante y que pasaría el informe tan pronto fuese relevado de la vigilancia de ese día.

A continuación, y con relativa tranquilidad, el detective se incorporó y cogió el mismo camino que los jóvenes habían hecho segundos antes.

Daniel y Anna iban contentos. Habían conseguido información y por consiguiente poder seguir con el juego. Ya en el exterior de la iglesia, Daniel respiró profundamente. Anna lo miraba y con disimulo también respiró con intensidad. Daba la sensación que ambos habían estado aguantando la respiración mientras habían estado

dentro de la parroquia. En la calle, el aire fresco los devolvió a la realidad.

Daniel sujetaba el cofre y con un gesto de cabeza indicó a Anna que era el momento de coger el coche y regresar a casa.

El detective, para no perder detalle, decidió salir a la vez que la pareja y en lugar de observar a los dos jóvenes observó a los dos sospechosos que estaban esperando en la plaza de la iglesia. La cara de ambos se descompuso al ver como la pareja salía con algo que no llevaban al entrar. Se levantaron con muy poco disimulo.

El detective los miraba, pero Daniel y Anna, en ningún momento se percataron de que estuviese ocurriendo algo raro a su alrededor. Los sospechosos se montaron en un coche y desaparecieron.

El detective por su parte fue a relevar a su compañero que se había quedado en el coche y acto seguido se dispuso a seguir a la pareja de jóvenes.

Los sospechosos, pusieron kilómetros de distancia de la iglesia. Habían descubierto algo y tenían ansias de contarlo.

Era amigos desde jóvenes y, de vez en cuando, solían hacer trabajos de vigilancia para poder ir sobreviviendo en una ciudad tan complicada como Barcelona. Llevaban meses en la puerta de la iglesia, esperando que apareciese un chico con el aspecto de una fotografía que les habían proporcionado. Aguantando frio, lluvia, calor, en definitiva, todas las inclemencias del tiempo.

No sabían cuando aparecería por eso, en cuanto lo vieron, no pudieron reprimir la sorpresa y reaccionaron de una forma poco natural. Después de conducir durante veinte minutos,

aproximadamente, se pararon en un polígono industrial que estaba prácticamente desierto a esas horas de la tarde noche.

Todo a oscuras, menos las luces que desprendía el coche donde iban los dos individuos. Aparcaron en la acera y apagaron el motor, con lo cual las luces hicieron lo mismo y la oscuridad se hizo aun más ténebre y profunda.

El copiloto miró al que conducía y con un gesto, avisó a su compañero que iba a sacar algo del bolsillo. Su compañero afirmó con la cabeza. Introdujo la mano en el bolsillo y sacó un móvil. Lo encendió y consultó la agenda de contactos. Solo había un número memorizado. Se miraron y el copiloto marcó. Tuvieron que sonar unos cuantos tonos antes de recibir una contestación.

—¡Si! —dijo una voz con mucho carácter.

—Sr... —comenzó a decir el copiloto.

—Ni se te ocurra pronunciar mi nombre —contestó rápidamente el otro interlocutor.

El copiloto asustado por la impetuosidad de ese hombre, decidió callar y no pronunciar ese nombre que no quería ser escuchado.

—Le llamaba para decirle que por fin el chico ha aparecido.

—¡En serio! ¿Estais seguros? —contestó el hombre de voz potente.

El copiloto confirmó que tanto él, cómo su compañero, estaban totalmente seguros de que era el chico de la fotografía que le habían proporcionado. Le comentaron que iba acompañado de una chica y que habían entrado sin nada en las manos y habían salido con una caja, como un cofre.

El hombre de voz potente, permanecía callado, escuchando lo que sus dos esbirros le estaban contando. Sabía que algún día llegaría ese momento, pero no esperaba que fuese tan pronto.

—¿Como tenemos que proceder? —preguntó el copiloto.

La conversación se mantuvo cortada durante unos minutos. El hombre de voz potente y cuyo nombre no podía ser pronunciado estaba pensando en las indicaciones que les tenía que dar a esos dos. Una tos rompió el silencio.

—Teneis que seguir al chaval e informarme de todo lo que haga. Si necesitais más personas o recursos, no dudéis en utilizarlos. Yo me encargaré de cubrir los gastos.

El copiloto contestó con un de acuerdo y la llamada automáticamente se cortó.

El hombre de voz potente dejó el móvil en la mesa y con su voz potente y autoritaria grito “joder” y al mismo tiempo golpeó la mesa con la mano abierta.

—¡Maldita sea esa familia!

Empezó a murmurar mientras andaba por el comedor.

—Tendría que haber acabado con esto hace muchos años..... Espero que esos dos tontos hagan bien su trabajo. De todas formas, no me voy a quedar esperando, yo también voy a participar en lo que considere oportuno. No me fio de nadie a estas alturas.

Se dirigió a un mueble bar, sacó un vaso y una botella de whisky. Se la llenó más de lo normal y en pocos segundos notó como la fuerza del alcohol se introducía dentro de su cuerpo. Dejó el vaso sobre la

mesa de una forma bastante grotesca y sin detenerse se dirigió hasta su despacho y se sentó a consultar cosas en el ordenador.

Era un hombre acostumbrado a mandar. Lo había demostrado con la forma de contestar a la llamada de los dos esbirros que estaban vigilando al chaval.

Venía de una familia adinerada, y el dinero ya desde pequeño, no había sido ningún problema ni preocupación. Había disfrutado de todo aquello que había considerado oportuno. Hombre de negocios, estaba acostumbrado, tanto a ganar como a perder, pero su instinto le había hecho muchas veces ganar grandes cantidades de dinero.

Vivía en una casa inmensa con su familia. Su mujer era también de la clase alta, y sus dos hijos habían podido disfrutar de todas las comodidades. Su mujer se asomó al despacho donde estaba consultando el ordenador. Con voz dulce, le invitó a ir a dormir, pero este, después de la llamada que había tenido, lo que menos le apetecía era ir a tumbarse.

—Ve tú. Luego iré —contestó más serio de lo normal.

La mujer se despidió deseándole buenas noches y dejó solo a su marido con la pantalla del ordenador iluminando su rostro.

El conductor del coche interrogó con la mirada a su compañero y este, inmediatamente le relató la conversación que había tenido con su “supuesto jefe”.

—Es peligroso ese hombre. Tendremos que andarnos con cuidado —dijo uno de ellos.

—Cierto —respondió el otro.

Arrancó el coche y pusieron rumbo a sus casas. Durante el trayecto se fueron repartiendo los turnos de vigilancia. Sabían que ahora no era cuestión de estar sentados en un sitio los dos en espera de que alguien apareciese. Ahora se tenían que separar e, incluso, buscar a más personas para seguir los pasos de ese chaval.

El coche se paró en una calle estrecha y el copiloto se bajó y se despidió de su compañero. El coche siguió bajando la calle y desapareció al girar a la izquierda.

Esta vez tanto a Daniel como a Anna, el camino hasta el coche se les hizo corto. Había anochecido y el frío se había vuelto más intenso. Ambos, bien abrigados, aceleraron el paso y, en pocos minutos, se encontraron sentados cada uno en su asiento. Daniel le dio el cofre a Anna que lo sujetó con cuidado. Él arrancó el coche y puso rumbo hacia casa. Anna miraba y remiraba el cofre, intentando buscar algún sistema para abrirlo.

De vez en cuando, Daniel le preguntaba si había encontrado el sistema a lo que Anna contestaba con una negativa.

El tráfico por muy raro que pareciese, era fluido y en un tiempo relativamente corto aparcaron el coche en el parking y subieron hasta casa. Abrieron la puerta del piso y Anna dejó el cofre encima de la mesa del comedor. Ambos se quitaron los abrigos y se dejaron caer de golpe en el sofá.

—Estoy agotado Anna

—Yo también Daniel.

Prácticamente no habían hecho nada, pero la tensión que habían vivido era suficiente como para que los dejara rendidos.

—Otro dilema más —dijo Daniel.

—Si, a ver como abrimos el cofre. Siempre podemos romperlo o llevarlo a algún herrero o cerrajero —dijo Anna.

—Si, pero dejemos eso como último recurso.

El cofre estaba solo encima de la mesa. Cerrado. Guardando otro secreto que tendrían que descifrar. La cuestión ahora era como abrirlo.

—¿Tienes hambre Daniel? —preguntó Anna—. Es hora de cenar.

—Se me ha quitado el apetito Anna.

Los dos tumbados en el sofá se miraron y se pusieron a reír. Anna fue la primera en reaccionar y como si su cuerpo pesase una tonelada, se fue levantando poco a poco y se dirigió a la cocina. Daniel no pudo seguirla y decidió quedarse un rato más tumbado.

Aún con más esfuerzo de lo que le había costado a Anna, Daniel se levantó y cuando llegó a la cocina se encontró la cena preparada encima de la mesa.

—Hoy no te he podido ayudar con la cena. Lo siento —dijo Daniel.

Anna sonrió y con un gesto de la mano, señaló la silla e invitó a Daniel a sentarse. Estaban tan cansados que no hablaron durante la cena y una vez estaba todo recogido, volvieron a tumbarse en el sofá.

Anna se iba quedando dormida, así que decidió irse a la cama. Daniel por su parte prefirió quedarse en el sofá observando el cofre.

El detective siguió a la pareja hasta su domicilio y mientras esperaba a ver si hacían algún movimiento, decidió llamar a Salva para comentarle lo que había descubierto.

La conversación no fue muy larga. El detective le contó lo ocurrido y Salva iba asintiendo mientras tomaba nota en una libretilla. Una vez contado todo el relato la comunicación se cortó.

La información que le acababan de pasar era de vital importancia, ya que corroboraba lo que Rodrigo le había dicho. El chaval estaba en peligro. Estaba metido en algo que podría traerle consecuencias muy negativas a él y a su pareja.

A los pocos minutos de acabar la conversación con su compañero, recibió un mensaje con las fotos de los dos individuos que estaban persiguiendo al chaval. Salva abrió el documento adjunto y se quedó mirando las dos caras que aparecían. No tenían pinta de ser profesionales y tal como le había comentado su compañero de trabajo, por la actitud de los dos, eran más bien principiantes o vigilantes al uso.

Eso estaba bien, —pensó Salva, gente de este tipo están todo el rato cometiendo errores, si bien es cierto que, al no tener experiencia, es posible que actúen por algún impulso y eso les pueda sorprender. Tomó nota de sus pensamientos y decidió comentárselo al día siguiente al equipo que vigilaba al chaval.

Rodrigo le había dejado bien claro que quería estar informado de cualquier cosa que pudiera tener valor. Salva no lo dudó y, aun siendo algo tarde, decidió llamar a Rodrigo y ponerlo al día de lo que había descubierto.

Al ver la llamada de Salva intuyó que algo había encontrado, así que descolgó el móvil con cierto temor y contestó a la llamada. Salva relato a su amigo lo que había ocurrido esa tarde y como respuesta solo encontró un silencio. Sabía que Rodrigo estaba procesando la información, intentando tomar todo tipo de detalles y memorizarlos. Era su forma de trabajar.

Una forma de trabajar que le había servido bien durante sus años de carrera como inspector. Cuando Salva terminó de contarle el relato fue Rodrigo quien habló.

—Estaba en lo cierto. El chaval está metido en algo y corre peligro.

—Como siempre tienes razón.

—¿Tienes cubierta toda la vigilancia? —preguntó Rodrigo.

—No te preocupes Rodrigo, está todo controlado y más ahora que tenemos las fotografías de los dos individuos.

Salva le comentó que intentaría averiguar más datos sobre los dos perseguidores y en cuanto la tuviera se volvería a poner en contacto con él. Ambos se despidieron y la comunicación se cortó.

Tanto en la casa de Rodrigo, como en la casa de Salva, el silencio reinó y ambos, inmersos en sus pensamientos, permanecieron quietos durante unos minutos.

—Bueno hora de descansar que mañana tenemos trabajo — se dijo Salva.

Anna se despertó y encontró el lado de Daniel vacío. Se puso las zapatillas y se levantó. Cuando llegó al sofá vió que Daniel estaba dormido. Había pasado la noche ahí. Con cuidado volvió a la

habitación, cogió una manta y se la echó encima. Anna desayunó, se arregló y antes de salir por la puerta dio un beso a Daniel en la frente.

Con mucho cuidado salió del piso echando la llave y se fue a trabajar como si el día anterior por la tarde no hubiese pasado nada.

Las horas fueron pasando y cuando se aproximaba las doce de la mañana Daniel empezó a dar señales de vida. Con mucha pereza se fue estirando y, poco a poco, sus ojos se fueron abriendo para acostumbrar su visión a la luz del día.

Había dormido bien, algo inquieto por momentos, pero en general, podía estar contento con su descanso. Cuando ya se despertó del todo, abrió los ojos bien y vió que el cofre estaba en el mismo lugar donde lo había dejado la noche anterior. Cerrado. Un cofre cerrado con alguna pista dentro, pensó Daniel.

Treinta minutos tardó en decidirse a levantar. Treinta minutos en la que su mente barajó diferentes posibilidades para abrir el cofre. Algunas de ellas incluso descabelladas.

Era el momento de activarse. Se quitó la manta de encima y se incorporó. Estaba vestido, señal que había pasado la noche en el sofá. No recordaba haber cogido una manta, con lo cual seguro que Anna se la habría puesto al amanecer. Por supuesto ella no estaba, hacía horas que llevaría trabajando. Con paso lento, se dirigió a la cocina, no sin antes pararse durante unos segundos delante del cofre y acariciarlo.

Se preparó un buen desayuno. Hacía horas que no comía nada y tenía hambre.

Sabía que el cofre se abriría ya fuese por las buenas o por las malas, pero conociendo a su madre, sabía que la forma de abrirlo sería por las buenas y que no estaría muy lejos de su alcance.

Mientras desayunaba fue repasando situaciones vividas con ella. Recuerdos, objetos y demás cosas que le ayudasen para abrir el cofre. Soltó la tostada que estaba desayunado y se metió dentro de la taza de café.

Algo había aparecido en su mente que le hizo actuar así. Se levantó y se fue corriendo a la habitación de su madre. Abrió un armario y no encontró lo que la cama y llegó a la otra mesita que la abrió con tanta fuerza que estuvo a punto de sacar el cajón volando.

Removió el interior y encontró un pequeño joyero. Lo sacó y se lo quedó mirando. Tenía la sensación de estar violando la intimidad de su madre, pero no tenía más remedio que hacerlo. Con cuidado lo abrió y puso sobre la cama el contenido.

Cuando todo estaba encima de la cama, con cuidado, fue separando los diferentes objetos. Pendientes, anillos, pulseras, collare. Pero no, él no buscaba eso, buscaba un colgante. ¡Y lo encontró!

—Bingo —dijo.

Con cuidado lo separó del resto de las joyas y lo sostuvo en sus manos. Era un colgante en forma de llave. Hacía años, Daniel le había preguntado por el significado de esa llave y ella en broma siempre decía que era la llave que abría su corazón.

Durante unos minutos estuvo en la cama con la llave en sus manos intentando averiguar si el tamaño sería el que se utilizaba para abrir

un cofre. Sabía que solo tenía que levantarse y probarlo, pero, quizás por miedo, prefirió jugar con la idea de que sí, que era la llave del cofre y así mantener durante más tiempo la ilusión. Se levantó de la cama con la llave. Se dirigió al comedor y separando una silla se sentó en frente del cofre. Con sumo cuidado lo arrastró hacia él y aún con más delicadeza, fue introduciendo la llave en la cerradura.

Para su alegría la llave entraba bien y parecía que llegaba hasta el final. Ahora solo tenía que girar la muñeca para comprobar que en efecto era la llave que habría el cofre.

Con un giro de muñeca suave, giró hacia la derecha y un click sonó. El corazón le empezó a latir muy rápido. Ese sonido era una buena señal. Obligó un poco más la llave girándola hacia la derecha y, con la mano izquierda sujeto la tapa del cofre y la empujo hacia arriba. Con unos movimientos debidamente sincronizados el cofre se fue abriendo ante los ojos de alegría de Daniel. No se atrevía a asomarse para ver lo que contenía.

Se levantó y empezó a pasear por el piso pensando si esperar a Anna o mirar y ver lo que había en su interior.

—Lo siento Anna se —dijo Daniel—, no puedo esperar esta vez, necesito saber lo que hay dentro. Supongo que lo entenderás.

Las palabras las dijo en voz alta y al escucharlas, él mismo se autoconvenció que lo que tenía que hacer era mirar el interior. Con paso decidido volvió a sentarse de nuevo en la silla y con la mano un poco temblorosa se dispuso a sacar lo que había. Con mucho cuidado fue sacando todo el contenido del cofre. Un sobre, una cámara de fotografía analógica con un flash y una foto.

Sostuvo la cámara entre sus manos durante unos minutos. Era una Verilisa club color. Recordaba esa cámara. La había visto por casa muchas veces, siempre le había llamado la atención el botón verde que había en la parte superior para tomar la instantánea. En aquel entonces era la cámara de la familia y Daniel ayudaba a sus padres a pasar el carrete para lanzar la siguiente fotografía. La cámara no tenía flash, con lo cual su padre compró uno bien grande que se podía acoplar en la parte superior. Dejó la cámara al lado y con algo de miedo cogió la fotografía que estaba en el cofre.

En seguida reconoció a su padre junto a su madre y un niño pequeño que estaba en brazos de ella. Era él cuando era un renacuajo. No recordaba que le hubieran hecho esa fotografía, pero de todas formas era normal, ya que a esa edad nadie se acuerda de esos detalles.

Había más personas alrededor. No reconoció a nadie más. Observando la foto vió que estaban subidos en un pequeño barco y por los bañadores, dedujo que tenía que ser verano. Quizás estuviera hecha durante los veranos que pasaban en el apartamento.

El sobre lo dejó para lo último. Esperaba un escrito de su madre y el instinto le decía que dentro de él se encontraba un mensaje. Quizás una nueva pista para seguir jugando.

—Espero que esta no sea tan difícil de resolver mamá...—
susurró.

Con cuidado rasgó el sobre que estaba cerrado y extrajo de él una hoja escrita a puño y letra. En seguida reconoció la letra de su

madre y su corazón volvió a dar un brinco.

... ¡Hola Cariño! Veo que has llegado hasta esta nueva pista. ¡Felicidades! No esperaba menos de ti. ¡Lo estás haciendo muy bien! Ya queda menos. Es importante que todas estas cartas que vas encontrando las vayas guardando y en caso de que te surja alguna duda puedas consultarlas. ¿Seguimos jugando?

Daniel trago saliva y asintió con la cabeza.

... En este cofre has encontrado tres cosas. La carta que estás leyendo, una cámara de fotos y una fotografía.

¿Te reconoces en la foto? Y al resto de las personas ¿las recuerdas?! No lo sabes, pero a todos ellos los conoces. Tendrás que utilizar tu ingenio y averiguar que ha sido de ellos y de que los conoces. Suerte hijo. Ten cuidado. Te quiero.

Daniel volvió a leer la carta un par de veces más y cuando ya se la sabía prácticamente de memoria, se quedó observándola sin moverse. No la leía, simplemente miraba la letra de su madre. Siempre le había gustado los trazos de línea que hacía al escribir. De pequeño y cuando ya era más grande, muchas veces intentaba imitarlos, pero nunca consideraba que lo hacía suficientemente bien.

Metió la carta dentro del sobre y luego dentro del cofre. Cogió la cámara de fotos y la metió también dentro. Buscó con la mano derecha la fotografía por la mesa y luego, una vez la tenía ya en su poder, la sostuvo con las dos manos.

Como ya le sucedió antes, reconocía a su padre, madre y al él mismo, pero al resto de personas no tenía ni idea de quienes podían ser. A parte de ellos tres, contó un total de siete personas más.

Todos adultos, a excepción de un niño y una niña de una edad cercana a la suya, y un niño que rondaría ya los 12 años.

Tal y como estaban dispuestos en la fotografía deberían de ser dos matrimonios, uno de los cuales tenía una niña pequeña y el otro matrimonio, el niño pequeño y el mayor.

Una fotografía, tres familias contando la suya, montados en un pequeño barco en medio de la mar. Poca más información se podía sacar a simple vista. Daniel dejó la fotografía en la mesa, se estiró, se levantó y recuperando nuevamente la fotografía se sentó en el sofá a seguir observándola. Pasó el tiempo volando y sin darse cuenta que ya estaba anocheciendo, la puerta del piso se abrió. Anna estaba entrando.

—Daniel, ¿estás?

Daniel no contestó al primer saludo, pero al escuchar el segundo si que lo hizo:

—Hola Anna, si, si que estoy. Ven estoy en el comedor.

Anna se quitó el abrigo, se fue al comedor y agachándose dio un beso a Daniel en los labios. Sin querer, miró hacia la mesa y vió que el cofre estaba abierto.

—Daniel ¡lo has abierto! ¿Como lo has conseguido?

Daniel le indicó con la mano que se sentara al lado suyo. Le contó de principio a fin como lo había hecho y que encontró dentro. Anna no salía de su asombro.

—Es fantástico Daniel —dijo y él asintió.

Con cuidado, fue entregando a Anna el contenido del cofre para que ella misma sacara sus propias conclusiones. Una vez que había visto todas las pruebas Daniel habló.

—Lo siento Anna no pude esperar para abrirlo.

—¿En serio te estás disculpando Daniel? Lo normal es no esperar. Has hecho lo correcto. Vaya, yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo.

—¿Qué opinas de todas las pruebas? —dijo Daniel.

Anna se quedó pensativa, quería pensar bien la respuesta antes de dársela.

—La pista a seguir es la foto —dijo Anna con seguridad.

Daniel pensaba exactamente lo mismo. Tendrían que investigar y conocer más datos de todos los que aparecían en la fotografía. Sabía que no sería una tarea fácil, porque esa foto tenía que tener mínimo veinte años. Investigar a gente desconocida y, además, con una antigüedad tan alta, sería muy complicado. Pero era lo que tenían que hacer. Investigar, indagar, buscar y remover en el pasado de los que aparecían. Quizás tendría que investigar también a sus padres. Se quedó pensativo. Eso no le hacía ninguna gracia.

Otro pensamiento invadió su mente. Quizás alguno de ellos ya habrá fallecido también.

—Ostras, vaya pistas me das mamá —se dijo para sí mismo.

Anna miraba a Daniel. Sabía que estaba pensando y no quiso interrumpirlo. Pensó en la llave. Esa llave que la madre de Daniel había creado como un colgante. La mujer era muy ingeniosa, eso

estaba claro y cuando elaboró el juego lo tenía todo muy bien pensado. Desde luego era un juego en toda regla.

Cenaron algo más relajados. Habían resuelto el anterior enigma y era hora de enfrentarse a uno nuevo. Siempre que resolvían y encontraban la siguiente prueba sus energías y ganas en lugar de decrecer aumentaban.

—¿Por donde empezarás Daniel?

—He estado dándole vueltas...Y lo primero que voy a hacer mañana es coger los álbumes de fotos que tenemos guardados y revisar todas las fotos. Espero encontrar a algún personaje de la foto del cofre en otras fotos que podamos tener guardadas y a partir de ahí ir estirando del hilo.

Daniel calló. Así dicho parecía muy sencillo, pero era consciente que la tarea que le había asignado su madre era muy complicada. No lo quedaba otra opción. Tenía que empezar por algún sitio a buscar.

La noche cayó y esta vez en lugar de quedarse a dormir en el sofá, Daniel se fue directamente con Anna a la cama a descansar. En pocos segundos ambos se quedaron dormidos.

Salva había tomado una decisión. Cuando recibió el informe de sus compañeros quiso hacer la vigilancia del día siguiente él mismo. Tenía las fotografías de los dos individuos que estaban vigilando al chaval y quería ser testigo de primera mano para saber si al día siguiente aparecerían.

Eran dos esbirros que se dedicaban a cometer delitos menores. En principio no eran peligrosos, pero en esos casos nunca se podía

asegurar.

Salva fue el primero en llegar y tomando una posición aventajada para la vigilancia, se dispuso a pasar el día ahí, en espera de los movimientos que pudiera hacer Daniel.

No tardó en ver un rostro familiar. En efecto. Haciendo un trabajo similar al suyo, había aparecido uno de los dos individuos que perseguían al chico. Este buscó un sitio tranquilo e intentando aparentar tranquilidad se dispuso también a realizar la vigilancia.

Salva lo miraba. Sabía que no era un profesional por su forma de actuar, pero de igual modo, tenía que tener especial atención y adelantarse a cualquier movimiento que pudiera hacer. La mañana transcurrió tranquila para los observadores. El chaval no aparecía por ningún sitio. Eso era lo peor. Si el chico se movía, él se movía y el tiempo transcurría más deprisa.

Cada vigilante hacía lo más conveniente para matar ese tiempo de espera. Salva, decidió comerse un bocadillo y cuando se encontraba por la mitad vió aparecer el segundo rostro de la foto. Harían el relevo. Tal y como había intuido, los dos esbirros hablaron durante unos momentos para ponerse al día e hicieron el cambio de vigilancia. La noche llegó y no había rastro de Daniel.

Salva no pensaba irse antes que el esbirro, así que cuando vió que este se ponía en pie y abandonaba su escondite, decidió esperar unos minutos más y al ver que no aparecía, decidió plegar por esa noche.

Tenía a su equipo investigando la foto de ambos y tenía ganas de saber quienes eran y que trayectoria tenían.

Al día siguiente volvería a llamar para ver si habían averiguado algo.
Dejó su escondite y se fue a casa a descansar.

CAPÍTULO 5

Instantáneas del pasado

Amaneció un día soleado. Estaba siendo un invierno con muy buen tiempo. Es cierto que había hecho frío, pero en una ciudad como Barcelona esos días se podían contar con los dedos de la mano. Daniel volvió a despertarse solo. Anna ya se había ido a trabajar. Se levantó, se arregló y desayunó.

Fotos. ¿Dónde guardaba su madre las fotos? Hacía años que no las revisaban. La última vez, las repasó con ella sentados los dos juntos en la habitación de lectura. Ella se paraba en cada foto y le contaba a Daniel la pequeña historia que tenía. Él prestaba atención y le gustaba saber cómo, cuándo y dónde se habían hecho.

Esperaba que si había prestado la suficiente atención pudiera encontrar algo para seguir adelante con la investigación. Se fue primero a la habitación de lectura. Revisó los diferentes tomos y encontró dos albunes. Recordaba que había un tercero. En la habitación de lectura no estaba. Lo había revisado todo. Se dirigió entonces a la habitación de su madre. Siempre que entraba en ella le venían miles de recuerdos. Desde que falleció, había entrado en contadas ocasiones, pero desde que había empezado el juego había entrado ya unas cuantas veces.

Miró en los cajones, cómoda y por último en el armario. Volvió a coger la pequeña escalera y subiéndose en ella ojeó en el peldaño superior del armario. Con la mano fue trasteando hasta que rozó algo que parecía ser una carpeta o algo similar. Con cuidado y utilizando las dos manos, arrastró el objeto hasta el borde del

peldaño, lo sujetó y lo bajó hasta dejarlo encima de la cama. Cerró el armario, guardó la escalera y se sentó en la cama.

En efecto, se trataba de un álbum de fotos. Con cuidado lo abrió y fue ojeando las diferentes láminas que contenían normalmente cuatro fotos por cara. Vió una que le llamó la atención. Se acordaba de haber visto esa fotografía muchas veces con su madre. Aparecía ella con él subido en una bicicleta. Como le gustaba montar en bici y cuanto tiempo hacía que no lo practicaba. Me compraré una, pensó Daniel.

La bicicleta de la foto era la primera que había tenido con dos ruedas. Recordaba la alegría que había sentido al ir en ella sin ruedas pequeñas en los laterales. Esa foto había servido para inmortalizar un momento de ilusión. El momento de sentir que podía ir solo. Que había crecido y que podía ir como los niños más grandes sin ruedines.

Sabía que en cada foto recordaría la pequeña historia que guardaba, así que respiró profundo y poniéndose el álbum de fotos bajo el brazo se dirigió a la habitación de lectura donde lo depositó junto a los otros dos que ya había encontrado antes. Tres álbumes. Lo primero que tenía que hacer era ordenarlos por fecha.

Eso sería fácil. Solo haría falta ver las fotos para saber el orden. Su madre al igual que él eran muy ordenados y disciplinados, con lo cual, sabía que estarían debidamente ordenados.

Un pensamiento le vino a la cabeza. ¿Porque un álbum estaba en el armario y no junto a los otros dos? En un primer momento no encontró una respuesta, aunque, quizás, quisiera decir algo. Tomó nota del detalle en su mente y decidió seguir adelante.

Abrió los tres álbumes por la primera lámina que contenía fotografías y como si de un puzzle se tratase los ordenó. De álbum con fotos más antiguas a álbum con fotos actuales. Tenía ganas de empezar a mirar e investigar, pero, por otro lado, sabía que le vendrían a la cabeza muchos recuerdos del pasado.

Empiezo o no empiezo, se debatía Daniel. Miraba los álbumes debidamente ordenados, pero no se decidía a empezar. La verdad es que mirar fotografías tampoco era una afición que le haya gustado antes. Ahora, en cambio, tenía la obligación de revisarlas todas.

No. Ahora no. No estoy preparado. Se levantó y dejó solo a los álbumes. Se dirigió a su habitación y sin pensarlo dos veces se tumbó de golpe en la cama con los ojos abiertos y los brazos en forma de cruz. No podía hacerlo solo. Se sentiría raro mirando las fotos y recordando las historias. Por muy raro que pareciese, Daniel tomó una decisión. Lo haría el fin de semana.

Quería que Anna estuviese a su lado y que fuese ella la que hiciera las preguntas sobre las fotos y él respondería con la máxima información de la que disponía. Aliviado por haber tomado una decisión, Daniel permaneció un rato más en la cama.

Cansado de observar el blanco techo de su habitación, se levantó y fue hasta la habitación donde había dejado los tres álbumes. Los cogió y los colocó en la estantería. Ahí, estarían bien hasta el fin de semana.

Se preparó la comida y comió, aunque no tenía mucho apetito.

Se pasó la tarde en el sofá mirando la tele, bueno más que mirar, haciendo *zapping*. Necesitaba trabajar. No podía seguir así. Necesitaba volver y coger de nuevo el ritmo de su vida.

El juego era importante, pero también era importante su vida. Coger el control. Sentirse vivo y útil. Despejar la mente hablando con otras personas. Pasear, tener problemas en el trabajo que activara su mente para solventarlos. Dando vueltas a estos pensamientos cuando escuchó la cerradura.

Anna entró con paso decidido y se encontró a Daniel sentado en el sofá con el mando a distancia de la tele en la mano haciendo *zapping*. Daniel girando la cabeza la saludó.

—Hola Anna, has llegado pronto. ¿ha ido bien en el trabajo?

Anna rodeó el sofá, se acercó a Daniel y le dijo en el oído

—Sí, todo tranquilo.

Y a continuación beso sus labios. Se quitó el abrigo y se sentó al lado de Daniel. Ambos durante unos minutos se dedicaron a ver la programación que había en las diferentes cadenas de televisión.

—Sabes que Anna —dijo Daniel mientras Anna giró su cabeza y miró a Daniel—. Voy a descansar del juego hasta el fin de semana —continuó diciendo y Anna seguía sin decir nada—. Necesito refrescar las ideas y creo que es un buen momento. ¿No dices nada?

Anna sonrió.

—Me parece una idea genial. Te vendrá bien. Bueno, nos vendrá bien a los dos —dijo Anna y ahora fue Daniel quien sonrió.

—Tengo una idea —dijo Daniel.

—¿Cual? —preguntó Anna.

Daniel se levantó.

—Vuelve a ponerte el abrigo que nos vamos a cenar algo fuera y nos vamos al cine.

Anna no se lo pensó dos veces, se levantó y se volvió a poner el abrigo. Cogieron las llaves del coche y bien abrigados se dirigieron hasta el parking.

La vigilancia se puso en marcha. Salva observaba más a su contrincante que a la pareja a seguir. Por su experiencia, era mejor tener localizado al enemigo que al vigilado.

Con torpeza, el esbirro comenzó a seguir a la pareja y Salva hizo lo propio. Sin darse cuenta se produjo una cadena de persecución. Parecía hasta graciosa la situación.

Anna quería saber que película iban a ver, pero Daniel se negaba a dar ninguna pista. Aparcaron cerca del cine y de los restaurantes. Como iban un poco justos de tiempo comieron algo rápido y se dirigieron a sacar las entradas. Solo en el momento que Daniel compró las entradas Anna pudo averiguar que película verían.

El esbirro dudó si entrar al cine también, cosa que Salva tenía claro que no lo tenía que hacer si el esbirro no entraba. Si entraba la cosa cambiaba y el tendría que entrar también.

Por suerte, el personaje decidió no entrar y esperar a que el chaval saliera de la sesión con su pareja. Salva hizo lo mismo. Aprovecharía para picar algo. Tenía hambre.

Daniel había elegido bien. Mary Poppins. Cuando la veía anunciada por la tele, Anna siempre le insistía para ir a verla juntos. Anna abrazó a Daniel y le besó.

Ya dentro del cine se dirigieron a comprar palomitas, algunas chuches y una botella de agua. Todavía quedaban diez minutos para que empezara la sesión, así que dieron un paseo por los pasillos viendo los trailers y carteles de próximos estrenos.

Se dirigieron a la sala donde proyectaban su película y buscaron sus asientos. El cine todavía no estaba lleno, así que les resultó fácil moverse hasta encontrar los suyos. Se sentaron y miraron alrededor. A los pocos minutos todos los asientos empezaron a llenarse. Las luces se apagaron y el sonido envolvente empezó a sonar. Era el momento de relajarse y disfrutar de la película.

La película duró aproximadamente dos horas y cuando se encendieron las luces, la mitad de los asientos estaban ya vacíos. Anna y Daniel seguían sentados esperando que la primera bandada de público evacuase el lugar. Se habían comido todas las palomitas, las chuches y de la botella de agua solo les quedaba un par de dedos.

Cuando vieron que ya podían salir con tranquilidad se levantaron y dirigieron sus pasos hacia la salida, teniendo especial cuidado con las escaleras.

Ya en la calle comprobaron como la temperatura había bajado considerablemente y los dos, bien abrigados y con Anna cogida al

brazo de Daniel, se dirigieron a por el coche. Aparcaron el coche en el parking y subieron al piso. Entraron y cerraron con llave.

Los dos perseguidores hicieron lo mismo y cada uno se posicionó nuevamente en el lugar que tenían ya preestablecido sin saberlo a vigilar la salida del edificio del chaval.

Salva lo tenía claro. Esa pareja no saldría más en toda la noche, pero no podía irse hasta que el esbirro decidiera marcharse.

Cuando vió que el esbirro abandonaba su puesto de vigilancia y desaparecía en la oscuridad de la noche, Salva hizo lo mismo y se dirigió a su piso.

A Daniel le parecía increíble. Había sido capaz de desconectar del juego toda la noche. Se cambiaron y se metieron en la cama.

—Me ha encantado esta “cita/salida” sorpresa —dijo Anna.

—A mi también Anna. El juego me tiene absorbido, pero he decidido que lo primero somos nosotros y luego las demás cosas. Además, vivimos juntos y ya no tenemos que darle explicaciones a nadie —dijo y Anna sonrió.

Esa noche habían tenido la sensación de volver a ser de nuevo una pareja normal. Mientras Daniel acariciaba el pelo de Anna, ambos se quedaron dormidos.

Se despertaron a la vez y dándose un beso de buenos días decidieron empezar el día con energía.

—¿Que vas a hacer hoy Daniel?

Daniel estirando los brazos para ir despejándose contestó a Anna.

—Pues mira Anna, voy a desayunar, arreglarme y saldré a correr un rato. Me apetece hacer algo de deporte para desconectar.

Anna miró a Daniel. Hacía tiempo que no lo veía hacer deporte.

—¿Has pensado por donde irás?

Daniel la miró y se quedó pensativo.

—Pues no. Saldré a la calle y empezaré a correr. Dejaré que el instinto me vaya guiando.

Así fue como transcurrió el día. Daniel haciendo vida ociosa y Anna trabajando. Al detective que había asignado Salva para hacer la vigilancia le dio un vuelco al estómago cuando vio salir al chaval vestido con ropa de deporte. El mismo sentimiento sintió el esbirro que con cara de sorpresa empezó a meditar si lo seguía corriendo o lo esperaba ahí donde se encontraba hasta que volviese de hacer deporte. Para nada le apetecía ponerse a correr, a parte de que se delataría rápidamente al ir vestido de calle.

No decidió darle más vueltas. Cuando el chaval empezó a correr calle abajo el esbirro lo siguió con la mirada y se quedó estático en su sitio. No se movió, no hizo ningún gesto de seguirlo.

El detective miraba a Daniel y al esbirro. Si salía de su escondite pondría en peligro la misión, así que al ver que el esbirro no se movía, decidió hacer lo mismo y permanecer en su sitio hasta que regresara el chaval.

Transcurrió un buen rato hasta que vieron llegar a Daniel andando con aspecto de cansado. El chaval estaba bien, con lo cual, los dos personajes que lo estaban vigilando se alegraron de haber tomado la decisión correcta y de quedarse a esperar.

El viernes no fue mucho más distinto que el día anterior, solo que en este caso Daniel fue corriendo hasta el gimnasio y, una vez allí, se fue a la piscina a nadar, luego al jacuzzi y por último a la sauna.

Salió del gimnasio como nuevo. Siempre había pensado que la natación era el deporte que más le gustaba y relajaba. No tendría que dejar de practicarlo. Cuando todo acabase, se pondría más en serio con el deporte y si tenía suerte, convencería a Anna para que se animara a ir con él.

En esos pensamientos estaba cuando llegó a casa y dejando la mochila en el recibidor se dirigió al comedor y se sentó un rato en el sofá.

Anna no tardaría en terminar su jornada laboral y como ya sería fin de semana había pensado en invitarla a cenar. Justo lo estaba pensando cuando Anna abrió la puerta de casa. Ostras no me acordaba, los viernes termina antes, pensó Daniel.

—Anna, estoy en el comedor, cuidado que en el recibidor esta la mochila del gimnasio —drió Daniel.

Anna miró a la derecha y encontró la mochila. Siguió andando hacia el frente y ya en el comedor vió a Daniel que se dirigía hacia ella. Daniel se interesó en cómo le había ido el día y con gestos de alegría le recordaba que ya estaban en fin de semana. Tendrían más tiempo para estar juntos. Anna se abrazó a Daniel y le besó.

—Saldremos a cenar fuera. Iremos a un celler... ¿te apetece Anna?

Anna le volvió a besar. Daniel se daba cuenta que su compañera necesitaba hacer más cosas de pareja y él, estaba dispuesto a darle

todo aquello que necesitase. Estaba enamorado de ella y sabía que ella también. Tenían que disfrutar de muchos momentos bonitos y más ahora que vivían juntos.

Se duchó y se arregló. Daniel se arregló directamente ya que venía del gimnasio y se había duchado allí.

Conocía un celler que estaba muy bien, así que salieron del piso y bajaron por el ascensor hasta llegar al rellano de la calle. Al pisar la calle sus dos vigilantes se pusieron en acción.

Anna intentó sacar el tema del juego, pero Daniel se paró y girando la cara de su compañera la miró y le puso un dedo en sus labios.

—No Anna. El juego lo dejamos para otro día.

Siguieron caminando y llegaron a la boca del metro. Bajaron las escaleras, pagaron la entrada y bajaron las escaleras corriendo ya que el metro acababa de llegar. De un salto se metieron dentro del vagón y miraron a ver si había algún asiento libre. Ninguno. Todos estaban ocupados. Se sujetaron a una de las barras y contaron hasta cinco las paradas que tenían hasta su destino. En poco más de diez minutos ya se encontraban fuera de la estación.

El celler quedaba a dos manzanas de distancia.

Había ambiente en la calle, se notaba que era viernes y la gente tenía ganas de distraerse y pasarlo bien. Llegaron al celler y por suerte aún quedaba algún espacio libre. Se sentaron y enseguida les tomaron nota. Anna y Daniel hablaban de cualquier cosa, lo importante era pasarlo bien y distraerse.

Le sirvieron un vino exquisito acompañado de las diferentes tapas que habían pedido. No lo dudaron ni un instante y ambos se

pusieron a disfrutar de la cena, así como del vino que estaba bastante fresquito.

Dejaron los platos limpios. No había sobrado nada y la botella de vino casi estuvo a punto de ver el final. Estaban pasando un momento agradable, solo los dos. Hablando, riendo, haciendo planes para el verano, ilusionándose con la vida en pareja que habían decidido emprender. Pagaron la cuenta y salieron a la calle. Hacia frío y como no les apetecía hacer el trayecto a casa en metro decidieron coger un taxi. Les costó poco encontrar uno con el piloto en verde. Lo pararon y se subieron detrás del conductor.

Le indicaron la dirección y el taxista con mucha experiencia en el sector no metió ningún dato en el navegador. Sabía el camino. Llegaron pronto y Daniel pagó al taxista la carrera.

Estaban cansados. Anna por la semana de trabajo y Daniel por el deporte que había hecho esos dos días. No estaba acostumbrado y le estaba pasando factura. Entraron en el piso, se cambiaron y se tumbaron. Sabían que al día siguiente no tenían que madrugar, con lo cual, relajados al haber pasado una noche divertida, se fueron quedando dormidos.

El fin de semana llegó y pilló a la pareja dormida plácidamente en la cama. Las ocho, las nueve, las diez y seguían sin despertarse. Daniel fue el primero que empezó a moverse como quien vuelve a recobrar la vida. Anna seguía quieta con la respiración acompasada. Primero sacó un brazo de debajo del nórdico y poco a poco fue abriendo los ojos. Miró a su lado y vió que Anna seguía dormida. Como estaba a gusto y calentito en la cama decidió esperar a que su compañera se fuera despertando.

Eran las diez y treinta y cinco cuando Anna empezó a dar señales de ir recobrando poco a poco la conciencia. Curiosamente, repitió los mismos movimientos que Daniel. Sacó un brazo y, poco a poco, fue abriendo los ojos. Giró la cabeza y vió que Daniel la estaba observando.

—Buenos días Daniel.

—Buenos días Anna. Estás preciosa cuando duermes —dijo y Anna sonrió y se acurrucó en él.

Así pasaron unos quince minutos hasta que la cama les empezó a invitar a levantarse. Perezosos se levantaron y se pusieron las zapatillas, con paso algo cansino, se dirigieron a la cocina. Se prepararon un buen desayuno y comentando como lo habían pasado la noche anterior desayunaron.

Daniel le contó a Anna lo que había descubierto del juego. En el fondo no era gran cosa, pero le contó que había encontrado tres albumes de fotos y que su intención era ir mirando fotos intentando relacionar la foto que le había dejado su madre con las que iba encontrando. Le comentó que necesitaba su ayuda. Necesitaba que las vieses juntos y que preguntase cualquier duda o curiosidad para él así intentar explicarle lo que recordada. A Anna la idea la pareció bien. Sabía que tenían trabajo por delante y que la cosa no sería fácil. Entre ambos lo conseguirían. Juntos hasta el final, pensó Anna.

Se levantaron y se fueron a la habitación de lectura. Anna se sentó en el sofá y Daniel sacó los tres albumes que había colocado tres días antes en la estantería. Con cuidado, los extrajo y se sentó con ellos apoyados en las piernas, al lado de Anna.

—Los he ordenado —dijo Daniel—, de más antiguo a más actual.

—No se te olvida una cosa —dijo Anna.

—¿El que? —contestó Daniel.

Anna se lo quedó mirando fijamente a los ojos y este reaccionó.

—Ostras si, la foto del cofre. Ves como tienes que ayudarme —se puso a reír Daniel.

Ella al ver a Daniel distendido y riéndose se puso también a reír. En unos segundos Daniel había recuperado la foto del cofre y al mismo tiempo traía consigo la lupa que había comprado en el chino. Quizás les podría ser útil.

Lo primero que hicieron ambos fue observar detenidamente la foto del cofre con lupa y sin lupa. Anna se levantó un momento y regresó a los pocos minutos con una libreta y un boli. Les sería útil para definir y clasificar a cada personaje.

En la foto, tal y como habían contado, aparecían un total de diez personas, incluyéndose él y sus padres. La gente que no conocían eran siete personas. A primera vista todos estaban colocados por familias. La familia de Daniel estaba en medio y a cada lado tenía una familia con sus respectivos hijos.

La niña parecía tener su misma edad con lo cual en la actualidad sería como él. El otro niño parecía mayor unos cuantos años.

Daniel se daba cuenta que estaba retrasando el momento de abrir el primer álbum, así que fue Anna quien alargó el brazo y dejando el álbum en sus piernas lo abrió por la primera lámina donde aparecía la primera foto.

Daniel inclinó la cabeza y miró, echó un vistazo a las fotos. En cada cara de lámina había cuatro fotos o tres según el tamaño, con lo cual contó hasta cuatro fotos al abrir la tapa.

Las primeras eran de sus padres de jóvenes. Anna miraba a Daniel y este le fue comentando. Solo podía contarle lo que su madre en su momento le explicó. Fotos de sus padres juntos por el centro de Barcelona, fotos separados en una fuente, fotos con un helado. Las típicas fotos de pareja paseando por la ciudad. Daniel indicó a Anna que podía seguir pasando láminas.

Pasaron unas cuantas páginas hasta que en una foto apareció un bebe que tenía pinta de ser el mismo Daniel.

—Este soy yo de pequeño Anna —dijo Daniel.

Anna se acercó la foto y sonriendo le dijo.

—¡Que feo eras!

Daniel la miró y serió le dijo

—¿En serio me ves feo?

No tonto, era broma. Daniel se puso a reír. Durante un momento se había creído que Anna lo había visto feo. De todas formas, ya poco podía hacer. Iban pasando láminas con diferentes fotografías. De momento no había ninguna que les llamase la atención.

—Mira Anna. Este soy yo bautizándome. Es la iglesia de Santa Eulalia.

Anna se quedó mirando la fotografía y asintió con la cabeza. La iglesia seguía igual, pero los jardines del exterior sí que habían

cambiado. Hoja tras hoja estaban a punto de llegar al final del álbum.

—La última lámina Daniel —dijo Anna.

—Si. Y nada interesante.

Cuando acabaron de ver el primer álbum lo cerraron y se miraron. No habían encontrado nada que les pudiese ayudar a resolver el misterio. Hicieron un resumen de lo que habían visto.

El primer álbum contenía principalmente fotografías de los padres de Daniel, como novios y luego fotografías de Daniel de pequeño.

Lo dejaron a un lado del sofá y Daniel extendió el brazo para coger el segundo álbum. Repitieron la misma rutina. En este álbum las fotos empezaban cuando Daniel tenía aproximadamente tres años.

Al igual que hicieron con el otro, fueron pasando láminas y se paraban solo en aquellas que podía tener un significado para ellos. A medida que avanzaban, iban viendo, sobre todo, la evolución que había tenido Daniel con los años.

Cuando iban por la mitad, ambos sin darse cuenta se pararon y señalaron una fotografía. Era de verano. Estaba Daniel y sus padres en el puerto marítimo y detrás se podía ver un barco similar o igual al de la foto que le había dejado su madre a Daniel. Se miraron. Y con mucho cuidado despegaron la foto de la lámina del álbum. Observaron las dos fotos. La que acababan de sacar y la que les había dejado la madre de Daniel. Sí. Era el mismo barco y sí llevaban la misma ropa.

Esa foto se tendría que haber hecho antes de que el barco se echase a la mar. A los dos les palpitaba el corazón. Sabían que

cuando pasaran a la siguiente lámina encontrarían más fotografías del momento. Esta vez fue Daniel quien pasó la lámina. Con alegría y con sorpresa, encontraron muchas fotos que les podría de ser ayuda.

En una de las caras de la lámina aparecían fotografías de todos los que estaban en la foto que Daniel había recibido de su madre. Una fotografía de la pareja con los dos niños, otra fotografía de la otra pareja con su niño y luego una fotografía de todos los padres juntos para acabar con una fotografía de solo los niños.

—Había alguien más —dijo Daniel.

—¿Como? —contestó Anna.

—Fíjate.

Daniel señaló la fotografía en la que estaban todos los adultos. No faltaba ninguno. Eso quería decir que otra persona que no era miembro de la tripulación había hecho la foto. Anna se quedó sorprendida. Esta vez Daniel había sido mucho más rápida que ella. Anna asintió.

—Lo apuntaré en el cuaderno —dijo Anna.

Para sorpresa de los dos, la fotografía que le había dejado a Daniel su madre en el testamento también estaba en una lámina. Eso quería decir que su madre se tomó las molestias de coger la foto, sacar una copia y volver a dejar la original en el álbum. Había muchas más fotografías del día que pasaron en la embarcación.

Daniel y Anna fueron repasando fotografía a fotografía primero a simple vista y luego con la lupa. Daniel le dijo a Anna.

—Apunta Anna.

—Dime, —contestó.

—Gusi de luz.

—¿Cómo?

Daniel se lo deletreó. Le explicó que era el nombre de la embarcación y gracias a la lupa lo había podido ver. Los dos sabían que esa pista podría ser fundamental para ir avanzando. Daniel reconoció el paisaje. Era de Sitges. Como no, el lugar donde veraneaban. Con lo cual, los que aparecían en la fotografía eran o residentes de Sitges o veraneantes como ellos. La cosa pintaba bien. Iban consiguiendo ir conociendo más detalles.

Después de unas cuantas láminas con fotografías de todos en el barco, vinieron fotografías de la familia de Daniel a solas en la playa, por Sitges, etc. Fotografías en familia. Curiosamente, de repente, dejó de aparecer gente en las fotografías y solo aparecían paisajes. Una montaña, un acantilado, el mar, la playa... y es que el padre de Daniel era un aficionado a la fotografía y parece ser que en ese momento le dio por fotografiar paisajes.

Eran paisajes bonitos y la verdad es que las fotos estaban muy bien hechas. Daniel se acordó de la cámara de fotos que le había entregado su madre en una de las pruebas. Seguro que fue con esa cámara con las que hizo esas fotografías. Ese dato lo tenía que tener muy en cuenta. Fueron pasando láminas hasta que volvieron a pararse. Daniel y su familia iban a cenar en un restaurante llamado Paradise. Y nuevamente aparecían todos los que habían salido en la foto del barco. Parece ser, por lo que pudieron intuir Daniel y Ana, que sus padres, formaron un grupo de salida con los que aparecían en la foto.

Daniel suponía que se llevaría bien con los otros niños. Hizo por recordar algo y durante unos momentos sintió como si los conociera y que en su momento se lo pasaba bien. Incluso vió que la niña que tenía su edad era guapa. Daniel se ruborizó. Anna estaba a su lado. Esperaba que no se hubiera dado cuenta.

Iban muy bien vestidos, el restaurante tenía que ser de cierto prestigio, ya que por las fotos se veía muy bien decorado y muy bien ubicado. Se veía gente de bien, al menos una de las familias, que se las veía en las fotos muy segura de sí mismos y con cierto aire arrogante. Daniel apuntó también ese dato. Sus padres y la otra pareja se veían mucho más sencillos.

Terminaron el segundo álbum y no encontraron nada más interesante. Estaban contentos, eso era cierto, porque habían sacado información a partir de la cual poder seguir avanzando.

Abrieron el tercer álbum y se sorprendieron cuando solo encontraron unas cuantas láminas con fotografías y ninguna de ellas les iba a servir de nada.

—Solo el segundo álbum nos ha servido de algo —dijo Anna.

—Si. Es cierto. Los otros dos, no han aportado nada más que recuerdos.

Se quedaron pensativos. Sin mediar palabra se levantaron y se fueron al comedor. Encendieron la tele y se quedaron callados mientras recorrían los diferentes canales buscando algo que les distrajera. Daniel sabía que tenía trabajo que hacer. Tenía que buscar información de las personas que aparecían en las

fotografías. Sabía que la tarea no sería fácil, pero era la única forma de poder ir adelantando en el juego.

La cámara fotográfica que le había dejado su madre como pista empezaba a cobrar sentido. Con esa cámara seguro que se habían hecho muchas fotos del momento. ¿Qué escondería el secreto que su madre quería que él encontrase? ¿Cuál sería?

La semana empezó como las anteriores. Anna marchándose a trabajar y Daniel quedándose en casa para intentar seguir jugando. Desayunó, se vistió y decidió salir a correr un rato. Necesitaba actividad, necesitaba salir del círculo donde se había metido.

Corrió unos cinco kilómetros, no es que no quisiera hacer más, pero su condición física no le permitía ir más allá, así, que sin pensarlo ni dudarlo, cuando llevaba aproximadamente tres kilómetros recorridos, decidió tomar el camino de regreso a casa.

Llegó al bloque donde vivía y antes de subir a casa a ducharse decidió hacer un poco de estiramientos. Le vendría bien para desentumecer el cuerpo después del esfuerzo realizado.

No estaba acostumbrado y le estaba pasando factura. Sabía que durante todo el día tendría molestias en las diferentes partes del cuerpo. Ya contaba con ello, así que no le daría más importancia. Terminó de hacer sus ejercicios de recuperación y subió por las escaleras hasta llegar a su puerta. La abrió y se dirigió al cuarto de baño, se desnudó y se metió una ducha con agua bien caliente. Permaneció un buen rato bajo el agua. Sin moverse. Pensativo. Disfrutando de un momento de paz y tranquilidad bajo el agua caliente que le caía de la cabeza a los pies.

Su mente estaba trabajando en tomar una decisión. Le estaba dando vueltas. Cada vez lo tenía más claro. Cerró el grifo de la ducha y cogiendo una toalla grande se empezó a secar. Primero el cuerpo y luego la cabeza. Una vez seco, se dirigió a su habitación y cogió ropa para vestirse. Estaba cansado por los cinco kilómetros que había recorrido, pero a la vez estaba relajado por la ducha de agua caliente que se había dado.

Contradictorio, sí, pero reconfortante por haber hecho algo de deporte y luego relajarse en la ducha. Su mente seguía dándole vueltas al pensamiento que estaba teniendo mientras se duchaba.

La mañana fue pasando y después de comer un plato de macarrones a la carbonara que él mismo se había cocinado, le entró una morriña difícil de aguantar. No se lo pensó dos veces y con paso lento se fue a su habitación y dejándose caer encima de la cama. Poco a poco sus ojos se fueron cerrando entrando en un sueño profundo. No había puesto el despertador, así que se despertaría cuando el cuerpo le dijera basta.

A las seis de la tarde sus ojos empezaron a abrirse. Con lentitud empezó a moverse lentamente y pasados unos cuantos minutos ya se encontraba totalmente despierto, encima de la cama. El frío había sido el detonante de que se despertara. No había tomado la precaución de taparse y todavía no hacía tan buen tiempo como para dormirse sin una mantita que le tapase.

Bostezó y se acurrucó un poco para poder entrar en calor. Lo consiguió por unos minutos, pero su cuerpo le pedía ya levantarse. Así lo hizo. Con tranquilidad se fue levantando hasta que se encontró sentado en la cama. No le hacía falta vestirse porque ya lo

estaba. La mente la tenía más despejada que nunca y sin darse cuenta la decisión que estaba meditando durante todo el día tomó forma. Lo tenía decidido. Lo tenía claro. Volvería al trabajo. Sabía que por mucho tiempo libre que tuviese no le serviría para ir adelantando el juego. A veces menos tiempo y con las ideas más claras es suficiente para ir avanzando. Al sentir que volvía a trabajar y a coger el pulso a su vida, sintió como volvía a tener esa motivación de seguir adelante.

Estuvo bien ausentarse unos días del trabajo para centrarse en el juego, pero su cuerpo y su mente ahora le pedía lo contrario. Se lo comentaría a Anna, sabía que a ella esta decisión le gustaría ya que ver a Daniel tanto tiempo centrado en el juego y en casa, no le hacía mucha gracia.

Tenía ganas de decírselo, así que el rato que estuvo en casa se dedicó a mirar el reloj e ir escuchando la puerta por si podía intuir que era ella. Esperó a que llegase del trabajo y antes de que ella abriese la cerradura él abrió la puerta.

—¿Daniel eres el nuevo portero? —preguntó Anna.

Daniel sonrió y la abrazó besándole los labios. Anna se quedó sorprendida por la muestra de afecto de Daniel, pero no llegó a pensar cual podría ser el motivo. Daniel la cogió de la mano y la condujo hasta el comedor donde sin dejarle quitar el abrigo la sentó en el sofá.

—Tengo algo que decirte —dijo Daniel.

Anna permanecía callada con los ojos bien abiertos esperando que Daniel continuase.

—He decidido volver al trabajo.

Daniel se sentó al lado de ella y le explicó los motivos por los cuales había decidido volver a trabajar. Lo necesitaba, necesitaba volver a coger el ritmo. Anna esperó a que Daniel acabase de contárselo todo y como respuesta ella se acercó y besó a Daniel en los labios. Ambos se miraron.

—Es una buena decisión Daniel —dijo Anna y Daniel sonrió y la volvió a besar. Empezaría al día siguiente. No demoraría más su vuelta. Si. Era lo mejor.

—Cuando seguirás con el juego —preguntó Anna.

—Los fines de semana. Y si quieres lo hacemos juntos —contestó Daniel

y Anna asintió con la cabeza. Era buena idea.

Daniel le contó a Anna que para adelantar el juego solo veía una solución posible. Tendrían que pasar fines de semana en el apartamento que su madre tenía en Sitges para, desde ahí, buscar algo de información de los personajes que aparecían en la foto.

Durante la semana trabajar y seguir con sus vidas y los fines de semana pasar días en Sitges buscando algo de información e intentando pasarlo lo mejor posible.

Prepararon algo de cena y con tranquilidad cenaron. Hablaron y se pusieron al día. Daniel le contó que había salido a correr y que la distancia que había hecho era de cinco km aproximadamente. Anna se puso a reír. Esa distancia era muy corta, ella cuando salía a hacer deporte solía hacer unos diez o doce

kilometros, pero por otra parte entendió que Daniel no estaba tan acostumbrado y que para empezar no estaba mal.

Le contó la ducha reconfortante que se había dado y como después se tumbó en la cama vestido y se quedó dormido. Terminaron de cenar y recogieron la cocina.

A las once y cuarto se levantaron y con paso lento, con algún que otro bostezo, se dirigieron al cuarto de baño. Se lavaron los dientes y luego, ya en la habitación, se pusieron el pijama y se metieron en la cama.

Daniel sabía que el día siguiente sería algo complicado. Volver a recoger el ritmo y la rutina de trabajo no siempre resultaba fácil, pero prefería eso antes que volver a quedarse en casa para no hacer nada. En pocos minutos ambos se quedaron dormidos. Y Daniel empezó a roncar, cosa poco habitual en él.

CAPÍTULO 6

La vida en pareja

El despertador sonó a las siete y cuarto y pilló a la pareja sumida en un profundo sueño. Anna fue la primera en reaccionar y con movimientos suaves fue despertando a Daniel.

Con pereza, ambos se levantaron y empezaron a asearse, vestirse, desayunar y, una vez hecho todo el ritual de siempre, se dirigieron al coche para ir al trabajo.

El trabajo de los dos vigilantes se había convertido en rutinario durante los últimos días. La vida del chaval era muy aburrida, salía poco y hacía cosas en contadas ocasiones.

Esa mañana ambos se sorprendieron. Daniel salía de su casa más pronto de lo normal y se alarmaron. Se pusieron tensos y comenzaron a seguir a la pareja de jóvenes. La rutina era la misma. El esbirro los perseguía y el detective perseguía al esbirro. Era una forma de tenerlos a todos controlados, pensaba el detective.

Daniel y su pareja entraron en un edificio grande. El detective que tenía información detallada de la vida del chaval, sabía que acababa de entrar en el edificio donde trabajaba. El esbirro, por su parte, vió como entraba y dudó si entrar o esperar. Optó por lo segundo, así que buscó un buen sitio y se dispuso a esperar. Lo mismo hizo el detective.

Daniel iba un poco inquieto, le resultaba gracioso volver al trabajo. Antes de que se dieran cuenta, ambos estaban en el edificio. Subieron por el ascensor para llegar a la planta donde trabajaban. Anna entró primero y luego Daniel.

La gente al verlo se fue levantando para interesarse en cómo le habían ido esos días de descanso. Después de cubrir el trámite de responderles, Daniel se dirigió a su mesa, se sentó, encendió el ordenador y empezó a poner orden.

Pasados veinte minutos, Daniel ya se había activado y le pareció que no había dejado de ir al trabajo ningún día.

El juego lo tenía apartado de su mente. Ahora tocaba trabajar y distraerse. Era el momento de recuperar su vida. Su actividad.

Estaba contento. Estaba ilusionado con la vuelta y, además, ahora tenía un motivo más de alegría. Anna vivía con él. Se había convertido en su pareja y eso le ocasionaba una ilusión extrema. La quería. Deseaba estar con ella y pasar el mayor tiempo posible. Se consideraba un hombre afortunado.

Con estos pensamientos Daniel se fue metiendo cada vez más en su trabajo y, poco a poco, dejó de pensar en nada más que no fuera trabajo. La vuelta a casa fue igual que el camino de ida al trabajo.

El detective decidió llamar a Salva e informarle de la vuelta al trabajo de su investigado o perseguido. Salva tomó nota del dato y como hacía tiempo que no le pasaba información a Rodrigo, decidió llamarlo y ponerlo al día.

El primer día fue duro y estresante, y cuando ambos llegaron a casa, después de la dura jornada de trabajo, se dieron una ducha, cenaron y después de reposar un poco se fueron a dormir. Estaban cansados. Había sido un día muy intenso. Necesitaban dormir.

La semana transcurrió sin más sobresaltos. Todo se convirtió en una rutina. ¡Bendita rutina!

El viernes después de trabajar y en lugar de irse a casa como habían hecho toda la semana, se fueron a dar una vuelta. Pasearon por el centro y llegada las nueve de la noche les apeteció cenar en un restaurante que habían visto y que tenía muy buena pinta.

No tenían ganas de llegar a casa y ponerse a cocinar, así que con paso decidido se dirigieron a la puerta y preguntaron si había mesas libres. La respuesta fue afirmativa. El metre los acompañó hasta una mesa donde les indicó que podían sentarse. Ambos se sentaron y cuando les trajeron la carta la estuvieron mirando durante un buen rato.

Eligieron algo suave, no tenían muchas ganas de cargar el estómago para así dormir más relajados. La cena fue tranquila y Anna le preguntó a Daneil.

—¿Nos vamos mañana a Sitges para pasar el fin de semana?

—No. Esta semana tengo, mejor dicho, tenemos otros planes más divertidos.

—¿A sí? —respondió Anna.

Daniel asintió y le explicó que ese fin de semana se dedicarían a pasear, salir a cenar, aprovechar el día y si les apetecía, salir una noche a tomar algo. Anna sonrió. Le parecía un buen plan. No le apetecía ir a Sitges, pero no quería decírselo a Daniel. Daniel, por su parte, pensaba que con el frío que hacía sería más complicado poder hablar con la gente de Sitges.

Ahora casi todos estaban en sus casas al abrigo del frío y hasta que no llegase el buen tiempo no se animarían a salir a pasear y tomar el sol. Sabía que tenían tiempo y tal y como le dijo su madre en una de las pistas, la solución solo se podía encontrar en un mes específico del año. Julio. Ese era el mes. Un descanso no les vendría nada mal. Dejó de pensar en el juego y se decidió a seguir disfrutando de la cena, así como de la compañía de Anna.

Cuando acabaron de cenar, Daniel pagó la cuenta y con tranquilidad se abrigaron y se dirigieron hacia la puerta de salida. Una vez fuera comprobaron que el frío era más intenso. Era el momento de ir para casa y coger temperatura en el calor del hogar. Llegaron al poco tiempo. El frío fue su mejor aliado para llegar antes. Entraron en el piso y enseguida notaron la cálida temperatura que hacía. Se pusieron cómodos y Anna fue a sentarse en el sofá, pero Daniel la detuvo. La cogió de la mano y la llevó a la habitación. Con cuidado, la tumbó en la cama y él se tumbó encima de ella.

Comenzaron a besarse y sin darse cuenta ambos se quedaron desnudos. Hicieron el amor con mucha pasión y deseo. Tenían ganas de sentirse, de amarse y, así lo hicieron.

Una vez acabada la pasión extrema del momento, se metieron en la cama y abrazados el uno al otro, se abandonaron al sueño y a la relajación del momento. Los dos habían pensado lo mismo antes de dormirse. Estaban bien juntos. Había sido una buena decisión convivir y, después de una semana de trabajo acabar el viernes haciendo el amor era la mejor recompensa. Se quedaron dormidos. Estaban felices los dos juntos. Estaban hechos el uno para el otro.

El sábado amaneció con muy buen tiempo y, tal como había dicho Daniel en la cena del viernes, se dedicarían a disfrutar del fin de semana en compañía. Sin prisas y disfrutando cada momento que estaban juntos. ¡Hoy por hoy no necesitaban más! El uno con el otro, se bastaban.

El sábado fue genial. Primero un paseo por el paseo marítimo con comida incluida, luego ir de tiendas y comprar algún que otro capricho y, ya por la noche, salida a cenar a un restaurante, luego una copa y para finalizar, ir a bailar un rato a una discoteca de moda.

El domingo fue todo lo contrario al sábado. Se despertaron tarde. Llegaron a casa de la discoteca a las cinco de la madrugada con lo cual se despertaron para comer directamente y luego se echaron una buena siesta. ¿La tarde? Un paseo cortito y a seguir descansando y disfrutando de la compañía que ambos se daban.

La semana se presentaba intensa, pero ambos tenían ganas de empezarla y volver a hacer cosas juntos. Estaban bien. Lo pasaban bien y les gustaba estar juntos.

Después de unas semanas de ajetreo con el juego, estos días de rutina les estaba sirviendo para recuperar el pulso de la vida y volver a la realidad. Ya tendrían tiempo de jugar... Ya tendrían tiempo.

¡Ahora tocaba disfrutar de otras cosas más divertidas y normales!

La semana empezó normal con la rutina de todos los días. Trabajo, disfrutar de la compañía de cada uno y una cosa más que Daniel y Anna habían incorporado a su rutina. Salir a correr antes de cenar.

Anna tenía que bajar su ritmo, ya que su compañero no podía aguantar, pero se dio cuenta que, a medida que pasaban los días, Daniel iba aumentando su resistencia y, poco a poco, iba manteniendo la velocidad de su compañera.

Llegaban cansados, Daniel más que Anna, pero a los dos les resultaba muy gratificante el poder hacer otra actividad juntos. Se iban directamente al cuarto de baño y se daban una ducha bien calentita. Se relajaban y se preparaban una cena suave para, a continuación, sentarse un rato en el sofá a descansar y recuperar fuerzas para el día siguiente.

El juego había quedado aparcado. Daniel seguía pensando de vez en cuando en él, pero Anna dejó de hacerlo. Pasaron las semanas y los fines de semana sin que Anna y Daniel subieran a Sitges a seguir con la investigación.

Daniel se daba cuenta que Anna había suplantado la falta de su madre. Tenía una compañera nueva en la que había encontrado mucho apoyo. La necesidad de seguir avanzando en el juego había desaparecido casi por completo. Le apetecía hacer otras cosas más divertidas que enfrascarse en una historia que no sabía hasta donde podría llevar.

Tenía claro que lo iba a resolver, de eso estaba seguro. Como mínimo lo intentaría con todas sus fuerzas. Se lo debía a su madre. Pero, de momento, no.

De momento, le tocaba vivir una relación normal con su chica. Anna estaba encantada. Se sentía una mujer plena. Su trabajo, su chico, su nueva vida con la persona de la que estaba enamorada. Ahora mismo no podía pedir más.

El sábado por la mañana Anna se despertó la primera. Daniel seguía dormido. Anna llevaba unos días dando vueltas a unas cosillas sin importancia, pero le daba cosa decírselo a Daniel. Daniel se despertó y al ver que Anna ya no estaba en la cama se levantó y fue a buscarla. La encontró en la cocina preparando un desayuno.

—Buenos días Daniel.

—Buenos días Anna, veo que hoy has madrugado.

Anna se lo quedó mirando. Daniel se dio cuenta de que algo la preocupaba y le preguntó.

—¿Pasa algo Anna?

Anna seguía con la mirada fija en Daniel hasta que se decidió a hablar.

—Verás Daniel, llevo unos días pensando una cosa, pero no sé cómo decírtelo.

Anna terminó la frase con una sonrisa.

—He pensado que podríamos comprar algunos muebles nuevos y así poner el piso más a nuestro gusto. Sé que quizás te moleste porque es el piso de tu madre, pero a mí me ha parecido que es una buena idea.

Daniel miró a Anna y se quedó unos minutos pensativo. Daniel meditaba la respuesta a lo que le había propuesto Anna. Para nada le había molestado. Al contrario, pensaba que sería una buena idea hacer alguna reforma y poner el piso algo más moderno y acorde con sus gustos. Daniel sonrió mientras que Anna seguía expectante.

—Me parece una idea...

—Que te parece Daniel —preguntó Anna algo inquieta.

—Me parece una idea genial. Es una idea que tendría que haber tenido yo antes —dijo y se puso a reír Daniel.

—¿En serio no te importa?

—Para nada. Al contrario. Será divertido.

Anna se abrazó a Daniel y durante unos minutos permanecieron así.

—Hoy mismo iremos a mirar muebles a Ikea ¿te parece bien Daniel?

—Veo que lo tienes todo pensado —contestó él.

Anna sonrió y terminó de preparar el desayuno.

Mientras iban en el coche en dirección a la tienda de muebles, ambos estuvieron hablando de los muebles que podrían comprar. La lista que salió fue: una habitación de matrimonio entera, una mesita para el comedor, cortinas y poco más. A Daniel le pareció todo bien y apuntó dos cositas más.

—¿Qué más nos hace falta Daniel? ¿En qué habías pensado?

Daniel con una sonrisa maliciosa le dijo.

—Bueno, he pensado en una televisión mucho más grande y también había pensado en un asistente de voz para el piso.

—¿Un asistente de voz? —preguntó Anna.

Daniel con mucha paciencia le explicó en que consistía. Anna no era mucho de tecnología, pero viendo la alegría y la ilusión que demostraba Daniel al explicarle en que consistía, no pudo negarse y

aceptó mirarlo. Pero lo primero son los muebles le dijo Daniel a Anna.

Llegaron a la tienda y lo primero que hicieron fue coger un lápiz, un metro y un papel para ir apuntando. Daniel conocía perfectamente su piso con lo cual no le hizo falta tomar medidas para saber si algo entraría bien o no.

Primero fueron a la sección de dormitorios y allí eligieron una estructura de cama, colchón, mesitas y sintonizador. Apuntaron los datos y referencias de cada uno de los productos y, a continuación, fueron a mirar la mesita para el comedor y luego cortinas. De paso, compraron utensilios de cocina y alguna cosilla más que habían visto por los pasillos.

Bajaron a la zona donde se podía coger la mercancía debidamente envuelta y cuando lo tuvieron todo en el carro pasaron por caja. Les costó un poco de dinero, pero ambos estaban contentos e ilusionados con los nuevos muebles que acababan de comprar. Como no les cabía en el coche, contrataron el servicio a domicilio y quedaron de acuerdo en un día y hora para la entrega. Volvieron al coche y Anna le comentó a Daniel de ir a ver la tv.

—Vale —dijo Daniel—, pero primero vamos a comer algo.

Fueron a un restaurante de comida rápida y ambos pidieron un bocadillo de pechuga de pollo con un refresco. Pagaron, comieron y se fueron.

Había llegado el momento de ver televisiones. Daniel lo tenía muy claro. Entraron en un centro comercial especializado en electrónica y empezaron a mirar los diferentes modelos de tv que tenían

expuestos. Daniel y Anna iban mirando y de pronto, Daniel lo tuvo claro. Dirigió sus pasos hacia una pantalla inmensa y se paró delante de ella. Miró las pulgadas que tenía. Nada más y nada menos que 65 pulgadas. Eso era lo que buscaba. Y, además, tenía Smart tv. ¡Genial!

Anna se acercó a donde se había parado Daniel y solo con ver su cara supo que este ya había elegido. Costaba una pasta, pero había que reconocer que era muy grande y bonita, así que no dijo nada del importe.

—Solo veo un inconveniente Anna.

—Cual —dijo ella—. Yo la veo perfecta.

Daniel se giró y la miró.

—Es demasiado grande para el coche, no nos la podremos llevar hoy.

Daniel se puso a reír. Anna se contagió de su risa y le acompañó durante un buen rato. Localizaron a un vendedor que muy amablemente les informó de todas las características que tenía. Daniel como un niño pequeño, escuchaba toda la explicación con la boca abierta.

—Nos la quedamos —dijo Anna.

Daniel se sorprendió ante la decisión de Anna y se alegró de saber que a ella también le había gustado. Concretaron el pago y el día que tenía que ser entregada y ambos salieron de la tienda. El asistente de voz lo dejaron para otro momento. Daniel ya tenía su televisión nueva.

Llegaron a casa sobre las ocho de la noche y se dejaron caer en el sofá. Estaban agotados. Había sido un día muy intenso. No pensaban que comprar podía consumir tantas energías. Repasaron lo que habían comprado e imaginaron como quedaría. Estaban a gusto y felices. Había sido un día muy bien aprovechado. Lo malo es que tenían que esperar dos días para recibirlo todo. Para mayor comodidad habían elegido el martes a las siete como día y hora para la entrega.

El domingo lo tenían todo ocupado. Habían decidido ir sacando cosas de los armarios y desmontando aquellos muebles que iban a ser sustituidos. Los pondrían en el rellano y el lunes avisarían al ayuntamiento para que pasaran a recogerlos. La cama, las mesitas, el mueble y todo fue desmontado y bajado. Solo dejaron en la habitación el colchón y poco más.

Con respecto a la tv, Daniel la quitaría el mismo martes y la dejaría a un lado. La televisión no estaba mal y estaban pensando si meterla en la habitación de matrimonio o dejarla en algún otro lugar. Eso todavía lo tenían pendiente de decidir. Anna la quería en la habitación de matrimonio, pero a Daniel no le hacía mucha gracia, así que tenían que acabar de acordarlo. Era un detalle menor que se solucionaría con facilidad.

Las siete del martes llegó y de momento nadie picaba al timbre. Solo pasaron cinco minutos cuando el timbre sonó. Pilló a Anna y a Daniel asomados en la terraza esperando ver algo que les llamase la atención. Habían llegado y ellos no los habían visto venir. Daniel salió disparado hacia la puerta y descolgando el telefonillo preguntó quién era. Al confirmar que era el repartidor de la TV abrió

la puerta de la calle y acto seguido abrió la puerta de casa para esperarle en el rellano.

Como era muy previsor ya había quitado la tv antigua y había dejado el hueco a la nueva. No habían contratado el servicio de montaje con lo cual cuando llegó el repartidor metió la tv en el comedor y se fue. Una cosa menos, pensó Daniel.

Ni dos minutos pasaron cuando Anna avisó a Daniel de la llegada de un camión que tenía pinta de llevar muebles. Había aparcado al lado de la portería. Se bajaron dos operarios y picaron.

—Los muebles Daniel, los muebles —dijo Anna.

Daniel repitió la misma operación que con el de la tv y esperó a que empezaran a subir muebles. Fue indicando donde dejarlos y en treinta minutos ya estaba todo arriba apilado. Daniel cerró la puerta y miró a Anna. Ya estaba todo. Ahora solo quedaba montarlo. Tendrían trabajo, pero les motivaba mucho empezar a hacerlo. Lo primero era lo primero, pensó Daniel. La televisión tenía que montarse ya.

Con mucho cuidado ya que era una pantalla muy grande, Anna y Daniel quitaron la caja y sacaron la pantalla. Daniel montó el pie de la televisión que venía desmontado y con la ayuda de Anna la colocaron en el hueco donde se iba a poner. Daniel buscó el mando a distancia mientras Anna la conectaba a la luz y a internet.

Daniel la encendió y el comedor se iluminó. Era inmensa. Parecía mucho más grande que en la tienda. Con el mando en la mano, sintonizó los canales y se sentaron un momento en el sofá para ver

como se veía. Era impresionante. Podrían disfrutar de sus series y películas a lo grande. Genial, pensó Daniel.

Todo lo relacionado con la habitación de matrimonio lo dejaron a parte, pero Daniel, con ganas de hacer algo más, se puso a montar la mesita que habían comprado para el comedor. Fue rápido y sencillo. No era una mesa muy grande, así que, en pocos minutos, la tenía montada y colocada en su sitio. Les gustó a los dos como quedaba. No era una gran mesa, pero sí la que ellos necesitaban. Los dos por instinto miraron las demás cajas que quedaban por montar y sin darse cuenta suspiraron a la vez. Había trabajo por delante. ¡Sí que había trabajo!

Como entre semana no tenían mucho tiempo libre, decidieron esperar al sábado para quitar todo el embalaje y empezar a montar los muebles. Les tocaría dormir toda la semana en el colchón que estaba en el suelo. No les importó. Sabían que en breve dormirían en una cama más grande y más cómoda.

Cenaron y con cierta pereza se tumbaron en el colchón del suelo y dejando volar la imaginación, decidieron pensar como quedaría todo puesto.

—Quedará chulo —dijo Anna y Daniel asintió.

Miércoles, jueves y viernes pasaron y al llegar la tarde noche del viernes Anna y Daniel no podían esperar más. Querían empezar a montar lo que tenían apilado desde el martes. Ambos se pusieron cómodos y empezaron a quitar el cartón que protegía los muebles. Sacaron tornillos e instrucciones. Solo les dió tiempo de montar la estructura de la cama, así que una vez que la tenían montada pusieron el colchón nuevo encima y se tumbaron.

La cama era mucho más amplia que la anterior, tanto de anchura como de largura. Se movieron de un lado a otro y apenas se rozaban. Anna muy previsora había comprado todo el juego de sábanas con las nuevas medidas cosa que a Daniel se le había pasado por alto. Se levantaron y juntos hicieron la cama.

—Genial —dijo Anna.

—Si. La verdad es que ha quedado muy bien y es bastante resistente. ¿No crees? —preguntó Daniel.

No les dio tiempo a desempaquetar más cosas y decidieron cenar tranquilamente.

Como niños pequeños tenían ganas de terminar y sin pasar esta vez por el comedor para ver un rato la tele se fueron a la habitación de matrimonio y se tumbaron en su cama nueva.

—¿Tendremos que estrenarla no? —dijo Daniel.

—¿Como? —preguntó Anna.

Daniel se incorporó y antes de que Anna pudiera reaccionar ya se encontraba encima de ella. Entre risas forcejearon hasta que Daniel imponiendo su fuerza inmovilizó a Anna. Se besaron y estrenaron su cama nueva.

Rendidos por el cansancio del día, cada uno se tumbó en su lado y se dejaron llevar por un sueño profundo. Ese sueño que te invade y no te deja despertar hasta pasadas unas buenas horas.

El piso estaba en silencio y sus dos habitantes descansaban plácidamente sin que nada perturbase su tranquilidad.

Se despertaron desorientados. No tenían muebles en la habitación. Durante unos instantes les invadió la duda, pero, poco a poco, fueron acordándose de lo que habían hecho la noche anterior. Vuelta a la rutina. Mientras pasaban por el comedor, los dos miraban las cajas pendientes de montar y sin decir nada se dirigieron a la cocina.

Después de desayunar ambos se pusieron manos a la obra y sin perder tiempo se pusieron a montar todo lo que les quedaba pendiente. Cuando todo estaba montado y colocado en su sitio, Anna y Daniel se dedicaron a colocar toda la ropa en su sitio. Cuando todo estaba listo se cogieron de la mano y observaron la habitación. Había quedado muy bonita. Era como si perteneciese a un piso distinto.

Así pasaron las semanas e incluso los meses. Abril y mayo, fueron unos meses que se vivieron con tranquilidad. Dos jóvenes haciendo su vida normal y dos personas controlándolos.

Daniel y Anna poco a poco habían dejado de hablar del juego. Se habían centrado más en sus vidas y dejado de lado una cosa que para ellos les estaba resultando una prueba quizás demasiado dura de resolver.

A medida que iban pasando los meses la temperatura fue cambiando. Del frío intenso y de las lluvias se pasó a una primavera cálida. El buen tiempo invitaba a salir a la calle y a pasear. La pareja se dejó llevar por este clima y después de pasar mucho tiempo en casa durante el invierno, decidieron que la primavera fuese distinta. Solo pisaban el piso para descansar e ir a trabajar. Las tardes eran más largas y la noche llegaba más tarde.

La temperatura había subido bastante con lo cual toda la ropa de abrigo había quedado guardada en el armario hacía mucho tiempo. El mes de junio avisaba de la llegada de las vacaciones de verano y ambos, al trabajar en departamentos distintos, habían buscado la posibilidad de conseguir las mismas fechas. Estaban contentos. Tenían vacaciones el mes de julio entero. Lo hicieron a propósito.

El juego tenía una fecha límite para ser resuelto, así que esas fechas les parecieron geniales para poder avanzar y acabar con ese enigma que había dejado la madre de Daniel.

Los días eran mucho más largos y la rutina de salir a correr antes de cenar solo la perdieron los días que tenían cosas que hacer y no podían cumplir con el deporte. Daniel se había puesto muy en forma e, incluso, superaba en marca ya a Anna. Estos meses de cierto relax y dedicación a sus vidas había dado sus frutos. La hora de volver a pensar en el juego había llegado.

CAPÍTULO 7

Sitges

A finales de junio, Daniel, como si se hubiese conectado, volvió a pensar de forma insistente en el final del juego. Anna notó que su actitud había cambiado y sin preguntar nada, supuso que era por la llegada del mes de julio, fecha en la cual el juego se tenía que terminar. Las vacaciones se aproximaban y el final del juego también.

El fin de semana antes de comenzar las vacaciones de verano, Daniel y Anna se sentaron y decidieron leer y repasar todas las pistas que tenían. Habían pasado meses y quizás, en ese tiempo, algún detalle se les podría pasar por alto.

Daniel tenía toda la información junta y guardada en un cajón con lo cual ambos se sentaron en el sofá del comedor y sin encender la televisión se dispusieron a repasar y revivir cada momento vivido durante el juego. Transcurrieron unas cuantas horas y ambos sin darse cuenta se sumergieron de nuevo en las pistas y conclusiones que habían conseguido sacar.

La última semana de trabajo pasó rápidamente. No había variado mucho de las anteriores a no ser por el fuerte calor que pegaba en la ciudad de Barcelona.

El viernes, ambos se despidieron de sus compañeros de trabajo y se desearon felices vacaciones. Daniel y Anna salieron juntos del trabajo y se dirigieron a su piso para empezar a hacer las maletas, ya que tenían la intención de salir directamente el sábado de vacaciones con dirección a Sitges.

A Daniel le apetecía salir de la ciudad y Anna también estaba ya mentalizada en pasar las vacaciones en el apartamento que ahora tenía Daniel en su poder. Era un buen sitio, quizás demasiado turístico, pero les vendría bien salir de Barcelona y disfrutar de la playa y como no, seguir y acabar con el juego.

Anna tenía muchas ganas de acabar con ese juego. Daniel también, pero en el caso de Anna era para poder recuperar a su pareja y poder hacer una vida tranquila sin ningún condicionante que pueda perturbar su tranquilidad y relación. Temía el resultado del juego.

La madre de Daniel había avisado que el juego era peligroso, pero hasta la fecha no había pasado nada de nada. Quizás ahora las cosas cambien y el peligro les aceche de verdad.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Anna. Prefería no adelantar acontecimientos y disfrutar de esos días de descanso junto a su pareja. Del trabajo se fueron directamente a casa, seguidos en todo momento y desde hacía semanas y meses, por sus dos perseguidores.

El trabajo del detective y del esbirro había sido muy duro durante ese tiempo. No por el peligro que habían corrido, sino por la vigilancia constante sin que nada raro ocurriese. Habían sido muchos meses. Demasiados.

Entraron en la portería, subieron en el ascensor y entraron en el piso. Daniel cogió de la mano a Anna y la llevó a la habitación. Con delicadeza la empujó y ambos se tumbaron en la cama.

—Estamos de vacaciones Anna —dijo Daniel.

—¡Si! Por fin. Tendremos más tiempo para nosotros — contestó.

Daniel estiró el brazo y le cogió la mano que con un movimiento lento se la acercó a sus labios y la besó. Anna fue la primera en reaccionar y levantándose con energía invitó a Daniel a hacer lo mismo y ponerse manos a la obra con las maletas. Daniel se incorporó con menos energía que ella, pero se dirigió al armario y sacó dos maletas no muy grandes. Con tranquilidad las tumbó encima de la cama de matrimonio y las abrió. Las dos maletas tenían el mismo tamaño, con lo cual la capacidad era la misma para los dos.

Divertidos decidieron sortear cada maleta diferenciándola por el color. Una era roja y la otra azul. A Daniel le tocó la roja y a Anna la azul. Cada uno se dirigió a una parte del armario y repasando la ropa que tenían guardada fueron llenando la maleta.

El primero en finalizar fue Daniel. Le sobraba mucho espacio. Al ser verano la ropa solía ocupar menos. Solo le quedaba meter las cosas del aseo que las metería momentos antes de salir rumbo a Sitges.

La maleta de Anna en cambio estaba a rebosar. Había metido ropa de todo tipo para intentar cubrir cualquier cambio de tiempo o evento. Zapatos, vestidos, tejanos, ropa de baño, camisetas y un sinfín de objetos para que no le faltase de nada. Al igual que Daniel dejó un hueco para meter las cosas de aseo. Daniel miró la maleta de Anna y sin querer compararla miró la suya.

—Vaya, veo que mi maleta es más grande que la tuya —dijo Daniel riéndose.

Anna lo miró y después de unos segundos se puso a reír...

—Que tontin eres Daniel.

Ambos continuaron un rato riendo hasta que decidieron cerrar las maletas y dejarlas en el recibidor.

—¿Tienes preparada toda la documentación del juego? — preguntó Anna.

Daniel asintió y señaló una mochila que estaba en el comedor. Había pensado en meter esa documentación en la maleta, pero después cambió de opinión y decidió llevarla en una mochila para tenerla mucho más controlada. No quería perderla de vista. Por circunstancias de la vida, sentía que el juego ahora se podía poner peligroso y no quería correr ningún riesgo.

Su madre le había avisado. “Ten cuidado...El juego puede volverse peligroso...” Si su madre se lo había dicho, por algo sería, con lo cual, intuía que la cosa iba a cambiar y que la tranquilidad que habían disfrutado hasta ahora, posiblemente, cambiaría.

Decidieron pedir una pizza. Tenían todo el piso recogido y no tenían ganas de preparar nada. Anna cogió el móvil y pidió dos pizzas. El pizzero les dijo que en veinte minutos las tendrían en casa.

El tiempo de espera se hizo corto y una vez el pizzero había entregado las pizzas, ambos se dirigieron a la cocina y sin prisas, pero sin pausa, empezaron a disfrutar de una de sus comidas favoritas. ¡Pizzas!

No era momento de acostarse con el estomago tan lleno, así que cuando metieron lo sobrante de la cena, más los cartones en una

bolsa de basura, se fueron al comedor y se sentaron en el sofá.

Encendieron la tele y sin darse cuenta empezaron a planear las actividades de ocio que harían esos días de vacaciones. El tiempo fue pasando y llegó el momento de irse a dormir y descansar para al día siguiente coger el coche y hacer el corto trayecto que había desde Barcelona hasta Sitges.

Habían decidido no poner el despertador. Solo cuando por ellos mismos se despierten, se levantarían. No tenían prisa. Estaban de vacaciones.

Se acostaron y Daniel empezó a recordar los viejos tiempos en los que había pasado el verano con sus padres en Sitges primero, y luego solo con su madre.

Que sensación más rara sería entrar en ese apartamento y no encontrar a su madre. Poco a poco el sueño se fue adueñando de la pareja y ambos se quedaron dormidos.

Daniel fue el primero en despertarse. Con suavidad empezó a mover a Anna y a darle besitos, buscando despertarla con mucho mimo. Los ojos de Anna se fueron abriendo y lo primero que vió fue la cara de Daniel observándola. Sonrió y le dio los buenos días a su compañero que con mucha delicadeza la había despertado.

Permanecieron unos minutos más en la cama hasta que ahora Anna fue la primera que puso los pies en el suelo y se levantó. Se dirigió al cuarto de baño y se aseó. Daniel algo más lento hizo lo mismo. Decidieron vestirse y durante un momento dudaron si desayunar o salir directamente con dirección a Sitges.

Eran las diez y cuarto cuando se habían despertado y mientras que se habían levantado y arreglado el tiempo fue transcurriendo. Once menos cuarto de la mañana y sin desayunar. Comerían en Sitges una buena paella para empezar bien las vacaciones.

Metieron ambos sus neceseres en la maleta y ahora sí que la cerraron definitivamente a la espera de ser abiertas en el apartamento de destino. Daniel cogió las llaves del piso, así como las del apartamento y, después de asegurarse que todo estaba debidamente cerrado, fue hasta donde se encontraba la mochila con la documentación y se la colgó en la espalda. Miró a Anna y esta le devolvió la mirada. Se dirigieron al recibidor y ambos cogieron sus respectivas maletas y estirando del asadero abrieron la puerta y salieron. Daniel cerró el piso y Anna picó al ascensor. Arrastrando las maletas con las ruedas que tenían se subieron y picaron a la planta baja. Salieron del ascensor y se encontraron a una vecina que les preguntó si se mudaban. La pareja se puso a reír y contestaron indicando que no se mudaban, sino que se iban de vacaciones por unos días. No querían dar muchas explicaciones.

Salieron por la portería y el calor abrasador del verano enseguida les hizo mella. Las alertas despertaron a los dos vigilantes. Algo pasaba. La pareja iba a algún sitio. Ahora sí que tenían que actuar. Miraron la dirección que Anna y Daniel tomaron y ambos interpretaron que iban por el coche al parking. Sin esperar más en este caso, el detective salió con cuidado de su escondite y fue en busca del coche para poder seguir a la pareja. El esbirro fue más lento y con cierta torpeza también se dirigió a por su coche.

Las últimas semanas y meses la rutina del chaval había sido muy tranquila y ambos perseguidores se habían relajado, quizás demasiado. Ahora la cosa cambiaba y tenían que ponerse en marcha.

El detective asignado por Salva cogió el coche y lo posicionó de tal forma que en cuanto saliese el vehículo de Daniel lo pudiera seguir. Mientras salía el coche del chaval, aprovechó para llamar a su jefe e indicarle que el joven se había puesto en marcha con maletas.

Salva le instó a seguirlo y a advertirle que, pasase lo que pasase, no le perdiese de vista y que le mantuviese en todo momento informado. El detective asintió y colgó la llamada. A los pocos minutos de entrar Daniel en el coche, la puerta del parking se abrió y el morro del coche apareció.

Cedió el paso a derecha e izquierda y con un movimiento perfectamente controlado giró a la derecha y puso rumbo a su destino. El detective decidió seguirlo. Esta vez no iría detrás del esbirro. No se fiaba de su habilidad así que, manteniendo cierta distancia, el coche del detective empezó a seguir al de Daniel.

Esperaba que no fueran muy lejos. No tenía intención de hacer ningún viaje largo de improviso, aunque si la situación lo requiriera, no le quedaría más remedio que hacerlo. El esbirro llegó más apurado y vió a lo lejos como el coche de Daniel salía y cogía la calle hacia la derecha. Poco a poco lo fue alcanzando hasta llegar a una altura en la cual consideraba que no lo perdería.

El detective miró por su retrovisor y vió al esbirro en el coche. Vaya vaya, veo que se ha dado maña para coger el coche y no perder de

vista al chaval, pensó. Al final va a resultar que son buenos y todo en su trabajo.

Daniel conocía el camino de memoria, así que mientras hablaba con Anna iba tomando las diferentes direcciones. Salieron de la ciudad y se incorporaron a la autopista. No les apetecía coger la carretera de curvas, así que pararon en el peaje y desembolsaron el importe.

Dos coches más hicieron lo mismo. Daniel desconocedor de la presencia de sus seguidores siguió el camino que le debería conducir hasta el apartamento. Hacía un calor espantoso, y si a eso le añadíamos que la pareja no había desayunado, todo hacía que fuese un poco más complicado.

Por suerte el apartamento que tenía la madre de Daniel tenía parking con lo cual tan pronto como se adentraron en el pueblo, Daniel dirigió su coche en dirección al apartamento y de ahí al parking.

—¿Qué suerte tener parking verdad Daniel? —dijo Anna.

El detective de la empresa de Salva vio como Daniel introducía el coche en un parking y disimuladamente siguió su camino en busca de un sitio donde aparcar el coche. Segundos más tardes, el esbirro realizó la misma maniobra que el detective.

Daniel aparcó en el hueco que tenía asignado y ambos bajaron del coche. Con cuidado, abrió el maletero y extrajo las dos maletas. Cerró el maletero y sacó de los asientos de atrás la mochila con la documentación y se la colgó a la espalda.

Anna cogió su maleta y lo mismo hizo Daniel. Se dirigieron al ascensor y de ahí directamente a la tercera planta que era donde se encontraba el apartamento. Sacó las llaves y no sin cierto temor abrió la puerta. Los jóvenes entraron en el pequeño apartamento y dejaron en el recibidor las maletas y la mochila.

Olía a cerrado, así que Anna se fue directamente hacia las ventanas y primero descorrió las cortinas para posteriormente abrir de par en par los cristales. El aire volvió a entrar y por unos momentos pareció que el apartamento se enfriaba. Daniel recorrió el apartamento recordando los momentos que había vivido en él. Anna lo dejó hacer. Era un momento especial que tenía que vivir él solo en silencio.

—Hay algo que veo diferente en el comedor y no sé que és —dijo Daniel.

Durante unos minutos intentó averiguar que era eso que veía distinto, pero no lo consiguió averiguar. Anna lo observaba y no se atrevió a decir nada. Daniel estaba hablando en voz alta para sí mismo. Cogió la mochila y la guardó en el armario.

—¿Vamos a comer? Tengo mucha hambre —dijo Daniel.

—Si vamos. Yo también me muero de hambre.

Abrieron la puerta y descendieron por el ascensor hasta la planta baja para salir a la calle y buscar un restaurante donde les pudieran servir una buena paella. No era muy tarde, las dos y cuarto, con lo cual no encontrarían muchos problemas en buscar algún hueco.

El detective perdió el rastro de Daniel. Sabía de la existencia de ese apartamento, con lo cual la pista la había perdido hasta que

consiguiese aparcar el coche y volver al edificio del apartamento para seguir con la vigilancia. El esbirro tuvo que realizar la misma operación. Buscar aparcamiento se iba a convertir en una tarea muy complicada.

Consiguió aparcar prácticamente a las afueras del pueblo. De esa manera hacer el seguimiento del joven no sería factible. Decidió entonces llamar a Salva. Cogió el móvil y marcó su número. El detective le explicó el movimiento que había hecho Daniel. Salva al igual que los demás detectives que vigilaban al chico, conocían la existencia de ese apartamento, pero también sabían qué hacía años que no lo visitaba. Salva tomo una decisión.

Ordenó a su compañero que siguiese con la vigilancia y que se quedara a dormir en la zona. Él personalmente le relevaría de la vigilancia en cuanto fuera posible. Las ideas se le iban amontonando en la cabeza.

Había decidido ir a Sitges, alquilar un piso cerca y así poder seguir de más cerca a la pareja. Sabía que iba a salir caro, pero Rodrigo se lo dejó bien claro. El dinero no importa. Es la seguridad del chico lo verdaderamente importante.

Salva llamó a Rodrigo y le puso al tanto de lo que estaba ocurriendo. Le comentó que él mismo se desplazaría a Sitges a vigilarlo. Rodrigo volvió a insistir en la importancia de la salud del chico y que el dinero no era problema. Salva colgó la llamada y acto seguido buscó alguna agencia inmobiliaria para conseguir un apartamento al precio que fuese. Sabía que la ocupación sería alta, pero al no tener limite en el dinero esperaba encontrar algo.

Necesitó contactar con dos agencias hasta que pudo encontrar una que disponía de un inmueble para alquilar. Era un inmueble grande, demasiado grande para una persona. Tenía tres habitaciones y también parking. Para fortuna de Salva el piso se encontraba a unos cincuenta metros de distancia del apartamento del joven. La disponibilidad era inmediata. El precio 12.000 euros. Salva no dudó ni un momento y aceptó el alquiler para el mes de julio. El precio era desorbitado, pero no había otra opción.

Quedó con la agencia inmobiliaria el lunes, iría directamente a firmar, pagar e instalarse. Salva llamó a su compañero y le explicó lo que iba a hacer y le encomendó la misión de seguir al chico hasta el lunes que él llegase. Su compañero aceptó. Vacaciones pagadas en Sitges, se dijo Salva para sí mismo.

El esbirro no tuvo tanta suerte como Salva y después de unas horas dando vueltas decidió pararse en una gasolinera y llamar al hombre de la voz potente.

—¿Si? —contestó con el mismo tono y fuerza el hombre.

—Hola, hemos seguido al chico hasta Sitges. Parece que se viene a pasar las vacaciones aquí. Sé el bloque donde se hospeda, pero le he perdido la pista porque en este pueblo es imposible aparcar y trabajar.

El hombre de tono fuerte sopesó lo que le estaba contando su “investigador” y durante unos segundos permaneció callado pensando.

—Está bien. Buen trabajo. Tú y tu compañero recibiréis lo pactado. Ya no hace falta que sigáis más al chico.

El esbirro, al escuchar esto, se sorprendió e intentó contestarle, pero el hombre de tono fuerte había dicho lo que tenía en mente y había colgado el teléfono directamente. No había vuelta atrás. Los esbirros recibirían su dinero y su trabajo habría acabado ahí.

El hombre de tono fuerte se encontraba en su casa. Dirigió sus pasos hasta el balcón y observando las olas del mar empezó a planificar los siguientes movimientos. En voz baja no pudo reprimir un comentario:

—Lo siento Daniel, te estás acercando demasiado y no lo puedo permitir... No deberías de haber venido a Sitges nunca —dijo y se quedó callado.

Giró sobre sus pasos y se dirigió al despacho. Cogió el móvil nuevamente y buscó un nombre. Más que un nombre era un apodo.

Daniel y Anna recorrieron algunas calles buscando un sitio donde poder comer. Los restaurantes estaban abarrotados, así que tuvieron que esforzarse para encontrar uno con alguna mesa libre. Después de casi veinte minutos de búsqueda, por fin encontraron uno donde podían comer. El camarero los acompañó a la mesa y antes de que se marchara Daniel ya le dijo lo que querían.

—Paella para dos y dos Coca Cola Zero.

Tenían tanta hambre que no les apetecía esperar más. El camarero les sirvió las dos Coca Cola con hielo y un trozo de limón. Con cierta prisa, ambos vertieron el contenido de las latas en sus respectivos vasos y dieron un buen trago para aplacar la sed.

La paella no se hizo esperar y en cuanto la dejó el camarero en la mesa, los dos jóvenes se la repartieron en sus platos. No

había tiempo para hablar. Era el momento de comer y calmar el hambre que llevaban todo el día arrastrando. A medida que se saciaban empezaron a comer con más tranquilidad y empezaron a hablar intentado organizar lo que iban a hacer esa misma tarde. Terminaron de comer y pagaron la cuenta.

Ya más tranquilos y sin el hambre atroz, decidieron recorrer las calles del casco antiguo para visitar tiendas y dejar que el pueblo les invadiese. Se dejaron perder por las calles. Entraban en tiendas, miraban cosas para casa, ropa etc... La tarde se les pasó volando y las piernas empezaron a dar muestras de cansancio.

Sin darse cuenta dirigieron sus pasos hacia la playa y una vez allí compraron dos helados y se sentaron en la arena para comérselos. Que distinto era Sitges de Barcelona, pensaba Daniel. Allí, la mayoría de gente de vacaciones, hacía que el ambiente fuera más relajado y distendido.

Decidieron acabarse el helado paseando por la orilla, se quitaron las chanclas que llevaban y dejaron que el agua mojara sus pies en un ir y venir de las olas. Estaban contentos, estaban juntos y tenían muchas ganas de vivir momentos en compañía.

La noche se les echó encima y decidieron ir a cenar algo de picoteo. No tenían mucha hambre ya que habían comido tarde y luego se habían tomado el helado, así que algo para picotear ya les vendría bien. Encontraron un bar que no tenía mala pinta y vieron una mesa en la terraza. Se sentaron y esperaron a que el camarero les tomase nota. Bravas y medio bocadillo se pidieron cada uno. Las bravas para compartir. La bebida la de siempre. Coca Cola Zero.

Sin prisas y aprovechando la suave brisa que les ofrecía la terraza fueron cenando con tranquilidad. No habían hecho gran cosa, pero el cansancio se adueñó de ellos. Decidieron pagar la cuenta y pusieron rumbo al apartamento. No tardaron en llegar. Daniel conocía a la perfección las calles y callejeando por ellas fue cortando distancia.

Llegaron a la portería y entraron. Subieron en el ascensor y en pocos segundos ya se encontraban delante de la puerta del apartamento. Daniel sacó la llave, abrió la puerta y los jóvenes entraron. La cerró con cuidado y echó la llave.

Anna se fue a tumbar en la cama y Daniel antes de hacer lo mismo, miró en el armario y comprobó que la mochila y la documentación estaba tal y como la había dejado. Suspiró, se relajó y se tumbó junto a Anna.

Con las ventanas abiertas tal y como las había dejado la joven, el piso se había ventilado y con la brisa que entraba los dos jóvenes se quedaron dormidos sin ni siquiera desearse buenas noches.

El detective vio como Daniel y Anna entraron en el edificio. Suspiró aliviado al comprobar que la pareja estaba en perfecto estado. Del esbirro no había ni rastro. Eso era, más malo que bueno. Si cambiaban de vigilantes les costaría volver a localizarlos. A estos dos ya los tenían ubicados y los conocían, pero unos nuevos les supondría tener que estar aún más alerta. El detective esperó un buen rato más.

Sabía que la pareja ya no bajaría, pero quería ver si aparecía el esbirro o su compañero. Nada de nada. Ninguno de los dos apareció.

El lunes vendría Salva a revelarle, pero antes tenía que hablar con él, así que cogió su móvil y sin importarle la hora que era lo llamó. Le puso al corriente de las últimas horas y le comentó también que no había rastro de ninguno de los dos esbirros, cosa que a Salva también le sorprendió y no para bien. Cuando la conversación terminó el detective se fue al hotel donde había reservado una habitación y antes de tumbarse en la cama se dio una ducha con agua bien fresquita.

El domingo empezó con un buen baño en la playa. Daniel y Anna como dos niños pequeños, se levantaron pronto y se fueron directamente a la playa para darse el primer chapuzón de la temporada. Solo llevaban la ropa de baño, una toalla cada uno y un pequeño bolso con las llaves y la cartera. El domingo lo pasaron así, alternando baño, sol y comida en alguna terraza cerca de la playa.

Era maravilloso no tener horarios, poder hacer lo que quisieran con la persona a quien quieres. ¡Eso sí que eran vacaciones! Solo había una cosa que les entorpecía en cierta forma y era la responsabilidad de seguir jugando. Sabían que solo tenían ese mes, así que a partir de lunes se pondrían manos a la obra.

Cuanto antes resolviesen el juego más tiempo libre les quedaría para dedicarse a ellos. Ojalá fuera tan fácil, —pensó Daniel.

El lunes a primera hora Salva estaba en Sitges. Se dirigió directamente a la agencia inmobiliaria y en cuanto esta abrió, el entró con energía.

—Hola, tengo reservado un apartamento. Necesito ubicarme hoy mismo.

La secretaria avisó al encargado que apareció a los pocos segundos. Ambos se dieron la mano y firmaron el contrato de alquiler. El agente le dio las llaves y cuando le iba a indicar donde se encontraba el apartamento, Salva se levantó y se marchó.

No había visto ni el apartamento, pero no le importaba lo más mínimo. Solo le interesaba tener un sitio donde dormir y si podía ser cerca de la vivienda del chaval mejor que mejor.

Antes de subir a su nuevo piso de verano decidió dar un paseo por la zona y poder observar donde estaban los bares, supermercados y todo aquello que le podría ser de utilidad. Por último, se dirigió al edificio donde estaba Daniel y comprobó, por sí mismo, que la distancia que los separaban a los dos, era de escasos metros. Había tenido suerte.

No lo pensó más y se fue a su apartamento para descansar. Quería madrugar y estar alerta por si se producía algún movimiento extraño.

El sol entró por las ventanas que Anna había dejado abiertas. Los rayos de sol y el calor fueron los responsables de que la pareja empezara a dar señales de vida. Se levantaron juntos y decidieron darse una ducha también juntos.

No tenían nada en la cocina, no habían sido lo suficientemente previsores el día anterior, así que se vistieron y bajaron al bar más cercano para tomar un café con alguna pasta de acompañamiento. Mientras tomaban el desayuno, pidieron al camarero un papel y un bolígrafo y juntos hicieron la lista de las cosas que les hacía falta para comer.

No salió una lista muy grande, estaban de vacaciones y su intención era hacer lo mínimo posible con lo cual, apuntaron aquello que consideraron más básico. Pagaron el desayuno y se acercaron al supermercado para hacer la compra. En total fueron tres bolsas repletas de comida. Daniel llevaba dos y Anna una.

Con paso decidido, regresaron al apartamento y una vez se encontraron en la cocina se pusieron a colocar las cosas en su sitio. Lo hicieron rápido. Eran dos y los armarios se encontraban vacíos.

Todo colocado y listo. ¿Ahora que?, —pensó Daniel. Era lunes y había llegado el momento de seguir con el juego.

Salva madrugó más de lo que había esperado. Se despertó algo desorientado al no saber dónde se encontraba. Se levantó y vistió. Aprovechó que todavía no había amanecido del todo y decidió dar un paseo por la playa para despejarse y poner orden a sus ideas.

Veía raro que los dos esbirros no hubieran aparecido. Algo había pasado que les había hecho cambiar de opinión y no seguir más al chico. Era raro y cuando algo ocurría, por su experiencia, significaba que otra cosa peor podía ocurrir. En esos pensamientos se encontraba mientras paseaba por la fría arena de la playa.

Decidió no alejarse más y vio un bar que estaba abierto. Dirigió sus pasos hacia él y decidió desayunar. Tomado el primer café de la mañana, Salva volvió a su piso para poner el portátil y adelantar algo de trabajo de otros casos que tenía pendiente.

Daniel se dirigió al armario y sacó la mochila con la documentación. Anna iba detrás de él observándolo. Se sentaron en el sofá y Daniel

sacó todo el dossier. Rebuscó entre los papeles y separó unas cuantas fotografías. Anna seguía observándolo.

—Empezaremos por estas fotografías —dijo Daniel y Anna asintió.

El mejor sitio por dónde empezar a buscar era por el puerto marítimo que por suerte no les quedaba muy lejos. Esa era una de las ventajas de estar en un pueblo. Prácticamente todas las distancias se podían hacer a pie sin necesidad de coger el coche. Daniel cogió un sobre que había puesto entre la documentación y metió las fotografías dentro.

—¿Vamos Anna? Es hora de empezar a jugar a investigador.

Anna sonrió y se levantó.

—Vamos Daniel. Empecemos y acabemos con el juego.

CAPÍTULO 8

El pasado solo tiene un nombre

Los dos se dirigieron a la salida del apartamento y una vez que habían echado la llave bajaron por el ascensor. A los pocos segundos se encontraban ya en la calle. Daniel conocía a la perfección el pueblo mientras que Anna solo lo había visitado como turista.

Daniel sería el guía. Él lo sabía y cogiendo de la mano a Anna tomaron rumbo hacia el puerto.

Salva ya se encontraba en su puesto de vigilancia cuando vio a Daniel y a Anna salir por la portería. Su objetivo a parte de seguir a la pareja era descubrir si había alguien más que los estaba vigilando.

Esperó a que la pareja tomara una ventaja considerable, quizás más de la normal, en espera de que alguien tomase la iniciativa de seguirlos. Al ver que no se producía ningún movimiento extraño por parte de nadie, echó a andar para seguirlos y poder recuperar lo antes posible la gran ventaja que les había dado.

En pocos minutos el detective se puso a la distancia correcta para hacer el seguimiento sin riesgos de ser visto ni de perderlos.

Daniel y Anna iban hablando y gesticulando alegremente y en algunos momentos, se veía como la pareja empezaba a tratar quizás temas más serios ya que su actitud cambiaba radicalmente.

Avisó a Anna que ya quedaba poco para llegar al puerto marítimo de la zona. Tenían que buscar al responsable de la zona con la esperanza de que tuviese una cierta edad y no fuese un joven

recién contratado. Un responsable joven era sinónimo de no conocer a nadie que pudiese aparecer en la fotografía. En esos pensamientos se encontraban cuando se encontraron frente a la garita de vigilancia.

—Buenos días, ¿en que puedo ayudaros jóvenes? — preguntó el vigilante amablemente.

Daniel y Anna se miraron. La verdad es que no habían planeado ninguna estrategia para abordar el tema que los llevaba hasta ahí. Anna fue la que contestó.

—Nos gustaría hablar con el encargado o responsable del puerto o en su defecto con el encargado del mantenimiento de los muelles.

Daniel sonrió para sus adentros. Bien Anna Bien.

El vigilante se les quedó mirando y antes de contestar pensó en meditar bien la respuesta. En varias ocasiones había sido descortés con la gente preguntona como esos chicos y después había recibido reprimendas de sus jefes ya que a veces se trataban de gente adinerada con amistades influyentes o con alto poder adquisitivo. No quiso arriesgarse y siguió con una actitud gentil.

—Veréis chicos, el encargado del puerto es una persona muy ocupada que no siempre se encuentra en estas instalaciones. Lo que sí que puedo hacer es avisar a un mozo de mantenimiento para que os lleve donde se encuentra el encargado de los muelles.

Daniel y Anna se miraron y asintieron. Era más de lo que habían podido imaginar en un primer momento. Daniel dejó que Anna fuese

la encargada de seguir con la conversación. Total, lo estaba haciendo genial.

—Perfecto, gracias —contestó Anna mientras sonreía al vigilante.

Este, cogió el teléfono que tenía en la garita y marcó un número corto, era una extensión y sin que la pareja pudiera escuchar la conversación el vigilante soltó lo que tenía que decir y colgó el teléfono.

—En unos minutos vendrá un mozo que os acompañará hasta donde se encuentra el responsable.

No tardó más de cinco minutos en aparecer un pequeño vehículo parecido a los que se utilizan para jugar a golf. El mozo saludó a todos y con una especial atención invitó a Daniel y a Anna a subirse al pequeño vehículo.

—Me ha comentado el vigilante que quieren hablar con el responsable de muelle.

Daniel fue esta vez quien contestó.

—Si correcto, nos gustaría hablar con él.

—Bien —contestó el mozo.

Sin más conversación el mozo puso en marcha el pequeño vehículo y puso rumbo hacia donde se encontraba el responsable. El puerto era grande y ahora entendía Anna porque los habían ido a buscar en ese cochecito. Hacer el trayecto andando hubiera supuesto una gran pérdida de tiempo tanto para ellos como para el mozo.

Como era de esperar el responsable del muelle no estaba en un lugar fijo, así que tuvieron que probar en varios sitios hasta que, en la distancia, el mozo lo divisó y tomó el camino para llegar ante él.

—Ese hombre de pelo blanco es el encargado de muelle.

Daniel y Anna estiraron el cuello y enseguida vieron a la persona que estaban buscando. No era joven, quizás les podría ayudar a averiguar datos sobre las personas que aparecían en las fotos que llevaban.

El mozo aparcó el cochecito y se bajó de un salto. Con paso ligero se acercó hasta donde estaba el encargado y hablándole al oído le explicó la presencia de los dos jóvenes. El encargado miraba a la pareja mientras el mozo le iba explicando la historia.

Daniel y Anna se bajaron del vehículo para esperar a la llegada del encargado. El mozo volvió hasta el coche y montándose avisó a la pareja que enseguida vendría el encargado para hablar con ellos. Sin más, el mozo arrancó el vehículo y desapareció.

La pareja se quedó sola. El mozo se había ido y el encargado estaba acabando de terminar lo que estaba haciendo. Pasaron diez minutos en los que tanto Daniel como Anna no sabían bien que hacer, si acercarse al encargado o esperar. Decidieron hacer lo segundo.

Cuando el encargado consideró que ya había terminado lo que estaba haciendo se giró y puso rumbo hacia la pareja. Daniel lo observaba. Por su seguridad se notaba que era un hombre que llevaba mucho tiempo trabajando en el muelle, además, tendría que

estar bien considerado por sus jefes, ya que el tiempo que les hizo esperar había sido demasiado y más sin saber quienes eran. Hoy en día nadie arriesga su puesto de trabajo por atender a alguien que no sabe que influencias puede tener.

Rondaría los 55 años, hombre de construcción fuerte y piel tostada por el sol. Las horas en el mulle se habían encargado seguro de mantener ese bronceado durante prácticamente todo el año. Tenía el pelo canoso y ese color junto con la piel morena y el buen estilo con el que vestía le daban un aire de hombre interesante y elegante.

—Buenos días me han comentado que quieren hablar conmigo —comentó el encargado.

—Si hola, buenos días nos gustaría hacerle unas preguntas —dijo Daniel.

—Me llamo Santiago —contestó el encargado mientras tendía la mano tanto a Daniel como a Anna.

Los jóvenes les correspondieron y se presentaron con sus nombres a la vez que también les tendían la mano.

—Bueno, vosotros diréis jóvenes.

Ese hombre sabía tratar a la gente. Se notaba por su seguridad. Al llamarles jóvenes impuso una autoridad basándose en la edad con independencia de quienes fueran.

A Daniel ese comentario le gustó. Prefería que le tratase así con naturalidad antes que intentar mantener unas formas fingidas. Con el pulso algo tembloroso, Daniel hizo aparecer un sobre delante de Santiago. Este observaba al chico sin hacer ningún gesto ni ningún

comentario. Daniel con mucho cuidado extrajo unas cuantas fotografías.

—Verá, hace años se tomaron estas fotografías y creemos (señalándose él mismo y a Anna), que se tomaron en este puerto. Nos gustaría saber algo más de las personas que aparecen.

Santiago extendió el brazo y le pidió a Daniel que le dejara ver las fotografías. Con mucha tranquilidad y tomándose un tiempo prudencial en cada una, Santiago fue pasándolas hasta llegar al final. Levantó la vista y miró a Daniel y a Anna.

—Efectivamente estáis en lo correcto. Estas fotografías pertenecen a este muelle y son de hace muchos años.

Daniel y Anna sonrieron. Parecía que la cosa no iba mal del todo. Santiago volvió a repasar las fotografías, pero, esta vez, de una forma mucho más rápida. Fue Daniel quien interrumpió el silencio y quiso dar más información a Santiago.

—Estos de aquí son mis padres y este soy yo —dijo Daniel.

Santiago miró a la pareja y al niño. Durante varias veces miró a Daniel y luego bajó la vista hasta la parte de la fotografía donde aparecía el chaval.

—Es cierto, has crecido mucho y te has convertido en un hombre, pero si uno se fija bien, sigues manteniendo los mismos rasgos. ¿Qué es lo que quereis saber? —preguntó Santiago.

Daniel y Anna se dieron cuenta que el momento clave de la conversación había llegado.

—Nos gustaría tener más información de las personas que aparecen en la fotografía. Eran amigos de mis padres —dijo Daniel.

Al haberse hecho la fotografía aquí en el puerto, hemos decidido buscar a alguien que quizás los conociese.

Santiago se los quedó mirando durante unos segundos.

—¿Me acompañais? —dijo Santiago.

Anna y Daniel se miraron y asintieron con la cabeza. Santiago comenzó a andar y sin darse cuenta dejó a la pareja de jóvenes atrás. Estos, al ver que Santiago se separaba bastante de ellos, dieron una pequeña carrera para situarse a su lado.

La pareja iba callada y se sorprendieron al ver que Santiago comenzaba a hablar. Como quien habla solo, Santiago empezó a relatar una fracción de su historia en el puerto.

—Llevo muchos años trabajando aquí. Empecé como mozo haciendo lo mismo que hace el que os ha traído hasta mí. Cierto que antes no había coches para moverse como ahora, así que todo lo hacíamos a patita. —Se paró y sonrió mirando a la pareja—. He visto pasar gente de todo tipo. Nuevos ricos, ricos caídos en desgracia y perdiendo toda su fortuna, gente normal agradable, gente desagradable, en fin, gente de todo tipo.

Daniel y Anna como no sabían muy bien que ir respondiendo iban asintiendo con la cabeza. Ninguno de los dos se atrevía a romper el relato de Santiago.

Santiago prosiguió.

—Cuando entré a trabajar había menos barcos que ahora, como es lógico pensar —dijo y dirigió su mirada a la pareja que iba con él. Ambos asintieron—. Poco a poco, el puerto ha ido creciendo en la misma proporción que las nuevas embarcaciones han ido

requiriendo de nuestros servicios. Al principio me encargaba yo prácticamente de todo, pero al ir creciendo, en número se fue incorporando a más gente. Me subieron a encargado y desde hace muchísimos años llevo ejerciendo este puesto. Si, —dijo en voz alta—, creo que soy el más antiguo de aquí.

Daniel y Anna seguían asintiendo a cada argumento que hacía Santiago. El encargado se paró de golpe y los jóvenes que no se lo esperaban chocaron entre sí hasta quedar también detenidos. Ambos se miraron y encogiéndose de hombros miraron a Santiago.

—Hemos llegado —dijo Santiago.

Anna y Daniel no entendían a que se refería el encargado. Habían llegado a donde, pensaron los dos. Santiago señaló una pequeña embarcación que estaba amarrada al final de la pasarela. Con paso lento se fue dirigiendo hacia ella. Los jóvenes le seguían ahora por detrás. Cuando Santiago llegó a la embarcación la volvió a señalar y miró a los chicos para ver su reacción. Anna y Daniel miraron hacia la embarcación, pero muy bien no sabían a que se estaba refiriendo Santiago. Anna tomó la decisión de acercarse más. Daniel y Santiago permanecieron quietos.

Desde la proximidad que le ofrecía a Anna el haberse acercado, fue mirando los detalles del pequeño velero. No sabía bien lo que buscaba, pero no perdía nada por mirarlo, observarlo e intentar encontrar algo. Si Santiago los había llevado hasta allí, sería por algo. Anna se fijó en una inscripción. Como no podía verla bien, se acercó lo máximo que pudo sin caer al agua. En ese momento lo vio claro. Leyó lo que ponía. Gusi Luz. Anna se giró e inmediatamente llamó a Daniel.

Este salió corriendo en su dirección mientras que Santiago seguía sin mover ni un solo musculo. Daniel llegó en seguida, ya no por su velocidad, sino porque la distancia que tenía hasta Anna no era muy grande. Anna señaló las letras y Daniel acercándose lo máximo posible leyó lo mismo que había leído Anna. Gusi Luz. Daniel miró a Anna y ambos se pusieron a reir.

Habían encontrado el barco en el cual se habían hecho las fotografías que habían traído en el sobre. Las fotografías que su madre Rosa le había dejado como pista. No daban crédito a lo que estaban viviendo.

Daniel en seguida intentó recordar a sus padres y a él mismo navegando en ese barco. Lo intentaba, pero no conseguía recordar nada. Momentos de su infancia habían transcurrido, aunque fuera solo por horas, en ese barco y junto a él se encontraban sus padres y dos familias más.

Esas dos familias son las que tenían que investigar y saber más de ellos. Conseguir la máxima información por si les podría ser de utilidad.

La pareja fue revisando el barco, buscando algún detalle, algo que les pudiera servir, pero después de un buen rato mirando llegaron a la conclusión de que no encontrarían nada más. Santiago con paso lento, intentando dejar intimidación a la pareja, se fue acercando poco a poco. Se situó al lado de ellos y prefirió no decir nada. Daniel se giró hacia Santiago y le preguntó:

—¿Podemos subir?

Anna se sorprendió por el atrevimiento que había tenido su compañero, pero por otro lado no le pareció mala idea, poco daño podrían hacerle ellos al barco por subir.

Santiago sopesó durante unos segundos la petición del chico y viendo que no supondría ningún problema contestó su pregunta.

—Si, podeis subir, hace muchos años que no se mueve este velero, con lo cual, no creo que haya ningún problema. Como normal general no se deja subir a extraños, pero en este caso creo que no pasará nada. Eso sí —advirtió el encargado—, tened cuidado al subir y bajar y por lo que más queráis no rompáis nada.

Daniel y Anna aseguraron que tendrían cuidado y que no tocarían nada.

El chico fue el primero que se dispuso a subir. Como el velero no era muy grande, al apoyarse en él, comenzó a mecerse en el agua. Con cuidado e intentando mantener el equilibrio se subió. Una vez dentro, Daniel estiró el brazo y agarrando el de Anna la ayudo a subir. Ambos se encontraron en el barco.

En las fotografías parecía mucho más grande, pero ahora que se encontraban dentro lo veían mucho más pequeño. Pasearon por la cubierta mirando sin tocar nada de momento. Solo observaban. Sabían que no iban a encontrar nada, pero la curiosidad de Daniel por subirse al barco, dónde había estado él y sus padres le hacía estar especialmente ilusionado.

Si su madre le pudiese ver ahora seguro que también se quedaría sorprendida y evocaría los recuerdos del pasado comparándolos con el presente.

Daniel abrió la compuerta que daba acceso al interior del barco. Con cara de inocencia miró a Santiago y este, al ver que iban a bajar sacó su móvil del bolsillo y empezó a consultarlo intentando disimular que no se había dado cuenta. Daniel se introdujo dentro y a continuación Anna también bajó.

Si la parte de arriba era pequeña, la parte de abajo era aun más diminuta. Había espacio para dos personas o como mucho tres y un niño. No había espacio para más. Pasearon, por decir algo, por el pequeño habitáculo y pudieron ver una pequeña cocina, un lavabo diminuto y un lugar de descanso donde con mucho arte se podrían acomodar más de dos personas.

Estaba claro que ese velero era para una pareja con un hijo y que para algo más, solo serviría para pasar un día en alta mar y regresar a la noche. Daniel cogió a Anna del brazo y la giró.

—¿Crees que sabrá algo más de los tripulantes o de las personas que aparecen en la foto? —preguntó Daniel.

—Por supuesto. Si alguien sabe algo de ellos ese es Santiago.

Daniel opinaba lo mismo que Anna, así que con cuidado volvió a subir hasta cubierta. Santiago seguía consultando el móvil, pero una vez que vio aparecer la cabeza del muchacho lo bloqueó y se lo volvió a guardar en el bolsillo.

Con cuidado, Daniel fue asomando el cuerpo y a continuación hizo lo propio Anna. Cuando ya estaban en cubierta Santiago les hizo un gesto.

—¿Satisfechos? —gritó ligeramente el encargado.

—Si, ya bajamos —contestó Daniel.

Como en la vez anterior, Daniel bajó primero con cuidado de no caerse y después, repitió la acción con Anna, extendiendo el brazo para ayudarla a bajar. Se acercaron a Santiago y este los miró. Santiago empezó a hablar antes de que alguno de los dos les hiciera alguna pregunta.

—El propietario de este velero es el mismo que ese otro que se ve desde aquí.

Y señaló un punto al otro lado del puerto. Los jóvenes se giraron en la dirección a la cual apuntaba Santiago y con la boca abierta dejaron salir una exclamación de sorpresa.

—¿En serio? —dijo Anna.

Santiago comenzó un pequeño relato.

—El barco tan grande que os he señalado, es el fruto del trabajo, suerte y dedicación del propietario de este velero. Supongo que cuando era más joven solo podría comprarse este velero, que, si lo pensáis bien, ya está muy bien, puesto que no todo el mundo tiene un velero por muy pequeño que sea, pero con los años, parece ser que, el propietario ha prosperado y ha decidido comprarse un barco algo más cómodo.

—¿Algo más cómodo? —exclamó exhaltado Daniel—. Si es como un edificio. Es impresionante.

Santiago sonrió.

—El dueño ya no saca este velero pequeño a pasear, es raro que no lo haya vendido o desecho de él, quizás lo guarda de recuerdo, pero lo que sí hace, es navegar con su gran barco. Él y su

familia desaparecen durante semanas. Vaya, que lo disfruta a lo grande, porque tener, mover y mantener un barco así, supone una fortuna inmensa.

Daniel al ver que Santiago conocía a la perfección al dueño de los dos barcos no dudó ni un segundo y sacó nuevamente las fotografías que había llevado consigo.

—¿Podría indicarme si aparece el dueño en estas fotos? — dijo Daniel

rápido, muy rápido y Anna pensó que su pregunta tan ágil había estado Genial.

Santiago volvió a recuperar las fotografías y no tardó más de un segundo en señalar al que, según él, era el propietario tanto de Gusi Luz como del gran barco del cual los chicos desconocían el nombre. Anna y Daniel se miraron. Esta información nos servirá de mucho, pensaron.

—¿Sabría decirnos el nombre? —preguntó Anna.

Santiago devolvió las fotografías menos una que se la quedó entre sus manos. Mientras la miraba empezó a andar en dirección a la salida del muelle donde estaba amarrado Gusi Luz. La pareja de jóvenes empezó a seguir a Santiago en espera que este empezase a hablar. No tardó mucho en comenzar un nuevo relato.

—El dueño de los dos barcos se llama Fidel.

Anna y Daniel tomaron nota mental del nombre y esperaron a que Santiago siguiese hablando.

—Aquí en el puerto y creo que en gran parte de Sitges lo tienen apodado como el Capataz.

Anna y Daniel se asombraron. Capataz. Ok otro dato más.

—Fidel o mejor dicho el Capataz venía de una familia si bien no adinerada, si de lujos, con un buen nivel social. Hasta que el Capataz no heredó la empresa de sus padres la fortuna no empezó a crecer exponencialmente.

—¿De que era la empresa? —preguntó Daniel.

—Era no hijo, es. De construcción e inmobiliaria. Se han vivido muy buenas épocas aquí en Sitges en construcción y parece ser que el capataz se ha llevado una gran recompensa. Tal y como os iba explicando —decía Santiago y seguía caminando y la pareja iba uno a cada lado de él para no perder ningún detalle—, desde muy joven el Capataz demostró cierta aptitud para los negocios. Los padres seguían siendo los dueños, pero el dirigía la empresa. Con el fallecimiento del padre, Fidel tomó las riendas del negocio y, poco a poco, fue construyendo una fortuna y por consiguiente mucho poder. A veces, y esto no se lo podéis decir a nadie que yo os lo he dicho, se le ha acusado de utilizar métodos poco correctos para conseguir sus objetivos.

Anna y Daniel tragaron saliva y prometieron a Santiago que de sus bocas no saldría ni una palabra.

—¿Sabe donde vive? —preguntó Daniel.

Sabía que se estaba pasando haciendo tantas preguntas, pero al ver que Santiago había decidido hablar, prefería pecar de preguntón que de precavido.

—¿Dónde vive? —dijo Santiagp—. Lo raro es que nadie sepa donde vive.

Vereis chicos, estamos hablando de uno de los hombres más poderosos de Sitges por no decir el que más. Dinero y poder. Vive en la mansión más impresionante que os podáis imaginar situada en el lugar más privilegiado de Sitges. ¿Conoceis la zona del acantilado? —preguntó Santiago.

Anna negó con la cabeza, pero Daniel enseguida contestó que sí.

—Pues ahí es donde vive. Construyó una mansión y, como vistas de su balcón, solo tiene las rocas del acantilado y el mar.

Los jóvenes se quedaron sorprendidos por el dinero y el poder que derrochaba el Capataz.

Anna decidió dirigir la conversación hacia otro punto que parecía de interés.

—La otra familia que aparece ¿sabe de quien se trata?

Santiago que seguía manteniendo la fotografía entre sus manos la volvió a mirar y asintió.

—Si. Es otra familia normal que reside aquí en Sitges. El hombre era banquero y la mujer profesora. Ya tienen que ser mayores, con lo cual deberían de estar jubilados. El hombre, se llamaba Luis y digo que se llamaba porque falleció hace años en extrañas circunstancias y la mujer que sigue aún con vida se llama Luisa.

—¿En extrañas circunstancias? —preguntó Daniel—. ¿A que se refiere?

—Bueno lo encontraron muerto y se inició una investigación que se cerró por falta de pruebas.

Daniel se sorprendió y miró a Anna que también había abierto la boca. Mi padre también apareció muerto y el caso se cerró por falta de pruebas —iba a decir Daniel— pero prefirió callarse. El estomago le dio un vuelco y de golpe se encontró indispuesto y con mal aspecto.

Anna se percató del estado de Daniel y se paró, lo cogió del brazo y lo miró a la cara. Vió que no estaba bien, así que, con la delicadeza de una chica, recuperó la fotografía que tenía Santiago en sus manos y con cierta prisa se despidió de él diciendo que se les había hecho tarde y que si tenían alguna duda volverían a contactar con él.

Santiago afirmó con la cabeza y sorprendido por la reacción de la pareja se quedó parado mientras los jóvenes tomaban dirección hacia la salida del puerto.

Santiago vio como se alejaban y decidió no dar más importancia al asunto, así que se dispuso a seguir con las cosas que tenía pendiente de hacer y que esos dos jóvenes le habían hecho retrasar.

Daniel se sentía mareado y Anna, en la medida de lo posible, intentaba mantenerlo firme. Ya cuando salieron del puerto y se sentaron en un banco y poco a poco Daniel fue recuperando la compostura, Anna habló.

—¿Estás mejor? —preguntó Anna.

—Si, gracias. Supongo que toda la información y el calor ha hecho que me encuentre mal.

—Eso y la muerte del banquero en extrañas condiciones.

—Si, eso ha sido ya lo que me faltaba para desfallecer — confirmó Daniel.

—¿Descansamos un rato aquí? —preguntó Anna.

—Si. Me vendrá bien estar sentado en este banco a la sombra para recuperarme antes.

Salva los había seguido desde que habían salido de su residencia. Por suerte, si te mueves por Sitges lo haces andando, así que, como quien pasea de turista, decidió seguir a la pareja y ver a donde dirgían sus pasos. El puerto, parecía que el destino era el puerto.

La pareja se detuvo a hablar con el vigilante y a continuación se montaron en un coche pequeño que los llevó a algún sitio. Él no tenía acceso, pero sabiendo que la confianza en uno mismo en muchas ocasiones abría puertas, decidió entrar al puerto como si fuese un propietario más, deseando los buenos días al vigilante.

Este vaciló un momento, pero al ver la decisión del individuo, no se atrevió a pararle. Lo dejó pasar. Total, un hombre solo, poco podía hacer.

Paseando por el puerto, Salva intentaba localizar a la pareja. Después de andar un buen rato observando los barcos que había, los encontró hablando con un hombre de cierta edad y con la piel morena. Al tenerlo localizados, se situó en un sitio tranquilo para hacer su trabajo.

Vió como los chicos se subían a un barco y posteriormente acompañaban al hombre que debería de ser un trabajador a otro sitio. Con disimulo al ver que la pareja se había distanciado se acercó al velero y tomó nota del nombre de la embarcación.

Decidió seguir a los chicos y al hombre, pero cuando estaba ya a una distancia prudencial en lugar de seguirlos los adelantó y buscó un sitio tranquilo donde sentarse a esperar que saliesen.

No veía nada más sospechoso. Nadie a excepción de que él perseguía y vigilaba a Daniel. No era normal, en algún momento alguien aparecería para complicarles la vida.

Observó que Daniel salía del puerto con muy mal aspecto y que con gesto cansado se sentaba junto a su pareja en un banco para descansar.

Algo había pasado, la conversación con el encargado del muelle había tenido que ser bastante dura para acabar de esa manera. Podría intentar hablar con el encargado, pero estaba convencido que en lugar de obtener información llamaría la atención y alertaría a Daniel en caso que este decidiese volver a preguntarle alguna cosa. Observaría. Cogió el móvil y llamó al despacho.

—Laura soy Salva, necesito que me averigues la máxima información posible de un velero que está amarrado en el puerto de Sitges con nombre Gusi Luz.

La secretaria iba tomando nota a medida que Salva le pasaba la información.

Salva añadió:

—Datos del propietario, vivienda, en definitiva, lo que siempre te pido. En este caso lo necesito aún más urgente que otras veces.

—Entendido señor —contestó Laura.

Salva se despidió y colgó la llamada guardándose nuevamente el móvil en el bolsillo del pantalón.

Daniel empezó a recuperarse y cuando se vió capacitado para volver a caminar con soltura, avisó a Anna y ambos se pusieron en marcha. La mañana había sido dura pero a la vez fructífera.

Daniel sin decir nada a Anna dirigió sus pasos hacia el apartamento y solo cuando estaban en la puerta Anna se percató de que estaban ya en casa. Subieron y entraron. Daniel se fue directamente a la habitación y se tumbó. Necesitaba descansar.

Anna dejó a Daniel hacer lo que quisiera y con consideración se sentó un rato en el comedor. No tenían nada que comer, así que o pedían algo a domicilio o tendrían que bajar a algún restaurante.

Fidel había tomado una decisión. Llevaba años pensándolo. La había retrasado en espera de no ver aparecer nunca por Sitges a Daniel. Pero había aparecido y, además, con la intención de quedarse, como mínimo, una semana. Te has equivocado chaval, tendrías que haberte ido a cualquier otro sitio. Volvió a pensar Fidel.

Él no lo podía hacer personalmente, pero conocía a alguien que era el indicado para llevar a cabo lo que tenía en mente. Le debía muchos favores así que, si en algún momento se negaba, se lo

recordaría y seguro que le haría cambiar de opinión. Todo el mundo sabía que no era bueno tener a Fidel como enemigo.

No quería retrasarlo más, organizó una comida para ese mismo día. Si él llamaba personalmente a los que quería invitar, ninguno de ellos se podría negar a asistir, a no ser que fuese una causa extremadamente grave. El miedo era la mejor persuasión.

De una forma u otra los tenía a todos bien localizados. El Capataz sonrió para sus adentros. Descolgó el móvil durante cinco veces y en todas ellas a la invitación que hizo la respuesta fue un ok, perfecto nos vemos en un rato.

Con paso firme se dirigió a su mayordomo y le indicó que se realizaría una comida ese mismo día donde asistirían cinco personas, más él. Su mujer e hijos no asistirían.

El mayordomo tomó nota y se dirigió al servicio de cocina para que preparasen lo que fuera oportuno para tenerlo todo listo a las dos y media.

Fidel subió a su cuarto y se dio una ducha. Mientras el agua caía sobre su cuerpo iba perfilando los últimos detalles de su plan. Cerró el grifo y se fue al vestidor donde eligió una ropa cómoda y elegante para presidir la comida que había organizado. Los invitados fueron llegando por separado. Cada uno en su coche.

La casa tenía espacio suficiente para que todos los asistentes dejaran el coche en la entrada. El aparcamiento del que disponía la casa era inmenso. Picaban al timbre y el mayordomo los iba llevando directamente a un salón que Fidel tenía como zona de espera debidamente acondicionada.

Cuando el último invitado llegó y fue conducido a la estancia, el mayordomo cerró la puerta y subió a la planta superior para avisar a su señor de la llegada de todos los invitados. Fidel estaba mirando el móvil cuando el mayordomo interrumpió picando a la puerta. Con su voz grave y potente indicó al mayordomo que pasara.

—Señor, todos los invitados han llegado y le esperan en la sala —dijo el mayordomo.

—Gracias —contestó Fidel.

El mayordomo abandonó la estancia cerrando la puerta y Fidel esperó unos minutos más antes de decidirse a bajar en busca de sus invitados.

Con paso lento pero seguro, Fidel salió de su habitación y bajó las escaleras con esa seguridad que solo los hombres con poder suelen hacer. No era solo cuestión de dinero, el poder que ostentaba y las influencias que tenía le hacían tener una seguridad innata. Se dirigió a la habitación donde estaban todos esperando a que llegase. Con energía, abrió él mismo la puerta y se encontró con todos aquellos a los que había llamado escasas tres horas antes. Los miró y se acercó a saludarlos.

Todos los invitados eran gente de renombre en el pueblo. Repasó mentalmente el puesto o la influencia que tenía cada uno. Había dos abogados, un banquero y hasta el mismo alcalde del pueblo. El quinto era un caso aparte. Un personaje de mucho cuidado que, en más de una ocasión, había tenido que sacar de algún aprieto considerable. Actualmente era el propietario por así decirlo, de una de las discotecas más populares de la zona. Era conocido por todos como Ron. Su nombre era otro, pero hacía tanto

tiempo que le llamaban así que, prácticamente todo el mundo había olvidado su verdadero nombre.

Tenían la misma edad. Incluso habían estudiado juntos en primaria. Mientras Fidel había hecho carrera en los negocios, su amigo Ron había hecho lo propio en el mundo de la delincuencia. Fidel, hombre poderoso del lugar, había sacado muchas veces a Ron de problemas legales. Teniendo en cuenta las influencias a las que tenía acceso, no le había costado mucho, pero para Ron, se había convertido en un salvador y había prometido hacer todo lo que fuese necesario para devolverle los favores.

Para tener a Ron controlado, Fidel decidió, hace años, construir una discoteca y ponerlo al mando. Desde entonces, Ron había permanecido dentro de la ley a excepción de las veces que Fidel le había pedido algún favor especial.

Fidel les invitó a acompañarle y todos se dirigieron hasta la gran mesa donde los criados habían preparado una mesa llena de comida, digna del mismísimo rey. Todos ocuparon su sitio y en pocos minutos, la degustación de la comida comenzó.

Se pusieron al día de todos los asuntos, tanto personales como profesionales. Planearon nuevas inversiones, hablaron de política y de fútbol. Era la típica reunión de hombres de negocios tratando los temas más diversos de conversación.

Llegó la hora de los postres y unos optaron por café solo mientras otros se decantaban por un whisky.

Después de saborear el postre que se habían pedido, Fidel les invitó a levantarse y a reunirse de nuevo en la primera habitación

donde habían esperado la llegada del anfitrión. Se mezclaron entre ellos hablando y riendo, haciendo en muchos casos comentarios jocosos de la situación que estaba viviendo el pueblo y como se estaba expandiendo.

Pasadas unas horas desde el inicio de la comida, los invitados fueron despidiéndose para volver a sus quehaceres habituales. Fidel se iba despidiendo de cada uno y el mayordomo se encargaba de ir acompañándolos hasta la puerta de salida.

Todos se marcharon menos Ron.

Fidel tenía planes para él. Había organizado la comida con la excusa de poder quedarse a solas con Ron.

—¿Un whisky Ron? —preguntó Fidel.

Ron asintió y el mismo Fidel se dirigió al mueble bar y sacó dos vasos y una botella de whisky. Sirvió los dos vasos y dejando la botella sobre la mesa tendió un vaso a Ron y él se quedó con el segundo vaso. Se miraron y sin dejar de mirarse dieron un trago. Fidel indicó a Ron que tomara asiento en un butacón. Él, se sentó en el otro sofá que estaba en frente.

—¿Qué necesitas Fidel? —dijo Ron sin rodeos.

—Como sabes que necesito algo —contestó Fidel.

—Te conozco. Te conozco mejor de lo que tu mismo te conoces.

Era cierto. Ron acostumbrado a vivir los peligros de la calle, sabía conocer a las personas y saber cuando alguien esperaba algo de él. Fidel garraspeó. Hacía tiempo que no se ponía nervioso, pero en ese momento y teniendo en cuenta lo que le iba a pedir a Ron,

cierto nerviosismo invadió su cuerpo. Dio otro trago de whisky y decidió a hablar.

—Te acuerdas de las veces que te he ayudado y sacado de asuntos turbios, verdad Ron —dijo Fidel.

Ron escuchaba. No pensaba decir nada hasta que Fidel mostrase sus cartas.

—Me debes muchos favores, te acuerdas ¿no?

Ron asintió y dio un trago a su whisky.

—Fidel, pídemme lo que quieras, sabes que lo haré, no hace falta que me recuerdes todo lo que te debo.

A Fidel la respuesta de Ron le agradó. Lo tenía ahí donde quería.

—Te acuerdas de lo que ocurrió aquella noche que te llame ¿no?

Ron se atragantó al dar un trago al whisky y tosió con energía. Durante unos segundos pensó que el whisky que tenía en la boca lo iba a acabar escupiendo. No fue así, consiguió mantener la compostura.

—Lo recuerdo perfectamente Fidel. Esa noche no se nos olvidará a ninguno de los dos.

Fidel miró a Ron y empezó a hablar.

—El pasado ha vuelto Ron. Lo que tuvimos que acabar en el pasado y no hicimos, nos tocará hacerlo ahora. Fue un error no haberlo hecho, pero ahora tenemos la oportunidad de cerrar el asunto de una vez por todas.

Ron sabía a que se refería Fidel, pero quería que le pusiera al día, ya que con el paso de los años no entendía que volviese el problema.

—El chico ha aparecido. Está ya en el apartamento de la madre —dijo Fidel—. Sé por mis informadores que la madre de Daniel que así se llama el chaval murió hace unos meses. Sé, que ha recogido una cosa y que está buscando respuestas. Respuestas que nunca debe encontrar.

Ron seguía observando a su compañero.

—¡Qué quieres que haga! —dijo Ron.

Fidel sabía lo que tenía que ordenarle, pero, por un momento, dudo si hacía lo correcto. Se corrigió al instante. Era lo correcto. Se tendría que haber hecho hace muchos años.

—Quiero que hagas desaparecer al muchacho y a todo aquel que le acompañe.

A Ron recibir esa orden no le supuso ninguna sorpresa. Estaba acostumbrado a hacer trabajos sucios para Fidel, quizás no tan sucios, pero para él, no había mucha diferencia. Si Fidel le mandaba hacer algo, él lo hacía y punto. Le debía eso y mucho más.

Fidel se levantó y le indicó a Ron que se levantase. Ambos se dirigieron al despacho de Fidel y entraron dentro cerrando a continuación la puerta. Fidel rodeó la mesa de su despacho, abrió un cajón y sacó un dossier con una documentación. Lo cogió y se lo entregó a Ron. Este abrió el dossier y lo ojeó.

—Ahí tienes toda la información de la que dispongo.

—Perfecto —contestó Ron.

—Una cosa más —dijo Fidel.

—Dime

—No quiero detalles ni que te pongas en contacto conmigo hasta que el trabajo esté hecho. ¿De acuerdo?

Para Fidel era importante que Ron entendiese el mensaje que le había acabado de dar.

—Entendido —respondió Ron.

Sin decir nada más Fidel llamó a su mayordomo y este apareció en cuestión de segundos. Fidel invitó a Ron a seguir al mayordomo para que este le acompañase hasta la salida. Ron sin decir nada más acompañó al mayordomo quien abrió la puerta con gentileza y una vez hubo salido la cerró.

Ron se paró antes de bajar los escalones que le separaban hasta llegar a su coche. Respiró hondo y dejó salir el aire despacio por la boca. Tenía un trabajo especial que hacer y lo haría tal y como se lo habían pedido.

Dirigió sus pasos hacia el coche, abrió la puerta, encendió el coche y puso rumbo a su casa. Allí, con tranquilidad, estudiaría el dossier que había recibido y buscaría la mejor manera de hacer su trabajo sin dejar pistas. Eso se le daba bien.

Fidel se quedó en el despacho. Se sentó en el sillón que tenía y permaneció pensativo durante un buen rato. Confiaba en Ron. Si algo sabía hacer bien era ese tipo de trabajos. La dirección de la discoteca no se le daba mal del todo, pero Fidel para asegurarse que todo funcionaba bien, había puesto a gestores

competentes para que el negocio que él mismo había creado no se fuese a la quiebra.

Decidió no pensar más en el asunto. Si algo le había enseñado la vida era que dar muchas vueltas a un tema no ayudaba a solucionarlo, al contrario, hacia que todo se pudiera complicar mucho más.

Se levantó y decidió hacer lo que tenía pensado de hacer antes de enterarse de que el chico había llegado a Sitges.

Anna permanecía en el comedor sola. Al ver que Daniel no se levantaba se acercó a ver como se encontraba y descubrió que se había quedado dormido. Anna suspiró. ¿Que podía hacer? —Pensó.

Buscó una hoja y un bolígrafo. Le dejó una nota por si se levantaba antes de que ella volviese. Daniel, he salido a comprar algo de comida. Enseguida vuelvo. Un beso. Anna dejó la nota en la mesa del comedor y cogiendo las llaves salió del apartamento sin hacer ruido. Bajó por las escaleras, le apetecía andar un poco y estirar las piernas. Llegó al rellano y dudó si girar a la derecha o a la izquierda. Le sonaba haber visto un local donde vendían comida preparada.

Giró a la derecha y puso rumbo a donde ella recordaba haber visto esa tienda de comida. Le costó un buen rato dar con ella, pero conociéndose como se conocía, sabía que daría con la tienda tarde o temprano. Compró comida para dos y pidió una bolsa para llevar.

Para no perderse decidió regresar por el mismo camino por el que había ido. Esta vez le pareció que había tardado menos y una vez en el rellano picó al ascensor y subió hasta el apartamento. Con cuidado de no hacer mucho ruido abrió la puerta y se dirigió a la

cocina. Dejó la comida que había comprado sobre el pequeño mármol y se fue a la habitación para ver lo que hacía Daniel. De camino se fijó que la nota se encontraba tal y como la había dejado con lo cual intuyó que Daniel seguía dormido.

Decidió no dejarlo dormir más y despertarlo para comer algo. Le vendría bien comer y despejarse. Con mucho cuidado y cariño, fue despertandolo. Poco a poco Daniel fue abriendo los ojos y se alegró de ver a Anna.

—¿Como estás Daniel? —preguntó Anna.

—Mejor. ¿He dormido mucho? —preguntó.

—Mínimo hora y media —contestó Anna.

Daniel se estiró y con cierta apatía se incorporó y se sentó en la cama. Anna le explicó que mientras dormía había ido a comprar comida, así que, si tenía hambre, en la cocina había macarrones y croquetas. Al escuchar Daniel lo que había traído le entró un hambre voraz. Se levantó de la cama y cogió a Anna de la mano.

—Vamos a comer —dijo Daniel.

Ámbos se dirigieron hacia la cocina y sacando unos platos se sirvieron los macarrones y las croquetas. Estaban riquísimas y los dos reconocieron que tenían mucha hambre. No dejaron nada. Los dos platos limpios.

Salva vió aparecer por la puerta del edificio a Anna. Esperaba que Daniel apareciese de un momento a otro, pero al ver que la chica se iba sola, descartó la presencia de su compañero. No era normal que fuera ella sola. No por nada en concreto, sino porque desde que

habían empezado a hacer el seguimiento, en ningún momento se habían separado.

Permaneció en su lugar de vigilancia. Esperaría a ver si Daniel salía y entonces sí que lo seguiría. Al cabo de un rato Anna apareció con una bolsa y se metió dentro del edificio. Comida, Anna había ido por comida, con lo cual no tienen intención de salir, pensó.

Era el momento de ir él también a comer. Como tenía su piso cerca decidió pedir algo por teléfono y que se lo llevaran directamente. Comería mejor y más tranquilo.

Ron llegó a su piso y cuando se puso cómodo y se sentó en el sofá con el dossier, leyó el contenido. No había mucha información, pero sí la suficiente como para poder empezar a desempeñar su trabajo. Había también fotografías. Eso siempre ayudaba. Direcciones y datos personales. Suficiente pensó. Suficiente. No tenía intención de alargar durante mucho tiempo el llevar a cabo sus planes. Prefería actuar y desconectar del tema.

Memorizó los rostros de los dos jóvenes que aparecían y a la vez tomó una foto con el móvil para llevarla encima en caso de dudas. Luego memorizó los demás datos.

Sería fácil, dos chavales inofensivos moviéndose por el pueblo sin pensar que nadie les está siguiendo. Hacía tiempo había hecho trabajos más complicados. Decidió dejar el dossier en un cajón y volviendo a coger las llaves de casa salió y se fue a la discoteca de la cual era responsable para preparar la sesión de la noche.

Daniel se repuso del bajón que le había dado en el puerto. Lo que le había contado el encargado, más el calor y quizás también el hambre, le había pasado factura. Ahora ya se encontraba con nuevas energías y con una idea que rondaba su cabeza.

Anna metió lo poco que sobró de la comida y los envases en una bolsa y la cerró dejándola en el recibidor para tirarla cuando salieran. Daniel fue el primero en hablar.

—Anna, el banquero, así como mi padre, murieron de forma extraña. Y lo más curioso de todo, es que los casos se cerraron por falta de pruebas. Los hechos sucedieron con muy poca separación de tiempo.

—Lo sé Daniel, a mi también me ha llamado la atención.

Daniel se quedó pensativo y después de unos minutos había tomado una decisión.

—Tenemos que ir a la comisaría para conseguir más información. No solo del fallecimiento de mi padre, sino también del banquero.

Anna había tenido la misma idea, pero conseguir información clasificada de dos fallecimientos que habían ocurrido hacía muchos años le parecía una tarea muy complicada.

—Hoy es domingo con lo cual será mejor que vayamos mañana —dijo en este caso Anna.

Daniel sabía que Anna tenía razón y que lo mejor era esperar al lunes para abrir esa nueva línea de investigación.

—Te das cuenta de una cosa Anna.

—No dime.

—Parecemos detectives. Al principio era como ir descubriendo pistas más sencillas que solo dependía de nuestra intuición, pero ahora tenemos que interrogar hasta personas a las que no conocemos.

Anna con gesto divertido asintió y recordó que Daniel ya parecía un detective en toda regla. Tenía hasta su propia lupa. Ambos se pusieron a reír.

Había una cosa más que a Daniel todavía le preocupaba. Llevaba tiempo dándole vueltas a una frase que había dejado su madre en una de las cartas. Tendrás que pensar y actuar como tu padre.

Pero ¿cómo actuaba su padre? De él no recordaba muchas aficiones, solo la fotografía y curiosamente su madre le había entregado como una pista una cámara. Daniel seguía pensando en lo que solía hacer su padre. Teniendo en cuenta que estaban en Sitges centró su pensamiento en lo que hacía cuando iban allí a veranear.

El mayor número de horas las pasaba con su madre y con él, paseando, comiendo en restaurantes, tomando el sol y bañándose en la playa y, en definitiva, poco más.

Bueno si, una cosa más llamó la atención a Daniel. Por las noches en muchas ocasiones cogía su cámara de fotos y se iba a pasear solo por la playa. Él y su madre se quedaban en casa descansando, después del día de aventuras como él solía pensar, pero su padre al no estar tan cansado prefería pasear por la playa fotografiando cosas. Al día siguiente Daniel recordaba como, en muchas

ocasiones, le enseñaba a su madre y a él mismo las distintas instantáneas que había tomado la noche anterior. Una afición rara —pensó Daniel—. Quizás salir solo por la noche le ayudaba a relajarse y desconectar un poco de todo.

La cámara que le había dejado su madre como pista era ya antigua. Si es cierto que podría funcionar, pero quizás sería un buen momento para mirar una nueva y así tenerla para futuros viajes con Anna. Hasta entonces habían utilizado la cámara del móvil, pero donde se pusiera una réflex que se quitasen el resto.

En sitios todos los días las tiendas abrían, con lo cual, poder comprar cualquier cosa no suponía ningún problema.

—Nos vamos de compras Anna.

Anna se lo quedó mirando y se encogió de hombros.

—Y que vamos a comprar si se puede saber.

—Una cámara de fotos réflex. Una bien chula...

Mientras se dirigían a la puerta del apartamento, Daniel le fue explicando lo que había pensado y fue entonces cuando Anna entendió el porqué de la compra de una cámara réflex. Le pareció buena idea, además de que tal y como lo había pensado Daniel, les podría servir para los viajes que tenían pensado hacer.

Ya en la calle, como hacía un calor horrible, se pararon en una heladería y se pidieron un helado de nata y chocolate para refrescarse un poco. Este pueblo nunca dormía, salieses a la hora que salieses, siempre había gente haciendo cualquier actividad, paseando, de tiendas, con patinete y, en definitiva, cualquier cosa que a uno se le pueda ocurrir hacer.

El helado les refrescó y fueron paseando por el pueblo mirando tiendas y buscando alguna de electrónica donde poder mirar la cámara de fotos. Encontraron una, pero preguntaron al vendedor y como vieron que no tenía mucha idea decidieron no comprar y buscar una donde les pudieran asesorar mejor. Una cosa les quedó clara. El precio que tendrían que pagar por una cámara de ese tipo sería alto. Mucho más alto de lo que se habían imaginado en un principio.

Siguieron paseando y por fin encontraron una tienda que tenía pinta de tener buen material. Entraron y un fresquito les rodeó. En la tienda había aire acondicionado y al notarlo se dieron cuenta de cuánto calor hacía en la calle. Si hubiera sido por ellos, se hubieran quedado toda la tarde en la tienda.

Miraron los escaparates y vieron varias cámaras que parecían ser justamente lo que estaban buscando. Uno de los dos dependientes que había se les acercó y les preguntó si les podía ayudar en algo. Daniel y Anna se giraron y le preguntaron al vendedor que les explicara mejor las características de las cámaras de fotografía réflex que estaban en el estante. El vendedor les indicó que esperaran uno segundos y se dirigió al mostrador donde desapareció durante unos segundos al agacharse.

Al momento apareció con un manajo de llaves e introduciendo una dentro de la cerradura del estante lo abrió y sacó dos cámaras negras reflex. El vendedor les indicó que le acompañasen al mostrador.

Les estaba explicando el funcionamiento de cada cámara como si la hubiera fabricado él mismo. Las diferencias entre lentes, objetivos y

para que se utilizaban cada una. Anna y Daniel prestaban atención, pero llegó un momento que empezaron a perderse.

—¿Cual nos aconseja? Vamos a hacer fotografías normales en los viajes que vayamos haciendo —dijo Anna.

El vendedor no lo dudó y respondió a la pregunta de la joven señalando la cámara Canon.

—Esta es la que os va mejor para hacer el uso que le vais a dar.

Anna y Daniel se miraron y después mirando al vendedor, Daniel aceptó el consejo y le dijo que la compraba. El chico que les había atendido abrió un cajón y sacó la misma cámara que habían elegido pero metida en su caja con el precinto de cerrada. Les indicó también la necesidad de comprar una tarjeta de memoria, algo con lo que Daniel ya contaba, por lo que pidió una de gran capacidad.

La idea de comprar la cámara y la tarjeta les salió por 1089 euros. Ya podía ser buena la cámara, pensó Daniel. Los jóvenes salieron de la tienda con una bolsa y dentro de ella la cámara de fotos.

El calor les volvió a rodear y decidieron sentarse en una terraza a la sombra, para tomar un refresco. Encontraron una que estaba cerca de la playa y se sentaron a descansar y refrescarse. Se pidieron un granizado de limón. A los pocos minutos los dos se encontraban absorbiendo por la caña el refrescante líquido que se colaba por sus gargantas.

Daniel aprovechó para abrir la bolsa y sacar la caja de la cámara de fotos. Con cuidado de no perder nada, desprecintó la caja y fue

sacando los objetos que contenía. Pesaba, pesaba bastante, pero solo con cogerla, la calidad con la que estaba hecha, saltaba a la vista.

Anna se la pidió para verla mejor y Daniel se la tendió. Decidió devolvérsela a él quien, con cautela, abrió el envase de la tarjeta de memoria y con cuidado de no meterla al revés, la introdujo dentro de la cámara de fotos. La encendió y lo primero que comprobó era que tenía media carga de batería.

—Genial —pensó Daniel—, la puedo utilizar desde ya.

De la caja sacó la cuerda con el nombre de canon para poder colgársela en el cuello y así llevar las manos libres. Colocó la cuerda y la dejó caer despacio hasta que quedó colgando del cuello. Si, se tendría que acostumbrar a llevarla.

Anna volvió a dar un sorbo a su granizado momento en el que Daniel aprovechó para recuperar la cámara entre sus manos y, pillando a Anna despistada, sacó la primera fotografía. Anna se lo quedó mirando y Daniel con una sonrisa le guiñó el ojo. Daniel se acercó a Anna y le enseñó en la pantalla de la cámara la fotografía que le acababa de hacer.

—Es rápida eh Anna —dijo Daniel.

—Mucho —contestó Anna riéndose—. Pero tu también has estado rápido Daniel.

Daniel se echó a reír. Se acabaron de tomar el granizado y pagaron la cuenta. El tiempo iba pasando y el calor iba bajando en intensidad. A partir de las ocho era cuando mejor se podía pasear por el pueblo y por el paso marítimo. Iba como un niño con su nueva

cámara de fotos y cada cosa que le llamaba la atención la fotografiaba. Tenía que intentar aprender, aunque fuese lo mínimo del funcionamiento de ese nuevo juguete.

Salva llevaba toda la tarde detrás de la pareja pasando un calor horrible. La pareja paseando y él detrás. Hasta el momento no había aparecido un tercero en discordia. El sol empezó a ocultarse y pilló a la pareja paseando tranquilamente.

Decidieron ir al apartamento para darse una ducha. Luego se arreglarían e irían a cenar algo, al fresquito de la noche y para finalizar el día Daniel pensaba ir con Anna por la playa con la nueva cámara de fotos, para hacer lo que en principio hacía su padre, pasear por esa misma playa y fotografiar en la noche, cualquier cosa que le llamase la atención. No acababa de entender esa afición de su padre, pero bueno, quizás al hacerlo, encontrase ese gusto por hacerlo.

Tal y como habían planeado, subieron al apartamento y se dieron una ducha con agua bien fresquita. Se sentaron un rato en el comedor para reponer fuerzas y cuando vieron que ya eran las nueve y media decidieron arreglarse para ir a cenar. Desde que habían llegado, habían pasado más tiempo en la calle y en restaurantes que en el apartamento.

¡Bueno son vacaciones, de eso se trataba, de salir y disfrutar!

Bajaron hasta la calle sin pensar todavía lo que iban a cenar. Daniel llevaba la cámara de fotografía recién comprada y daba un aspecto de turista. El coche lo habían aparcado en el parking y de ahí no había salido. Todo a pie, todo andando. Daniel sacó el móvil y buscó en internet algún restaurante de comida mexicana.

Salieron unos cuantos, y después de elegir uno por los comentarios positivos que tenían de los clientes que ya habían comido o cenado allí, pusieron rumbo al restaurante. Estaba algo lejos, así que Daniel puso el maps de su móvil y fueron callejeando por las calles hasta que el mismo maps los puso delante de la puerta.

Por el camino Anna había sido precavida y había hecho una reserva para dos. Abrieron la puerta y el encargado de las reservas les preguntó si tenían hecha una. Ellos dieron su nombre y el encargado enseguida los llevó hasta una mesa donde la pareja se acomodó. Era bonito el restaurante. Decorado con objetos mexicanos, intentaban trasladar a los clientes al origen de la comida que iban a degustar.

Daniel y Anna leyeron la carta y pidieron platos típicos de México, entre los que se encontraban los nachos. La cena se la sirvieron sin mucha espera con lo cual la pareja, que ya tenía algo de hambre, empezó a cenar y a disfrutar de la cena casera que hacían en ese restaurante.

De entre todo lo que pidieron, los nachos fue el plato que más les gustó. Estaban riquísimos y los dos llegaron a la misma conclusión, eran los mejores nachos que habían probado en su vida. La pareja no solía pedir postre, pero el camarero les aconsejó el postre de bizcocho a las tres leches.

Como el nombre les llamó la atención, decidieron probarlo y así darle su opinión al camarero, y ver si, verdaderamente, estaba tan bueno como él les había dicho. El postre llegó y el camarero situó el plato en medio de la mesa para que la pareja lo pudiese compartir.

Anna fue la primera en meter la cuchara y cuando ya lo tenía en la boca, no pudo evitar emitir un gemido de placer al notar como el bizcocho se deshacía en la boca y la leche de tres sabores le daba ese toque especial.

—Prueba, prueba Daniel, está riquísimo.

Daniel al ver la cara de Anna no se lo pensó dos veces y decidió probarlo. Su reacción fue exactamente la misma que había tenido ella. El pastel no duró mucho en el plato y cuando el camarero vió que la pareja ya había terminado de comérselo se acercó para saber sus opiniones.

Ambos, tanto Daniel como Anna, tuvieron que reconocer que el camarero había tenido razón. El pastel estaba buenísimo. El camarero contento les agradeció el comentario y Daniel aprovechando que lo tenía ahí en la mesa, le pidió la cuenta.

Para acabar les ofreció algún chupito típico de la casa, pero tanto Daniel como Anna negaron con la cabeza. La cuenta llegó hasta la mesa a los pocos minutos y Daniel dejó la tarjeta de crédito para realizar el pago.

Cuando fue saldada, ambos se levantaron y despidiéndose del camarero salieron a la calle.

Habían cenado fantásticamente bien, había sido un acierto buscar un restaurante mexicano para cenar y una suerte haber ido a ese. Por suerte la noche había refrescado y la pareja dudó por donde empezar a pasear por la playa.

—¿Empezamos por aquí Daniel? —dijo Anna.

Daniel negó con la cabeza y le explicó lo que había pensado. Verás Anna, mi padre siempre salía a pasear por la playa sin coger el coche. Eso quiere decir que salía del apartamento y llegaba hasta donde sus piernas le llevaban. Creo que lo correcto sería regresar hasta el apartamento y tomar ese punto como lugar de partida. Dividiremos la playa desde ese lugar a derecha e izquierda y nos iremos turnando cada día en una dirección distinta. Anna comprendió el razonamiento de Daniel y no tuvo más remedio que admitir que estaba en lo cierto.

Regresaron por lo tanto hasta la puerta del apartamento y en el momento que bajaron hasta la playa fue Daniel quien dio a elegir el destino del paseo a Anna.

—Tú eliges Anna. Desde este punto giramos hoy a derecha o a izquierda.

Anna se quedó pensativa durante un momento. Sabía que daba igual empezar por la derecha que por la izquierda, ya que al día siguiente tomarían el camino contrario al de hoy.

—Derecha. Hoy por la derecha —dijo Anna.

Daniel asintió y cogió de la mano a su compañera y llegando a la arena se dispusieron a girar a la derecha para pasear hasta donde sus pasos los llevasen. La cámara colgada en el cuello de Daniel, le hacía recordar que a parte de pasear cómo hacía su padre, también tenía que fotografiar cosas. La noche era bastante oscura, el cielo estaba despejado y no había nubes, pero la luna estaba creciente e iluminaba débilmente la playa. Daniel y Anna iban cogidos de la mano, los dos en silencio andando por la ondulante arena de la

playa. Observaban lo poco que se dejaba ver por la oscuridad de la noche. Fue Daniel quien rompió el silencio de la noche.

—¿Qué puedo fotografiar? —preguntó.

Anna no sabía que responderle, sabía que la primera foto era la más difícil de tomar y una vez la hiciera, disparar con la cámara sobre cualquier objetivo sería ya más fácil. Anna fue práctica en la respuesta.

—Fotografía a la luna —dijo.

Daniel la miró y al ver que ella estaba hablando en serio, cogió la cámara entre sus manos y apuntando a la luna disparó en un par de ocasiones. Luego miró el resultado en la pantalla y vio que no lo había hecho mal del todo.

Siguieron caminando y aunque pensaban que no se iban a encontrar a nadie por la arena paseando, se equivocaron. Parejas e incluso personas solas aprovechaban la buena temperatura que les ofrecía el mar para pasear y disfrutar de la tranquilidad de la noche.

Anduvieron durante muchas horas. Daniel iba fotografiando todo aquello que le llamaba la atención. Anna le ayudaba avisándole de alguna cosa que quizás a Daniel se le habría pasado por alto. Llegaron hasta un punto y Anna se paró y miró el reloj. Eran las dos de la madrugada. Llevaban bastantes horas andando y los dos, sin protestar, empezaban a estar cansados y es que andar por la arena cansaba aún más.

—Daniel son las dos de la madrugada y todavía nos queda regresar. No creo que tu padre andase tanto todas las noches.

Daniel pensó lo mismo, así que estando de acuerdo con Anna, giraron y desanduvieron el camino que habían recorrido. Daniel seguía tomando fotografías. No le encontraba mucho significado, pero las seguía haciendo.

Salva seguía a la pareja con tranquilidad, aprovechando la oscuridad que le brindaba la noche. No entendía lo que estaban haciendo, pero su deber era seguirlos y protegerlos y eso era lo que iba a hacer. Cuando vio que la pareja daba media vuelta, tomó las precauciones pertinentes para dejarlos pasar y volverlos a seguir desde la retaguardia.

La pareja llegó al apartamento bien entrada las cuatro de la madrugada. Estaban cansados, pero por otro lado el paseo les había sentado bien. Disfrutar de la tranquilidad de la noche en Sitges era un regalo que no todo el mundo podía disfrutar.

En esos pensamientos estaba Daniel cuando apagó la cámara de fotografía y la dejó encima de la mesa. Al día siguiente repasaría las fotos, ahora había llegado el momento de cambiarse y de ir a dormir. Mañana tenían un día complicado. Querían ir a la comisaría para conseguir información de las dos muertes ocurridas hacía muchos años. No sabía si les harían caso o si les dejarían ver algo, pero eran conscientes que tenían que intentarlo.

Se tumbaron en la cama y los dos se quedaron rápidamente dormidos. En el apartamento hacía más calor que en la playa, pero el cansancio hizo que no se dieran cuenta de la diferencia del cambio climático.

Salva, cansado también de la caminata, que para él no tenía sentido, se fue a su piso y se quedó dormido también en seguida.

El único que seguía despierto en ese momento era Ron. La noche en la discoteca había sido divertida. Le gustaba su trabajo, ese trabajo que Fidel había puesto a su nombre hacía unos cuantos años. La noche le gustaba, la fiesta le gustaba y si encima ganaba dinero con ello, mejor que mejor. Fue uno de los últimos en abandonar la discoteca y después de despedirse de algún empleado se fue a casa.

Cuando llegó no tenía sueño, así que sin haberlo pensado antes, se fue a una habitación y encendió la luz. Abrió un armario y de él sacó una caja. Con sumo cuidado la abrió y una pistola con su cargador apareció. Hacía tiempo que no la utilizaba, así que con cuidado la cogió y el frío acero hizo que su mano se enfriara. La sopesó y miró por la mirilla. Todo estaba en su sitio. No puso el cargador, ya que de momento no tenía intención de utilizarla. La dejaría como último recurso. Volvió a cerrar la caja y la dejó en su sitio. Cerró el armario y salió de la habitación. En el comedor abrió el mueble mar y se sirvió un whisky corto. Le sentaría bien antes de tumbarse a dormir.

Tenía pensado hacer que pareciese un accidente. Eso siempre resultaba mucho más útil y generaba menos problemas. Además, esa táctica era la que mejor se le daba. Fidel lo sabía y por eso contaba con él. Pistoleros, había muchos. Él, por el contrario, no se consideraba un pistolero al uso, al contrario, se consideraba un artista en el arte de hacer desaparecer a las personas.

Dio un buen trago al whisky que se había servido y quitándose la ropa se tumbó a dormir.

El lunes comenzó con un día espléndido. Daniel se despertó y se levantó. Solo tenía una cosa en mente y era ir a la comisaría a recabar información. Mientras esperaba a que Anna se despertase cogió la cámara que había dejado la noche anterior en la mesa del comedor y se sentó en el sofá.

La encendió y empezó a mirar y repasar las fotografías que había hecho. Las miraba y las remiraba. Las ampliaba y buscaba algo en cada una de ellas que le pudiera servir para algo. Llegó hasta el final sin encontrar nada. No sabía tampoco lo que tenía que buscar, así que eso lo complicaba todo aún más. Cuando apagó la cámara vio que Anna se acercaba a él desde la habitación.

Al ver la cara de Daniel intuyó que no había encontrado nada, así que prefirió no preguntarle. Sabía que Daniel quería ir directamente a la comisaría para intentar conseguir información, así que ambos se empezaron a arreglar y en cuestión de minutos ya se encontraban en la calle en dirección a la comisaría.

CAPÍTULO 9

El pasado siempre vuelve

Daniel no tenía hambre, no se había acordado ni del desayuno, cosa rara en él, que solía levantarse siempre con hambre. Por el contrario, Anna que se despertaba con poca hambre, en esos momentos, le apetecía tomar un buen café y luego ir a la comisaría. Les faltaba poco para llegar a su destino cuando Anna paró a Daniel.

—Tengo hambre Daniel, ¿te parece si antes de entrar desayunamos algo? Creo que nos vendrá bien ir con el estómago lleno por si nos hacen esperar mucho.

Daniel que solo pensaba en entrar en la comisaría, tuvo que reconocer que Anna tenía razón y sin querer el hambre hizo presencia. Se fueron a una cafetería que había en una esquina y pidieron un café y un pequeño bocadillo. A Anna le supo a gloria poder tomar algo caliente y dar un bocado al bocadillo. A Daniel le pasó lo mismo. Acabaron de desayunar y se fueron ahora sí, hasta la comisaria.

Daniel se imaginaba una comisaría al estilo americano. Coches de patrulla aparcados en la puerta y gente entrando y saliendo sin parar. Un edificio antiguo con viejas instalaciones y un bullicio impresionante en el interior de personas hablando. Nada más alejado de la realidad fue lo que la pareja de jóvenes encontró. La comisaría estaba ubicada en un edificio nuevo, amplio y limpio. Pocos coches de patrulla se veían aparcados. Solo indicaba que se trataba de una comisaría por una bandera que estaba cerca de la puerta y por un agente de la ley que vigilaba la entrada.

Los jóvenes se pararon y esperaron a que se pusiera el semáforo en verde para cruzar la calle que los separaba hasta la comisaría. Cuando el semáforo indicó que ya podían pasar, ambos se pusieron a andar y se pararon en la acera para observar con mejor detenimiento el edificio que tenían delante y que en pocos minutos iban a visitar.

Daniel se dio cuenta que empezaba a dudar si sería buena idea remover el pasado y si, en caso de que lo hiciese, alguien le escucharía. Solo había una manera de averiguarlo y esa era entrando en la comisaría y preguntar. Decidió no pensarlo más y empezó a andar. Pilló desprevenida a Anna que tuvo que acelerar su paso para ponerse a la altura de Daniel.

Subieron los escalones que separaba la acera de la entrada a la comisaría y cuando estuvieron a la altura del agente encargado de la vigilancia lo saludaron, más por miedo que por respeto. El agente educadamente se limitó a responderles sin añadir nada más. Abrieron la puerta y se encontraron una estancia inmensa. Si alguien les hubiera dejado ahí con los ojos vendados y ahora les quitasen la venda no pensarían para nada que estaban dentro de una comisaría. Vieron un mostrador que tenía un cartel colgando con la inscripción de información.

La pareja dirigió sus pasos y se situó delante. No había nadie esperando para ser atendido. Una agente con una bonita sonrisa les preguntó en qué podía ayudarles. Daniel no sabía por donde empezar e intuía que, si hablaba, su voz saldría entrecortada dando a entender su nerviosismo.

Anna interpretó perfectamente la situación y decidió ser ella la que hablase con la chica que les acababa de preguntar.

—Buenos días, nos gustaría hablar con el inspector encargado de esta comisaría —dijo Anna del tirón y pensó, ya está, ya lo he soltado, a ver qué nos responde.

La recepcionista los miró y, durante un momento, dudó en que contestar.

—¿Tienen hora de visita? —preguntó.

Daniel sabía que la conversación no iba por buen camino y decidió dar más argumentos para intentar que la secretaria les dejara pasar sin hora de visita.

—No, no tenemos reservada ninguna visita —contestó Anna.

Antes de que la secretaria pudiera decir nada y les denegase el acceso, Daniel habló.

—Vera señora agente, es un asunto importante a nivel personal y, además, no es de un caso actual, sino de uno que ocurrió hace aproximadamente veinte años, no le robaremos mucho tiempo al inspector.

La secretaria se quedó callada al escuchar las explicaciones del joven y lo que en un principio era un no rotundo a dejarles pasar, ahora se había convertido en un quizás.

Se quedó unos segundos valorando si los jóvenes estaban de broma o por el contrario estaban verdaderamente interesados en hablar con el inspector. Estaban preocupados y nerviosos, todo hacia indicar que el interés era verdadero.

—Podéis sentaros en esa sala de espera. En unos minutos os digo algo.

Daniel y Anna se sentaron en la sala que le había indicado la secretaria y se decidieron a esperar.

La secretaria descolgó el teléfono y marcó una extensión. Cuando el interlocutor le contestó, ella le explicó lo que le habían contado los dos jóvenes y mirando a la pareja que esperaba sentada en la sala de espera. Fue asintiendo con la cabeza a los comentarios que estaba recibiendo. La conversación se terminó y la secretaria colgó el teléfono. Con tranquilidad se levantó de su escritorio y rodeándolo se acercó hasta donde estaba la pareja.

—Chicos habéis tenido suerte. El inspector jefe os recibirá en cuanto tenga un hueco esta mañana. Si queréis esperar lo podéis hacer. Solo os pido una cosa.

Daniel y Anna contentos al ser recibidos esa misma mañana pusieron cara seria al pensar lo que les iba a pedir la secretaria.

—Solo os pido que no lo entretengáis mucho. Que seáis directos y concisos. El inspector tiene un carácter complicado y no le gusta que nadie se ande con rodeos.

La pareja asintió y tomó buena nota del consejo que acababan de recibir. La secretaria los dejó solos y se marchó a seguir con su trabajo. Daniel y Anna se quedaron nuevamente solos. Les tocaba esperar y por lo que le había dicho la secretaria, podía tardar bastante tiempo hasta que apareciese el inspector.

Llevaban más de una hora esperando. Habían hecho bien en desayunar. Si no lo hubieran hecho, ahora estarían muertos de

hambre. La sala era amplia y tenía muchos asientos. La gente entraba, se sentaba y al rato salía para ser atendidos.

Daniel y Anna no. Ellos llevaban bastantes horas. La mayoría del tiempo estaban en silencio o consultando el móvil para que la espera se les hiciera mucho más amena.

Cuando estaban inmersos en sus pensamientos una voz que pronunciaba sus nombres les devolvió de nuevo a la realidad. Un hombre joven de unos 35 años vestido con un traje, se asomó a la sala de espera y pronunció sus nombres. Los jóvenes reaccionaron levantándose de golpe y acercándose a ese hombre que les acababa de llamar.

—Buenos días, vosotros debeis ser Daniel y Anna. Soy el inspector García. ¿Me acompañan por favor?

Después de acabar su presentación y sin esperar respuesta de la pareja, el inspector García salió de la sala de espera y empezó a caminar por un pasillo hasta llegar a un despacho donde había una inscripción que indicaba ser el despacho del inspector jefe. La pareja siguió al inspector y detrás de él llegaron hasta el despacho que ocupaba. El inspector abrió la puerta y les indicó con un gesto de la mano que pasaran primero. La pareja lo hizo así y entraron, pero no se atrevieron a sentarse en las dos sillas libres que había.

El inspector entró y cerró la puerta. Con paso enérgico rodeo la mesa del escritorio y se sentó en su silla. Una vez sentado invitó a la pareja a hacer lo mismo en las sillas libres. La pareja obedeció. Parecían dos niños recibiendo ordenes de su padre.

—Y bien, en que puedo ayudaros. Siento la larga espera, pero tengo una mañana muy complicada.

Daniel y Anna se acordaron del consejo que le había dado la secretaria. Ser concisos y claros en lo que tenían que decir. Daniel decidió tomar las riendas de la conversación e ir al grano.

—Vera inspector, no le queremos robar mucho tiempo. Primero gracias por atendernos.

A continuación, le relató el motivo por el cual habían ido esa mañana a verlo.

—Mi padre falleció hace veinte años. En principio fue un accidente —dijo Daniel con un tono de duda—. Mi padre perdió el control con el coche porque iba borracho. La cuestión, inspector, es que mi padre no bebía, quizás alguna copa, pero nunca la cantidad suficiente como para emborracharse. El caso se archivó por falta de pruebas. Por esa misma época, otro hombre residente en este pueblo falleció también en circunstancias extrañas y el caso se archivó también por falta de pruebas. Me gustaría, bueno nos gustaría, poder conseguir más información de lo que se investigó en su momento. Eso es lo que pretendemos.

Daniel después de soltar todo lo que tenía en mente se quedó callado en espera del comentario de inspector.

Anna, a su vez hacía lo mismo. Se había quedado callada en todo momento y se había convertido en una espectadora de lujo de lo que estaba sucediendo.

—Si no he entendido mal, queréis acceder a material archivado para averiguar o saber más sobre el fallecimiento de tu

padre y del otro hombre —dijo el inspector.

Daniel asintió con la cabeza. Tenía las manos juntas y sin darse cuenta le empezaron a sudar por los nervios. El inspector se reclinó en su silla y se mantuvo en silencio durante unos minutos. Quizás estaba meditando la respuesta. Ellos esperaban que no se ofendiese por lo que le había pedido y que no los echara del despacho a patadas. El inspector rompió el silencio y comenzó a hablar.

—Verás chico, según me acabas de decir eso ocurrió hace unos veinte años. En ese tiempo yo tendría unos 15 años, aproximadamente, con lo cual era un crío que para nada sabía que iba a acabar como inspector y menos en este pueblo. La información que me pides es complicada de dar por varios motivos. El primero, porque tiene que estar archivada en los archivos centrales de esta comisaría con lo cual, alguien se tendría que encargarse de buscarlos y entregároslos. En segundo lugar, al ser una información algo delicada, no se si estais preparados para ver y leer lo que se detalla en ella.

Daniel tragó saliva y sin amedrentarse le dijo al inspector que estaba preparado para ver ese expediente.

El inspector volvió a guardar silencio.

—Me has dicho que te llamas Daniel ¿no? —preguntó el inspector.

—Si. Correcto me llamo Daniel.

Anna miraba fijamente al inspector y por extraño que le pareciese le daba la sensación que estaba dispuesto a colaborar.

—Bueno, te veo verdaderamente interesado. Vamos a hacer una cosa. —dijo el inspector.

Daniel abrió los ojos de par en par y sin poder evitarlo se inclinó hacia delante para escuchar mejor lo que le iban a decir. El inspector comenzó a hablar.

—El inspector al que yo sustituí por jubilación estuvo a cargo del puesto durante muchos años. No sabría decirte cuántos, pero creo que por fechas él tuvo que hacer la investigación del fallecimiento de tu parte y por ende la del otro hombre. Benítez que es como se llama, se encuentra jubilado y reside en el pueblo. Con él tengo una buena amistad, ya que desde el principio me lo puso fácil para ser su sustituto. Yo personalmente solo os puedo buscar los expedientes, pero creo que habría otra cosa que os serviría de más ayuda. Me pondré en contacto con Benítez y le contaré vuestro caso. Le pediré que me explique lo que recuerda de él, y en caso de que esté interesado en hablar con vosotros, yo le daré el número de contacto que tú me des —dijo señalando a Daniel—, y así podréis tener una entrevista. En caso de que Benítez lo considere oportuno le dejaré a él la documentación para que os la pueda explicar mejor.

Anna y Daniel no salían de su asombro. Habían conseguido mucho más de lo que habían imaginado en un primer momento. La espera de tantas horas en la sala había tenido su recompensa.

Daniel en seguida contestó que le parecía una buena idea y acto seguido le pidió un papel y un bolígrafo al inspector. Este cogió un trozo de papel y se lo entregó a Daniel junto con el bolígrafo. Daniel lo cogió y sin esperar más, apuntó su nombre y su número de móvil.

El inspector García recuperó el papel y miró lo que había escrito el joven. Lo entendería perfectamente.

Antes de que Daniel pudiera decir algo, el inspector se puso en pie y los jóvenes por inercia le imitaron.

—Bueno, haremos lo acordado. Hablaré con Benítez y si lo considera oportuno se pondrá en contacto contigo. Ahora si me disculpáis tengo otros asuntos que tratar.

La pareja se sorprendió al ver como la conversación había acabado de esa manera tan brusca y sin nada más que decir ni hacer, se dirigieron a la puerta y una vez habían salido de ella, la cerraron con cuidado de no dar ningún portazo.

La pareja recorrió el camino de salida y antes de cruzar la puerta que los pondría en la calle, Daniel se detuvo y se acercó al mostrador.

—Gracias por su colaboración. Muchas gracias —dijo Daniel a la secretaria.

Ella, con una sonrisa, le devolvió el agradecimiento. Daniel y Anna abrieron la pesada puerta de la calle y una vez ya fuera de la comisaría pudieron respirar con cierta tranquilidad. Ahora les volvía tocar esperar para poder seguir avanzando.

El detective vio como la pareja se introducía en la comisaría. Estaba sorprendido. Desde que había llegado Daniel a Sitges había empezado a comportarse de una forma muy diferente a lo que solía hacer en Barcelona. Primero, salir por la noche a pasear hasta altas horas de la madrugada, haciendo fotografías en principio a lugares o

espacios sin sentidos y ahora, había entrado en la comisaría del pueblo.

Durante unos segundos dudó si Daniel había descubierto que le estaba siguiendo, pero en seguida descartó esa posibilidad. Había tomado todas las precauciones y aún más, para no ser descubierto, con lo cual, el motivo por el que Daniel había ido a la comisaría tendría que haber sido otro.

La pareja estuvo prácticamente toda la mañana dentro del cuartel de la policía. Él tuvo que hacer guardia y pasar un calor terrible, en espera de que volvieran a salir. Aprovechó para llamar a Rodrigo y ponerlo al día de sus investigaciones.

Rodrigo escuchaba lo que el detective le iba contando. Y, de vez en cuando, cortaba la conversación para hacer alguna pregunta más concreta que Salva respondía ampliándole la información. Después de ponerlo al día, Salva colgó la llamada y se guardó el móvil.

—¡Por fin! —dijo—, al ver a la pareja salir por la puerta de la comisaría.

Horas, muchas horas se habían pasado dentro. Como le gustaría saber lo que había ocurrido dentro. Sabía que eso era imposible así que se resignó a volverlos a seguir.

Ron se despertó a las doce de la mañana. Solía despertarse aún más tarde, pero teniendo en cuenta el trabajo que tenía pendiente de hacer para Fidel, decidió despertarse antes. Con cierta resaca se levantó, duchó y se tomó un café.

No le apetecía conducir y más tener que buscar aparcamiento así que bajo hasta la calle y pidió un taxi. El taxista le pidió la dirección

de destino y Ron le dio una dirección cercana al apartamento de Daniel. El taxista sin preguntar más, se puso en marcha y se dirigió hasta su destino. Ron agradeció que el taxista llevase el aire acondicionado puesto y disfrutar de un poco de fresquito durante el trayecto. En menos de quince minutos, el taxista puso los cuatro intermitentes y le indicó a su pasajero que habían llegado.

Ron miró por la ventana para ver como estaban distribuidos los bloques de pisos y sin dejar de mirar, le pidió la cuenta al taxista. Este le indicó el precio y Ron pagó la carrera dejando una propina de tres euros.

Abrió la puerta del taxi y se bajó. Lo primero que notó fue el calor intenso que hacía. Con lo bien que se estaba en el taxi, pensó Ron.

El taxista en pocos segundos desapareció y Ron se quedó solo en la acera. Conocía la zona, con paso algo cansino puso rumbo a la dirección donde se hospedaba el chaval. Llegó en pocos minutos y con disimulo buscó un bar donde poder tomarse un refresco y poder vigilar la entrada del edificio.

Alrededor de las dos, una pareja de jóvenes entró en el edificio y Ron inmediatamente identificó a Daniel y a su pareja.

Localizados, pensó Ron. Llevaba dos refrescos mientras había esperado a que Daniel apareciese. Todavía con la mitad del segundo pendiente de tomar, decidió acabárselo con tranquilidad. Mientras lo hacía iba dándole vueltas a como realizar su trabajo.

Tenía la sensación que la pareja no se separaba ni un segundo, con lo cual lo que le ocurriese al chaval le ocurriría a la chica también.

Intentaría evitarlo, pero si llegado el momento no podía, tendría que hacerlo.

Salva siguió también a la pareja hasta su apartamento y se dispuso a comer algo. Tenía hambre, tenía calor y empezaba a estar cansado.

Buscó un bar y se dirigió a él para tomar algo. Pasó al lado de un hombre que por su aspecto le llamó ligeramente la atención. Tuvo la impresión que ese tipo estaba en un lugar no adecuado para el porte que tenía. Su aspecto desentonaba con el resto de personas que solían frecuentar ese tipo de bares. Si hubiera estado en un restaurante de cierto nivel no le hubiese llamado la atención, pero ahí, sí.

Pasó a su lado y se dirigió a una mesa que estaba libre al lado de la ventana y cogió la carta que estaba en una esquina para ver que podía tomar. Una camarera apareció con un pequeño cuaderno y tomó nota de lo que Salva le fue dictando. Un bocadillo de lomo con queso y una Fanta naranja fue lo que pidió.

La camarera se fue después de tomar nota y a los pocos minutos volvió a aparecer para dejar sobre la mesa del inspector la lata de Fanta naranja y un vaso con tres cubitos de hielo. Salva abrió la lata y vertió parte del líquido en el vaso. Dio un buen trago y una vez que había dejado el vaso en la mesa miró disimuladamente al tipo raro que estaba también en el bar.

Su actitud parecía normal, pero su aspecto era lo que no le cuadraba. Con disimulo sacó su móvil y empezó a consultarlo. Tenía que intentar sacar una fotografía de ese individuo e intentar averiguar algo sobre él por si le pudiera resultar de ayuda.

Como quien no ve bien el móvil, el detective lo levantó y aprovechando el momento oportuno consiguió hacer un par de fotografías al individuo. Antes de guardarse el móvil comprobó que se veía bien y que se pudiera identificar.

El bocadillo llegó y el detective no dudó en empezar a comer. Mientras masticaba el primer bocado el tipo que le había parecido sospechoso dejó el dinero en la mesa y se marchó. No había pedido ni la cuenta. Simplemente dejó lo que él consideraba que había consumido y se marchó sin decir nada.

Salva decidió no esperar más y volvió a sacar el móvil. Se metió en la aplicación de mensajería e insertó las fotografías que había acabado de hacer y las envió a sus compañeros de despacho. Les escribió un pequeño mensaje de texto: necesito información de este tipo. Lo que sea.

Decidió acabarse el bocadillo con tranquilidad y aprovechar el momento para descansar hasta que volviese a poner en activo para seguir al chaval.

Estaban agotados. Habían soportado mucha tensión en la comisaria. Solo les quedaba esperar a que ese tal Benítez se pusiera en contacto con ellos en el caso que lo considerara oportuno. Esperar, volver a esperar. Estaban tan cansados que no les apetecía volver a salir y menos buscar un restaurante donde poder comer. Volvían a tener hambre así que decidieron pedir comida a domicilio. Llamaron a una pizzería y después de hacer el pedido Daniel dejó el móvil en la mesa del comedor y se volvió a sentar en el sofá junto a Anna.

Ni veinte minutos tardó en llegar la comida. Abrieron al pizzero y cogieron su pedido. Se sentaron en el sofá y allí mismo se pusieron a comer.

La mañana y tarde había sido especialmente calurosa, pero, poco a poco, empezaron a aparecer unas nubes que no presagiaban nada bueno. A medida que pasaban los minutos las nubes se fueron haciendo más intensas y unos relámpagos empezaron a iluminar el cielo. Por momentos parecía que se había hecho de noche y después de varios relámpagos, empezó a sonar el estruendo de los truenos.

Anna se sobresaltó con el primero y Daniel se levantó para asomarse y ver como se estaba poniendo la tarde y la noche. Daba la sensación de que iba a caer un diluvio. Las primeras gotas no se dejaron esperar y poco a poco la intensidad de la lluvia fue creciendo. Anna se levantó y se puso al lado de Daniel.

—Si sigue el tiempo así, creo que esta noche no deberíamos salir a pasear por la playa —dijo Anna.

—Tienes razón. Hoy hace noche de estar aquí tranquilitos los dos.

La tormenta empezó a coger fuerza y no tenía pinta de escampar, al menos hasta pasadas unas buenas horas. Por suerte el tiempo refrescó con la lluvia y el calor sofocante e insoportable se convirtió en un calor más llevadero.

Salva, al ver como empezaban a caer las primeras gotas de agua, también dedujo que esa noche sería una noche de lluvia.

Tenía dos opciones. Soportar escondido la lluvia o irse a su piso y descansar. La obligación le decía que tenía que permanecer ahí vigilando, pero la lógica le decía que la pareja no saldría ya hasta el día siguiente.

Decidió hacer la mitad de las dos opciones. Esperaría hasta las once de la noche y si llegado ese momento la pareja no aparecía por la portería, se marcharía a su piso a descansar. Tal y como lo había pensado, llegó las once de la noche y la pareja no daba señales de salir. La lluvia seguía cayendo con fuerza y de tanto en tanto un trueno se escuchaba en el horizonte. No lo pensó más y se marchó a su piso.

La pareja decidió no salir esa noche. Ni a cenar, ni a pasear por la playa. La cena tal y como habían hecho a la hora de comer la pidieron a domicilio. Daniel y Anna aprovecharon para volver a repasar las fotografías que habían hecho la noche anterior. La conclusión a la que llegaron fue a la misma. No había nada que les pudiera servir.

—Que triste está la noche —dijo Anna.

Daniel asintió. En esos momentos tenía su mente puesta en Benítez. Les llamaría o no les llamaría.

Cenaron y se pusieron a ver la tele. Por raro que les pareciese daban una película que les gustaban. Ya la habían visto, pero como a los dos les había gustado en su momento, decidieron volver a verla.

La noche transcurrió tranquila. La pareja viendo la película mientras escuchaban llover. Cuando llegó la hora de irse a dormir

ambos se levantaron y se tumbaron.

La mañana había sido muy intensa, pero la tarde había sido muy tranquila, rozando el aburrimiento y es que estar de vacaciones y quedarse en casa era contradictorio y más para una pareja joven como ellos con ganas de hacer cosas.

No tardaron en quedarse dormidos. Daniel pensando en Benítez y Anna escuchando el repicar de la lluvia en la ventana.

Un mensaje despertó a Salva. Por su profesión había aprendido a tener los sentidos siempre alerta. Había dejado el móvil en la mesita de noche y alargando el brazo lo cogió y lo primero que hizo fue mirar la hora. Las siete y media de la mañana.

Buena hora para despertarse, —pensó. El mensaje era de un compañero de despacho. Se incorporó ligeramente de la cama y abrió el mensaje. Era información del tipo que había visto el día anterior en el bar.

Decidió sentarse en la cama y leer tranquilamente el texto que le había escrito su compañero.

“Tipo conflictivo. Lios legales y mucho más. Llámame cuando puedas...”

El mensaje estaba bien claro. Era un tío problemático. Volvió a leer el mensaje y sin dudarlo llamó al compañero que se lo había mandado.

—Buenos días Marcos —dijo Salva.

—Perdona que te haya mandado el mensaje tan pronto pero ese tío es peligroso.

A continuación, le empezó a relatar todo lo que había averiguado de él.

—Ese tipo lo conocen con el nombre de Ron. Actualmente es el propietario, por así decirlo de una discoteca de éxito del pueblo. ¿Como ha conseguido el dinero para comprarla? Nadie lo sabe y nadie pregunta. Ha tenido muchos problemas con la ley desde hace muchos años. Traficante de poco calibre cuando era joven, robos menores, peleas callejeras y muchos muchos fraudes. Curiosamente, siempre ha salido absuelto y es que siempre ha contado con la ayuda de uno de los mejores abogados de Sitges. Uno de esos abogados que poca gente puede pagar sus honorarios. Investigando al bufet de abogados hemos podido averiguar que forma parte de un consorcio de negocios siendo el dueño o responsable máximo un tal Fidel. Empresario de renombre en la zona con un capital inmobiliario y monetario inmenso. Se podría decir que él solo, podría comprar todo Sitges.

Salva no daba crédito a toda la información que estaba recibiendo. El día había empezado pronto y con una información de gran utilidad. Salva le lanzó una pregunta:

—¿Algún colaborador de ese tal Ron en sus fechorías?

Marcos contestó enseguida.

—Si uno —dijo y prosiguió contando lo que sabía—. En la mayoría de casos en que había estado metido en líos siempre estaba también un individuo conocido con el nombre de El Manco. Este apodo le viene dado por la falta de un par de dedos de la mano derecha. El motivo no lo hemos podido averiguar, pero seguro que está relacionado con algún ajuste de cuentas. El Manco era el que

siempre pagaba los platos rotos. Ron salía indemne de todo en lo que se metía y el Manco pasaba más tiempo en la carcel que en la calle. Actualmente, es el responsable de seguridad de la discoteca que dirige Ron, con lo cual podemos intuir que es su esbirro personal que le soluciona las papeletas más delicadas.

—¿Tienes una foto del tipo? —preguntó Salva.

—Si. Ahora cuando cuelgue te la mando.

Marcos concluyó su relato invitando a Salva que, en caso de tener que pedir soporte, no dudara en hacerlo y que en cuanto terminara la conversación, le mandaría la fotografía que le acababa de pedir.

La conversación llegó a su fin y ambos colgaron la llamada prácticamente a la vez. Antes de que Salva se acabara de levantar, ya tenía la fotografía del Manco en su móvil. Abrió el fichero y miró la fotografía.

Se notaba que el tipo había tenido una vida complicada. Estaba seguro que era más joven de lo que aparentaba, pero las arrugas de quizás el sufrimiento que había soportado durante su vida, así como una cicatriz bastante grande, le hacían parece mucho más mayor. Desde luego tenía pinta de ser un tipo no muy inteligente, pero si duro.

Intentó memorizar la cara del Manco y después volvió a dejar el móvil encima de la mesita, se fue a la cocina para prepararse un café, para posteriormente ducharse, vestirse y seguir con su trabajo.

Mientras se dirigía a su puesto de observación decidió volver a llamar a Rodrigo para ponerle al día de los últimos acontecimientos. Rodrigo cada vez estaba más convencido de que

el chaval corría peligro. Salva intentó tranquilizarlo, pero tuvo que reconocer una cosa. Él solo no podría vigilar al chico todo el tiempo que fuese necesario durante tantos días, así que le dijo a Rodrigo que trasladaría a otro compañero de su despacho, concretamente a Marcos que era quien le había facilitado la última información, para así entre los dos hacer un seguimiento mucho más amplio.

A Rodrigo la decisión que acababa de tomar Salva le pareció muy acertada, y algo más tranquilo, colgó el teléfono. Salva reflexionó. Contaban ahora con dos tipos que eran peligrosos y que podían estar interesados en hacer daño al chaval y a parte de eso, había un tercero con gran poder tanto a nivel económico como a nivel de influencia que podría resultar un gran problema llegado el momento.

No lo pensó más y llamó a Marcos. Le comentó la decisión que acababa de tomar y este lo entendió perfectamente. Marcos al colgar la llamada se dirigió a su casa para preparar la maleta y coger el coche para poner rumbo a Sitges. Su intención era llegar esa misma mañana.

Salva se quedó más tranquilo. Le costaba reconocer que él solo no podría llevar el seguimiento de los chicos. Lo primero era la salud del chaval y si para eso tenía que pedir ayuda, la pedía.

Mientras había mantenido esas conversaciones Salva ya se había situado en su puesto de observación con la intención de ser la sombra del chaval.

La noche había sido una noche de lluvia intensa, pero a las cinco de la madrugada la lluvia había empezado a aflojar y a las siete las nubes desaparecieron y los rayos de sol empezaron a calentar el ambiente.

Para cuando Salva había salido a la calle solo algún charco recordaba la lluvia que había caído. El sol volvía a calentar y lo hacía con gran intensidad.

Fidel se había despertado también temprano. No había pasado buena noche. La tormenta y la lluvia no le gusta en absoluto, pero aún menos en verano. Las pesadillas le hicieron pasar la noche inquieto. Sudaba y se despertó en numerosas ocasiones. El pasado volvía aparecer en su memoria y solo deseaba que fuese de día para poder levantarse. Su mujer seguía acostada y él al ver los primeros rayos de sol no lo dudó y se levantó.

El servicio empezaba a funcionar también y él, bajando las escaleras, se introdujo directamente en su despacho.

Cogió el móvil y llamó a Ron. Sabía que era muy pronto para que lo encontrase despierto, pero no le importó. Tuvo que repetir la llamada en tres ocasiones hasta que una voz algo dormida sonó por el otro lado del móvil de Fidel.

—Ron. Despierta —dijo Fidel.

Ron al escuchar la voz de Fidel no tuvo más remedio que despertarse de golpe.

—Dime Fidel

Fidel no se anduvo con rodeos y le preguntó como llevaba el tema. Ron le explicó que había localizado al chico y que en breve tomaría cartas en el asunto. Como no sabía que más contarle y al ver que era poca información mintió a Fidel al decirle que el Manco le estaba ayudando con el seguimiento.

A Fidel no le hizo especial gracia el involucrar al Manco en el asunto, pero era consciente que una persona sola no podría seguir al chico durante todo el día.

—Mantenme informado —sentenció Fidel y acto seguido terminó con la llamada.

Fidel se quedó pensativo. Esperaba que todo fuese bien y si había problemas él mismo intervendría. Quería evitarlo a toda costa, pero si no había más remedio lo haría.

Por su parte Ron se puso bastante nervioso. No le gustaba mentir a Fidel. Sabía que este, de una forma u otra, siempre averiguaba la verdad, así que para que la mentira no se alargase más, llamó al Manco enseguida.

El Manco al igual que Ron estaba dormido así que tuvo que hacer un gran esfuerzo para descolgar el teléfono y poder hablar. Ron le explicó lo justo que tenía que saber al Manco para hacer su parte de trabajo y este sin pedir más explicaciones colgó el teléfono y se vistió lo más rápido que pudo y se dispuso a cumplir con su parte del trabajo.

El inspector García llegó a las nueve a la comisaría y pidió a su secretaria que buscase el expediente del padre de Daniel y del otro suceso que había acontecido por aquella época también. Sabía que la tarea que le había mandado hacer, era una tarea que a nadie le gustaba. Bajar hasta el sótano y buscar entre expedientes tan antiguos, suponía una pérdida de tiempo bastante grande, haciendo que la faena que estuviese realizando en ese momento se fuese acumulando.

A la vez que pedía esa documentación a su secretaria, el inspector buscó el teléfono personal de Benítez y una vez lo tenía localizado en su agenda lo marcó. Solo después de tres tonos, una voz que denotaba una edad avanzada, contestó a la llamada. Después de los saludos típicos de dos ex compañeros de trabajo, el inspector García pasó a relatarle lo que le había ocurrido el día anterior con un chaval que había ido a hablar con él. Benítez prestaba atención y durante un momento no caía en el caso del que le estaba hablando el inspector. Cuando García le puso un poco más en situación, Benítez recordó, perfectamente, el caso. Habían pasado muchos años, pero ese caso jamás lo olvidaría. Era uno de los pocos que no había conseguido resolver. Como olvidarlo. Le sorprendió que el hijo, pasado tantos años, se interesase por lo que ocurrió en su momento. Era cierto que el chaval era pequeño cuando todo ocurrió y ahora ya tendría una edad como para interesarte en lo que aconteció verdaderamente. Él mismo, habría hecho lo mismo, pensó Benítez.

El inspector García le comentó a Benítez que había hecho buscar a su secretaria los dos expedientes de los casos que el chaval, el tal Daniel, le había pedido información. Benítez asentía mientras escuchaba a García. Por último, el inspector le dijo que se había quedado con el número de teléfono de Daniel, por si consideraba oportuno llamarlo. Benítez pidió a García que esperase un momento.

Dejó el móvil en la mesa y con el paso lento por la edad buscó un papel y un bolígrafo.

García permanecía a la espera y a los pocos minutos la voz del anciano volvió a sonar. Dame el número de teléfono García. El inspector procedió a decírselo y el anciano, con una mano algo temblona, apuntó cada número que le había dicho. Cuando lo tuvo apuntado se lo volvió a repetir a García para asegurarse que lo había anotado bien. Estaba correcto, era anciano, pero todavía coordinaba bien. Se dijo Benítez. Ambos se despidieron y colgaron la llamada. Un torbellino de sentimientos invadió a Benítez. Recuerdos del pasado. La llamada había dejado exhausto a Benítez. Cuando colgó el teléfono buscó una silla donde poder sentarse y recobrar un poco el aliento. Su mujer Dolores, que andaba por el piso se sorprendió al ver a su marido tan decaído. Decidió acercarse y preguntarle que le pasaba. Benítez tardó en contestar. Su mente trabajaba en el pasado intentando recordar el máximo número de detalles de aquel caso que le ocupó durante muchos meses y que por desgracia no se pudo esclarecer.

Siempre había mantenido la teoría del asesinato, pero al no conseguir pruebas, se tuvo que archivar por la falta de pruebas. Dolores esperaba que Benítez le contase lo que le pasaba. Este, al ver que su mujer seguía esperando una respuesta, se decidió a contarle lo que acababa de ocurrir. Le indicó una silla y ella la separó y se sentó. Benítez puso al día a su mujer.

Ella, que muchos años había soportado los casos de su marido como propios, hizo memoria y recordó aquel que tanto preocupó a su marido en el pasado. Recordaba a la esposa del fallecido y todo lo que tuvo que trabajar e investigar su marido para intentar resolverlo, pero al fin, tal y como le acababa de recordar Benítez, el caso se archivó. Dolores también se quedó pensativa.

Podía entender la actitud del chaval al querer indagar más en lo ocurrido, pero pensaba más en su marido, en la decisión que debía tomar. Llamar y tener una entrevista con el chaval o dejar las cosas tal y como estaban. No era una decisión fácil, volver a recordar el pasado no siempre resultaba agradable y Benítez retirado hacía unos años, ya había conseguido por fin desvincularse de la policía y vivir una vida tranquila, sin preocupaciones junto a su mujer. Benítez se levantó y dejó a su mujer sola sentada. No sabía bien donde iba a ir, pero se fue hacia la puerta y sin un rumbo fijo decidió dar un paseo de buena mañana.

Pensaba mejor caminando que sentado, así que, aprovechando que todavía no hacía mucho calor, se fue a pasear. Se encontró con varios vecinos que le saludaron amigablemente interesándose en su salud y despidiéndose a continuación. Benítez seguía paseando y su mente seguía trabajando. Se detuvo y encontró la respuesta que estaba buscando. Llamaría al chaval y le daría la oportunidad de saber todo lo que pasó y todo lo que consiguió averiguar. Era el hijo del fallecido, con lo cual tenía derecho a saber toda la información de primera mano. El inspector García ya había solicitado los expedientes, con lo cual, decidió pasarse esa misma mañana por la comisaria para recuperarlos y así poder enseñárselos al joven.

Tomada la decisión, decidió poner rumbo de nuevo a su casa para informar a su mujer. Seguro que se habrá quedado preocupada. Con pasos más rápidos llegó hasta su casa y, una vez en la portería, entró y la llamó. Ella, apareció en seguida y le preguntó como se encontraba.

—He decidido darle la oportunidad al chaval de que conozca todo lo que pasó y se investigó sobre la muerte de su padre —dijo Benítez.

—Me parece lo más sensato —contestó Dolores.

—Me voy a la comisaría a recoger una documentación. Volveré antes de la hora de la comida.

Tal y como le acababa de decir a su mujer, Benítez volvió a salir de su casa y se montó en el coche. Con la edad, conducir cada vez le gustaba menos, pero la comisaría le pillaba bastante lejos y no tenía ganas de andar tanto. Además, que llegaría muy tarde a la comisaría y luego no llegaría tampoco a la hora de comer a casa. Arrancó el coche y con la tranquilidad de tenerlo todo hecho, se dirigió hasta la comisaria.

Al cuarto de hora aproximadamente Benítez llegó. Su coche era conocido por todos ya que hacía muchos años que tenía el mismo. Como privilegio por haber sido inspector aparcó donde los coches patrulla. Nadie le diría nada, al contrario, había dejado muchos amigos y se alegrarían de verlo. Paró el coche y abriendo la puerta de par en par fue saliendo muy lentamente. En seguida se encontró con compañeros que se le acercaron para saludarlo y abrazarlo. Todavía no había subido a la comisaria cuando estaba rodeado de viejos compañeros que habían trabajado con él codo a codo en muchos casos.

Así estuvo durante unos diez minutos hasta que los policías todavía en activo se fueron marchando para seguir trabajando. Con paso lento y sujetándose a la barandilla, Benítez fue subiendo las escaleras hasta llegar a la puerta. El agente que se encargaba de la

vigilancia de la entrada era un chico joven que no conocía al hombre que acababa de subir por las escaleras, así que, sabedor del peso de la puerta, se ofreció para ayudarlo a abrirla. Benítez se lo agradeció.

Conocía a mucha gente, pero también se habían incorporado muchos agentes nuevos a los que no conocía. Entró en la comisaria y sin pasar por información se introdujo dentro de las dependencias privadas de la policía. La secretaria fue a darle el alto, pero, un compañero suyo le avisó de quien era y prefirió no decir nada y dejarlo pasar.

Más compañeros se le acercaron para repetir lo que había ocurrido en el aparcamiento. Saludos y más saludos se iban produciendo. Interés por como le iba la vida, como estaba de salud fueron las conversaciones que más se repitieron. Benítez decidió ir cerrando conversaciones y a uno de sus ex compañeros le preguntó si García estaba en su despacho.

No quería entrar sin ser avisado, así que pidió a su excompañero que avisara de su presencia. El excompañero se dirigió hasta el despacho de García y picó a la puerta. Se escuchó un adelante y el policía entró. Benítez vio una silla libre y se sentó.

El policía salió del despacho y guiñó el ojo a Benítez. Segundos después el propio inspector apareció por la puerta y se dirigió hacia donde Benítez se había sentado y que al ver aparecer al inspector se levantó lo más rápido que sus piernas le permitieron.

Se saludaron efusivamente y García le invitó a pasar a su despacho. Cuando ambos se encontraban dentro García cerró la puerta. Benítez antes incluso de que el inspector se sentara, ya lo

había hecho. Había sido su despacho durante muchos años. La mesa, estanterías, objetos que había utilizado en infinidad de ocasiones.

Observó también que el nuevo inspector había hecho algunos cambios que por otra parte lo consideraba normal. Había que modernizar ese despacho y darle un toque algo más actual y juvenil. Fotografías de la familia de García, así como algún que otro trofeo decoraban ahora el despacho. La silla del inspector también había sido cambiada por una que parecía mucho más cómoda y por supuesto moderna.

García se dirigió a su silla y rodeando la mesa se sentó. Guardó silencio durante unos minutos mientras observaba al viejo comisario repasar el despacho. Era su momento. Miles de recuerdos invadirían la mente del anciano que tenía sentado al otro lado de la mesa. García garraspeó y llamó la atención de Benítez que rápidamente se disculpó por su silencio y le comentó como recuerdos del pasado habían vuelto a su memoria.

—Voy a pedir a mi secretaria a ver si ha encontrado los expedientes y en caso de ser afirmativo que nos los traiga.

Benítez asintió.

García marcó una extensión y habló con su secretaria. Benítez no pudo averiguar por la conversación si los habían encontrado o no. García comentaba con Benítez la extrañeza al ver al chaval aparecer y preguntar por un caso tan antiguo y cerrado. En medido de esa conversación se encontraban cuando alguien picó a la puerta.

Acto seguido y, sin que nadie dijera nada, desde el interior del despacho abrió la puerta y entró la secretaria con una caja y con bastante documentación en el interior. Saludándolos dejó sobre la mesa la caja y dijo:

—Aquí está toda la documentación de los dos casos que me pediste —dijo hablando directamente al inspector García—. Los expedientes los he metido en esta caja para que sea más fácil de transportar.

García agradeció el gesto de su secretaria y con un gracias, ella dio la vuelta y salió del despacho cerrando la puerta. Benítez no recordaba que hubiera tanta documentación de los dos casos.

—Aquí tienes la documentación —dijo García.

—Gracias —contestó Benítez.

—Sabes que, como normal general, esta documentación no puede salir de la comisaría si no es en manos de un agente en activo, pero teniendo en cuenta las circunstancias y tratándose de ti, voy a hacer una excepción. Estos casos los llevaste personalmente con lo cual en cierta forma te pertenecen —dijo García.

Benítez agradeció la consideración que García estaba teniendo con él y así se lo hizo saber. El actual inspector se interesó en los pasos que iba a hacer el antiguo inspector y este, sin ningún problema, le comentó sus intenciones. Lo primero que haría sería volver a leer la documentación para refrescar su memoria ya cansada por la edad y por los años que hacía que habían ocurrido los hechos. Luego se citaría con el chaval y respondería a las

preguntas que este se decidiese a hacer. A García le pareció muy sensata la actitud de Benítez.

De igual modo, le comentó que, tan pronto hubiese acabado con lo que tenía pensado hacer, devolviese los expedientes para que se volvieran a archivar en su sitio. Benítez se levantó dando por finalizada la visita y se dirigió hasta la caja donde intentó cogerla. Pesaba bastante y tuvo que hacer un gran esfuerzo para levantarla. Al ver el gesto que había hecho Benítez, García le comentó que un agente se la acercaría hasta el coche. El gesto le pareció bien, y se lo agradeció.

Un agente que había sido avisado por García entró en el despacho y cogió la caja.

Los dos inspectores se dieron un abrazo y Benítez comenzó a seguir al agente que llevaba la documentación hasta la puerta de salida. El agente amablemente le preguntó donde tenía aparcado el coche y Benítez se lo señaló.

Bajaron las escaleras, cada uno a la velocidad que les permitía las piernas, y Benítez sacando las llaves del coche lo abrió. El agente le preguntó donde prefería que le dejara la caja y Benítez le contestó que en el asiento del copiloto. Tal y como se lo había indicado, el agente dejó la caja en el asiento y dada por finalizada su tarea se despidió del anciano. Este se subió al coche y cerró la puerta. Antes de arrancar el coche y poner rumbo a su casa miró la caja y pensó en el trabajo que tenía por delante. Bueno, será como volver a ser un agente en activo durante unas cuantas horas o días. Su vida sedentaria y tranquila se vería interrumpida, pero en cierto

modo lo agradecía. Se distraería un rato. Arrancó el coche y se fue a su casa.

Salva ya estaba en su puesto de vigilancia. Contaba con que su compañero Marcos no llegase muy tarde. Quería hablar con él en persona para organizar las vigilancias. Había sido una buena decisión el poder contar con su ayuda y más ahora que parecía que más personas aparecerían para poner en apuros al chaval.

En esos pensamientos se encontraba cuando una cara le llamó la atención. Una cara que nunca había visto en persona, pero sí en fotografía. Era el Manco. Se le veía algo despistado y buscaba un sitio donde ponerse. Sin mucho cuidado miraba la portería de Daniel y los alrededores para poder ubicarse bien. Se le veía un tipo peligroso. Ahora sí que parecía que la situación se estaba complicando.

La pareja todavía no había aparecido con lo cual interpretaba que estaban en el apartamento, ajenos a lo que estaba ocurriendo en la calle.

Por fin el Manco se ubicó y Salva decidió no perderlo de vista. Era una pieza clave para mantener la integridad del chico en buen estado. El móvil del detective sonó y metiendo la mano en el bolsillo lo sacó y contestó. Era Marcos, le indicaba que ya estaba en el pueblo y que estaba buscando aparcamiento. Tan pronto dejara el coche iría a reunirse con él. La situación estaba tranquila, así que en previsión de que Marcos apareciera en cualquier momento Salva decidió ponerse en un sitio más separado para poder hablar con él

sin que nadie pudiera verlos. Mientras la pareja siguiese en casa todo estaba controlado.

El teléfono de Salva volvió a sonar y Marcos le indicó que estaba a escasos metros de donde se encontraba. En pocos minutos ambos estaban frente a frente. La conversación que podían tener era corta con lo cual Salva le dio un juego de llaves del piso y le indicó a Marcos que se instalase y que cuando él le avisara le relevase de la vigilancia. Puso en conocimiento a Marcos de la presencia del Manco y le indicó en que lugar estaba realizando la vigilancia.

Marcos cogió las llaves que le había dado Salva y se fue a instalar en el piso que ahora compartiría con su compañero de trabajo.

Daniel estaba en la cocina preparando algo de café. Anna por su parte había decidido darse una ducha de agua templada. La noche había resultado rara. La lluvia y la humedad había desaparecido y un día espléndido volvía a lucir en el pueblo. Daniel estaba pendiente del móvil, quería recibir una llamada de un número que no estuviese en su agenda para tener la posibilidad que fuera el inspector que había investigado el caso de su padre. Anna salió de la ducha y fue directamente a la cocina.

Ambos desayunaron y se vistieron. Habían pasado la tarde anterior en el apartamento y les apetecía salir y que les diera el aire. No aguantaban más dentro de esas cuatro paredes. Tal y como habían planeado, bajaron a la portería de su edificio y decidieron dar una vuelta por la zona.

Daniel llevaba su nueva cámara de fotografía colgada al cuello. Había decidido no quietársela de encima siempre que pisara la

calle. La había comprado y le había costado una pasta y pensaba amortizarla desde el primer día. Anna lo miraba con cara de enamorada. Estaba tan guapo Daniel.

Sitges nunca dormía, eso era cierto, pero para jóvenes como ellos pasar una semana allí de vacaciones ya era suficiente. No eran de salir de fiesta por la noche, con lo cual en una semana ya podían recorrer el pueblo y cansarse hasta de visitar las mismas calles.

Tenían el juego, eso era cierto y ese era el motivo por el cual estaban allí. Si conseguían resolverlo antes se podrían marchar y pasar el resto de las vacaciones en cualquier sitio que no fuese ese.

Paseaban sin rumbo, mirando tiendas y dejándose llevar por las calles estrechas de la zona antigua. Llevaban dos sombras, pero en ningún momento ellos se percataron de su presencia.

El Manco siguiendo a los jóvenes y el detective siguiendo al Manco y vigilando a la pareja. Parecía un juego de pilla pilla.

Salva sabía que el Manco no iba a actuar con tanta gente delante, pero le interesaba saber su forma de actuar para preveher posibles movimientos estraños.

La pareja se paró en un bar y se tomaron algo para comer.

El Manco atrevido como parecía ser, se metió en el mismo bar y decidió comer en una mesa cercana a la pareja. Era una actitud muy poco sensata, pensó Salva. Si Daniel o Anna por cualquier motivo reparaban en su presencia, podría ponerlo en evidencia. No ahora, si no en otra mala decisión que tuviese el Manco de acercarse demasiado a ellos.

Salva fue más prudente y prefirió vigilar al trío en la distancia.

La pareja pidió algo para picar y en pocos minutos la mesa se llenó de platos pequeños. Mientras iban picoteando Daniel se fijó en el personal y la clientela que había en el bar. Sin saber porque, se fijó en un hombre al que le faltaban unos dedos y que tenía una cicatriz bastante pronunciada en la cara.

Disimulando Daniel se acercó a Anna y le susurró al oído la presencia de ese hombre extraño. Anna giró con delicadeza su cara y comprobó que la descripción que le acababa de hacer Daniel concordaba perfectamente con el aspecto del individuo. No sabía porqué, pero durante unos segundos notó que el hombre los miraba. No lo hacía con descaro, sino más bien con disimulo, cosa que le llamó aún más la atención y que hizo que avisara a Daniel.

Algo no cuadraba, no sabía bien el qué, pero algo no cuadraba. Siguieron comiendo, pero algo más inquietos, como si notasen la presencia de alguien que los vigilaba.

El Manco que tenía más hambre pidió un plato combinado con una cerveza bien grande.

A Salva le tocaría esperar hasta poder comer algo.

La pareja de jóvenes terminó de comer y pagaron la cuenta. Recogieron lo poco que llevaban y salieron del bar.

El Manco tubo que acabar de comer su plato más deprisa de lo normal si no quería perder el rastro de la pareja. La cerveza se la bebió, prácticamente de un trago. Pagó y se marchó a la calle.

Durante unos segundos había perdido a la pareja de vista, pero poniéndose de puntillas consiguió localizarlos.

Salva observaba al Manco, vaya imbécil, pensó.

Con paso más apresurado fue apartando a la gente que había en medio hasta que se puso a una altura lo suficientemente cerca como para poder seguir a la pareja de jóvenes.

El chico sacaba muy a menudo su móvil y lo consultaba, pero no hacía ninguna llamada. Pasado un rato decidieron pararse en un puesto de helados y se compraron uno para cada uno para poder aguantar mejor el calor del medio día.

El Manco, despistado como iba, no se percató de que la pareja se acaba de parar y cuando se dio cuenta tuvo que hacer un movimiento brusco para no ponerse demasiado al descubierto.

Mientras Daniel esperaba que le preparasen sus helados, se giró y miró alrededor suyo. No buscaba nada en concreto, pero lo que vió, hizo que el estómago le diera un vuelco. Reconoció al tío extraño con la cicatriz que estaba en el bar donde habían comido. Vió como se paraba de golpe y hacia un movimiento muy raro que hizo que aún le llamase más la atención. Anna no se había dado cuenta de nada ya que estaba cogiendo los dos helados y pagando la cuenta. Sin saber nada de lo que había ocurrido le dio a Daniel el suyo y ella se quedó con el otro.

Anna empezó a hablar comentando lo bueno que estaba, pero Daniel no participaba en la conversación. No lo había probado todavía. Lo llevaba en la mano. Con el máximo disimulo que pudo, Daniel cogió del brazo a Anna y empezó a caminar más deprisa. Esta notó el cambio de ritmo y le preguntó que le pasaba. Daniel permaneció callado durante unos instantes.

Todavía sin probar su helado acercó su cabeza a la de Anna y le susurró al oído que alguien les estaba siguiendo. Había visto al

Manco que había comido cerca de ellos en el bar. Anna se quedó callada y ya sin protestar, siguió el paso acelerado de su compañero. Durante unos momentos la pareja repasó el itinerario que habían hecho desde el bar hasta la heladería y no encontraron mucho sentido al camino que habían recorrido. Lo habían hecho al azar sin pensar muy bien por donde iban. Que alguien hubiera seguido el mismo trayecto era bastante improbable por no decir muy sospechoso.

El Manco, despistado como siempre, no se dio cuenta que la pareja había cambiado su actitud de paseo y con la tranquilidad que le daba su exceso de confianza los siguió como si no pasara nada extraño.

Salva sí se dio cuenta que algo había ocurrido. La pareja había acelerado el paso y notaba algo extraño en el comportamiento de ellos. Al ver al chico girar la cabeza, de tanto en tanto, Salva no tuvo ya la menor duda. Sabían que ese tipejo los estaba siguiendo. Maldito inútil, pensó Salva.

Por otra parte, pensó que quizás fuera buena idea que la pareja supieran de la existencia de un peligro. Así tomarían más precauciones.

Sin decir nada y sin ponerse de acuerdo, la pareja dirigió sus pasos hacia el apartamento. En un primer momento no tenían intención de llegar hasta la noche, pero intuyendo ahora que alguien los seguía, querían ponerse a salvo y pensar con tranquilidad. Lo más sensato era volver al refugio de cuatro paredes que les ofrecía el apartamento.

Salva volvió a ver al Manco reflejado en un escaparate. Ya no tenía dudas. Les estaba siguiendo.

—No sé desde cuándo, pero nos siguen. Que tonto no haberme dado cuenta, —dijo Daniel.

Anna, por el contrario, no decía nada. Solo tenía ganas de estar frente al portal y subir al apartamento. No tardaron en llegar, el ritmo que habían imprimido había sido alto con lo cual, sudando, llegaron a su destino. Prefirieron subir por las escaleras corriendo. Abrieron la puerta y se metieron en el apartamento donde Daniel sin esperar cerró la puerta y echó la llave.

Sin descansar se fueron hacia la ventana de una de las habitaciones y miraron a través de ella. Ahí estaba el Manco. No sabía donde ponerse y después de mirar alrededor, desapareció de la vista de los jóvenes.

Ambos se miraron y se fueron al comedor donde se sentaron en el sofá.

—Y ahora que Daniel. Nos sigue, no hay la menor duda —dijo Anna.

—Nos sigue no hay duda —confirmó Daniel.

Daniel recordó el comentario que le había dejado su madre en una de las pistas y que hasta ahora no le había prestado ninguna atención.

—Mi madre me avisó en una de las pistas... —dijo Daniel.

Anna no dijo nada, ella también recordaba esa parte de la pista que Rosa le había dejado a su hijo. Incluso ella misma recordaba haber dicho que ayudaría a Daniel aun con el peligro que pudiera existir.

No sabían que hacer. Avisar tal vez a la policía. Dejar de jugar. Hacer como si nada ocurriese. Tenían que tomar una decisión. Quizas sus vidas corriesen peligro. ¿Que ocultaba el juego su madre?

Si alguien les seguía significaba que lo que ocultaba el juego era importante. Al hacer esta reflexión Daniel dijo en voz alta sin darse cuenta.

—Yo seguiré con el juego. No me pienso echar atrás.

Anna lo miro y le contestó.

—Como ya te dije en su momento, si tu juegas yo juego.

Se abrazaron para calmar los nervios y así permanecieron durante unos minutos.

Salva y el Manco ocuparon sus puestos de vigías. Todo había cambiado pensaba Salva. La pareja sabía que estaban siendo perseguidos. Eso también le perjudicaba a él, ya que cualquier cosa rara que viera la pareja la identificaría como peligrosa y los mantendrían aun en más alerta. Si por un casual veían a Salva en varios sitios haría que la pareja empezara a sospechar de él y el ayudarles le resultaría mucho más difícil. Se había complicado todo por el inútil del Manco.

La pareja no salió en toda la tarde. Estaban asustados y para nada les apetecía ponerse en peligro. Había un problema. Por la noche tendrían que salir a seguir paseando por la playa. Era el peor sitio donde quedarse a solas y más por la noche, siendo la oscuridad el mejor panorama para que el Manco atacase o les hiciera algo.

Tenían pocas opciones, pero no podían dejar de salir y seguir investigando. La noche llegó y la pareja armándose de valor decidió salir y dar su paseo nocturno por la playa. Daniel cogió la cámara de fotos y esta vez Anna cogió una linterna. No les serviría de mucho, pero quizás llegado el momento, podría pedir ayuda con ella.

Hoy tocaba girar a la izquierda así que cuando bajaron hasta el rellano del edificio miraron a su alrededor buscando la presencia del Manco. No lo vieron, pero eso no les sirvió para calmar sus nervios. Giraron a la izquierda y pusieron rumbo a la playa. En pocos minutos se introdujeron dentro de la arena y empezaron a andar en la dirección que ahora les tocaba.

El Manco los seguía, pero con la oscuridad de la noche su presencia se hacía más difícil de ver.

Salva al ver como la situación se había complicado decidió tomar medidas y comprobó que su arma de fuego estaba lista para entrar en acción en caso que fuese necesario. No le gustaba utilizarla, es más, en muy pocas ocasiones la había tenido que sacar, pero si algo raro sucediese no lo dudaría ni un segundo.

La pareja paseaba por la playa. No lo hacían tan relajados como lo habían hecho la primera vez. De todas formas, Daniel iba tomando fotografías a todo aquello que le llamase la atención. Anna iba a su lado y sin darse cuenta no dejaba de mirar a su alrededor. Esa noche no se atrevieron a alejarse mucho del apartamento y cuando solo llevaban treinta minutos andando, decidieron dar la vuelta. El trayecto de regreso aún duró menos, con lo cual en cuarenta y cinco minutos habían ido y vuelto. No vieron ni rastro del Manco así que subieron al apartamento y volvieron a cerrar con llave.

—No sé lo que buscamos Anna. Así es muy difícil y más sabiendo que alguien nos persigue.

—Tenemos que tener paciencia Daniel. No es fácil, pero tenemos que seguir intentándolo.

No tenían más opciones.

Daniel encendió la cámara y repasó las fotos que había tomado junto a Anna. El resultado fue el mismo que la anterior noche. Nada interesante con el que poder seguir el juego. Por culpa del Manco, Daniel había olvidado hasta la llamada pendiente que en principio debería de recibir. Como se está complicando todo, pensó.

Con la inquietud de saber que ese tipo estaba abajo observando, se fueron a la cama. Les costó dormirse, pero el cansancio y los nervios de la tarde hizo que no pudieran aguantar más y se quedasen dormidos.

Desde que había llegado a casa con la caja de los expedientes de los casos, Benítez se había encerrado en una habitación para mirarlos con tranquilidad. Dolores solo le interrumpía para avisarle de comer y para tomar algo. Sabía que cuando su marido se metía en algún caso las horas se le pasaban volando y hasta el apetito perdía.

Lo primero que hizo Benítez al llegar a la habitación donde se había encerrado fue sacar toda la documentación y separarla en dos bloques. Un bloque para cada caso. En principio solo le interesaba el del padre del chico, pero el otro caso también había ocurrido por esa época y el resultado de los dos fue el mismo. Ambos archivados por faltas de pruebas. Había mucha más documentación de la que

recordaba. Y el caso del padre de Daniel que así se llamaba el chaval, era más abultada que el otro.

Decidió empezar por el principio. Cogió el primer montón y fue leyendo y pasando páginas. A medida que avanzaba su memoria empezaba a funcionar mejor y todo le empezó a sonar como si lo hubiese vivido hacía poco tiempo. Había informes, fotografías que intentaría ocultar al chico y más documentación. Apuntes, recordaba de haberlos tomado y también reconocía su letra. Todo, todo lo que había pasado en ese caso estaba ahí. Solo paró para comer el tiempo justo. Su mujer no le había dado opción.

La tarde se le echó encima y aproximadamente sobre las nueve terminó de repasar el primer caso. El segundo intuía que le ocuparía menos tiempo. Había menos documentación y por lo tanto menos que leer. Dolores volvió a interrumpirle.

—Hora de cenar, —dijo desde fuera de la habitación donde Benítez estaba encerrado.

Dejó lo que tenía en las manos y sin hacer esperar a su mujer salió y fue directo al comedor. La mesa estaba preparada y la cena también. Después de explicarle a su mujer como estaba viviendo el volver a recordar los casos, se dispusieron a cenar. Tan pronto como Benítez terminó de cenar, se levantó, besó a su mujer en la frente y se dirigió de nuevo a la habitación donde se volvió a encerrar.

El segundo caso tal y como había imaginado le ocupó mucho menos tiempo. Al leer los dos a la vez, pudo encontrar alguna similitud entre ellos. Si bien es cierto, era muy difícil poder enlazarlos para presentarlo como prueba. Justo a las doce en punto acabó de repasar.

Estuvo prácticamente toda la mañana y toda la tarde hasta la noche. Dejó los papeles que aun tenía en la mano en el montón al que pertenecía y se frotó los ojos con las dos manos. Se esitó y algún hueso que otro crujió por el esfuerzo.

Salió de la habitación y encontró toda la casa en silencio y a oscuras. Su mujer, Dolores, seguro que ya se habría acostado. Era demasiado tarde para que estuviese despierta. Con paso lento se fue al lavabo y luego a su habitación. Tal y como había deducido, su mujer estaba en la cama ya dormida. Se puso cómodo y con cuidado de no despertarla se metió en la cama a la espera de un nuevo día.

CAPÍTULO 10

La verdad sale a la luz

Los días amanecían todos iguales. El cielo despejado y un calor que a medida que avanzaba la mañana iba aumentando. La pareja había pasado mala noche. Habían tenido pesadillas. Soñaban que les perseguían.

No, no había sido una pesadilla. Era cierto. Alguien les estaba siguiendo y el motivo era el juego. Se levantaron y con cuidado se volvieron a asomar a la ventana para ver si localizaban al Manco. No lo vieron, pero eso no hizo que se quedaran mucho más tranquilos. No sabían que hacer.

Daniel solo esperaba la llamada del inspector ya jubilado, pero de momento no se producía. Necesitaban hablar con él y quizás contarle que estaban siendo perseguidos. O quizás esa fuese una mala idea. Montones de dudas asaltaban a Daniel.

Decidieron no salir en todo el día. No sabían por donde seguir con el juego con lo cual tomaron la decisión de salir solo por la noche a pasear por la playa. Volverían a pedir comida a domicilio. La situación les estaba empezando a superar. Querían vivir en paz y hacer lo que les apeteciera. Se sentían presos. Presos del juego. Cuanto antes lo resolviesen mejor. Sea lo que sea tiene que llegar a su fin.

La pareja de sombras pasó todo el día vigilando.

Al Manco no le extrañó, pensó que el calor era el motivo por el cual no salían, pero Salva sabía que el motivo era otro. El Manco y su

incapacidad de hacer bien su trabajo era el detonante para que la pareja quedase recluida en su apartamento.

Como veía que la situación se iba a alargar durante bastante tiempo Marcos le revelaba para hacer las esperas mucho menos aburridas. Que se aguantase el Manco solo vigilando, pensaba Salva.

Benítez se despertó temprano. Todavía no se había levantado de la cama cuando su cabeza empezó a pensar nuevamente en los casos que había leído la noche anterior. Su mujer también se encontraba en la cama y una vez que se desearon buenos días, ambos se pusieron en marcha para comenzar el día con el mejor pie.

Desayunaron tranquilamente y Dolores se interesó por la decisión que iba a tomar su marido.

—¿Has pensado ya lo que vas a hacer? ¿Hablarás con el chico?

—No lo tengo claro del todo —respondió Benítez.

Se terminó el café y volvió a encerrarse en la habitación donde estaban los expedientes. Esta vez con menos precisión los fue revisando. A la hora de la comida como el día anterior Dolores le avisó. Benítez salió de la habitación y la cerró. Comió con su esposa y cosa rara en él, le dijo que se iba a tumbar un rato a dormir la siesta. Su mujer se sorprendió y enseguida le preguntó si se encontraba bien. Este asintió con la cabeza.

—No te preocupes Dolores, estoy bien, pero me apetece tumbar un rato.

Dolores prefirió no decir nada más y ambos terminaron de comer. Tal y como había adelantado el ex inspector, se levantó de la mesa, ayudó a recoger los platos, y se fue hasta la habitación que compartía con su esposa para tumbarse boca arriba. No tardó en cerrar los ojos y el sueño se adueñó de su persona. No fue una siesta larga. Escasos cuarenta minutos fueron suficiente para que Benítez descansara y se levantara con energías renovadas. Su mujer estaba viendo la tele sentada en el sofá. El ex comisario entró al comedor y se sentó a su lado.

—¡Que tal la siesta! ¿Te has levantado bien?

—Genial, me ha sentado genial —contestó Benítez.

Y era cierto, la siesta le había ayudado a descansar y a ver con claridad que tenía que hablar con chaval para responder a las preguntas que tuviera en su mente.

—¿Qué haces esta tarde? —preguntó Benítez a su esposa.

—He quedado con unas amigas para ir al paseo marítimo a mirar tiendas. ¿Tu que harás?

—Ire a dar una vuelta —contestó Benítez.

Cuando llegó las siete de la tarde Benítez decidió ir a dar un paseo. No solía salir mucho de casa, pero ese día, le apetecía especialmente salir y que el poco aire que corriese le despejase un poco la mente. Sin rumbo salió de su casa y empezó a caminar. Sin darse cuenta se puso a revivir el caso que tenía actualmente entre manos. Durante unos segundos incluso creyó que estaba todavía en activo. Recordaba a la mujer del difunto llorando mientras repetía

una y otra vez que su marido no bebía y que por lo tanto el accidente no era tal.

¡Y si hubiese podido hacer más en aquel momento! ¿Y si no lo hizo lo suficientemente bien y la mujer del accidentado tenía razón? Dejó de martirizarse. Habían pasado tantos años que pensar en que algo había hecho mal carecía de ningún sentido.

Regresó a casa y cuando entró se encontró que su mujer todavía no había regresado. Le parecía bien que se entretuviese con sus amigas y que intentara pasar el mayor tiempo posible disfrutando de la vida que le quedaba por vivir. Eran las ocho de la noche y durante unos segundos dudó en llamar a Daniel y concertar con él una cita, pero prefirió esperar al día siguiente para hacerlo. Total, tampoco había ya una prisa excesiva después de tantos años.

Dolores llegó sobre las nueve y le comentó a su marido que habían pensado en cenar fuera, pero prefirió regresar a casa y cenar con él. Siempre se habían llevado bien y ahora que él se había jubilado le encantaba pasar más tiempo con su esposo. Ya lo había visto poco cuando trabajaba de policía. Ahora le tocaba a ella disfrutar de él.

Marcos relevó a Salva en la vigilancia y avisado por su compañero vio como el Manco seguía en su puesto para esperar a los chicos.

De regreso a casa, Salva llamó a Rodrigo. Le puso al corriente de todo lo que había sucedido. Del Manco, de la visita del joven a la comisaría y de como el chico se había percatado que estaba siendo seguido, no por ellos, sino por el bando contrario. El bando peligroso.

Rodrigo estalló en cólera al enterarse de que los perseguidores habían entrado en acción y como no podía ser de otra forma, le insistió a Salva que extremara las precauciones. Este le volvió a asegurar que todo estaba controlado.

Daniel y Anna cenaron en casa. Todo el día dentro de ese pequeño apartamento les estaba resultando muy duro. Disfrutaban de su mutua compañía, pero les apetecía hacer cosas, salir y disfrutar. Cenaron y esperaron a que anocheciera. Cuando el sol se hubo ocultado y la luna dio señales de vida, la pareja se decidió a salir a la calle. Les tocaba pasear por la playa nuevamente. Daniel con su cámara de fotos colgada al cuello y Anna con la linterna. Esa noche tocaba girar a la derecha así que una vez que se encontraron en la calle giraron hacia esa dirección. De vez en cuando, unas veces Daniel y otras veces Anna, se giraban para asegurarse que nadie les seguía. La oscuridad era más un problema que una ventaja. Cualquiera con esa oscuridad los podría seguir sin ningún problema.

El Manco salió de su escondite y procedió a seguir a la pareja otra vez. Comenzaba a aburrirle la situación. Él, era hombre de acción. Vigilar lo podía hacer cualquiera. Muy listo se crecía el Manco, pero en ningún momento sospechó que otra persona le seguía a él y a los chicos.

La pareja paseó por la playa con el temor metido en el cuerpo. Iban caminando y haciendo fotos nuevamente a aquello que consideraban susceptible de ser investigado. Cuando llevaban una hora andando pensaron en volver, no por cansancio ya que no

habían hecho nada en todo el día, sino por no tentar a la suerte y ser atacados por ese individuo extraño que seguro les estaba siguiendo.

Decidieron no dar su brazo a torcer y llegaron aún más lejos de lo que hicieron la primera vez. Ahora si cansados, decidieron regresar al apartamento.

Con la noche en silencio y la oscuridad de una luna oculta por alguna nube, llegaron hasta la portería y antes de entrar echaron un último vistazo para ver si tenían compañía. El resultado fue negativo, así que subieron por las escaleras corriendo y se metieron en el apartamento. Nuevamente Daniel echó la llave.

Cansados se sentaron en el sofá y como solían hacer cuando llegaban de pasear por la playa de noche, revisaban las fotografías que habían hecho. Nada. Nada de lo que habían fotografiado les servía para nada. Apáticos por la situación y por no poder avanzar en el juego, Daniel apagó la cámara y la dejó sobre la mesa.

De la llamada del antiguo inspector prácticamente había dejado de pensar en ella. Era consciente que el que le llamase alguien por algo ocurrido hacía tantos años, resultaba complicado de pensar.

Con estos pensamientos Daniel cogió a Anna de la mano y ambos se fueron al dormitorio a dormir.

Otro día volvió a amanecer en Sitges. Era el típico amanecer de verano en una localidad costera.

Benítez se despertó temprano y Dolores al ver que se levantaba decidió hacer lo mismo y preparar el desayuno.

—Veo que hoy tienes prisa —Le dijo a su marido.

—Si. Quiero llamar a ese chaval para quedar hoy con él. Si no te importa, había pensado en reunirme aquí en casa. Es un lugar tranquilo donde podremos hablar sin que nadie nos moleste.

A su mujer la idea le pareció bien y ambos se dispusieron a desayunar. Dolores saldría a hacer la compra y luego se encargaría de hacer la comida. Su marido ya tenía el *planning* del día hecho, con lo cual, ella lo tenía libre para hacer lo que más le apeteciese.

Benítez terminó de desayunar y esperó a que su mujer también terminara. Cuando lo hizo, se levantó y se fue a vestir. Buscó su móvil y lo encendió. No tenía ningún mensaje ni ninguna llamada. Lo cogió y se fue a la habitación donde había dejado el día anterior toda la documentación que le había entregado el inspector García. Removió los papeles. Buscaba uno en concreto. No muy grande. A los pocos minutos lo encontró. En el papel había apuntado el nombre del joven y su número de teléfono móvil.

Decidió no demorar más la llamada, era temprano, las ocho y cuarto, pero si quería ver al chaval ese mismo día lo tendría que avisar con tiempo. Si estaba dormido que se despertase, pensó. Era el joven quien estaba interesado en hablar con él con lo cual tendría que poner de su parte. Con el pulso algo temblón, comenzó a marcar el número que aparecía en el papel. Cuando terminó de marcar se puso el teléfono en la oreja. Los tonos empezaron a sonar. A medida que sonaban Benítez los iba contando. Un tono, dos tonos...

Daniel dormía plácidamente y Anna a su lado, descansaba también sumida en un profundo sueño. Un sonido conocido para Daniel se fue introduciendo en su sueño. Al cabo de unos segundos y al ver

que el sonido no dejaba de sonar Daniel fue abriendo los ojos. No estaba soñando, era su móvil que estaba sonando. La noche anterior lo había dejado encima de la mesita de noche y por casualidad no lo había apagado. Daniel alargó el brazo y lo cogió. Sin mirar si el número era conocido o desconocido, descolgó el teléfono y preguntó quién era.

Una voz de hombre más seria de lo normal hizo que Daniel se despertara de golpe.

—Buenos días ¿es usted Daniel? —preguntó el que había realizado la llamada.

—Si soy yo —contestó nervioso.

—Soy Benítez, ex inspector de la comisaría de Sitges. Creo que se ha interesado en hablar conmigo.

Daniel no daba crédito a lo que estaba viviendo en ese momento. Con voz nerviosa le confirmó que efectivamente estaba muy interesado en hablar con él.

—Si quiere, hoy nos podemos ver a las diez y media. Si toma nota le doy la dirección de mi casa para que pueda llegar sin problema.

—Un segundo que cojo papel y bolígrafo para apuntar —dijo Daniel.

El chico de un salto se levantó de la cama y se fue corriendo hasta el comedor. El salto de Daniel despertó a Anna que viendo como Daniel salía corriendo hacia el comedor ella por instinto se levantó también corriendo y siguió a su pareja. Daniel removía cajones en busca de papel y algo con lo que apuntar.

Benítez se estaba impacientando y con un tono algo grosero indicó al chaval que no tenía toda la mañana. Por fin, Daniel encontró lo que buscaba y le indicó al ex inspector que ya podía decirle la dirección.

Benítez suspiró dando a entender que el chaval había tardado una eternidad y sin más, le indicó la dirección a la que tenía que dirigirse recordándole que la hora era las diez y media. Con un se puntual, colgó la llamada.

Daniel se quedó con el teléfono pegado a la oreja. En la otra mano sostenía el papel con la dirección que le acababan de dictar. Anna todavía no sabía con quien había hablado y en cuanto Daniel bajó el teléfono le interrogó.

Daniel se lo explicó todo, quien le había llamado y a la hora que habían quedado.

Tenían tiempo, pero por nada del mundo querían llegar tarde. Decidieron prepararse un café y darse una ducha. Se vistieron y miraron el reloj. Eran las diez menos cuarto. No pensaban ir en coche, preferían coger taxi y que los dejara en la puerta de la casa de Benítez.

Estaban contentos con la llamada, pero recordar que tenían a alguien siguiéndolos les había quitado la ilusión que les había hecho.

Bajaron por las escaleras. Desde que sabían que estaban siendo vigilados habían descartado subir y bajar por el ascensor. Las escaleras les resultaba mucho más seguras. Llegaron a la calle y buscaron algún taxi que estuviera libre. En pocos minutos pasaron

tres, todos ellos ocupados. Por fin apareció uno a lo lejos con el piloto en verde encendido. Daniel extendió el brazo y el taxi paró a su altura. Ambos se subieron e indicaron al taxista la dirección a la cual los tenía que llevar.

Esa mañana le toca hacer la vigilancia a Ron. Por suerte para la pareja a este no le gustaba mucho madrugar así que cuando Daniel y Anna salieron de la portería no había nadie excepto Salva que los vigilara.

Salva había sido precavido y teniendo en cuenta que la pareja podía bajar al parking y salir con el coche o como acababa de ocurrir coger un taxi, él, se quedaría tirado sin poder seguirlos. Para poner solución a esa situación había hecho traer desde Barcelona una motocicleta que llevaba días aparcada cerca de la portería de Daniel, para ser utilizada en caso de que la pareja se desplazara en coche.

El detective al ver que Daniel extendía el brazo, interpretó de forma acertada que iban a coger un taxi. No espero más y salió de su escondite de forma apresurada y se dirigió hasta la moto. Abrió el asiento y sacó el casco. Se lo puso, encendió la moto y se dispuso a seguir al taxi que llevaba a los chicos.

Durante el trayecto que persiguió al taxi cayó en la cuenta que esa mañana no había visto al Manco ni a nadie sospechoso vigilar la portería. De todas formas, pensó, si el Manco hubiera estado no sé cómo se las habría apañado para seguirlos.

A las diez y doce el taxi llegó a la dirección que Daniel le había indicado. Paró y le dijo el importe de la carrera. Daniel sacó su

cartera y pagó. Los jóvenes se bajaron del taxi y este arrancó y se marchó.

Salva pasó de largo con su moto y mirando por el retrovisor derecho, paró en cuanto le fue posible. Subió la moto encima de la acera y como quien busca algo en el móvil esperó a que la pareja se pusiera a andar.

Daniel miró el reloj y vio que todavía tenían tiempo hasta la hora acordada. Decidió junto con Anna no esperar más e ir directamente al encuentro del tal Benítez.

La casa estaba a las afueras de Sitges. Se veía un barrio tranquilo, de gente quizás mayor, que huye de la fiesta del centro. La vivienda era bonita, ni grande ni pequeña, pero suficiente para un jubilado viviendo quizás solo con su mujer.

Subieron tres escalones y picaron al timbre. Una voz que a Daniel le sonó familiar contestó:

—Voy.

La puerta se abrió y Daniel y Anna se encontraron a un hombre de unos 70 años que, si bien no se veía mal, si que denotaba cierta dejadez en la forma de vestir. Quizás en invierno vista mejor, pensó Anna.

—¿Sr. Benítez? —preguntó Daniel.

—¿Eres Daniel? —preguntó Benítez.

Ambos se dieron la mano y a continuación Daniel presentó a Anna como su pareja. Todos se estaban observando y ninguno de ellos se atrevía a decir nada. Benítez era observador por la profesión que

había ejercido y, en seguida, pudo averiguar que los jóvenes eran dos chicos normales con buenas intenciones.

Dejando la entrada libre a la casa, Benítez les indicó que les siguiera. La pareja entró y el ex inspector cerró la puerta tan pronto ellos la hubieron cruzado.

—Seguidme —dijo Benítez.

La pareja sin decir nada le siguió. Entraron en una habitación y el policía retirado cerró la puerta. Les comentó que vivía con su mujer y que esta había salido a hacer recados. Para no molestarla, prefería reunirse en esa habitación que era donde tenía toda la documentación.

A Daniel los ojos se le salían de las orbitas. Miraba la documentación que había sobre la mesa y si no fuera por la educación que le había dado su madre, se hubiera lanzado sin permiso de nadie a leer todo lo que allí estuviese escrito.

Anna lo miraba y veía como su chico se estaba controlando.

Benítez también se percató y con gesto tranquilo le comentó que le dejaría ver la documentación cuando fuese el momento oportuno. Daniel, al ver la disposición de Benítez para que pudiese consultar los papeles se fue relajando.

En la habitación, que era bastante amplia, a parte de la mesa había un sofá y un butacón.

Benítez se sentó en el butacón e indicó a la pareja que se sentaran en el sofa. Los dos sin poner pegas tomaron asiento tal y como les habían indicado. Benítez esperaba que el joven empezase a lanzar preguntas de una forma alocada, pero para su sorpresa,

permaneció en silencio observándole. Esa actitud descolocó al policía retirado y no pudo más que agachar la mirada. Estaba perdiendo facultades, pensó.

—Usted conoció a mi madre, ¿verdad? —dijo Daniel.

Benítez no espera para nada que la primera pregunta fuese sobre la madre y no de su padre.

—Efectivamente conocí a tu madre durante la investigación del caso.

Daniel volvió a permanecer en silencio unos instantes.

—Como llevó toda la investigación.

Otra vez la pregunta había dejado fuera de juego al que había sido inspector. Meditó la respuesta y luego contestó.

—Tu madre era una mujer muy inteligente. Sabía que estábamos haciendo todo lo posible para resolver el caso, lo antes posible. De igual modo se veía que estaba enamorada de tu padre ya que el sufrimiento que aguantó fue durísimo.

Daniel tragó saliva. Anna no dejaba de mirar al policía cuando hablaba y a Daniel cuando hacía lo mismo. Se sentía una intrusa escuchando una conversación privada entre dos personas. Como no podía hacer otra cosa, decidió permanecer callada. Solo intervendría en caso de que Daniel se quedase bloqueado.

Benítez atacó con una pregunta directa.

—¿Qué sabes de lo que le ocurrió a tu padre? —preguntó el Comisario.

Daniel repasó mentalmente lo que sabía antes de contestar.

—Vera Sr. cuando falleció mi padre yo era muy pequeño y solo sé lo que me comentó mi madre. Según ella, me dijo que mi padre murió en un accidente de coche. Durante los siguientes años le iba preguntando, pero la respuesta que me daba eran siempre las mismas.

El policía retirado decidió poner en conocimiento del chaval lo que sucedió verdaderamente.

—Tu padre, en efecto falleció en un accidente de coche. Las causas del accidente fueron la conducción ebria. Ese fue el detonante que hizo que su coche saliera despedido en una de las curvas que hay para acceder a Sitges.

Daniel no salía de su asombro. Su padre había tenido un accidente por ir borracho. Por beber, le había dejado huérfano y a su madre viuda. No podía ser. No daba crédito a lo que acababa de escuchar.

Anna también se quedó sorprendida y se dio cuenta que tenía abierta la boca de par en par en actitud de sorpresa.

—No puede ser —negó Daniel.

—¿Cómo que no puede ser? —contestó Benítez.

—Mi padre no bebía, quizás algo en algún momento, pero nunca cuando iba a conducir —sentenció el joven.

El ex inspector se quedó callado y durante unos segundos en lugar de ver al joven diciéndole eso vió a Rosa, su madre, volviéndoselo a decir, como ya hizo hacía muchos años durante la investigación. Decidió no callarse es detalle.

—Lo que acabas de decir me lo dijo tu madre durante el interrogatorio y me lo repitió hasta la saciedad, durante toda la

investigación del caso. Nunca pudimos probar que no había bebido, con lo cual, el caso se cerró como un accidente por falta de pruebas.

Daniel no daba crédito a lo que estaba escuchando. Su madre le había dicho lo mismo a Benítez. Su padre no bebía.

El joven se enojó y se incorporó de golpe. Benítez permaneció impasivo ante el impulso del chaval.

—Y no hicieron nada más —gritó Daniel—. ¿No investigaron nada más? ¿Cerraron el caso y listos? —volvió a gritar.

Benítez entendía su enfado, así que esperó a que el joven se tranquilizara y le invitó a sentarse nuevamente. Benítez continuó con su relato.

—Verás joven, cuando se produce un accidente y el conductor en este caso, tu padre, le hacen las pruebas de alcohol en sangre y la tasa sale altísima se da por seguro que ha perdido el control del coche y que por lo tanto se ha estrellado en un accidente. Siento decirlo, pero la causa del accidente fue el alcohol.

Daniel y Anna se miraron. Ante esa explicación poco podían hacer o decir. Demostrar que su padre no había bebido, resultaba imposible y menos aun cuando su madre ya lo había intentado durante la investigación.

Daniel prefirió ser práctico y en lugar de seguir por ese camino decidió preguntar por el caso similar que ocurrió pasados unos meses.

—Y que me dice del otro caso que ocurrió en circunstancias similares.

Benítez iba a contestar, pero antes de hacerlo repasó los datos que tenía en su poder y a continuación contestó.

—El otro caso, al igual que el de tu padre, se cerró bajo las mismas circunstancias. El alcohol fue el detonante del accidente.

—¿No le parece extraño que ocurriese igual y en un margen de tiempo muy cercano? —dijo Daniel.

—No. Por desgracia en esta población el alcohol se consume con demasiada asiduidad.

Anna cansada de estar callada decidió intervenir.

—¿Nos podría dejar ver la documentación que tiene? Le prometemos que no quitaremos nada

Benítez dudó unos instantes y después levantándose del sofá y dirigiéndose a la puerta dijo.

—Os dejo con la documentación a solas para que la podáis ver con tranquilidad. Solo os pido una cosa. No cogais ningún papel. Me pondríais en un aprieto y no tengo ganas de tener problemas. Se que puedo confiar en vosotros ¿no es cierto?

La pareja confirmó al ex inspector que podía confiar en ellos. Solo mirarían la documentación intentando estar el menor tiempo posible y en cuanto terminasen le avisarían.

El policía abrió la puerta y salió por ella. A continuación, la cerró y dejó a la pareja a solas con toda la documentación de los dos casos.

La pareja se quedó por fin a solas. La información que le había ofrecido Benítez era buena, pero deseaban ver con sus propios ojos todo lo que se había escrito en los expedientes. Daniel no lo dudó y

se puso de pie acercándose a la mesa. Cogió el expediente de su padre y empezó a leerlo. Había muchas páginas, pero en la mayoría de ellas repetían lo mismo. La investigación estaba ordenada por días, así que cronológicamente fueron siguiendo las investigaciones desde el primer momento hasta el último. Anna pegada a él miraba y leía a su ritmo.

Pasaban los minutos y por mucho que leyesen no acababan de encontrar ningún dato que no les hubiera dicho Benítez. A medida que pasaban las páginas el expediente se iba haciendo cada vez más delgado. Llegaron hasta unas hojas que tenían un espesor distinto. Eran fotografías. A Daniel le dió un vuelco el corazón. No sabía lo que iban a ver. Anna le preguntó a Daniel si estaba preparado para ver cualquier cosa desagradable que pudiese aparecer en dichas fotografías. Daniel asintió, pero sabía que en el fondo no estaba preparado. Nadie está preparado para ver según que cosas por muchos años que hayan pasado. En las imágenes aparecía el coche del padre de Daniel siniestrado, así como las medidas que se tomaron de la frenada y más datos técnicos. Durante unos segundos Daniel pensó que aparecería alguna foto de su padre en un estado lamentable, pero por suerte, no ocurrió. Quizás Benítez, había tomado la precaución de quitarlas. En el fondo, Daniel pensaba que si había sido Benítez el que las había quitado, se lo agradecía. No tenía ganas de recordar a su padre en un estado lamentable causado por el accidente.

Llegaron a la declaración de la madre de Daniel. En todo momento Rosa sostuvo que su marido no bebía y que por lo tanto no se trataba de un accidente. Daniel sabía que su madre pocas veces se equivocaba y él, al igual que ella, también pensaba que de

accidente no tenía nada. Había algo más. Algo que quizás su padre vio o averiguó y alguien le hizo desaparecer. Al pensar en ello a Daniel un escalofrío le recorrió el cuerpo. A todo aquello que podría serles de utilidad Anna sacaba su móvil y lo fotografiaba. Terminaron con el expediente de su padre y empezaron con el del otro accidente. Prácticamente era calcado. La mujer del fallecido, una tal Luisa, aseguraba que su marido no solía beber y que le extrañaba que la causa del accidente hubiera sido esa. Por falta de pruebas, tal y como sabía la pareja, los casos se archivaron.

Daniel pidió que tomara fotografías de la dirección donde podría vivir aún la viuda del segundo accidente. Anna obedeció y fotografió el nombre completo de la mujer, así como su dirección. Quizás la podrían ir a visitar y poder charlar un poco con ella, siempre y cuando ella estuviese dispuesta.

El tiempo pasó y Daniel y Anna después de revisarlo todo, decidieron dejarlo tal y como lo tenía Benítez. Con cuidado abrieron la puerta y salieron de la habitación.

Se encontraron con una mujer. Ella se presentó como la mujer del ex inspector y les invitó a seguirla para llevarlos junto a su marido que estaba en el comedor leyendo el periódico. Benítez al ver aparecer a la pareja dejó en el sofá el diario y se incorporó.

—Gracias por todo Sr —dijo Daniel educadamente.

—Hemos dejado toda la documentación en su sitio tal y como nos pidió —argumentó Anna.

Benítez los observaba, confiaba en la pareja de jóvenes, con lo cual, en ningún momento dudó de que fuera falso lo que le habían dicho.

—Si tuviésemos alguna duda más ¿podríamos contactar con usted? —preguntó Daniel.

El policía jubilado, asintió con la cabeza y sacó de su cartera una tarjeta con sus datos. Se la tendió al joven y la recogió y la guardó en el bolsillo de su pantalón.

Benítez acompañó a la pareja hasta la puerta y después de despedirse, la pareja descendió los tres escalones que hacia unas horas habían subido.

—Ahora qué Anna —dijo Daniel.

—¿Quieres que vayamos a hablar con la viuda del segundo accidente? —contestó ella.

A Daniel, la idea le pareció buena. Todavía faltaban unas horas para comer y en lugar de desaprovechar el tiempo, decidieron buscar un taxi y dirigirse hasta la vivienda de la viuda, si es que todavía estaba viva y seguía viviendo allí.

Salva vió como la pareja se introdujo en una casa. Decidió llamar al despacho y le dio la dirección a la secretaria para saber quien era el propietario. No tardaron más de cinco minutos en devolverle la llamada. Le explicó quien vivía allí y que cargo había ocupado. Le comentó que no le había resultado nada difícil encontrar la información.

Salva no dejaba de sorprenderse. La pareja hablando con el ex inspector de la comisaria de Sitges. Porqué y para qué. Se preguntó. El caso estaba tomando un aire misterioso. Le gustaba. Se sentía más motivado aún en seguir a la pareja.

Por otra parte, no veía ni rastro de nadie que siguiese a la pareja a excepción de él.

Como veía que la pareja no salía de la vivienda del policía jubilado, aprovechó el tiempo para llamar a Rodrigo para ponerle al día de lo que estaba pasando. Rodrigo, como siempre, escuchaba lo que Salva le estaba contando. Sentía que la situación se estaba complicando. Rodrigo permaneció callado durante unos minutos. Salva pensaba que había colgado, así que tuvo que preguntarle si seguía ahí y este, contestó con un sí, sí, sigo aquí. Rodrigo lo vio claro. Como no lo había visto antes. Decidió comentarle a Salva para ponerlo sobre aviso de lo que había intuido o descubierto al ir atando cabos.

Salva se sorprendió al escuchar el relato de su compañero Rodrigo. El chico estaba intentado conocer más datos de la muerte de su padre. Porqué y para qué, volvió a pensar el detective. Rodrigo le contó todo lo que sabía del desastroso accidente que ocurrió hacía muchos años. Ahora era Salva quien escuchaba. La conversación fue terminándose y después de desearle suerte Rodrigo a Salva, la comunicación se cortó.

Salva se quedó paralizado por lo que le habían contado. Vaya vaya con la parejita. Jugando a ser detectives. Curioso, y se puso a reír. Pasó una hora más y Salva pudo ver como la pareja se despedía del anciano que los acompañaba.

Volverían a buscar un taxi, eso lo tenía claro. Así fue, la pareja paró un taxi y se montaron.

Para sorpresa de Salva, la dirección que tomaba el coche no era la dirección del apartamento de los jóvenes. Rápido se puso el casco y

se preparó para volver a seguir a la pareja. El taxi puso rumbo a la dirección que el joven le había indicado. Mientras se dirigían hacia allí, Anna miró en el móvil y vió que la casa de la viuda no estaba muy lejos de donde se encontraban en esos momentos. Tal y como había visto, el taxi llegó en pocos minutos al destino. Daniel pagó la cuenta y ambos se bajaron.

Salva volvió a parar la moto y se dispuso a volver a esperar. La pareja había localizado la casa de la mujer. No sabían muy bien como entrarle a la viuda para que pudiera explicarle su experiencia. Otra cosa es que estuviese en casa a esa hora.

—¿Me dejas que yo me encargue esta vez? —preguntó Anna.

—Si, mejor —contestó Daniel.

Llegaron a la portería y Anna picó al timbre. No se escuchaba nada y tampoco daba la sensación de que viviese nadie. De repente unos pasos lentos se escucharon al otro lado de la puerta. Tenía que ser una persona mayor, ya que, hasta que llegó hasta la puerta, transcurrió un tiempo considerable.

Una mujer de edad avanzada abrió la puerta y con cierto temor al ver a la pareja preguntó que querían. Anna fue la que tomó las riendas de la conversación tal y como había quedado antes con Daniel.

—Buenos días Sra Luisa, nos gustaría hacerle algunas preguntas y saber su opinión de una cosa que ocurrió hace muchos años. No nos gustaría molestarla, así que tardaremos poco.

Daniel se sorprendió al escuchar todo lo que había soltado Anna por esa boquita que tanto le gustaba. Parecía que lo hubiese hecho toda

la vida. La anciana, al ver a Anna y escuchar lo que le acababa de decir la joven, desvió la mirada y se fijó en el chico. La curiosidad invadió a la anciana que meditó si dejarlos pasar o no. La pareja esperaba la decisión de Luisa y apartándose de la puerta dejó pasar a la pareja. Los guió hasta el comedor y les ofreció algo para tomar. Ninguno de los dos pidió nada.

La anciana fue la primera en sentarse en una silla y la pareja al ver lo que hacía, decidieron separar dos sillas y sentarse también.

—Qué quereís saber, en que puedo ayudaros.

Luisa miraba a Anna y por lo tanto esperaba una respuesta de ella. Daniel como un simple maniquí asistía a la conversación entre las dos mujeres.

—Hace muchos años su marido murió en un accidente de coche.

La anciana abrió los ojos y juntó las manos. No paraba de moverlas. Escuchar la palabra marido la devolvió al pasado y revocó viejos recuerdos.

—Efectivamente, murió en un supuesto accidente de coche — dijo Luisa.

—¿Podría explicarnos a que se refiere con supuesto? — preguntó Anna.

Luisa había repasado una y mil veces lo que acurrió aquellos días. Fue un momento y una etapa muy dura en su vida. Amaba a su marido y por una supuesta imprudencia lo había perdido para siempre. Luisa decidió explicar lo que ella creía que había pasado sin ocultar ningún detalle.

—Mi marido no bebía. Era una persona respetable en el pueblo y cuidaba mucho su imagen. Trabajaba en un banco y era conocido por muchas personas. Pensar que alguien lo pudiera ver borracho, supondría una mala imagen para el banco en el que trabajaba, con lo cual, siempre había decidido no beber. No le gustaba ni lo hacía.

La pareja permanecía callada escuchando el relato de la anciana.

—De igual modo, llevamos toda la vida viviendo en este pueblo. Mi marido se conocía perfectamente las carreteras. Las zonas peligrosas y las zonas menos peligrosas. Conducía bien y tampoco le gustaba correr. Aquí en Sitges, todo va mucho más lento que en las grandes ciudades como Barcelona. Recuerdo que esa noche salió. Me comentó que salía a dar una vuelta. Había quedado con unos amigos. Fue camino a casa cuando tuvo el accidente. Según la policía, había bebido mucho y ese fue el motivo por el cual perdió el control del coche y se estrelló. No me lo creo. Mi marido borracho. No me lo creí en su momento y sigo sin creérmelo. A mi marido lo asesinaron. Volvió a sentenciar.

La pareja permanecía callada, escuchando todo con mucha atención. Anna decidió ir un poco más allá y lanzó una pregunta.

—¿Sabe usted con quien había quedado esa noche que salió sin usted?

Luisa sonrió y con tristeza le contestó.

—No. La policía también me lo preguntó. No, no sé con quien había quedado. Mi marido conocía a mucha gente por su trabajo, con lo cual, es muy difícil saber con quién estuvo.

Daniel sentía como Luisa estaba sufriendo al contar todo lo que ocurrió en su momento. Volver a recordar el pasado era siempre doloroso.

—Usted sospecha de alguien —dijo Daniel interviniendo por primera vez.

—No —contestó Luisa con rotundidad.

Luisa no les había preguntado quienes eran y porqué estaban haciendo tantas preguntas. Le daba igual. Ella decidió contestarles y punto. La pareja notó que la conversación se estaba acabando. Poco iban a poder averiguar más de Luisa.

Decidieron levantarse. Al ver Luisa que la pareja se levantaba, ella hizo lo propio.

Los acompañó hasta la salida y, una vez los dos jóvenes estaban fuera de la casa, y ella estaba a punto de cerrar la puerta, se detuvo y esta vez con voz más enérgica los llamó.

Daniel y Anna se quedaron parados y dieron media vuelta para volverse a acercar hasta la anciana. A Anna le pareció que los ojos de Luisa se llenaban de lágrimas.

—Solo os pido una cosa —dijo Luisa y sin esperar a que ninguno de los dos contestase prosiguió—. Si conseguís averiguar algo sobre el asesinato de mi marido os ruego me lo digáis para poder descansar en paz.

Daniel y Anna se quedaron de piedra. La palabra asesinato que acababa de pronunciar Luisa con tanta seguridad hizo que ambos empezaran a temblar sin darse cuenta.

—No se preocupe Luisa. Si averiguamos algo no dude que se lo diremos. Gracias por todo —dijo Anna.

Ya, sin esperar a que la pareja bajara los escalones, la anciana cerró la puerta y desapareció.

Abatidos por el último comentario de Luisa, emprendieron el camino de regreso a casa. Nuevamente buscaron un taxi y después de pararlo y subirse, indicaron la dirección de su apartamento para descansar y reflexionar sobre todo lo que había ocurrido esa mañana. Se habían olvidado hasta del Manco que les seguía últimamente. Solo pensaban en llegar al apartamento, comer algo y descansar.

Salva volvió a ponerse el casco y comenzó a seguir nuevamente al taxi que llevaba a la pareja.

El taxi paró en la puerta del apartamento y después de pagar la carrera, la pareja se bajó y sin mirar atrás subieron hasta su planta y entraron en el apartamento.

Se dejaron caer en el sofá. Descansarían un poco y pedirían algo de comer.

Salva dejó su moto aparcada encima de la acera y se quitó el casco. Buscó con su mirada al Manco, pero en lugar de ver a este, vio al otro. Vio al propietario de la discoteca. A Ron.

Poco acostumbrado a madrugar Ron se levantó cuando su cuerpo dijo basta de dormir y después de ducharse y tomarse un café, bajó hasta la calle y pidió un taxi. Hacía mucho calor, pero tenía que

relevar al Manco en la vigilancia. Las noches para el Manco, las mañanas para mi, pensó.

A las once y treinta y cinco se encontraba sentado en un bar vigilando la portería de los jóvenes. Dudaba que dos chicos de esa edad se levantasen temprano para hacer nada y menos para ir a pasear por la calle con el calor que hacía.

Ron estaba relajado como de costumbre. Tranquilo se tomaba la cerveza fresquita que había pedido. Su vestimenta desentonaba con el resto de la clientela. Él lo sabía, pero le gustaba. Que se dieran cuenta que él era distinto, pensaba. Vió que un taxi se paraba y que dos personas bajaban de él. Los ojos se le salían de las órbitas, la postura relajada que tenía, se convirtió de golpe en una postura rígida, en una postura de tensión. La pareja había salido antes de que él llegara y no los había podido seguir. Maldita sea, pensó. Espero que no hayan hecho nada importante y que simplemente hayan ido a pasear a algún sitio más lejano.

Si Fidel se enteraba que los había perdido de vista durante un buen rato lo mataría. No, no se podía enterar. Haría como si la pareja no hubiera salido en toda la mañana y listos. Nadie tenía porque enterarse de que estaba mintiendo.

Joder, dijo en voz alta.

Los clientes que estaban al lado de su mesa se giraron y disimuladamente le observaron. A Ron le daba igual, que observen lo que quieran.

Salva decidió pedir el relevo a su compañero Marcos. Este, apareció a los pocos minutos y después de informarle de todo lo que

había pasado le dejó las llaves de la moto por si le hacía falta. Marcos se lo agradeció.

De camino al piso, Salva volvió a llamar a su despacho y pasó los datos de la segunda dirección donde había hecho para la pareja. Le pidió algo de urgencia para recibir cuanto antes la información.

No le dio tiempo a Salva a llegar a su piso cuando el teléfono le sonó. Era su secretaria. Le informó de a quien pertenecía la casa y de algún hecho relevante que hubiese pasado. Salva tomó nota mentalmente y se despidió de ella.

En el piso, Salva llamó a Rodrigo que escuchó con mucha atención todo lo que su compañero de profesión le estaba contando. En este caso Rodrigo agradeció la información y colgó. Salva decidió descansar.

La pareja volvió a comer una pizza. No era dieta muy saludable, pero sí la opción más rápida. Mientras comían fueron repasando la información que habían obtenido. La palabra pronunciada por Luisa zumbaba todavía en los oídos de Daniel y Anna. Asesinato. Lo dijo con tanta seguridad que no daba lugar a dudas.

Por su parte, la madre de Daniel tampoco se creyó que su padre hubiese tenido un accidente fortuito, con lo cual, también se trataría de un asesinato.

La palabra asesinato se clavó a la pareja en el pecho.

Daniel se levantó y sacó del armario la mochila con las pistas que había ido recopilando a lo largo del juego. Anna lo observaba. Removió los papeles y sacó una fotografía.

Anna se acercó a él y ambos la miraron.

—Te das cuenta Anna —dijo Daniel.

—Si —contestó ella, sin añadir nada más.

De las tres parejas que aparecían en la fotografía, dos habían vivido un trágico “accidente”. Su padre y el banquero habían sufrido un percance que les había costado la vida. Ambos en circunstancias similares y el alcohol como detonante.

Las mujeres de los dos accidentados coincidían también al asegurar que sus parejas no bebían y menos para tener un accidente. Daniel miraba a Anna. Todo cuadraba. Todo era demasiada casualidad. Solo había una pareja que no había sufrido nada. El dueño de Gusi Luz. Al contrario, a este la vida le había sonreído de una manera fuera de lo normal. La pareja sabía que iban por buen camino. Cosa que les alertaba que el peligro que podrían sufrir estaba más cerca. Si alguien había asesinado a dos personas hacía muchos años, que no harían con ellos.

Ya no se podían echar atrás. Habían llegado hasta ahí y tenían la intención de seguir hasta el final. Daniel volvió a recordar a su madre. Que secreto descubre este juego mamá. Se dijo a si mismo.

Se levantaron del sofá y se fueron a tumbar a la habitación. No tenían intención de dormir, pero pensaron que al estar tumbados descansarían más que en el sofá. Sin darse cuenta, cada uno con sus pensamientos se fueron relajando y sin darse cuenta se quedaron dormidos.

La palabra asesinato apareció en los sueños de ambos. Estaban viviendo una situación tensa y hacía que los sueños en lugar de placenteros se convirtiesen en pesadillas.

La tarde la pasaron en el apartamento. No tenían intención de salir. Anna se quedó mirando a Daniel.

—¿Saldremos esta noche a pasear por la playa?

—Por supuesto, ahora más que nunca tenemos que seguir investigando —contestó Daniel.

Anna ya conocía la respuesta. Quizás si la pregunta la hubiese hecho el día anterior Daniel hubiese dudado, pero después de lo que habían descubierto hoy, era casi obligatorio salir. Decidieron pedir algo liguero para cenar.

La noche se iba acercando y la pareja esperaba a que oscureciese más para comenzar su paseo nocturno. Daniel se colgó la cámara de fotografía al cuello y Anna volvió a coger la linterna. Se miraron. Tenían miedo. No les importaba reconocerlo, pero al salir nuevamente a la playa, demostraban que la valentía superaba al terror de ser atacados.

Como de costumbre bajaron por las escaleras. Ya en la calle y sin decir nada tomaron rumbo hacia la izquierda. Esa noche les tocaba la izquierda y hacia esa dirección encaminaron sus pasos.

La vigilancia le tocaba al Manco, que cuando vio salir a la pareja suspiró y se puso a seguirlos.

Como era costumbre, Salva seguía al Manco.

La pareja llegó hasta el paseo marítimo y antes de pisar la arena Anna se giró a ver si veía a alguien conocido. No vio a nadie, con lo cual, sin esperar a Daniel pisó la arena por primera vez esa noche. Daniel la siguió. Recordaban que esa era la segunda vez que tomaban ese camino y que en la primera ocasión no llegaron muy

lejos. Hoy les tocaría llegar mucho más lejos que la primera vez. Andaban pensando más en escuchar algún ruido que les alertase del peligro, que de mirar si podían ver algo interesante.

Cuando llevaban un rato andando Anna indicó a Daniel que ahí, donde se encontraban en ese momento, fue lo máximo que habían andado la primera vez.

Daniel asintió. Se sorprendía de verse ahí junto a Anna desafiando al peligro.

Siguieron caminando durante un buen rato más. Daniel tomando las fotografías que consideraba podrían ser de interés y Anna a su lado, apuntando de vez en cuando con la linterna.

Sus perseguidores iban al acecho. Uno detrás del otro, sin hacer ningún movimiento que indicase que la situación iba a cambiar.

Después de una hora andando, Daniel vio algo al horizonte. No sabía bien lo que era, pero una luz al fondo indicaba que llegaban a algún sitio o al final del camino. Señaló la luz que se veía a Anna y esta, intentó enfocar la mirada para ver si podía averiguar de qué se trataba. Como no conseguían saber lo que era, decidieron dirigirse hasta la luz.

El paso que solían llevar mientras paseaban por la playa era un paso lento, apático, pero al ver esa luz, los jóvenes sin darse cuenta convirtieron el paso lento en un paso mucho más rápido, más ágil.

La Luz que perseguían estaba muy lejos, con lo cual, si querían llegar medianamente pronto y que les diera tiempo a volver al apartamento antes de que amaneciese, tendrían que hacer el trayecto no corriendo, pero si con prisa.

A medida que iban pasando los minutos, la pareja se encontraba más cerca de la luz. Poco a poco pudieron intuir de que se trataba. Parecía una casa pequeña con la luz encendida. No lo dudaron ni un momento y siguieron avanzando. A medida que se acercaban lo que en un principio había parecido una casa pequeña se iba haciendo más y más grande. Se encontraban a 300 metros cuando Daniel y Anna se pararon. Una casa grande no, pensó Daniel, eso es una mansión.

Era impresionante. Grande, lujosa y con unas vistas extraordinarias. Debería de pertenecer a alguien muy importante. Se fueron acercando más y ahora en lugar de ir de prisa, iban más despacio. Daniel cogió la cámara y empezó a lanzar fotos. Desde más cerca, lejos, cambiando el ángulo. Intentaba que con sus fotos se pudiese hacer un collage de la casa. La pareja no dejaba de asombrarse. A cada paso que daban la mansión crecía más. Estaba construida sobre las rocas del acantilado. Acceder a ella desde la playa resultaba una tarea difícil, ya no solo para ellos si no también para un profesional.

El balcón se veía impresionantemente grande. Una barandilla de cemento elegantemente decorada rodeaba toda la superficie. Y como vistas, el mar. Y como suelo, el acantilado.

La mansión estaba iluminada, pero en ningún momento vieron a nadie asomarse, en lo que tanto Daniel como Anna consideraban un mirador.

Daniel se quitó las zapatillas que llevaba puestas y se dirigió hasta la orilla del mar. Anna cogió las zapatillas y le siguió de cerca.

Cuando Daniel notó el agua fría en los pies le pidió a Anna que esperara.

—¿Qué vas a hacer Daniel?

—Voy a intentar tomar fotografías desde este lado.

Anna se quedó callada. Con cuidado de no mojar la cámara, Daniel se fue introduciendo poco a poco en el agua. Estaba tan oscuro que tenía que tener cuidado de no pisar una piedra y resbalarse. Estaba tan cerca del arrecife que la arena tan pronto se podía convertir en roca.

La mar estaba tranquila, cosa que facilitó a Daniel acercarse e introducirse un poco más en el agua. Se metió hasta que las olas le cubrían la cintura. Con la cámara en posición, seguía lanzando fotografías sin parar. Luego ya en casa, descartaría las que considerara oportuno.

Las olas chocaban con más fuerza ahí donde se encontraban con las rocas. Considerando que ya había tomado suficientes fotografías y teniendo en cuenta que no podía meterse más hondo, decidió salir con el mismo cuidado con el que había entrado.

Anna le esperaba. Todavía tenía las zapatillas en la mano y con la linterna intentaba indicar el camino de vuelta a Daniel. En pocos minutos el chaval salió del agua y se situó delante de Anna. Ambos se miraron y Anna sin poder evitarlo se echó a los brazos de su pareja. Había sentido miedo, no por ella, sino por él.

Daniel la tranquilizó e intentando limpiar lo mejor posible la arena de sus pies se volvió a poner las zapatillas.

El Manco y Salva seguían observando lo que estaba ocurriendo.

Para Salva de momento no tenía mucha importancia que Daniel se hubiese acercado a esa mansión, pero en cambio para el Manco sabía que cuando se enterase Ron la situación de calma que estaban viviendo en la actualidad cambiaría radicalmente.

No podía hacer ahora la llamada a Ron para explicarle donde estaba. El teléfono se iluminaría y su voz quizás lo pusiera al descubierto. Sería mejor esperar a que la pareja estuviese ya en el apartamento.

Con paso decidido Daniel y Anna pusieron rumbo al apartamento. Habían andado mucho y estaban cansados, pero no era el momento de quejarse y sí de andar deprisa. Ya cuando estuvieran en el apartamento tendrían tiempo para descansar y mirar las fotografías que había tomado Daniel.

La noche fue larga pero la pareja consiguió llegar al apartamento antes de que amaneciese. Por el camino se encontraron a varias maquinas de limpieza de playas. La gente ya mismo llegaría a ocupar su sitio y pasar el día tumbada tranquilamente tomando el sol. Por fin llegaron a la portería y subiendo por las escaleras entraron en el apartamento cerrando la puerta al entrar.

Salva suspiró, había sido una noche muy larga. Le tocaba descansar a él también y sin dudarlo llamó a su compañero para que le relevase.

El Manco estaba preocupado, tenía que hacer la llamada lo antes posible. Sabía que a esa hora Ron todavía no se había acostado. Otra cosa sería en que estado estaría. No lo dudó y sacó el móvil. Marcó el teléfono de Ron y esperó a que este contestara.

No tardó en hacerlo, tal y como había pensado el Manco, Ron todavía no se había acostado. Decidió soltar lo que sabía de golpe así que en cuanto Ron descolgó, le informó de todo lo que había ocurrido. Cuando Ron consideró que ya había escuchado suficiente colgó el teléfono sin siquiera despedirse.

El Manco esperaba esa reacción así que no le sorprendió. En lugar de marcharse y por temor a una represalia, siguió vigilando la portería del apartamento.

Antes de la llamada, Ron consideraba que había sido una noche buenísima. Había jugado al poker con unos amigos y había ganado una suma importante de dinero, pero con la llamada del Manco todo cambió. Pasó a ser una noche mala, solo auguraba problemas.

En cuanto amaneciese hablaría con Fidel y le pondría en situación. Decidió no acostarse, sabía que si se tumbaba se quedaría dormido y se levantaría tarde con lo cual Fidel le daría tal reprimenda que se le quitarían las ganas de todo.

Con Fidel no se juega, no señor. Pensó. Se sentó en el sofa de su piso y se sirvió un buen vaso de whisky.

El tiempo parecía que se había detenido, pero cuando llegó las siete y media decidió no esperar más y llamó a Fidel.

Fidel llevaba días que dormía mal. Solo algún problema importante le hacía perder el sueño y ese chaval le podría complicar la vida de tal manera que ni él mismo se podía imaginar. El móvil de Fidel sonó y su mujer que estaba tumbada junto a él en la cama gruñó molesta. A Fidel sin importarle el gesto de su esposa se levantó sin evitar mover la cama y descolgó el teléfono.

—Fidel soy Ron.

Fidel al identificar la voz le dijo.

—Un segundo, espera un segundo.

Se había despertado de golpe y con paso ligero bajó las escaleras y se dirigió a su despacho. A Fidel le gustaba que su casa se viera iluminada desde el exterior. Que la noche se iluminase con su mansión, pensaba siempre. Con genio abrió la puerta y sin tener cuidado la cerró dando un portazo. Por suerte la casa era tan grande que nadie se percató del ruido.

Ya en el despacho Fidel invitó, por así decirlo, a que Ron siguiese hablando. Este le conto todo lo que el Manco le había dicho. La pareja había pasado la noche cerca de su mansión y el chaval hizo muchas fotografías. Por momentos Fidel apretaba el puño que tenía libre. El otro brazo sujetaba el móvil. La rabia le estaba invadiendo. Tenía que poner fin a esa situación y no podía esperar más. El chaval se estaba acercando demasiado.

—Escucha con atención, —dijo Fidel interrumpiendo a Ron—. Quiero poner fin a esto ya. Quiero que el chico y la chica desaparezcan de inmediato —sentenció Fidel.

Ron permanecía en silencio escuchando las indicaciones que estaba recibiendo de su jefe.

—Los quiero fuera del mapa —volvió a sentenciar Fidel.

Para que no hubiese dudas Ron preguntó.

—¿Podemos utilizar cualquier metodo?

—Si el que sea, pero no quiero cabos sueltos. Quiero el tema cerrado para siempre.

Cuando Ron iba a comentarle su plan, Fidel colgó el teléfono. Ron lo había captado. La pareja tenía que desaparecer del mapa para siempre sin dejar pistas. Bueno ha llegado la hora de entrar en acción como en los viejos tiempos, pensó.

Le pasaría las ordenes que había recibido al Manco y entre los dos, elaborarían un plan para tener contento a su jefe. Se lo comunicaría en persona. No quería hacerlo por teléfono. Decidió tumbarse un rato y luego más tarde iría al encuentro del Manco para urdir el plan.

Daniel y Anna decidieron no acostarse todavía. Querían revisar las fotografías que habían tomado esa noche. Daniel volvió a encender la cámara y junto a Anna las repasaron. Las que consideraban repetidas o que no aportaban nada las iban borrando. Era impresionante la mansión. Majestuosa, digna de un rey. Cuando ya hubieron revisado todo, decidieron tumbarse a descansar.

En la cama Danel tuvo una idea.

—Mañana cuando nos despertemos iremos a visitar al encargado del puerto nuevamente.

—¿Para? —dijo Anna.

—Tenemos que averiguar a quien pertenece esa casa.

—Ya sabes a quien pertenece Daniel. —dijo Anna—. Pertenece al velero de la fotografía que nos dejó tu madre.

—De todas formas, quiero asegurarme.

Anna no entendía muy bien ese interés de Daniel por ir al puerto, pero como sabía que no lo podría convencer de lo contrario prefirió no decir nada. El silencio se adueñó del apartamento y la pareja se quedó dormida.

Ron no pudo conciliar el sueño, así que se levantó y se fue al encuentro del Manco. A esa hora de la mañana nunca salía de su piso, al contrario, a esa hora solía llegar de fiesta.

Suspiró y llamó a un taxi. Se subió y le indicó al conductor la dirección de destino.

Al poco rato, y teniendo en cuenta que el tráfico infernal de Sitges todavía no se había activado, Ron se encontró con su compañero el Manco.

Marcos vio el encuentro y sin dudarlo llamó a Salva. Este al escuchar lo que Marcos le estaba contando se volvió a vestir y corriendo fue al encuentro de su compañero para vivir en persona lo que estaba ocurriendo.

Por algún motivo que desconocía, los acontecimientos se estaban precipitando.

Ron puso al corriente de todo lo que el jefe había indicado y le invitó a pensar con él el mejor plan para acabar con la pareja.

Al otro lado de la calle Marcos y Salva eran espectadores de lujo del cara a cara que estaban teniendo la pareja de esbirros.

La conversación entre el Manco y Ron terminó y el primero que había pasado la noche en vela siguiendo a los jóvenes dejó su puesto de vigilancia y desapareció.

Ron se encargaría de la vigilancia. Había perdido el sueño y estar en casa solo hubiera servido para dar vueltas y más vueltas en la cama, así que prefirió vigilar el edificio y mientras lo hacía pensar en el mejor plan.

Salva al ver que solo se quedaba vigilando uno a la pareja, decidió volver al piso a descansar. Le ordenó a Marcos que si ocurría algo que fuese extraño no dudase en llamarlo.

Daniel y Anna no se despertaron hasta bien entrada la tarde. Eran las cinco de la tarde cuando empezaron a dar señales de vida.

Cansados se levantaron y con pereza se prepararon un café. Daniel tenía que confirmar que el dueño de esa mansión era el tercer hombre que aparecía en la fotografía del velero. Anna seguía sin entenderlo, pero estaba resignada a seguir a su pareja.

Se vistieron y con solo un café en el cuerpo bajaron hasta el portal del edificio. No tenían ganas de andar, ya habían andado mucho la noche anterior, así que Daniel buscó un taxi y lo paró. Se montaron y pusieron rumbo al puerto.

Ron pillado desprevenido no tuvo tiempo de reacción y solo pudo ver como el chico y la chica se alejaban en un taxi. Por el contrario, Marcos se fue hacia la moto y poniéndose el caso y arrancándola se dispuso a seguir al taxi.

El tráfico era denso y el taxi tardó más de lo esperado. La carrera también fue más cara, pero en ese momento a Daniel no le importaba para nada el dinero. Pagó la cuenta y la pareja se bajó.

Con paso decidido y sabiendo a quien buscaban Daniel y Anna entraron al puerto sin saludar al vigilante, este con la boca abierta

vio como pasaban de largo. Fueron recorriendo el puerto preguntando a los mozos que veían por el camino. Después de preguntar a unos cuantos uno supo indicarles de donde se encontraba.

Se fueron hacia la dirección que el mozo les había indicado y, en pocos minutos, localizaron la figura del encargado. Este, al ver a la pareja, les sonrió y puso rumbo hacia ellos para saludarlos. Con cordialidad se saludaron y Daniel sin pretender perder más el tiempo le hizo la pregunta que le había llevado otra vez hasta él. Sacó la fotografía que le había dejado su madre del velero y los ocupantes y volviéndosela a enseñar al encargado, le preguntó:

—¿El dueño de la mansión que está en un arrecife con un balcón impresionante es del mismo dueño que el velero de la foto?
—preguntó Daniel.

El encargado no meditó la respuesta si no que contestó inmediatamente. —Si. El dueño del velero de la foto, del barco que os enseñe tan grande el otro día, es también el dueño de esa mansión. Fidel es su nombre y es este de la foto, —dijo señalando al único hombre que permanecía vivo desde que se había tomado la instantánea.

Anna ya lo sabía, pero por alguna extraña razón Daniel quería volver a preguntarlo. Daniel agradeció la información al encargado y cogiendo de la mano a Anna se dirigieron a la salida del puerto. Ninguno dijo nada. Iban en silencio. Cada uno en sus pensamientos. Salieron del puerto y buscaron otro taxi. Se subieron y ya en el interior, ambos se relajaron.

Esta vez el camino de regreso fue más corto y antes de que pudieran darse cuenta, ya se encontraban sentados nuevamente en el sofá del apartamento.

—Y ahora que hacemos Daniel. ¿Por donde seguimos?

—Esta noche volveremos a la playa para ir de nuevo a la mansión.

—Para qué Daniel.

—Quiero ver una cosa. Tengo un presentimiento.

Daniel cogió la cámara de fotos y la encendió. Decidió repasar nuevamente las fotografías. No habían comido nada en todo el día, solo el café de las cinco que se habían tomado al levantarse.

—Hoy saldremos un poco antes del anochecer y comeremos un bocata en el bar de abajo —dijo Daniel.

—Vale —contestó Anna.

—Quiero ver si veo al hombre de la cicatriz en la cara —explicó Daniel-.

Anna no contestó.

Ron había pasado todo el día vigilando a la pareja. Los había visto irse en un taxi y volver en una hora aproximadamente. Su turno de vigilancia se estaba acabando y en breve aparecería el Manco. Este no tardó en llegar y ambos intercambiaron opiniones. El Manco le informó a Ron que había traído una pistola con silenciador por si se le presentaba la ocasión. Si veo que puedo, acabo con esto hoy mismo. Le dijo a Ron.

A este no le pareció mala idea, teniendo en cuenta que la pareja solía pasear por la noche por la playa y que a esas horas y en según que zonas no había nadie. Sería un buen momento para poner fin a esta historia. Pensó también. Ron se despidió del Manco deseándole suerte.

La pareja apareció por el portal. Mirando a derecha e izquierda se fueron en dirección al bar más cercano y sentándose en una mesa vacía pidieron dos bocadillos y dos Coca Cola.

Durante la espera fueron observando todo lo que ocurría a su alrededor, pero nada fuera de lo normal sucedía. Les trajeron los bocadillos y la bebida y decidieron cenar con tranquilidad. Tranquilidad relativa, pensaban los dos.

A medida que se iban acabando el bocadillo la noche se fue dejando ver. Esperaron un rato más a que oscureciese y se fueron camino a la playa. Sabían hasta donde tenían que llegar y sabían que la distancia era grande, así que con paso acelerado empezaron a andar por la arena. En esta ocasión Daniel no fotografiaba nada. Él iba a la mansión y allí sí que haría las fotos que considerase oportunas.

Anna a su lado caminaba intentando mantener el alto ritmo que estaba imponiendo su compañero.

El Manco los seguía más cerca de lo normal y eso puso alerta a Salva que también tuvo que acercarse más al Manco. En un momento de tranquilidad Salva sacó su pistola y le puso el silenciador. Quería tenerlo todo preparado por si hacía falta actuar.

El Manco había tomado una decisión. Si actuaba tenía que ser lejos de la Mansión con lo cual o lo hacía al principio o lo hacía cuando la pareja regresara al apartamento.

Daniel y Anna volvieron a ver la luz y, sin darse cuenta, incrementaron el ritmo del paso.

Esta vez no tardaron tanto en llegar y Daniel volvió a hacer fotografías, no quería perder detalle. El mar estaba muy revuelto con lo cual esta vez no pudo meterse. Anna no hacía más que observar. No podía hacer nada más. Pasaron así prácticamente una hora hasta que Anna le dijo a Daniel que era hora de volver.

El chico no protestó y cogiendo de la mano a su chica pusieron rumbo al apartamento.

Daniel tenía la sensación que esa noche habían perdido el tiempo, pero cabezota de él, quería intentar averiguar más de un sitio que poco más le podía ofrecer. Se alejaron de la mansión y la luz que desprendía la casa fue desapareciendo. La noche era más oscura de lo habitual. Había nubes y estas tapaban a la luna. La pareja iba andando ya sin tanta prisa. De repente sintieron un ruido extraño y ambos se detuvieron para intentar ver algo en la oscuridad.

Un fogonazo de luz apareció frente a ellos y algo impactó sobre la arena. Durante unos segundos no sabían lo que había ocurrido, pero Daniel reaccionó y tirando del brazo de Anna se pusieron a correr.

—Nos han disparado. Corre Anna corre.

Como dos animales salvajes Daniel y Anna se pusieron a correr y otro fogonazo de luz volvió a iluminar la noche. Los jóvenes seguían corriendo con lo cual a ninguno de los dos les había impactado nada.

El Manco estaba enfadado consigo mismo. Había errado dos disparos fáciles. Era la primera vez que fallaba dos tiros seguidos. Cuando fue a preparar el tercero algo lo arrojó haciéndole salir disparado unos cuantos metros.

El Manco perdió el arma en la arena y alguien le pegó un puñetazo en la cara.

El Manco cayó de espaldas y cuando intentaba levantarse una patada de nuevo en la cara lo volvió a tumbar. Buscar la pistola en la arena y en la noche resultaba tarea imposible así que, intentó aguantar los golpes que había recibido y con un impulso se puso de pie y empujó al individuo que le estaba atacando.

Salva se vio sorprendido por el empujón que el Manco le acababa de dar. Quedó tendido boca arriba sobre la arena. Por suerte no había perdido el arma y cuando el Manco se abalanzó sobre él, levantó el brazo y disparó en dos ocasiones al cuerpo de su contrincante.

El Manco recibió los dos impactos de bala. Uno en el pecho y otro en la cara. El cuerpo cayó encima de Salva que sobreponiéndose al momento se lo quitó de encima de un empujón. El Manco cayó al lado suyo sin vida.

No había sido su intención matarlo, pero la vida de los jóvenes corría peligro y por falta de acierto del asesino, la pareja aún seguía

con vida.

Salva decidió dejar las menos pistas posibles así que arrastro el cuerpo del muerto hacia un lado de la playa donde no pudiese ser visto con facilidad y guardando la pistola se fue corriendo a su piso.

Tenía la ropa manchada de sangre con lo cual decidió quitarse la camiseta y llevarla enrollada en la mano. Tenía que llegar lo antes posible a su piso sin que nadie le viese.

Daniel y Anna corrían desesperados, solo pensaban en llegar al apartamento y esconderse allí con la puerta cerrada. Después de los dos disparos no vieron ninguno más, pero eso ya les daba igual. Tenían que seguir corriendo para poder protegerse lo antes posible.

Llegaron al portal de su bloque y subieron las escaleras corriendo. Abrieron la puerta, entraron y la cerraron con llave. Para más seguridad Daniel puso un mueble para que nadie pudiese entrar si forzaban la cerradura. Que infantil pensó Daniel. Quien decida entrar, entrará de todos modos.

Se fueron a la habitación y ambos se sentaron en el suelo con las piernas recogidas. Estaban temblando de miedo.

Salva llegó a su piso sin que nadie le viera y cuando entró Marcos se alerto de verlo en ese estado. En el cuarto de baño mientras Salva se quitaba la sangre que el Manco había dejado en su cuerpo al caer sobre él, puso al corriente a su compañero y sin esperar más le dijo que fuera en seguida a seguir con la vigilancia.

Este obedeció y a los pocos segundos ya salía del piso.

Ron decidió ir a relevar al Manco, quería hablar con él en persona y saber como había transcurrido la noche. Quizás ya había hecho el

trabajo sucio pensó. Fue hasta donde solía ponerse el Manco, pero no había rastro de él.

Menudo imbécil, pensó Ron. Seguro que se ha ido a mitad de la noche y ha dejado sin vigilancia a la pareja. Sacó el teléfono y lo llamó, pero no cogía la llamada. Como no podía hacer otra cosa de momento, se decidió a hacer la vigilancia.

Marcos vio aparecer a Ron. Daba la sensación que no sabía nada de lo que había ocurrido la noche anterior.

Después de limpiarse la sangre Salva llamó a Rodrigo y pasó toda la información de lo ocurrido esa noche. Rodrigo no salía de su asombro. Felicitaba la decisión con la que había actuado y le felicitaba también por haber salvado la vida de Daniel y de la chica también.

Salva sabía que había hecho lo correcto, pero la realidad era que también había matado a una persona. Eso siempre afecta, siempre.

Daniel y Anna decidieron no salir de casa en todo el día. En lugar de pedir comida a domicilio decidieron hacer un pedido on-line a un supermercado para evitar que cualquiera usurpase la identidad de un repartidor y volvieran a ponerlos en peligro.

Si alguien les estaba vigilando sabrían que pedirían comida a domicilio como lo estaban haciendo últimamente, pero si aparecía un repartido de un supermercado quizás no interpretasen que era para ellos. Pedirían bastante comida, y así podrían quedarse en el apartamento hasta que supieran que hacer.

Quizas la solución era llamar a la policía, pero que les podía contar. Nadie se creería su historia, nadie les haría caso.

Hicieron el pedido tal y como habían planeado. La lista era larga y tendrían comida para aguantar mucho tiempo. El repartidor llegó una hora después de hacer el pedido y picando a la puerta del apartamento se presentó como el repartidor.

Daniel miró por la mirilla y al ver que era un jovencito el que traía el pedido, apartó el mueble que había puesto y abrió la puerta.

Cogió las bolsas que traía y sin despedirse ni dar propina cerró la puerta, echó la llave y volvió a poner el mueble detrás. Llevó la comida que habían pedido a la cocina y colocaron las cosas en su sitio. Como si estuviesen en el piso de Barcelona ambos se pusieron a preparar lo que iban a comer.

Ron insistía con el teléfono llamando al Manco, pero hasta el momento no había tenido suerte y no había podido hablar con él.

Fidel llamó a Ron y este le comentó que no sabía nada del imbecil del Manco. Fidel fuera de sus casillas le encargó a Ron que se encargase personalmente de liquidar a la pareja. Le daba igual que alguien le escuchase, quería acabar con ellos.

Ron maldijo al Manco, se tendría que encargar él personalmente. En cuanto lo localizase se iba a enterar. Se iba a arrepentir de haberle fallado. Con él como con Fidel no se jugaba.

Ron no era como el Manco, si llegado el momento se cansaba de hacer vigilancia, subiría al apartamento y tiraría la puerta a patadas y liquidaría ahí mismo a la pareja. Luego ya se espabilaría Fidel para sacarlo del lío. Por el bien de él y el suyo.

Daniel y Anna prepararon un arroz a la cubana. Era un plato fácil de preparar y habían pedido lo necesario para hacerlo. Comieron sin hablar. Estaban tan asustados que las palabras no les salían.

Daniel se levantó y volvió a coger la mochila que contenía todas las pistas que le había dejado su madre. Anna le observaba. No sabía que más podía buscar. Estaba ya todo visto y no una vez, sino muchas veces.

—¿Te acuerdas que cuando entré en el apartamento vi que había algo raro? —dijo Daniel.

—Si. Recuerdo que recorriste todo el apartamento para revivir recuerdos y que cuando lo habías visitado todo dijiste que había algo raro. Algo distinto.

Daniel se quedó pensativo. Seguía pensando lo mismo. Había algo distinto y no sabía que era. Sacó las pistas que le había dejado su madre y las volvió a leer.

Un detalle le llamó la atención. En la última pista que había dejado su madre había un párrafo que no acababa de entender.

.....” Mira con el recuerdo. No dejes que un muro oculte lo que habías visto de pequeño. Observa y busca la diferencia con el pasado.”

A que se refería su madre con eso.

Anna estaba sentada en el sofá mientras Daniel se había puesto a repasar las pistas sentado en una silla con la mesa como punto de apoyo. Cogió la última pista y se sentó al lado de Anna. A que se podía referir su madre, que veía distinto en el apartamento. Al ver

que Daniel seguía inmerso en sus pensamientos Anna se levantó y se dirigió hasta su maleta que estaba debajo de la cama.

Como no iban a salir en todo el día y quizás en días, no quería pasarse el rato dándole vueltas a lo que había ocurrido la noche anterior. Sacó la maleta y la abrió. Se había traído de Barcelona un libro que había empezado a leer hacía unas semanas y como ya le quedaba poco, decidió sacarlo e intentar acabarlo. Le costaría concentrarse, pero si lo conseguía, disfrutaría un rato de la lectura. Volvió a cerrar la maleta y la empujó con el pie bajo la cama. Con el libro en la mano se volvió a sentar junto a Daniel.

Anna buscó la punta de libro por donde se había quedado y se dispuso a seguir leyendo por donde lo había dejado.

Daniel seguía leyendo la pista, pero no conseguía sacar nada en claro. Levantó la vista, giró la cabeza y miró a Anna.

—¿Qué haces Anna? —preguntó Daniel.

—Me apetece distraerme y quiero acabarme el libro. Quizás sea el último que lea y quiero saber cómo acaba — dijo ella poniendo cara de resignación.

Daniel se la quedó observando. Algo en su mente había aparecido. Un libro, una repisa donde dejarlo. Las imágenes se le fueron agolpando. Un carrusel de imágenes de su infancia. Su madre leyendo un libro como lo estaba haciendo ahora Anna. Su madre estirando el brazo y dejando el libro. Su madre estirando el brazo y recuperando el libro para seguir leyendo. Su madre estirando el brazo y dejando el libro. Su madre estirando el brazo y recuperando el libro para seguir leyendo.

Daniel se puso en pie de golpe. Anna se sobresaltó. Se puso de rodillas encima del sofá y con las manos acarició la pared. Anna perpleja lo miraba. Algo le estaba pasando. No era normal lo que estaba haciendo.

Daniel seguía acariciando la pared. Buscaba algo, y con las puntas de los dedos fue dibujando un cuadrado. Con cuidado, primero golpeo en el centro del cuadro imaginario que había dibujado con la punta de los dedos. El siguiente golpe fue más fuerte y la pared se esconchó un poco.

Anna no daba crédito a lo que estaba viendo. No se atrevía a decir nada. Daniel dio otro golpe más fuerte y un trozo de pared cayó sobre el sofá. Daniel lo vio claro, no era ladrillo, era como yeso, quizás pladul. Ahora sí, Daniel con fuerza dio un puñetazo y abrió un agujero en la pared. Anna no pudo reprimir un grito de miedo. Daniel volvió a golpear con fuerza la pared, una, dos, tres y hasta cuatro veces hasta que el agujero si hizo lo bastante grande.

Anna hacía rato que se había levantado asustada tirando el libro que había empezado a leer al suelo. Tenía las manos en la boca, reprimiendo las ganas de gritar y de salir corriendo.

Daniel introdujo las manos dentro del agujero que había hecho y del interior sacó un sobre. Anna no sabía lo que estaba pasando. Daniel se giró y con el sobre en la mano miró a Anna.

—Aquí está lo que estábamos buscando. Lo hemos encontrado.

Anna no sabía lo que hacer, si ir a abrazar a Daniel o salir corriendo.

—No lo ves Anna, sea lo que sea que soluciona el juego: está aquí dentro del sobre.

Ahora sí que Anna empezaba a reaccionar. Y con paso tembloroso y llorando se acercó a Daniel y lo abrazó. Rompió a llorar, llevaba días aguantando, pero después de ver a Daniel golpeando la pared pensando que había perdido el conocimiento no pudo aguantar más, abrazó a su chico y dejó salir toda la tensión que estaba sufriendo. Lloraba desconsoladamente, mientras, Daniel intentaba protegerla y consolarla a la vez.

Dejó el sobre que acababa de encontrar encima de la mesa. Se moría de ganas de abrirlo, pero ahora, lo que era más importante era tranquilizar y consolar a su pareja. Mientras abrazaba a Anna le explicó porque se había comportado así.

—Has sido tú, la que me has ayudado a recordar eso que había visto raro cuando entramos por primera vez al apartamento. Has hecho lo mismo que hacía mi madre.

Anna se separó y secándose las lágrimas con las manos miró a Daniel en espera de que este siguiera con el relato. Verás, continuó Daniel.

—Mi madre se sentaba justo en el sitio donde tú te habías sentado. Al igual que has hecho, ella se ponía a leer mientras yo estaba sentado a su lado. Yo era pequeño, como podrás imaginar y mientras ella leía una novela yo leía un cuento infantil. Cuando nos cansábamos de leer, mi madre subía el brazo para arriba y dejaba el libro en ese hueco que he abierto. Yo la imitaba y como no llegaba me subía al sofá y también dejaba mi cuento. Cuando queríamos retomar la lectura más tarde u otro día, nos volvíamos a sentar en el

sofá y recuperábamos los libros del hueco que había encima del sofá. Siempre le pregunté a mi madre porque estaba ese hueco ahí y ella siempre me explicaba lo mismo. No lo sabía, pero había que darle una utilidad, así que consideró que utilizarlo como una pequeña repisa para dejar los libros que estaban leyendo no era mala idea.

Su madre se había tomado muchas molestias al tapar el hueco.

Anna se fue calmando al conocer la historia que Daniel le acababa de contar. Fue recobrando la serenidad y mientras Daniel la seguía mirando ambos se volvieron a abrazar y besar. En esta ocasión fue Anna quien habló al oído a Daniel.

—¿Miramos el interior del sobre?

Daniel se separó y sin decir nada cogió el sobre que había dejado hacía unos minutos encima de la mesa.

Con la mano apartó los restos de yeso o pladul que habían caído encima del sofá. Daniel no había escatimado en fuerza para abrir el agujero y los trozos de pared cayeron indiscriminadamente por el comedor. Cuando consideró que el sofá ya estaba lo suficientemente limpio él y Anna se sentaron.

Las manos le temblaban, el sobre se movía sin que Daniel hiciera nada. Con cuidado lo abrió y metiendo la mano dentro, sacó su contenido. Había una carta escrita con la letra de su madre y más fotografías. Anna observaba. Prefería no decir nada. Daniel se fue primero a por las fotografías. No las contó, pero calculó que por lo menos había diez. Sin saber cuál era el orden empezó a mirarlas de una en una. Su intención era ir mirando e ir pasándoselas a Anna

para que ella también las viera. Cogió la primera y la miró. El paisaje que veía era el mismo que tanto él como Anna habían visto la noche anterior.

El asombro se fue adueñando de Daniel. El asombro y el miedo a la vez. Aparecía la mansión de lejos. La mansión de ese tal Fidel. El único hombre que había sobrevivido de los que aparecía en las fotografías que le había dejado su madre del velero. Pasó la foto a Anna y Daniel cogió la siguiente. Era una consecución de fotos formando una película. Dio la segunda foto a Anna y cogió la tercera. En esta foto se veían a dos personas. Un hombre y una mujer que estaban en inmenso balcón que daba al precipicio. Daniel empezó a coger más fotos y las empezó a pasar más deprisa. Anna se quedó esperando a que su chico le pasara más fotografías, pero Daniel había roto la cadena.

Miró todas las fotografías pasándolas rápidamente y una película de imágenes se le clavó en la mente. No podía creer lo que ocurría en las fotos. No daba crédito a lo que acababa de ver. Le quitó a Anna las fotos que le había pasado momentos antes y juntándolas todas volvió a pasarlas rápidamente para asegurarse de que lo que estaba viendo era cierto.

Era cierto, no había la menor duda. Apoyó las fotografías en sus piernas y después de un par de segundos se las tendió todas a Anna.

Anna imitó a Daniel y también fue pasando las fotografías de una en una de manera rápida para descubrir la película que creaba. Al igual que él, el miedo y el terror se apoderó de ella. Lo que se vía en las fotos era lo suficientemente claro como para no dar lugar a dudas.

Luego ya tendrían tiempo de revisar foto por foto para buscar algún detalle más, aunque para ella, todo estaba bien claro.

Anna se levantó y dejó las fotografías encima de la mesa. Esas fotografías valían su peso en oro. Y nunca mejor dicho teniendo en cuenta que salía Fidel, el más rico de la zona. La pareja se miró y sin decir nada se abrazó.

Sabían que el juego había terminado, pero de igual modo, sabían también que la parte más peligrosa acababa de empezar. Pensándolo bien, dijeron, ya había empezado la noche anterior.

Daniel quiso explicarle a Anna lo que había visto en las fotografías para ver si ella lo había visto de la misma manera. Sabía que sí, pero de todas formas quería decir en voz alta lo que había visto. Comenzó con su explicación.

En las fotografías se veía la mansión a lo lejos. El fotógrafo que en ese caso había sido el padre de Daniel, se fue acercando hasta la mansión. Captó que había dos personas en el mirador de la casa, esa que daba al acantilado. Un hombre y una mujer que por su aspecto era delgada e iba elegantemente vestida.

Se veía como el hombre la agarraba por los brazos y la chica inclinaba el cuerpo hacia atrás en un gesto de querer apartarse. Por la posición de las siguientes fotografías, se podía interpretar que el padre de Daniel fue cambiando de posición en busca de mejores ángulos. El hombre de la fotografía tenía apoyada a la chica en la barandilla y él se inclinaba sobre ella, mientras la chica tenía la cara girada.

Daba la sensación como si el hombre quisiera besarla y ella no se dejaba. De ahí que tuviese la cabeza mirando a otro sitio. Ante la negativa de la chica, el hombre la empujaba con más fuerza y se veía como el cuerpo de la chica sobrepasaba la barandilla, manteniendo el equilibrio sobre la punta de sus pies. La seguía empujando con fuerza. El cuerpo de la chica cedió ante la fuerza del hombre y en una de las fotografías se veía como el cuerpo abandonaba el balcón y en el aire caía sobre el acantilado. Su padre tuvo que tomar muchas fotos para ir captando la caída. La chica desapareció de las fotos, mientras que el hombre aparecía asomado al balcón mirando hacia abajo.

La fotografía siguiente era bien clara. El cuerpo de la chica había chocado con las rocas y la posición del cuerpo daba a entender que había fallecido. El ángulo de las fotos volvió a cambiar y se notaba que su padre se había ocultado para no ser visto. Se acababa de producir un asesinato. Otro hombre apareció en escena sobre la arena de la playa. Se podía ver como Fidel y el otro individuo cogían el cuerpo de la chica muerta y desaparecían con ella en la oscuridad de la noche.

Anna no pudo estar más de acuerdo con el relato que acababa de hacer Daniel.

Era como si hubiesen visto la misma película. Daniel se acordó entonces de la nota que le había escrito su madre. La cogió y miró a Anna. Ella asintió.

Daniel volvió a ver la letra de su madre y como siempre le pasaba miles de recuerdos le invadieron. Decidió dejar esos recuerdos para luego y centrarse en la lectura que le había dejado su madre.

“...Felicidades hijo. Has decidido llegar hasta el final del juego y lo has resuelto. Tendrás muchas preguntas sin respuesta. En esta carta más extensa que las anteriores, intentaré resolver todas tus dudas.

Como bien sabes a tu padre le encantaba la fotografía. Por desgracia esa afición le costó la vida. Tuvo la mala suerte o la fortuna, eso ya dependerá de ti, de poder ver como alguien asesinaba a una chica inocente. Tu padre asustado llegó corriendo esa noche y se metió en el cuarto de baño para revelar las fotografías que había tomado. Normalmente lo hacía a la mañana siguiente, pero esa noche había sido especial y no quería dejarlo para otro momento.

Me lo contó todo. Me contó como Fidel empujaba a la chica por el balcón y como luego bajaba él y otro hombre a coger el cuerpo sin vida y como posteriormente desaparecían.

Por desgracia tu padre conocía a Fidel tal y como habrás podido suponer al ver las fotografías del velero. A quien más conocíamos era a Luis, que es quien nos invitó al velero sin antes haberle preguntado al dueño. El destino hijo, el destino.

Tu padre durante la escapada que hicimos en el velero comentó su afición de salir por las noches para pasear por la playa y tomar fotografías. Por desgracia, el día del accidente de la chica a tu padre se le disparó el flash de la cámara y Fidel que era un hombre inteligente, recordó la conversación del velero y enseguida ató cabos.

Tu padre no bebía Daniel. Eso lo tienes que tener claro. Tu padre fue asesinado.

Tal y como te he comentado anteriormente, las fotografías las reveló la misma noche y en ellas se podía ver claramente lo que había ocurrido.

Tanto tu padre como yo estábamos asustados, mientras tu dormías plácidamente en la habitación. Tu padre quería romper las fotografías, sabía que era un peligro y que Fidel no dudaría en tomar medidas.

Yo, por el contrario, quería ir a la policía a entregarlas. Esa noche ninguno de los pudimos pegar ojo. Nos levantamos temprano y tu padre decidió contárselo a su amigo Luis. Se vistió y se dirigió a su casa.

Yo te desperté y nos fuimos a la Comisaría con las fotografías bien guardadas en el bolso.

Tu padre se lo contó a Luis y decidieron de momento no decir nada, a la espera que encontrasen el cuerpo de la chica asesinada para saber si por propia iniciativa de la policía llegaban hasta Fidel.

Cogidos de la mano, tú y yo llegamos hasta la puerta de la Comisaría, pero no tuve el valor de subir, así que dimos la vuelta y nos fuimos al apartamento.

Cuando llegamos la puerta estaba abierta y vimos a tu padre en medio del apartamento con todo el mobiliario revuelto. Alguien había entrado a por la cámara y el carrete con las fotografías. No encontraron nada ya que yo las llevaba encima.

Tú te asustaste, pero te intentamos convencer que era un juego que habíamos inventado para ordenarlo todo otra vez. Siendo un niño como eras lo encontraste divertido.

Fidel y sus ayudantes no esperaron mucho en actuar.

Una noche que regresaba tu padre de volver a hablar con Luis lo pararon. Según mis conclusiones a tu padre le obligaron a beber y provocaron que tuviera el accidente. La policía no lo vio así y el caso se cerró como un accidente por falta de pruebas.

Fidel se había librado.

Te preguntarás porque no presenté entonces las pruebas...”

Daniel paró de leer un momento y se dio cuenta que su madre en ese momento parecía estar leyendo su pensamiento. Anna permanecía callada sin decir nada. Era el momento de Daniel y ella lo tenía que respetar. Daniel decidió seguir leyendo.

“Verás hijo. Al fallecer tu padre recibí la visita de un hombre que, a simple vista parecía una persona normal. Nada más lejos de la realidad. Sin andarse con rodeos me dijo.

Has visto lo que le ha pasado a tu marido. Tienes un hijo muy guapo. Por tu bien espero que las cosas se queden como están. Por tu bien claro, y por el de tu hijo. Sería una lástima que algo malo le pasara. Nos da igual que tengas pruebas. Sopesa esas pruebas con la seguridad de tu hijo. Acabó lo que tenía que decir y se marchó.

No temía por mi vida, pero si por la tuya. No podía soportar la idea de que algo malo te ocurriese, con lo cual decidí dejar las cosas tal y como estaban.

Me dolía muchísimo saber que ese Fidel iba a seguir con su vida como si nada hubiese ocurrido, pero tú Daniel, no podía permitir que nada te pasase.

Y te preguntará ahora porque sacar a a luz todo lo que ocurrió hace tantos años.

La decisión de sacarlo a la luz no es mía, es tuya. Yo solo he pretendido que supieras la verdad del fallecimiento de tu padre. En muchas ocasiones me has preguntado sobre lo que ocurrió y siempre he tenido que enmascararla la verdad.

Este juego que he creado era para que la descubrieras. Siento si te ha hecho daño, quizás deberías seguir creyendo la mentira que te tuve que contar, pero al yo fallecer, nunca hubieras sabido la verdadera historia.

Tu padre te amaba y te quería con locura, al igual que yo. Hubiéramos hecho e hicimos todo lo posible para tu bienestar.

Como podrás imaginar la suerte que corrió Luis fue la misma que la de tu padre. Eran buenos hombres los dos.

Te preguntaras porqué el juego solo se podía resolver en julio.

Daniel asintió y sin esperar más continuó leyendo.

“Estos años he seguido los pasos a Fidel. Tiene la costumbre de viajar a menudo durante todo el año y en agosto disfruta de sus vacaciones. Solo permanece en el pueblo en Julio. Era el único mes que tenías para verlo.

Como te he comentado antes, la decisión es tuya, se que no es fácil, pero un hombre tiene que tomar decisiones importantes en su vida y a tí te ha llegado el momento de hacerlo.

No me decepcionarás si no decides sacarlo a la luz. Mi intención solo era que supieras la verdad.

Bueno hijo ha llegado el momento de la despedida. El juego acaba aquí. Ya no hay más pistas, ya no hay más misterios. Quiero que sepas que te quiero y que siempre te querré.

Daniel sé un hombre honesto como lo era tu padre y acuérdate de todo aquello que te enseñé.

Te quiero hijo. Suerte.”

Daniel acabó el relato con lágrimas en los ojos. Entregó a Anna la carta para que la leyese y cuando ya no la tenía en su poder se puso a llorar como un niño. Anna dudó en abrazarle, pero pensó que era mejor que sacase toda la rabia que tenía dentro y que llorase todo lo que no había llorado durante el tiempo que había durado el juego.

Anna leyó la carta y cuando terminó de hacerlo sus ojos también estaban llenos de lágrimas.

Dejó la carta en la mesa y ahora sí, Daniel se levantó y ambos se abrazaron para llorar juntos.

Así pasaron un buen rato hasta que, poco a poco, las lágrimas dejaron de correr por sus ojos. Con tranquilidad se fueron separando y Daniel cogió nuevamente las fotografías y la carta de su madre. Se sentó y Anna hizo lo mismo.

En silencio fueron observando nuevamente las fotografías, pero esta vez de una forma mucho más pausada.

Estaba todo claro. No había lugar a dudas. Fidel había asesinado a una chica y con la ayuda de un amigo de este se habían desecho del cuerpo.

—¿Que hacemos ahora Daniel? —preguntó Anna.

Daniel lo tenía claro.

—Llamaremos a Benítez.

—¿Y si lo tiene comprado Fidel? —preguntó Anna que en ese momento no se fiaba de nadie.

—No podemos acudir a nadie más. Confío en él, no se porque, pero creo que es un hombre de confianza.

Daniel decidió no esperar y cogió su móvil. No sabía como contarle todo lo que había sucedido. No sabía si le haría caso. Tenía que intentarlo.

Buscó en las últimas llamadas y localizó por la fecha y la hora la llamada que le había hecho en su momento Benítez. Sin pensarlo llamó al móvil del ex comisario.

Benítez no acostumbraba a llevar el móvil encima con lo cual Daniel tuvo que repetir la llamada en varias ocasiones. Por fin alguien descolgó el teléfono.

—¿Diga? —contestó Benítez.

Daniel esperaba que se acordase de él, pero por si acaso se volvió a presentar. El ex inspector lo reconoció al momento.

Daniel le explicó por encima lo que había descubierto. No entró en muchos detalles ya que prefería tener la conversación en persona. Le daba vergüenza pedirle que viniera hasta su apartamento, pero las circunstancias hacían peligroso que la pareja de jóvenes saliera.

Benítez escuchaba con atención. No daba crédito a lo que le estaban contando, pero teniendo en cuenta que ese caso lo había

llevado él personalmente se veía con la obligación de acudir a la cita que el joven le proponía.

El ex policía tomó nota de la dirección del apartamento y le comentó que se acercaría esa misma mañana. Daniel se lo agradeció y ambos colgaron la llamada.

Anna le interrogaba con la mirada a Daniel y este no quiso dejarle más con la intriga y le comentó que Benítez vendría esa misma mañana. Anna se alegró. Poder contar con ayuda era genial y más en ese momento. Habían soportado todo el peso del juego ellos dos solos y ahora ya podían compartir la información.

Benítez se despidió de su mujer. Le dijo que tenía un asunto importante del que ocuparse y que no le esperara para comer. Antes de que Dolores pudiera decir nada, el ex inspector ya había salido de casa y cerrado la puerta.

Buscó un taxi y le indicó la dirección. No pasaron ni veinte minutos cuando Benítez se encontraba ya en el edificio del apartamento de la pareja. Subió por el ascensor, no tenía ganas de cansarse ni llegar sin aliento si subía por las escaleras. Total, para eso están los ascensores pensó. Picó al timbre de la puerta que le había indicado el chaval. Daniel miró por la mirilla y al ver a Benítez comenzó a retirar el mueble que había puesto y después de quitar la llave abrió la puerta.

Ambos se encontraron frente a frente y Daniel haciéndose a un lado dejó paso al ex inspector. Anna se levantó del sofá y todos se dirigieron a la mesa donde separaron tres sillas y se sentaron.

Daniel comenzó a explicarle a Benítez toda la historia. A la vez que lo hacía le tendió todas las fotografías y Benítez pudo ir comprobando cómo la historia que le estaba contando el chaval era cierta. Benítez estaba nervioso, se sentía un tonto por no haber hecho esos descubrimientos en su momento, pero las pruebas que tenía Daniel en ningún momento llegaron a su poder. Rosa se había encargado de ocultarlas.

Entendió el motivo por lo que lo había hecho, pero Fidel había podido disfrutar de una buena vida mientras que su destino debería de haber sido la cárcel. Se rascaba la cabeza mientras seguía mirando las fotos. Estaba todo claro.

—Estáis en peligro —dijo Benítez.

Daniel le contó lo que había ocurrido la noche anterior en la playa y el policía retirado no pudo más que alegrarse por la suerte que habían tenido.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Anna.

Benítez había estado pensando que pasos dar mientras miraba más fotos. Carraspeó y empezó a hablar.

—Solo tenemos una opción. Estáis en peligro por toda la información que sabéis. Mataron a vuestro padre y no dudarán en hacer lo mismo con vosotros. Lo raro es que sigáis vivos —dijo Benítez.

Al oír este último comentario, un escalofrío recorrió el cuerpo de Daniel y Anna.

—De todas formas, seguro que hay vigilantes fuera que me habrán visto entrar y cuando averigüen quien soy yo, también estaré

en peligro.

El policía decidió seguir hablando.

—Llamaré al inspector García. Es el hombre que me sustituyó en el puesto de inspector cuando me jubilé. Es un hombre de confianza. Le pediré que vengan varias patrullas y que nos lleven hasta comisaría. No podemos salir de aquí sí protección —sentenció Benítez.

A Daniel y a Anna les pareció buena idea. No tenían más opciones. Sin darse cuenta Daniel había decidido llevar el caso hasta la policía. Que la ley cállese duramente con los asesinos de su padre. No se le había pasado por la cabeza ni un momento seguir con la mentira. Todo el mundo tenía que saber quien era Fidel.

Benítez buscó su móvil en el bolsillo del pantalón y lo sacó. Buscó en la agenda el nombre del inspector y una vez que lo tenía localizado lo presionó para llamarlo. El inspector García descolgó el teléfono al segundo tono. Benítez se presentó y ambos se saludaron con cordialidad. En esa semana habían hablado más que en todos los años que llevaba Benítez jubilado.

El policía jubilado prefirió no andarse por las ramas así que puso a García al corriente de lo que estaba ocurriendo y sin darse cuenta él mismo organizó todo el operativo. García durante ese día volvería a ser su alumno. Pensó Benítez.

El actual inspector no dudó en tomar nota de la dirección donde se encontraban y mandó el operativo que Benítez había solicitado. Se encontraría dentro de poco así que se despidieron y colgaron.

Ahora solo les quedaba esperar a la pareja y al propio Benítez a que aparecieran los coches de policía que había solicitado y se marcharan a comisaría. Allí estarían protegidos. Daniel aprovechó la espera para meter en su mochila toda la documentación que les podría ser de utilidad. Cuando hubo introducido todo, la cerró y la puso a su lado.

Benítez se asomaba a la ventana para ver si se acercaba algún coche patrulla. No tardaron en aparecer cinco coches con las sirenas apagadas para no alertar a nadie.

—Ya están aquí —dijo Benítez.

Por fin pensaron Anna y Daniel. Los agentes dejaron los coches mal estacionados y se bajaron. Se dirigieron a la portería donde vivía el chaval y subieron por las escaleras. Dos agentes se quedaron en la portería para vigilar. El resto subió. Picaron y en seguida apareció Benítez que había tomado el mando de la situación. Los agentes se presentaron y acordaron ir bajando por las escaleras a excepción de Benítez que lo haría por el ascensor acompañado por dos agentes.

Daniel besó a Anna y cogiendo la mochila se la colgó en la espalda. Lo que contenía era información valiosísima. Cogió a Anna de la mano y después de cerrar la puerta bajaron por las escaleras acompañados por cuatro agentes. Los dos policías que se habían quedado en la portería se aseguraron que no había peligro y poco a poco fueron saliendo, Benítez con sus agentes y Daniel y Anna con los suyos. Los agentes los acompañaron hasta los coches patrullas y Benítez se subió en uno y la pareja en otro.

Nada más subir arrancaron los coches y pusieron rumbo a la comisaría.

Marcos que era el encargado de la vigilancia en ese momento no daba crédito a lo que había ocurrido. Un operativo de cinco coches había venido a buscar a la pareja. No dudó ni un segundo y subiéndose a la moto decidió seguirlos. Tenía que tener especial cuidado. Seguir a la policía era ya un delito.

Por su parte Ron vio lo mismo que Marcos y se dio cuenta que nada bueno podía traerles eso. Donde narices estará el Manco, pensó. Cogió el teléfono y llamó a Fidel. Tenía que contarle lo que acababa de ocurrir.

Fidel descolgó el teléfono y recibió la información de Ron como un jarro de agua fría. Todo su carácter, todo su genio y arrogancia, había desaparecido en cuestión de segundos.

Prefirió no seguir escuchando lo que Ron todavía tenía pendiente de decirle, así que colgó la llamada y dejó el móvil en una mesa. Sin saber bien a donde ir dentro de su misma mansión, se dirigió hacia el balcón. Hacía calor, pero Fidel había dejado de sentir esas cosas desde la llamada. Sabía que la situación pintaba mal, muy mal. Pensaba en todo lo que tenía esta vez, lo se serviría para salir de este problema. No tardarían en picar a su mansión y llevárselo preso. Giró sus pasos y se fue hacia el inmenso comedor. Se sentó allí y se dispuso a esperar.

Ron al ver que Fidel le colgaba a media explicación, no se lo pensó dos veces y se fue corriendo a su casa. Sabía que si estiraban de la cuerda esta llegaría hasta él. Haría la maleta con las cosas más necesarias y desaparecería del mapa. Si tenía suerte y era hábil aún lo podía conseguir.

Las patrullas que habían ido al apartamento del joven y que los llevaban dentro junto a Benítez llegaron a la comisaría. Aparcaron en la puerta y después de que los agentes se bajaran y vieran que no había peligro los tres bajaron de sus respectivos coches y entraron.

Marcos aparcó su moto, se quitó el caso y llamó a Salva.

Tal y como había hecho Ron con Fidel puso al corriente de todo lo ocurrido a Salva.

Este memorizó la máxima información y agradeciéndole el informe llamó a Rodrigo para comunicárselo también. Rodrigo sorprendió a Salva ya que este en lugar de preocuparse se alegró del que el joven y su chica se encontraran en la comisaría.

—Ya os queda poco trabajo ahí, a tí y a tu compañero Marcos —dijo Rodrigo.

Salva se sorprendió por el comentario y no acabó de entenderlo muy bien. Se despidieron y colgaron.

El inspector García los esperaba. Fue hasta ellos y los metió a los tres en su despacho. Cerró la puerta. No se trataba de un interrogatorio, al contrario, se trataba de escuchar a un chico contar lo que había descubierto y, además, ver las pruebas que aportaba para corroborar todo lo que decía.

Las horas fueron pasando. Daniel puso en conocimiento a García de todo lo que sabía. Este no salía de su asombro. Todo lo que el chaval decía lo argumentaba con pruebas. Las fotografías del padre de Daniel no daban lugar a ninguna duda.

Benítez y Anna permanecieron como público en medio de esa conversación.

El inspector decidió llamar al juez y este al entender la importancia del caso decidió ir de inmediato. Sabía que el presunto asesino tenía recursos suficientes para escaparse y desaparecer, con lo cual, dictó una orden de detención para él y para su amigo, con carácter de urgencia.

Daniel y Anna se pensaban que, una vez contada toda la historia, ambos se podrían ir a dormir a casa, pero García les negó el permiso de marcharse. No estaban detenidos, simplemente por su seguridad, era mejor que permaneciesen en las dependencias de la policía.

Varios coches de policía, se dirigieron con las sirenas puestas en dirección a la mansión de Fidel. Este permanecía sentado. Seguía esperando. Escuchó como el sonido de dichas sirenas se iba acercado a su casa. Ya está, pensó. Se acabó todo. La policía aparcó en la puerta de la casa de Fidel y picó a la puerta. El mayordomo abrió y se sorprendió al ver a tantos agentes. Preguntaron por Fidel y le comentaron que tenían una orden de detención. Sin dejar que el mayordomo cerrara la puerta mientras iba a buscar a su señor, la policía entró y lo siguió.

Encontraron a Fidel sentado. Un policía se le acercó y le dijo que traía una orden de arresto. Fidel parecía que no escuchaba, pero sin decir nada, se levantó. El agente sacó unas esposas y se las puso.

Mientras dirigían a Fidel hasta el coche patrulla otro agente le iba leyendo sus derechos. Salieron de la mansión y metieron con

cuidado a Fidel en el asiento de atrás de un coche patrulla. Todos los coches arrancaron y se fueron a la comisaria.

Ron llegó hasta su casa y preparó todo lo necesario en una pequeña maleta. Cogió su coche y antes de irse para desaparecer quiso pasar por la discoteca de la que era dueño para llevarse todo el dinero en efectivo que allí guardaba. Era una suma bastante grande. Ir hasta la discoteca fue un error lamentable. Cuando aparcaba el coche y se dirigía a entrar por la puerta de atrás, aparecieron varios coches de policía y le dieron el alto.

No podía hacer nada por evitar esa situación, había sido demasiado ingenuo y ahora iba a pagar por eso. Los agentes se acercaron y lo detuvieron. Al igual que a Fidel lo esposaron y lo dirigieron hacia la comisaria.

Tanto Fidel como Ron llegaron a la comisaría por separado. No se llegaron a ver y fueron conducidos directamente a las celdas que tenían bajo las dependencias de la policía. Les tocaría pasar la noche allí y quizás, muchos años en otro sitio como ese.

Cuando el inspector tuvo en conocimiento que los sospechosos habían sido detenidos invitó a Daniel y a Anna a regresar a su apartamento. Podían considerarse a salvo, con lo cual, podrían hacer lo que les viniera en gana. Le indicaron a Daniel que debería estar localizable para poder ser interrogado en cualquier momento, cosa que casi descartó el propio García. Las pruebas eran tan claras que había poca posibilidad de duda.

Fidel y Ron fueron interrogados. Fidel recibió la visita de su abogado, ese que hasta la fecha siempre lo había podido sacar de cualquier problema a él y a Ron.

El abogado observaba a su cliente.

—Lo tienes muy complicado por no decir imposible.

Fidel no respondía, solo escuchaba, nunca se hubiera imaginado haber acabado así, y menos a su edad.

—No tiene sentido que niegues lo evidente, acepta lo que hiciste e intentaré negociar para que te reduzcan la condena — seguía hablando el abogado.

Fidel levantó la vista y miró al letrado. Asintió con la cabeza. El abogado salió de la habitación de interrogatorio y el inspector García y otro policía entraron.

Ambos miraron a Fidel, sentado con la cabeza agachada. Los agentes cogieron dos sillas y se sentaron en frente del acusado. Con las fotografías como prueba el inspector García preguntó:

—Y bien, Fidel, que tiene que contarnos.

Fidel juntó las manos y empezó a contar la verdad de lo que ocurrió hacía ya muchos años.

—La noche en que se hicieron esas fotografías, —dijo señalando las que había encima de la mesa—, habíamos salido a cenar esa chica, que ahora ya ni recuerdo su nombre, y yo. Fue una cena en el mejor restaurante de Sitges. La invité a mi mansión aprovechando que toda la familia estaba fuera y bebimos un par de copas. Pensé que ella quería algo más, pero no, no quería lo mismo que yo. Estaba bastante bebido y como hacía calor fuimos al balcón que da al acantilado que tengo en la mansión. La intenté besar y ella me rehusó. Se produjo un forcejeo y la muchacha cayó a las rocas.

Fidel paró de hablar. Nunca había relatado antes lo que ocurrió y hacerlo ahora le parecía como estar contando una película. García y el otro policía le seguían mirando.

—¿Qué hicisteis luego? —dijo el inspector.

Cuando reaccioné y me dí cuenta de lo que había hecho, llamé a Ron y con la ayuda de él, recogimos el cuerpo sin vida de la chica y tapándola con una manta la metimos en el coche.

—¿Qué hicisteis con el cuerpo?

—Fuimos con el coche hasta el puerto y aprovechando que había poca vigilancia, metimos el cuerpo en el velero que tengo y nos hicimos a la mar. Navegamos durante unas cuantas horas y cuando vimos que ya era suficiente, atamos el ancla al cuerpo de la chica y la dejamos caer hasta las profundidades del mar. Luego pusimos rumbo al puerto y a nuestras casas.

Los dos policías se miraron. Todo estaba bien claro. Tanto a Fidel como a Ron les esperaba una buena temporada en la cárcel.

—¿Y los dos accidentes de coche de las personas que aparecen en esta fotografía? —dijo García.

Fidel sabía perfectamente de quien hablaba, con lo cual no hizo ni por mirar. Fidel siguió con el relato.

—El padre del chaval nos vió, solía hacer fotografías por la noche en la playa y justo ese día estaba cerca de mi mansión. Al día siguiente vino a verme para obligarme a entregarme a la policía. Yo me negué. Esa misma noche le llamé para que viniera a verme. No podía permitir que contase nada, así que tuve que tomar medidas.

Fidel se volvió a callar.

—Con respecto al banquero, su forma de tratar cambió. Me evitaba y lo veía muy nervioso. El padre del chaval seguro que se lo contó antes de venir a verme, por lo tanto, hice que corriese la misma suerte que el primero.

Fidel se calló y ya no habló en toda la noche.

Los policías ya tenían suficiente con su declaración así que se levantaron y salieron de la habitación cerrando la puerta. El policía le preguntó al inspector:

—Y de la chica, ¿qué?

El inspector miró a su compañero, miró a los ojos y empezó a hablar.

—A este pueblo costero viene mucha gente de fuera, extranjeros en busca de fiesta y pasarlo bien, como bien sabes, —el agente asintió y el inspector siguió hablando—. En muchas ocasiones se denuncian desapariciones que no lo son ya que, al día siguiente, o a los dos días, aparece la persona desaparecida después de una gran borrachera. En este caso he hecho investigar si durante los hechos alguien denunció una desaparición y no hemos encontrado nada. Aquí en Sitges nadie la echó de manos. Encontrar el cuerpo por lo tanto ahora resulta prácticamente imposible.

Aunque no tengamos el cuerpo, tenemos la declaración de Fidel y tanto él como Ron pagaran por lo que le hicieron a ella y a los dos hombres que asesinaron.

La pareja salió de la comisaría contenta y relajada. Habían vivido los últimos días con mucha tensión, pero al salir de la comisaría sentían

que todos esos problemas se habían quedado dentro.

Llegaron al apartamento y se tumbaron en la cama.

El juego había terminado. Por fin. El secreto que su madre había guardado tantos años había salido a la luz y Daniel por fin, pudo saber el verdadero motivo de la muerte de su padre.

Se tumbaron y se durmieron.

Volvió a amanecer un día espléndido en Sitges. La pareja se levantó y desayunó un café. Daniel se fue a la habitación y se vistió. Dejó a Anna sola en la cocina.

A los pocos minutos apareció nuevamente en la cocina y mirando a Anna le dijo.

—Anna, tengo una cosa importante que hacer hoy. Quiero ir al cementerio y visitar a mis madres. Creo que hasta que no lo haga no habré acabado del todo.

Anna se lo quedó mirando, entendía perfectamente que Daniel quisiera visitar a sus padres solo. No le apetecía quedarse en Sitges sin la compañía de él, pero prefirió no decirle nada.

—Me parece bien Daniel, yo me quedaré aquí. Iré a la playa un rato. Pero no tardes mucho.

Daniel le prometió que tardaría lo justo para volver a la hora de la comida. Daniel salió del apartamento y bajó al parking a coger el coche. Puso rumbo a Barcelona, quería, necesitaba visitar a su madre y a su padre. El tráfico era fluido, llegó a su destino antes de lo que había imaginado. Aparcó el coche delante del cementerio y al ver una mujer que vendía flores, se acercó y compró un ramo bien bonito.

Con paso lento y con miles de pensamientos en su cabeza, Daniel se dirigió a donde estaban sus padres. Se puso delante y con mucho cuidado dejó el ramo de flores que acababa de comprar.

Daniel miraba el nicho. Sin darse cuenta unas lágrimas empezaron a recorrer sus mejillas. Le daba igual. Hacía tiempo que no lloraba y sentía que tenía la necesidad de hacerlo ahora.

—Hola mamá, hola papá —dijo Daniel en voz alta.

Sin importarle que hubiera nadie cerca de él, continuó hablando.

—Gracias mamá por hacerme saber la verdad. Sé, que habrás sufrido mucho al no poder contarlo y también sé que lo hiciste por mi. Te hecho mucho de menos y me encantaría tenerte aquí a mi lado para poder vivir este momento juntos.

Volvió a quedarse callado durante unos minutos.

—Hola papá. Hace muchos años que no hablo contigo. Me duele mucho saber lo que te pasó. Tengo muy buenos recuerdos tuyos y me hubiese gustado haberte conocido más. Sé, que ahora estais los dos juntos y también sé que recuperaréis el tiempo que el destino os separó. Os quiero. Gracias.

Daniel se giró y se fue hacia el coche. Las lágrimas no habían parado de caer en el rato que estuvo delante de sus padres. Ahora, ya de camino al coche, con las manos, se las fue secando.

Sentía una tranquilidad inmensa. Había jugado al juego y había puesto a todo el mundo en su sitio. Los culpables pagarían lo que hicieron y él, por fin, podía empezar una nueva vida junto a Anna.

Se montó en el coche y puso rumbo nuevamente a Sitges. Llegó antes de la hora de comer y con alegría subió por las escaleras y

encontró a Anna haciendo la comida. Se miraron y se besaron.

Anna notaba a Daniel distinto, lo sentía liberado. Ahora si que volvería a ser el Daniel de siempre.

Habían acordado regresar a Barcelona. No les apetecía seguir metidos en ese apartamento y mucho menos volver a pasear por Sitges hasta que no pasara unos cuantos años.

Hicieron las maletas y cuando todo estaba preparado, bajaron al coche metiendo las maletas. Salieron del parking y Daniel puso rumbo a Barcelona.

—Tenemos una cosa que hacer antes de ir a Barcelona —dijo Daniel.

Anna sabía a lo que se refería, así que asintió y miró al frente.

Daniel no tomó dirección a Barcelona, se desvió y cogió otro camino. Llegaron a una zona tranquila de casas y por suerte encontraron aparcamiento. Se bajaron y fueron andando hasta una casa que habían visitado días atrás. Subieron unos escalones y picaron. Como ocurrió la otra vez unos pasos se fueron acercando poco a poco hasta la puerta. Luisa abrió la puerta y vió a los dos jóvenes en frente de ella. Sin saber porque, y sin haber escuchado a la pareja, sus ojos se inyectaron en lágrimas.

Sin darse cuenta, esas lágrimas empezaron a correr por sus mejillas y con una mano arrugada por los años se las fue intentado secar. Anna no pudo evitarlo y llorando se abrazó a la anciana. Después de unos minutos, ambas se separaron y Daniel le explicó las verdaderas causas del fallecimiento de su marido. De su marido

y de su padre, ya que ambos habían sido asesinados por el mismo hombre y por el mismo motivo.

La anciana por fin pudo descansar tranquila. Tal y como ella había pensado siempre, su marido fue asesinado. El culpable por fin pagaría la deuda que tenía con ella y con ese joven.

La pareja se despidió con mucha pena de la anciana y ahora sí que pusieron rumbo a Barcelona.

Llegaron a la ciudad Condal en menos de treinta minutos. Daniel no había ido por las curvas. Había preferido pagar el peaje y llegar cuanto antes a Barcelona. Ya dentro de la ciudad de Barcelona Anna se dio cuenta que Daniel no se dirigía hacia casa. Prefirió no preguntar.

Se pararon en un conocido centro comercial y Daniel apagó el coche, se bajó y fue a abrir la puerta de Anna. Ella le miraba sorprendida, no entendía nada.

—Sígueme —dijo Daniel.

Anna le siguió sin preguntar a donde iban. Entraron en el centro comercial y la pareja se dirigió hasta la sección de viajes y más concretamente a cruceros. Anna lo miró y le preguntó que hacían ahí. Daniel mirándola a los ojos se lo explicó. Tenemos todavía muchos días por delante de vacaciones. Ha llegado el momento de jugar a nuestro juego. Los dos decidiremos nuestro destino juntos y viviremos siempre uno al lado del otro.

—¡Te quiero Anna! ¿Te quieres casar conmigo?

—Te quiero Daniel. Si, quiero casarme contigo.

A los pocos días de la detención de Fidel y de su cómplice, los medios de comunicación se hicieron eco de la noticia. Ambos entraron en prisión acusados de asesinato. Los informativos y los diarios hacían un amplio seguimiento de los dos casos.

Tres personas habían conocido a través del periódico la detención de Fidel. Ernesto, Leblanc y Rodrigo no se extrañaron. Rosa había confiado en ellos para ayudar a su hijo a resolver el juego, pero solo Daniel sería el que decidiría en su momento lo que hacer.

Los tres felicitaron la decisión del chico y siguieron con sus vidas. En cierta manera, por fin, también podían descansar.

FIN